



COLECCIÓN CONFESIONES

**JULIO Y EDMUNDO
GONCOURT**

**DIARIO
INTIMO**

1851-1895

**MEMORIAS
DE LA VIDA LITERARIA**

EDICIONES JASÓN

Lewis.

Rutledge

1935

11633 96

DR

401

Colección SEXUAL

DR. PAUL VOIVENEL

La castidad perversa (Aberraciones, crímenes y trastornos de la castidad) 5,00

DR. PIERRE VACHET

La inquietud sexual. Las etapas de la inquietud sexual. La sociedad y el médico ante la inquietud sexual 5,00

PROFESOR MALHERMAN (Dr. en Ciencias psíquicas.)

El placer y el dolor. Estudio sobre la relación entre el dolor y las sensaciones voluptuosas 5,00

DR. SMOLENSKI (Profesor de la antigua Universidad de Strasburgo.)

El placer necesario. Por qué el placer no dura lo necesario. Cómo hacer durar el placer lo necesario 5,00

DR. ALBERT CHAPTIN

Los defraudadores del amor. Estudio anedóctico, médico e histórico. Cómo se engaña a la Naturaleza y cómo se venga la Naturaleza... 6,00

DR. PAUL HEBARD

El amor y la felicidad. Para seducir al que agrada. Para conservar al que se ama..... 5,00

Colección RUSIA ANTIGUA

DOSTOIEWSKI

<i>El sueño de un hombre ridículo. Narraciones fantásticas</i>	3,50
<i>Katia. La novela de un alma atormentada</i>	3,50
<i>La voz interior. La novela del subterráneo</i> ...	3,50

EN PRENSA

TOLSTOY

<i>La sonata a Kreutzer</i>	3,50
-----------------------------------	------

Colección RUSIA ROJA

LIDIA SEFULINA

<i>Virineya</i>	4,00
-----------------------	------

BORIS PILNIAK

<i>El año desnudo</i>	4,00
-----------------------------	------

FEDOR GLADKOF

<i>El cemento</i>	4,00
-------------------------	------

NEVIEROF

<i>La ciudad de la abundancia</i>	4,00
---	------

LEBEDINSKI

<i>La semana</i>	4,00
------------------------	------

OGNIEF

<i>El diario de Kostia Riabtzev</i>	4,00
---	------

SEMENOF

<i>El año del hambre</i>	4,00
--------------------------------	------

FEDIN

<i>Las ciudades y los Años</i>	4,00
--------------------------------------	------

Colección LITERARIA

KNUT HAMSUN

(OBRAS COMPLETAS)

I.— <i>Soñadores</i>	4,00
II.— <i>Tierra nueva</i>	4,00
III.— <i>Bajo la estrella de otoño</i>	5,00
IV.— <i>Un vagabundo toca con sordina</i>	4,00
V.— <i>Victoria</i>	4,00
VI.— <i>En el país de los cuentos</i>	4,00
VII.— <i>Hambre</i>	4,00
VIII.— <i>La última alegría</i>	4,00
IX.— <i>La Ciudad de Ségelfoss</i>	5,00
X.— <i>El capítulo final</i>	5,00

MÁXIMO GORKI

<i>El sentido de la vida</i>	4,00
------------------------------------	------

MANUEL GIL DE OTO

<i>Las mujeres. Sátira sobre los defectos, vicios y perversidades de las mujeres</i>	5,00
<i>Gentes y cosas de América. (La Argentina que yo he visto. Los enemigos de América y Aquí traigo los papeles)</i>	5,00

Colección CONFESIONES

MÁXIMO GORKI

<i>Ganándome el pan</i> (páginas autobiográficas de intensa emoción)	5,00
--	------

STENDHAL

<i>La vida de Enrique Brulard</i> (novela autobiográfica)	5,00
---	------

DOSTOIEWSKI

<i>El jugador</i> (novela autobiográfica, precedida de un estudio sobre la relación entre esta novela y la vida atormentada de Dostolewski, en la que se revela la obsesión que ejerció la ruleta en el alma dolorida del novelista).	4,00
---	------

Colección ESOTÉRICA

HENRI DURVILLE

Los misterios iniciáticos. Revelaciones del ocultismo egipcio. Enseñanzas del Libro de las Moradas. (Traducción y notas de Enediel Shaiah. Ilustrado con profusión de grabados)

En rústica 10,00
En tela 12,00

Historia de la Ciencia Secreta. (Desde la China hasta nuestros días.) Traducción de Asís de Rodas. Con numerosos grabados.

En rústica 12,00
En tela 15,00

La educación de si mismo. (Estudio de la ciencia iniciática y su aplicación a las necesidades modernas.) Con grabados.

En rústica 12,00
En tela 15,00

UN VIDENTE

En la región de los espíritus. Los misterios de lo invisible. Memorias de un hombre, que por las razones que expresa en el libro, quiso conservar el incógnito y que vivió una vida dedicada por completo al estudio del más allá. Traducción de Enediel Shaiah.

En rústica 5,00
En tela 6,50

CHARLES LANCELIN

La vida póstuma. (Pruebas de la supervivencia del alma. Realidad de la comunicación con los muertos.)

En rústica 12,00
En tela 15,00

GIOVANNI TASSANI

El destino revelado por las manos. Revelación del pasado, presente y porvenir por el estudio de las rayas de las manos. Ilustrado con más de 200 fotografías auténticas.

En rústica 12,00

Colección HOMBRES E IDEAS

GREGORIO ZINOVIEF

Presente y futuro. (Palabras de un hombre de Estado.) Traducción del ruso de N. Tasán.... 4,00

KARL MARX

El pensador y el revolucionario. (Impresiones íntimas y juicios críticos de Lenin, Rosa Luxembourg, Lafargue, Liebknecht, Engels, Eleanora Marx, Plekhanof, etc.). Recopilados y traducidos por Benjamín Salanova y José Viana..... 4,00

WALTHER RATHENAU

Crítica de la época. Traducción del alemán por Pérez Bances..... 5,00

JOHN REED

Cómo asaltaron el poder los bolcheviques. (Diez días que conmovieron al mundo.)..... 5,00

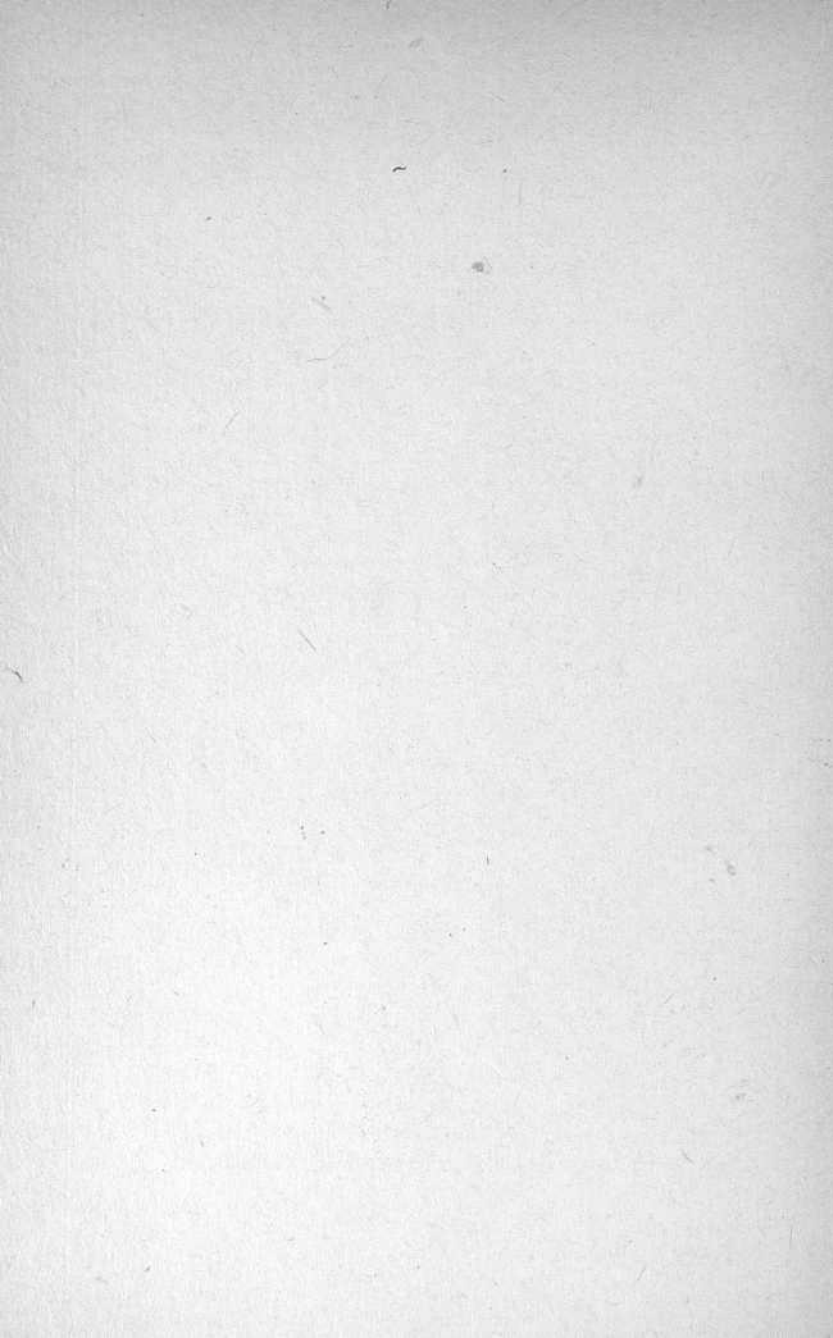
GIUSEPPE RÈNSI (De la Real Universidad de Génova.)

La Filosofía de la Autoridad. Traducción de Cipriano de Rivas Cherif 5,00

SALVADOR CÁNOVAS CERVANTES

Pugna entre dos Poderes. (Soberanía Nacional y Monárquica absoluta.) Con el texto íntegro de todas las Constituciones que han regido en España y sus múltiples vicisitudes..... 5,00

DIARIO INTIMO



Colección CONFESIONES

JULIO Y EDMUNDO GONCOURT

DIARIO INTIMO

1851 - 1895

(Memorias de la vida literaria)

Fondo bibliográfico
Dionisio Aldruejo
Biblioteca Pública de Soria

407



DERECHOS
RESERVADOS

Reservados todos los derechos.
No se permite la explotación económica ni
la transformación de esta obra.
Queda permitida la impresión en su totalidad.

Prefacio

Este diario es nuestra confesión de cada día: la confesión de dos vidas *inseparadas* en el placer, en el trabajo, en la pena; de dos pensamientos gemelos, de dos espíritus que del contacto de hombres y cosas reciben impresiones tan semejantes, tan idénticas, tan homogéneas, que esta confesión puede ser considerada como la expansión de un solo *yo*.

En esta autobiografía, día por día, entran en escena las gentes que los azares de la vida han arrojado sobre el camino de nuestra existencia. Hemos *fotografiado* hombres y mujeres en sus contornos del día y de la hora, cogiéndolos en el curso de nuestro diario, mostrándolos más tarde desde aspectos diferentes, según que cambiaban o se modificaban, deseando no imitar a los redactores de memorias, que presentan sus figuras históricas pintadas en bloque y de una sola pieza, o pintadas con colores fríos por el alejamiento y lo perdido del encuentro; ansiosos nosotros, en una palabra, de representar

la ondulante humanidad en su *verdad momentánea*.

Alguna vez, lo confieso, el cambio notado en las personas que nos fueron familiares o queridas, ¿no provendría, acaso, del cambio realizado en nosotros? Es posible. No negamos haber sido criaturas apasionadas, nerviosas, morbosamente impresionables, y por ello alguna vez injustas. Pero lo que podemos afirmar es que si alguna vez nos expresamos con la injusticia de la prevención o la ceguedad de la antipatía irrazonada, no hemos mentido inconscientemente a cuenta de aquellos de que hablamos.

Nuestro empeño ha sido hacer revivir para la posteridad a nuestros contemporáneos en su semblanza animada; hacerlos revivir por la estenografía ardiente de una conversación, por la sorpresa fisiológica de un gesto; por esas «nonadas» de la pasión, en que se revela una personalidad; por ese no sé qué que da la intensidad de la vida, por la notación, en fin, de un poco de esta fiebre que es propia de la existencia cerebral de París.

Y en este trabajo, que quiere, ante todo, *hacer algo vivo*, recogiendo un recuerdo todavía caliente, en este trabajo, arrojado con prisa sobre el papel y que no siempre fué releído—sacrificando valientemente la sintaxis al hallazgo feliz y a la palabra sin pasaporte—, hemos preferido siempre la frase y la expresión que impresionan y *academizan*, al menos, lo vivo de nuestras sensaciones, la arrogancia de nuestras ideas.

Este diario fué comenzado el 2 de diciembre del año 1851, día de la puesta en venta de nuestro primer libro, que apareció el día del golpe de Estado de Napoleón III.

El manuscrito entero, por así decirlo, está escrito por mi hermano, bajo el dictado de ambos: nuestra forma de trabajo para estas memorias.

Muerto mi hermano, viendo nuestra obra literaria como terminada, tomé la resolución de cerrar el diario en la fecha del 20 de enero de 1870, con las últimas líneas trazadas por su mano. Pero entonces fuí impulsado por el deseo amargo de contarme a mí mismo los últimos meses y la muerte del pobre amado, y casi en seguida, por los trágicos acontecimientos del sitio y de la Commune, a continuar este diario, que todavía es de tiempo en tiempo el confidente de mi pensamiento.

EDMUNDO DE GONCOURT

Schliersée, agosto 1872.

Este diario no debía aparecer sino veinte años después de mi muerte. Era una resolución firme cuando el año último, en una estancia en el campo con Alfonso Daudet, le leí un cuaderno de este diario, que a su instancia llevaba conmigo. Daudet sintió placer con la lectura, se interesó por las cosas contadas al golpe de la impresión, me pidió que publicara fragmentos, puso una dulce violencia en

quebrantar mi voluntad, habló a nuestro común amigo Francisco Magnasol, quien tuvo la bondadosa idea de publicarlos en el «Figaro».

Y he aquí este diario, o al menos la parte suya, que es posible entregar a la publicidad, viviendo yo, y aquellos a quienes he estudiado y pintado al vivo.

Estas memorias son absolutamente inéditas, aunque me ha sido imposible omitir algunos pequeños trozos publicados en alguna novela o biografía contemporánea, pues, siendo páginas del diario, se emplearon como documentos en esas novelas y biografías.

Pido al lector que se muestre indulgente para los primeros años, en que no éramos todavía dueños de nuestro instrumento o resultábamos imperfectos redactores de las notas al natural; además, debe comprender que en los comienzos nuestras relaciones eran limitadas, y, por consecuencia, el campo de nuestras observaciones bastante estrecho.

Diario de los Goncourt

Año 1851

2 diciembre 1851.—En el día del juicio final, cuando las almas sean llevadas a la barra por los ángeles, que durante los largos debates dormirán como los gendarmes, con la barbilla sobre los guantes de ordenanza, y cuando Dios, con su augusta barba blanca, como los miembros del Instituto le pintan en las cúpulas de las iglesias; cuando Dios me interrogue sobre mis ideas, dichos y cosas a que haya prestado la complicidad de mis ojos, ese día:

—¡ Ay, Señor—responderé—, yo he visto un golpe de Estado !

.....

Pero ¿qué es un golpe de Estado, qué es un cambio de gobierno, para gentes que el mismo día deben lanzar su primera novela? Por una contrariedad irónica, es nuestro caso.

En la mañana, pues, cuando perezosamente todavía soñábamos con ediciones a lo Dumas padre, entró ruidosamente el primo Blamont, antiguo guardia de Corps, transformado en conservador asmático.

—¡ Voto a Dios, esto es un hecho !—vociferó.

—¿ Qué es lo hecho ?

—¡ Y bien, el golpe de Estado !

—¡ Ah, demonio !... Y nuestra novela, cuya venta debía comenzar hoy !

—Vuestra novela..., una novela... ¡ Francia no se cuida hoy de novelas, muchachos !...

Y cruzándose el gabán sobre el vientre salió a propagar la noticia de barrio en barrio, por las casas de los conocidos, todavía en paños menores.

En seguida estuvimos en la calle, nuestra vieja calle de San Jorge, y ya el hotelito de «El Nacional» estaba ocupado por la tropa... En la calle, nuestros ojos buscaron los anuncios, porque, egoístamente lo confesamos, entre todo el papel recientemente colocado en las paredes anunciando una nueva compañía teatral, su repertorio, sus ejercicios, la nueva dirección del presidente pasado del Elíseo a las Tullerías, buscábamos nuestro anuncio, el anuncio que debía notificar a París la publicación de *En 18...*, y dar a conocer a Francia y al mundo los nombres de dos hombres de letrás más : Edmundo y Julio Goncourt.

El anuncio no figuraba en los muros. Y la razón

de ello era que Gerdes, a la vez impresor de la *Revista de dos Mundos* y de *En 18...*, asustado por la idea de que se pudiese interpretar algún capítulo político del libro como una alusión al acontecimiento del día, sin contar con nadie, había arrojado el paquete de nuestros anuncios al fuego.

Lunes, 15 diciembre.—Julio, Julio..., ¡ un artículo de Janin en *Los Debates* ! Es Edmundo quien desde su cama me anuncia la nueva e inesperada noticia. Sí, todo un folletón del lunes, hablando *de nosotros*, a propósito de todo y *de todo* a propósito de nosotros, en que Janin nos fustigaba con ironía, nos analizaba seriamente, presentaba al público nuestra juventud, con un apretón de manos y la excusa benévola de sus temeridades.

Estuvimos sin leer, con los ojos encantados sobre estas feas letras del diario, en que vuestro nombre parece impreso en algo que os acaricia la mirada como ningún objeto de arte la acariciaría.

Es una alegría que llena el pecho, una de esas alegrías de primera comunión literaria, de las que sólo se encuentran en el primer amor. En todo este día no andábamos, corríamos... Fuimos a dar las gracias a Janin, que nos recibió campechanamente, con sonrisa jovial; nos examinó, y, estrechando nuestras manos, dijo:

—¡ Y bien, son ustedes como yo me imaginaba !

Y los sueños y castillos en el aire y la tentación

de creernos casi grandes hombres, armados por la crítica de *Los Debates*, y la espera, inclinados sobre nuestras ilusiones, de una avalancha de artículos en todos los periódicos...

Domingo, 21 diciembre 1851.—Janin nos había dicho: «Para triunfar no hay como el teatro.» Al salir de su casa ideamos hacer para el Teatro Francés una revista del año, en una conversación, ante una chimenea, entre un hombre y una mujer de mundo, durante la última hora del año viejo.

Acabada y bautizada la cosita, *La noche de San Silvestre*, Janin nos da una carta para Mad. Allen. Y henos aquí, en el cuarto de la actriz traída de Rusia por Musset. La gran comedianta se muestra indulgente, con una voz ruda que no reconocemos, y que sabe convertir en musical en el teatro. Nos insta para el día siguiente: dice pequeñeces lisonjeras, por las que se besarían las pantuflas de una actriz. Acepta el papel, y se compromete a aprenderlo y representarlo el 31 de diciembre, y estamos a 21.

Son las dos. Nos precipitamos por la escalera y corremos a casa de Janin. Pero es el día de su folletón. Imposible hablarle. Nos hace decir que verá a Houssaye al día siguiente.

De un salto vamos al despacho del director del Teatro Francés.

—Señores—nos dice—, desde luego, no representaremos piezas nuevas este invierno.

Un poco impresionado por nuestras caras largas, añade :

—Que Lireux les lea y haga su informe, y veré de representar su obra, si es favorable.

Son las cuatro. Un coche nos lleva a casa de Lireux.

—Pero, señores—nos dice brutalmente la mujer que nos abre la puerta—, bien saben ustedes que no se molesta al señor Lireux, que está escribiendo su crónica.

—Entren, señores—nos grita una voz infantil.

Penetramos en un cubil de hombre de letras a lo Balzac, en que se percibe el cálido olor de una cama sin hacer. El crítico, muy amable, nos promete leer-nos a la noche y hacer su informe.

En seguida nos precipitamos a casa del primer actor, Brindeau, que debe hablar con Mad. Allan. Esperamos hasta las seis, y no parece. Nos decidimos a verle a las siete y media en el teatro.

—Hablen—dice mientras se viste.

—Ciertamente, no me es posible oír la lectura de su obra.

Y se precipita en busca del peine, del cepillo de dientes.

—¿Y después de la representación ?

—No, voy a cenar con unos amigos... ¡ Ah, tengo en la comedia un cuarto de hora libre !... Les leeré en ese tiempo... Espérenme en la sala.

Le vimos luego, y aceptó el papel.

Del Teatro Francés llevamos el manuscrito a Li-reaux, y recaemos en casa de Mad. Allan para con-tarla nuestra jornada.

Martes, 23 de diciembre.—Sentados en un ban-quillo de la escalera del teatro y palpitantes y tem-blorosos al menor ruido, oímos al través de una puerta decir a Mad. Allan, con su fea voz privada :

—¡ Esto no tiene gracia !

—¡ Hundidos !—dice uno de nosotros al otro, con ese abatimiento moral y físico que pinta Savarni tan bien en el anonadamiento del joven, caído sobre el banquillo de una celda de Clichy.

Año 1852

Fin de enero de 1852.—*L'Eclair*. Revista hebdo-madaria de literatura, teatro y artes, título que en-tre nosotros indicamos a Villedeuil, apareció el 12 de enero. Henos con él haciendo el periódico, que tiene su redacción en un entresuelo, su programa en el asesinato del clasicismo y anuncios gratuitos y promesas de primas.

Esperábamos, cada vez que se escuchan pasos en esta calle solitaria, la suscripción, el público, los colaboradores. ¡ Nada viene ! Ni un artículo, cosa inconcebible; ni un poeta, hecho más milagroso to-davía.

Una rusa llamada Sabuía, única persona que fre-cuentaba la redacción, nos preguntó un día :

—Y ese señor que está allí, ¿por qué tiene la cara tan triste?

Y respondimos a coro :

—¡ Es nuestro cajero !

—He conocido un amante que dice a su querida, oyéndola quejarse de haber perdido un diente postizo de 200 francos : «Si lo hicieras anunciar...»

Continuamos intrépidamente nuestra revista en el vacío, con fe de apóstoles e ilusión de accionistas. Villedeuil vende una colección de «Ordenanzas de los reyes de Francia para prolongar la existencia de *L'Eclair*; luego descubre un usurero, al que saca seis mil francos. Figura en esa suma un lote de 200 botellas de champagne, que por comenzar a averiarse hicieron pensar al fundador de *L'Eclair* en dar un baile para levantar el periódico, ofreciendo champagne a los suscritores. Nuestro caricaturista Nadar invitaba desde el balcón a los transeuntes.

Nosotros, que pasamos la infancia mirando y copiando litografías de Gavarni y éramos, sin conocerle y sin que nos conociera, sus admiradores, decidimos a Villedeuil a que solicitase sus dibujos. Y esta noche tuvo lugar una comida en la Maison d'Or, en que nos propuso para el periódico la serie de la *Capa de Arlequín*.

Hacemos nuestra primera visita a Cavarni. Nos pasea por su casa y nos cuenta la historia de éste; era un taller de monederos falsos, que se convirtió en propiedad del famoso Leroy, el modisto de Josefina, que utilizaba la cámara de hierro en que se fabricaba moneda falsa para cortar los mantos de Napoleón, bordados con abejas de oro.

Hacemos cuentas con Dumineray, el único editor de París que bajo el estado de sitio osó tomar en depósito nuestro pobre *En 18...*; hemos vendido un centenar de ejemplares.

Gavarni había visto una carta de Balzac, que decía :

«Mi querido Posper: Ven esta noche a casa de Laurent-Tan; habrá allí c... p... bien vestidas.

Cuando Gavarni estuvo en Bourg con Balzac para intentar salvar a Peytel, tenía que repetirle a cada instante :

—Se trata de una cosa grave, Balzac; es preciso ser prudente los pocos días que estemos aquí—y dejaba al gran escritor solo lo menos posible.

Un día que se vió obligado a abandonarle dos horas le encontró donde le había llevado el subprefecto, a quien contaba cómo se divertían las mujeres públicas en las casas de trato.

En este viaje, en que Gavarni se veía obligado a vigilar por la limpieza de su compañero, no pudo menos de decirle un día :

—¡ Ah! ¡ Balzac, ¿ por qué no tiene usted un amigo?... Sí, uno de esos burgueses tontos y afectuosos como se encuentran..., que le lavara las manos, le pusiera la corbata y le dispensara aquellos cuidados para los que usted no tiene tiempo...

—¡ Oh! —exclamó Balzac—. Un amigo así lo haría yo pasar a la posteridad...

Agosto 1852.—Encuentro a Janin, siempre alegre, a despecho de la gota que sufre en un pie.

—Cuando se guillotiné a mi abuelo tenía la gota en los dos pies... Por lo demás, yo no me quejo..., dicen que asegura la vida por diez años... Nunca estuve enfermo, y lo que caracteriza al hombre lo tengo todavía—añadió sonriendo.

Nos muestra una carta de Víctor Hugo, de la que nos hace leer la frase: «Esto es triste... Lluve como si cayeran lágrimas.» En esta carta Hugo agradece a Janin una crónica sobre la venta de su mobiliario; le anuncia que su libro va a aparecer dentro de un mes, y que lo hará introducir en Francia en un cesto de pescado, y añade: «Se dice que luego Bonaparte me borrará de la Academia... Les dejo mi sillón.»

22 octubre 1852.—*Le Paris* aparece hoy. Creemos que es el primer periódico literario diario desde la creación del mundo. Escribimos el artículo de fondo.

Año 1853

Enero 1853.—En la mesa de redacción de *Paris* se sienta diariamente: Murger, con su aire humilde, sus ojos llorosos y sus lindas frases de Chamfort de fumadero; Aureliano Scholl, con su monóculo, sus iras espirituales, su ambición de ganar a la semana próxima 50.000 francos por año escribiendo novelas de veinticinco tomos; Banirlle, con su cara rasurada, su voz de falsete, sus finas paradojas, sus humorísticas siluetas de las gentes; Karr, siempre acompañado del inseparable Gatayes, y Eggis, Delaage, Forgues, Enault y Beavoir, que arrojan al aire vagas invitaciones de comidas quiméricas.

Y en medio de todo este mundo, Villedeuil, ordenando, perorando, yendo y viniendo, correspondiendo, innovando y descubriendo cada ocho días un sistema de anuncios o de primas una combinación, un hombre o un nombre que aportarían al periódico diez mil suscriptores en quince días.

El periódico agita, no hace dinero, pero hace ruido. Hay en sus columnas el ardor de un pelotón de tiradores marchando sin orden ni disciplina, llenos de desprecio por la suscripción y los suscriptores. Fuego, audacia, imprudencia, pasión por un ideal, mezclado con algo de locura y de ridículo..., un periódico con la singularidad y el honor de no hacer negocio.

Ha sido denunciado por unos versos del si-

glo XVIII citados en un artículo nuestro; el juez de instrucción quedó desconcertado, cuando se lo evidenciamos; pero el acusador público nos dijo, rogándonos que no hiciéramos uso de ello, que para él no había delito alguno en nuestro artículo y que se vió forzado a perseguirlo por las reiteradas órdenes del Ministerio de Policía. Fuimos absueltos, pero es innegable que hemos sido procesados y nos hemos sentado en el banquillo, entre gendarmes, por la cita de cinco versos de Tahureau impresos en el *Cuadro histórico y crítico de la poesía francesa*, de Sainte-Beuve.

27 julio.—Voy a ver a Rouland para saber si puedo publicar la *Lorette* sin volver al banquillo. Y en la conversación que tuve con él sobre nuestro proceso me confirmó que lo perseguido en nosotros por el Ministerio eran ciertas ideas literarias: «No quiero la literatura que se embriaga y embriaga a los demás.»

Aparece la *Lorette*, que resulta agotada en una semana. Es para nosotros la revelación de que se puede vender un libro.

Septiembre.—Millet es un hijo de aldeano de cerca de Cherbourg. Muy niño, volviendo de la villa, donde había visto imágenes, se puso a dibujarlas y atormentó a su padre pidiéndole dinero para comprar lápices. Sus primeros dibujos fueron copias de los santos del libro de misa de su abuela. Años ces-

pués, llevado a casa de un maestro de dibujo de Cherbourg, el padre le mostró los bosquejos de su hijo, y el maestro dijo:

—Es un crimen dejar en el campo un niño como este.

Entonces la villa de Cherbourg reunió para una pequeña pensión, que le permitió entrar en el estudio de Paul Delaroche.

Su madre, una verdadera aldeana, no sabía leer ni escribir. Cuando Millet estaba ausente se comunicaba con sus padres por signos convenidos.

Con los primeros tiempos de su estancia en Barbizon, un día que se paseaba con Jacques, los aldeanos intentaron burlarse de ellos. Millet se aproximó; haciéndose el bobo, preguntó si la hoz que tenían cortaba bien y si era difícil hacer lo que ellos; después tomó la hoz, y lanzándola a mayor distancia que ninguno dió una lección a los aldeanos, atónitos.

Año 1854.

Fin de febrero de 1854.—Todo este invierno trabajo furiosamente en nuestra *Historia de la sociedad durante la Revolución*. Por la mañana traemos de un golpe 400 ó 500 folletos de casa de Perrot (Perrot es un pobre coleccionista que ha hecho un remanso de folletos inapreciables, comprados a diez céntimos en los muelles, empeñando a veces su re-

loj—un reloj de plata—). Todo el día cosechamos en los folletos revolucionarios y por la noche escribimos nuestro libro. Nada de mujeres, de reuniones, de placeres, de diversiones. Hemos regalado nuestros trajes de etiqueta, sin hacernos otros, para estar en la imposibilidad de ir a ninguna parte. Tensión, labor continua del cerebro y sin descanso. Para hacer un poco de ejercicio y no caer enfermos nos permitimos un paseo después de comer, un paseo en las tinieblas de los Bulevares exteriores, para no ser sacados por la distracción de los ojos del ensimismamiento espiritual en nuestra obra.

Nanteuil nos cuenta que Gerardo de Nerval, volviendo de Italia absolutamente arruinado traía por valor de 4.000 francos en mármoles de chimeneas, y que en la miseria del fin de su vida le quedaba tal gusto por las cosas ricas que se hacía alfileres de corbata con papel dorado.

Se figura uno a Dios en el juicio final tomando el arco iris y ciñéndoselo a la cintura como el fajín de un comisario.

Año 1855.

Marzo.—Encuentro a Janin, contra su costumbre, extremadamente afectado por los ataques de la Prensa insignificante. Se extiende largamente sobre las injurias que a chorro continuo le arrojan de

un periodiquito autografiado — *Le Sans-le-Sou* — y que firma un Aubriot, y añade ingenuamente:

— ¡ Oh, Dios mío; esto tiene una sencilla explicación!... En todo país hay una suma de injurias que vomitar por año; veinte mil..., por ejemplo. ¡ Pues bien! En un gobierno constitucional esas veinte mil injurias se reparten entre el rey, los ministros, etcétera. Hoy, hay el mismo número de injurias que colocar..., y no pueden ser repartidas sino entre dos o tres escritores como yo.

Lunes 26 marzo.—Nuestra *Historia de la sociedad francesa durante el Directorio* se ha puesto en venta el sábado. Pasamos hoy por casa del viejo Barrière, tan paternal para nosotros, con ocasión de la *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución*. Entra, teniendo dos o tres cuartillas en la mano, y nos dice:

—¿ Vienen ustedes a buscar un artículo? Véanlo, ya está mediado...

Y en seguida se pone a hablar de la revolución del 89 y de la del 48, contándonos que el 15 de mayo, Mad. Barrière, examinadora de institutrices en el Ayuntamiento, acababa de escribir sobre la pizarra una dificultad de participio, cuando oyó gran ruido y que le decían que se pusiera en salvo. Y la lista del Gobierno provisional fué escrita debajo de la dificultad de participio.

Una noche estaba en el baile de máscaras de la Renaissance; me encontré con mi s... bribona. «¡ Brillábamos como soles!—habla Gavarni—. Cuando me presentan un caballero de cabellos largos de sabio, de guantes de filósofo..., Ward, en fin... ¡ Un cuarto de hora después estábamos en el rincón de un palco hablando de metafísica!»

El pintor Marchal, desayunando por la mañana en la lechería, con su traje de frac, junto a los criados de la casa en que fué invitado al baile. Conocía los secretos de todos los ricos interiores de París.

Gavarni nos dice que la primera vez que conoció a Balzac fué en la *Moda*, en casa de Girardin. Vió un hombrecito regordete, de hermosos ojos negros, nariz remangada, un poco cansado, hablando mucho y muy fuerte. Se le hubiera tomado por un dependiente de librería.

Gavarni añadía que físicamente desde la cabeza hasta los talones, por detrás, se hubiera podido tirar en Balzac una línea recta con sólo el relieve de las pantorrillas; por la parte anterior tenía el novelista el perfil de un as de espadas. Se puso a recortar una carta para mostrarnos la exacta silueta de su cuerpo.

28 agosto.—He estado a ver a Celestino Nanteuil en Bougival, taller de paisaje de la escuela france-

sa moderna, donde cada rincón del río, cada grupo de sauces rememora una exposición. Todo es recuerdo histórico en este paraje: la casa de Lireux, con sus comidas del domingo; la casa de Odilon Barrot, con el quiosco de los sueños constitucionales; la casa blanca edificada por Charpentier, donde murió Pradier; la casa de Pelletan, y un grupo de casas que os recuerdan grandes pasiones e historias dramáticas de mujeres conocidas.

Nanteuil, un gran hombre de trazos enérgicos, en cuya fisonomía hay una sonrisa acariciadora, femenina. Personificación del hombre de 1830, habituado a la batalla, a las luchas nobles, a las simpatías ardientes, a los aplausos del público juvenil, llevaba en el fondo el dolor y el duelo. El movimiento político de 1848 le enfebreció, le hizo revivir; pero cuando terminó, volvió al hastío de la existencia, a su pasividad de ideas y de aspiraciones. Fustigando las tonterías con imperceptible ironía, a veces con la ironía de una sonrisa apenas sensible, menuda flecha que partía de un rincón del labio, se explican las palabras de aquella dama a Dumas padre: «¡ Ah, pero Nanteuil es ingenioso? Yo no me había dado cuenta.»

El porvenir inquieta a Nanteuil, pensando en el hospital o la Morgue, que contuvieron muertos de gran mérito: un amigo, Gerardo de Nerval, que se ahorcó; Tony Tohamnot, que después de haber perdido en el *Pablo y Virginia* los 20.000 francos

que había ganado durante toda su vida, tuvo que ser enterrado por la piedad de sus amigos, etc.

—¡ Sí, sé bien—dice—que si hubiera sido *razonable* y vivido en un cuartucho y gastado 75 céntimos diarios tendría ahora algo ! ¡ Esta es mi culpa !

Mientras habla Nanteuil a lo lejos se divisa a un hombre en mangas de camisa arrastrando una carretilla. ¡ Este hombre es Emilio Augier !

2 *septiembre*.—Pouthier, que tiene siempre una insolente confianza en la Providencia, persuadido de que sus últimas dos pesetas parirán al día siguiente, ha venido a comer a nuestra casa.

Después de beber con abundancia nos ha arrastrado al baile de Montmartre. Allí nos da el espectáculo de una serie de bufonerías salpicadas de ingenio; una «olla podrida» de calembours, epigramas, gedeonadas, alusiones a Dios y al diablo, exageraciones cómicas. Interpela continuamente a su pareja, como si fuera el alma de su pequeño, recomendándola no calentar su leche; trata de «tío mío» al municipal encargado de vigilar el baile, y le ruega que no le desherede. Ha improvisado de pronto una danza que era la caricatura de todas las danzas, imitando a la Petra Cámara y sus movimientos de caderas, copiando a Napoleón, con los gemelos y una mano a la espalda, etc., etc.

El mundo morirá de civilización: el salvajismo hace falta cada quinientos años.

13 octubre.—Balzac dijo cierta noche en una velada de Gavarni:

—Querría llegar a tener un nombre tan conocido, tan popular, tan célebre, tan glorioso, en fin, que me autorizara... Figuraos la más enorme ambición que haya penetrado en cerebro humano desde que el mundo existe; la ambición más imposible, más irrealizable, más monstruosa, más olímpica; aquella que no tuvieron Luis XIV ni Napoleón, que Alejandro el Grande no hubiera podido satisfacer en Babilonia; una ambición vedada a un dictador, al salvador de una nación, a un Papa, a un dueño del mundo... Y Balzac añadió sencillamente: ...que me autorizara a p... en el mundo, y que el mundo encontrase eso muy natural.

6 noviembre.—Partida para Italia.

Año 1856.

6 mayo 1856.—He vuelto. Tengo la cabeza como si me hubieran colocado en ella un museo de cuadros y estatuas. Voy a tomar el pulso a la literatura en los periódicos. El pulso ha subido ¿Cómo? ¡No lo sé! Porque no encuentro escuelas ni partidos; más ideas sin banderas. Abundan los ataques personales perpetrados como cosa corriente; las in-

jurias en que no hay cólera, las frases de «vaudeville» en los escándalos de bastidores. Miguel Sevy y Jacottet, convertidos en Augustos de todos los que ensucian papel para vivir. Ni un hombre nuevo, ni una pluma nueva, ni una amargura. Más público, pero gran cantidad de él prefiriendo digerir prosa clara, que se parezca a la del periódico, gustando de historias de caminos de hierro en libros que no cuesten más de una peseta... Veron, un Mecenaz incensado con esta máscara, por la comunidad literaria. Milkaud, dando la limosna de reales mendrugos a todos los portaclarineros de la crónica. ¡ Florentino condecorado ! ¡ Mirés, cantado en verso !

Cuando Murger escribió la *Vie de Bohême* no sabía apenas que escribía la historia de un mundo que iba a ser un poder en el término de cinco o seis años. Este mundo, esta francmasonería del bombo, reina y gobierna y niega plaza a todo bien nacido.

Declara, del que llega, que es un «amateur», y con esta palabra le mata; nada importa que lleve consigo los *in folio* de un benedictino o un poco de la fantasía de Enrique Heine; es un «amateur», y será declarado tal por todos los asalariados de las hojas ladradoras. Este es el advenimiento de la bohemia, la dominación del socialismo en la literatura.

Mayo.—Comida en casa de Dinochan, el tendero de vinos de la calle Navarin. Escalerita de caracol

que lleva a una sala techada de encina barnizada. Mesa de hierro. Una comida de un franco setenta y cinco céntimos; comida burguesa, cuyo plato fuerte es la sopa y el caldo, y que es la comida de la literatura en los momentos de ruina y de «panne».

Allí Monselet, Scholl, Audebrand, Buoguet, el dulce poeta de lentes y puños abullonados; mujeres del barrio, divertidos escritores descalificados, como Bourgogne, con la fealdad de un Mirabeau; la fogosa fiebre del ingenio en los ojos, y que dice: «¡ Soy un plumífero, no se me exija más que exactitud y pereza !»

21 *septiembre*.—Habiendo ido a ver Parquier a Royer Collard, después de la obtención de su título, sólo pudo escuchar un:

—¡ Esto no os ha empequeñecido !

21 *octubre*.—¿ No están ustedes dispuestos ambos a casarse con Mad. Doche? Pues no presenten esta comedia. Les son precisos grandes actores, y no los hallarán.

Es Bauville quien nos habla así, después de la lectura de un acto intitulado *Incroyables et Merveilleuses*, que habíamos escrito después de nuestra *Histoire du Directoire*.

Bauville es un «causeur» de divertida malicia, y cuanto refiere del teatro, con apartes tan filosóficamente cómicos y los retratos al agua fuerte de comediantas y comediantes, es delicioso, porque es

un actor perfecto para reflejar este mundo de los escenarios y posee el arte único, con su ironía aflautada y punzante, de exponer los bajos canallescos de las cosas de bastidores... Y paradojas encantadoras, enormes; paradojas de literato en cuyo fondo hiperbólico existe siempre un gramo infinitesimal de verdad o buen sentido, salen de sus labios a toda hora. Escuchémosle :

—Saben ustedes la fórmula de Durert y de Lausanne para hacer un «vaudeville»? Toman a Andrómeda; ¡ zás ! A Andrómeda. Ahora verán ustedes cómo se arreglan. De Andrómeda hacen un bombero. Después, sus celos, en el nudo de la pieza, se transforman en el deseo de obtener un estanco de tabacos...

Y así el resto.

10 diciembre.—Visita a Barriere de los *Debates*, que está enfermo.

Este amable viejo es un pozo de historietas. A propósito de un retrato encantador de la Duthé, que le decimos haber encontrado en casa de Mad. de Boigne, con motivo de un legado hecho a D'Osmond por el abate de Bourbon, nos cuenta que la conoció cuando niño. El padre de Barriere era joyero de la reina, y cierto día una bella dama fué a escoger en casa de su padre alhajas. La madre de Barriere, una linda mujer, como toda mujer muy recalcitrante para reconocer la belleza de otras, pre-

guntó a su marido cómo encontraba a esta dama, y como le dijese que muy hermosa: «¡ Oh, tiene demasiado largo el cuello!», repuso Mad. Barriere. Era la Duthé.

De la gran pecadora no me acuerdo por qué saltó la conversación; va a Thiers, y Barriere nos cuenta esta curiosa anécdota sobre el hombre de estado:

—Hace de esto largo tiempo, Thiers tenía veintitrés años, e iba a menudo a comer a casa de Barriere. Este guardaba de su infancia soldados de plomo. Después de comer ambos los ponían sobre una cómoda, y Thiers se divertía durante un rato en derribarlos con bolitas de pan. Así preludiaba los relatos de las batallas del Imperio. Bien pronto—añadió Barriere—la modesta casa de un pobre hombre de letras no pudo ya contener al político, en camino de emprender su vuelo.

Año 1857.

3 enero.—En la redacción de *L'Artiste*, Teófilo Gautier, cara pesada, rasgos caídos en el empaste de las líneas, una laxitud de rostro, fisonomía dormida, con las intermitencias de comprensión de un sordo, y alucinaciones de oído, que le hacen escuchar las voces por detrás cuando le hablan por delante.

Repite amorosamente esta frase: «De la forma nace la idea», que ha escuchado esta mañana a Flaubert, y que considera como la fórmula suprema de

la escuela y quiere que se grabe sobre las paredes. A su lado, Feideau, un hombrazo moreno y grave, un hombre de la Bolsa, con gorro egipcio, expone con frases solemnes un sistema de trabajo: acostarse a las ocho de la noche, levantarse a las tres, tomar tazas de café negro e ir trabajando hasta las once.

Aquí Gautier, saliendo como un rumiante de una digestión, interrumpe a Feideau:

—¡ Oh, eso me volvería loco! Yo, por la mañana, si me despierto es porque sueño que tengo hambre. Veo carnes rojas, grandes mesas nutridas, festines de Camacho. La carne me despierta. Cuando he desayunado, fumo. Me levanto a las siete y media, y esto me ocupa hasta las once. Entonces arrastro una silla, pongo sobre la mesa papel, plumas, tintero, los instrumentos de tortura; porque hastía; me ha hastiado siempre escribir..., ¡ es tan inútil! Escribo pausadamente, como escritor público... No voy de prisa, pero ando siempre, porque no busco lo mejor. Un artículo, una página es cosa de primera impresión; es como un niño: es o no es. No pienso jamás en lo que voy a escribir. Cojo la pluma y escribo. Soy literato y debo saber mi oficio. Heme aquí, delante del papel, como un clown sobre el trampolín... Y luego tengo una sintaxis muy en orden en la cabeza. Arrojo mis frases al aire... Estoy seguro que caerán sobre sus patas, como los gatos. Es bien sencillo; no hay que tener más que una buena sintaxis. Me comprometo a enseñar a escri-

bir a no importa quién. ¡ Podría abrir un curso de periodismo en veinticinco lecciones! Vean, he aquí un artículo mío; ni una tachadura... Y bien, Gaiffe, ¿ tú no traes nada?

—¡ Ah, amigo mío; es triste, yo no tengo talento, y lo reconozco; ahora me divierto con cosas cretinas; lo sé, pero no me importa, porque me hacen reír... Para mí, la literatura es un estado violento en el que no se sostiene uno sino por medios exagerados...

—¡ Tú eras «talentado»!

—No aspiro más que a dejarme rodar acompañado...

—¡ No te falta más que beber!

—Gracias... Si yo bebiera tendría fibrillas azules en la nariz... Las mujeres no me amarían; estaría obligado a poseer sólo a las mujeres de a peseta... Me volvería abyecto y repugnante, y entonces...

20 enero.—Como se hablaba en la redacción de *L'Artiste* de Flaubert, llevado—como nosotros—a los bancos de la policía correccional, y yo afirmase que se quería en lo alto la muerte del romanticismo, convertido en crimen de Estado, Teófilo Gautier se puso a decir:

—Verdaderamente, me sonrojo del oficio que tengo. Por las sumas módicas que necesito ganar para no morirme de hambre... No digo ni la mitad de la

cuarta parte de lo que pienso..., y todavía me arriesgo a cada frase a ser llevado a los tribunales.

5 marzo.—Carlos Blanc, en *L'Artiste*, reprocha a Teófilo Gautier, empleando antes el incensario, llevarlo todo al primer plano en sus artículos, no dejar reposo ni partes planas, dar igual brillo a todo cuanto hace.

—Vean lo desgraciado que soy—dice Gautier—; a mí, cuanto escribo me parece llano. Mis artículos más coloreados los encuentro grises, borrosos. Empleo rojo, amarillo, oro; emborrono como un desesperado, y nunca me parece brillante mi obra. Estoy aburrido, porque, no obstante, adoro la línea sobria, como Yngres... ¿Quieren ustedes saber mi opinión sobre Molière y su *Misántropo*? Me parece infecto; escribe como un cerdo.

—¡Oh! ¿Se puede blasfemar así?—grita Carlos Blanc.

—No, yo no siento a Molière. Hay en sus comedias un buen sentido grosero, innoble. Molière, lo conozco bien, lo he estudiado; estoy saturado de su obra típica, *Le Cocu imaginaire*, y para conocerla mejor he escrito una piececita paralela, *Le Tricorne cuchante*. No hablemos de la intriga, que no tiene importancia; pero en la lengua, en los versos, es mucho más fuerte la mía que la de Molière. ¡Para mí, Molière es Prudhomme escribiendo comedias!

—¿Se atreve a decir eso del *Misántropo*?—dijo Blac, cubriéndose el rostro con las manos.

—El «*Misántropo*»—continuó Gautier inmovible—es una verdadera inmundicia... Debo decirles que estoy muy mal organizado en cierto aspecto. Encuentro al hombre siempre igual; en los dramas, cuando el padre estrecha a la hija burlada contra los botones del chaleco, me es indiferente, y sólo veo las arrugas del vestido de la hija. Soy una naturaleza subjetiva. Les digo lo que siento. Después de esto no hay que esperar que yo escriba tales cosas. No disminuyo el mérito de las obras maestras consagradas. Pero el *Misántropo*...

II abril.—A las cinco se encuentran en *L'Artiste* Gautier, Feideau, Flaubert. Feideau, un fatuo, un satisfecho de sí mismo, pero con una vanidad de tan buena fe y tan cándida que desarma. Pregunta a Gautier, a propósito de la primera de sus *Saisons*, que debe aparecer :

—¿Encuentras que sea una perla? Porque yo no quiero dedicarte más que una perla.

En seguida se abre una ruidosa discusión sobre las metáforas. La frase de Massillon «Sus opiniones no tenían que enrojecer de su conducta», es aprobada por Flaubert y Gautier; pero la de Lamartine «Practicaba la equitación..., ese pedestal de los príncipes», es condenada sin apelación.

De las metáforas se pasa a las asonancias; una

asonancia, dicen, debe ser evitada, aunque estemos trabajando ocho días enteros para conseguirlo. Después, entre Flaubert y Feideau discuten pequeñas fórmulas del oficio, entre grandes gestos y gritos, procedimientos y mecánica del talento literario enfática y seriamente expuestos, teorías pueriles y graves, ridículas y solemnes sobre las maneras de escribir y los medios de hacer buena prosa; en fin, tanta importancia dada al vestido de la idea, a su color, a su trama, hacen que la idea no sea ya más que una pátera que colmar de sonoridades.

Nos ha parecido descender a una batalla de gramáticos del Bajo Imperio.

23 agosto.—Murger nos dice la oración fúnebre de Plandie, hecha por Buloz: «Hubiera querido perder mejor 20.000 francos.»

La verdad es que el viejo Buloz vertió verdaderas lágrimas sobre su amigo, que pudo sentir horror por el agua, pero que fué un carácter noble y desinteresado. Eduardo Lefevre nos cuenta un hecho raro en estos tiempos. Cuando Luis Napoleón estaba en Ibam escribiendo libros, en literato de ocasión, enviaba sus cuartillas a Mad. Corm para que los hiciera revisar. La mujer del pintor, que estaba en relación con la *Revue de deux mondes*, las confiaba a Planche, que las corregía con mucho trabajo y cuidado. Luis Napoleón lo supo, y cuando fué nombrado presidente hizo proponer a Planche, que no

reunía ninguna de las condiciones reglamentarias, para la Dirección de Bellas Artes. Planche rehusó.

Octubre.—El Café Riche parece en este momento convertirse en el punto de reunión de los literatos de guante blanco. Cosa extraña; los lugares hacen los públicos. Bajo este blanco y oro, sobre este terciopelo rojo, no osan aventurarse los hombres de la «Brasserie». Además, un grande hombre, Murger, está en camino de renegar de la bohemia y de pasarse con armas y bagajes a los escritores de mundo. Allá abajo se protesta contra la defección, contra la traición del nuevo Mirabeau. Es en el fondo del salón, que da a la calle Le Peletier, donde se reúnen de once a doce de la noche, al salir del teatro o de la velada, Saint-Victor, About, Mario Wihard, Fiorentino, Villemot, el editor Levy y el nervioso Anbryet, dibujando en los platillos de las consumiciones, extendidos por las mesas, o maltratando, bien a los mozos, bien a Scribe.

En el salón de entrada se observan muchos oídos aguzados que recogen las palabras de nuestro cenáculo; oídos de elegantes que están devorando sus fortunas, oídos de gentes de la Bolsa, de agentes de Rothschild, que traen del circo o de Mabilie horizontales de primera categoría, a las que ofrecen el pasatiempo de un te, mostrándoles de lejos con el dedo a los primeros papeles de nuestra «troupe».

Baudelaire come al lado nuestro. Está sin corbata,

el cuello desnudo, la cabeza pelada, en verdadera «toilette» de guillotinado. Pequeñas manos lavadas, cuidadas como manos de mujer, una cabeza de maníaco, una voz cortante como el acero y una elocuencia parecida a la precisión adornada de un Saint-Just.

Se defiende obstinadamente con cierta cólera de haber ultrajado las costumbres en sus versos.

Año 1858.

31 marzo.—¡ No será usted nunca condecorado ! Así comienza un amigo el relato siguiente :

—En Biarritz hay una biblioteca de veinticinco volúmenes, y su *Histoire de la société française pendant le Directoire* se encontraba allí. Damas-Hinarel dijo a la emperatriz : « Lea vuestra majestad este libro, un libro nuevo, que le interesará. » La emperatriz tomó el libro y se puso a leerlo, y al pronto tuvo un acceso de risa. El emperador se aproximó e interrogó ; la emperatriz mostró la palabra « tetudas » aplicada a las mujeres del Directorio. El emperador miró, releyó, se aseguró del epíteto, y cerró severamente el libro.

Domingo, noviembre.—Gavarni, Flaubert, Saint-Victor, Mario Uchard, comen en nuestra casa. Flaubert, una inteligencia influenciada por Sade, al que vuelve como a un misterio y una ignominia que le

engolosinan, «gourmand» de la monstruosidad, y feliz, según su expresión de ver a un pocero comer de lo que transporta, exclama, siempre a propósito de Sade :

—¡ Es la tontería más divertida que he encontrado !

Y dejando a Sade endereza enormes y pantagruélicas ironías contra los que atacan a Dios. Refiere que su individuo es conducido al pecado por un amigo, que dispara a un gavilán y retira de él una piedra sobre la cual está escrito : «No existo. Rubricado : Dios.» Y el amigo ateo le dice : «¡ Bien lo ves !»

Flaubert ha escogido para su novela antigua Cartago, como lugar de la civilización más corrompida del globo, y en seis meses no ha hecho todavía, dice, más que dos capítulos : una comida de mercenarios y un lupanar de efebos. (El capítulo ha debido ser suprimido.)

Saint-Víctor se pone a proclamar su catolicismo de artista y de literato, a decir que lee con enorme placer los debates del asunto Mortara, lleno de un interés apasionado por todo lo que toca a la mitología. «¡ Ah ! — exclama el original católico—, no conozco nada tan hermoso como una gran fiesta en San Pedro. Los cardenales, que leen en sus breviarios, tienen *poses* magníficas, lentamente recostados en sus sitaliales. ¿Les han visto ustedes, les

han visto? ¡Sí, la religión católica, en el fondo, es una famosa mitología!»

Un convidado compara a Aubryet con un gato sometido a una corriente eléctrica; otro enumera los diarios en posesión de los judíos: *La Presse*, *Le Constitutionnel*, *Les Debats*, *Le Courrier de Paris*, declarando que la literatura está ya domesticada por ellos.

La comida termina por un humorístico relato de una ejecución en Londres hecha por Gavarni. Una lluvia fina; llueve siempre que se ahorca; el paciente con impermeable y gorro de algodón; un ministro anglicano que le lee *El buen Ricardo* mientras se distribuyen entre la multitud tortitas de almendras blancas.

Año 1859

27 enero.—Esta mañana, Scholl me dice una bonita frase sobre Barrière: «Sí, sí, tiene talento, pero no sabe hacérselo perdonar.»

En el Café Riche, un viejo está a mi lado. El mozo, después de haberle enumerado todos los platos, le pregunta qué desea. «Desearía—dice el viejo—, desearía... tener un deseo.» Este viejo es la Vejez.

11 mayo.—Llaman. Es Flaubert, a quien se ha dicho que habíamos visto en alguna parte una maza

de aplastar que parecía cartaginesa, y viene a preguntarnos por la dirección de la colección. Nos cuenta su embarazo con motivo de su novela cartaginesa: no tiene aún nada de ella. Para encontrar es preciso inventar lo verosímil... Y se pone a mirar, con el placer exuberante de un niño que contempla una tienda de juguetes y se divierte una hora, nuestros cartones, nuestros libros, nuestro pequeño museo.

Flaubert se parece extraordinariamente a los retratos de Federico Lemaitre, joven. Es corpulento, ancho de espaldas, con hermosos ojos grandes, saliendo de unas órbitas un poco hinchadas, mejillas llenas, bigotes ásperos y caídos, tez matizada de rojo. Pasa cuatro o cinco meses en París, no yendo a ninguna parte, visitando sólo a algunos amigos, llevando la vida de oso que llevamos todos, Saint-Víctor como él, y nosotros como Saint-Víctor.

Esta *osería* del literato del siglo XIX es curiosa cuando se la compara con la vida mundana de los del siglo XVIII, desde Diderot a Marmontel. La burguesía de la hora actual no busca apenas al hombre de letras más que cuando éste está dispuesto a aceptar el papel de objeto curioso, de bufón o de *cicerone*, en el extranjero.

14 mayo.—Carlos Edmond, que ha vivido en todas partes y conocido a todo el mundo, nos refiere, a propósito de la susceptibilidad de los italianos,

que hace siete años se encontró en Niza al mismo tiempo que Orsini, con quien hizo amistad íntima. Una mañana, Orsini le invitó a almorzar; pero él rehusó, diciéndole, en broma, que era un comensal serio, devoto del trozo de carne, y que los italianos se alimentaban con polenta y macarrones. Otro día que fué a almorzar a casa de una condesa rusa, a quien Orsini hacía la corte, un conde, Pepoli, amigo común de Orsini y Carlos Edmond, le hizo llamar a la antecámara y le dijo que Orsini había consagrado toda su vida a la patria italiana y sentía como la más mortal injuria cualquier ofensa a la bandera italiana... Y, de deducción en deducción, Carlos Edmond descubrió que el conde venía como padrino, a causa de su broma sobre la polenta y los macarrones.

Salió la condesa, que se burló de tal modo de Orsini, que, avergonzado éste de su loca susceptibilidad, hizo las paces con Carlos Edmond.

22 de mayo.—Encontramos a About en casa de Carlos Edmond. Paseándonos por el bosque de Bellevue, habla, se descubre, se expansiona. Es la medida de inteligencia de un hombre de mundo muy avisado, de conversación artificiosa. Nos habla de su persona, de su caballo, ya gris; de su madre, de su hermana, de su familia, de su castillo de Saverne, de sus cinco criados, de las dieciocho personas que tiene siempre a su mesa, de su caza, de su ami-

go Sarcey, cuya novela *Salones de provincia* parece de un Balzac bien escrito; de su desilusión al releer *Nuestra Señora de París*, de las cualidades de Ponsón du Terrail. Es el yo del éxito, pero nunca bailante pesado, nunca demasiado insoportable, y colocado por monerías espirituales, por caricias literarias, en el grupo de escritores contemporáneos, a los cuales sirve citas de sus libros. En su conversación, ni un átomo que no sea terrestre, parisién, periodístico.

Nos habla de su libro *La question romaine*, que acaba de publicar. Nos dice, y le creemos, que el emperador ha corregido las pruebas, que Fould ha trabajado en él, que Morny ha proporcionado el final. About añade que Fould le ha confiado que se preparan habitaciones al papa en Fontainebleau, si por azar se mostraba rebelde o si Antonelli cambiaba.

Año 1860

Jueves 12 de enero.—En nuestra mesa tenemos a Flaubert, Saint-Víctor, Aureliano Scholl, Carlos Edmond, Julie, Mad. Doche, coquetamente tocada con una redecilla roja. Se habla de la novela *Ella y él*, de Mad. Colet, en que Flaubert es ferozmente pintado bajo el nombre de Leoncio... En los postres, Mad. Doche se va al ensayo de *Penélope normanda*, que debe representarse al día siguiente; y la acom-

pañan Scholl y Saint-Víctor, que no tiene asunto para su crónica.

Entre los que quedan se habla del teatro, y Flaubert se entretiene en bromear, como de costumbre: «El teatro no es un arte—exclama—; es un secreto..., y lo he sorprendido en sus poseedores. Helo aquí. Desde luego, es preciso tomar vasos de ajeno en el Café del Circo; después, decir de toda comedia: no está mal, pero... ¡hay que hacer cortes, hacer cortes! O repetir todavía: ¡No está mal..., pero no hay comedia! Y, sobre todo, hacer planes, nunca comedias. Tengo presentido el secreto de un idiota, pero quien lo posee es Rounat. Es él quien ha encontrado esta frase sublime: «¡Beaumarchais es un precipicio!»... ¡Beaumarchais!... ¡Ah! ¡Que intenten tales cochinos forjar un solo tipo como Cherubin!»

La conversación va de unos a otros de nuestro mundo, de la dificultad de encontrar gentes con quienes se pueda vivir y que no sean ni degenerados, ni insoportables, ni burgueses, ni mal educados. Y se lamenta lo que le falta a Saint-Víctor, de quien se haría el mejor amigo si llegase alguna vez a verdaderas expansiones cordiales en el momento en que toca el límite de las expansiones del espíritu; después de tres años de amistad, tiene súbitas actitudes glaciales, fríos apretones de manos, como para un desconocido. Flaubert explica al hombre por su educación, afirmando que las tres educa-

ciones, religiosa, militar y escolar, le marcan con un sello indeleble.

Y quedamos solos Flaubert y nosotros en el salón, lleno de la niebla de los cigarros. Flaubert, yendo y viniendo rápidamente, acariciándose la calvicie, que se va asemejando a una bola lustrosa, se expande en palabras, desbordante, entregándose a nosotros como a hermanos de su espíritu.

Nos cuenta su vida retirada, salvaje hasta en París, donde se encierra con la llave echada. No tiene otra distracción que comer los domingos con madame Sabatier, la *presidenta*, como se la llama entre los nuestros. Tiene horror al campo. Trabaja diez horas diarias, pero pierde mucho tiempo en lecturas y haciendo *novillos* estudiantiles alrededor de su libro. No se acalora apenas sino hacia las cinco, cuando lleva mediado el trabajo... No puede escribir sobre papel blanco, teniendo necesidad de cubrirlo de ideas, como el pintor que mancha su lienzo con las primeras tonalidades...

De pronto, refiriéndose a los que se fijan en la elección de un epíteto, el ritmo de una frase, lo *acabado* de una cosa, exclama: «¿Comprenden ustedes la imbecilidad de trabajar buscando las asonancias de una línea o las repeticiones de una página? ¿Para qué?... ¡Jamás, aun cuando la obra triunfe, viene el éxito por allí, ni es tampoco el éxito que queremos que venga! No es por tal lado por donde triunfó *Madame Bobary*... La forma, ¡oh!, la for-

ma; pero ¿quién en el público se alegra y satisface con la forma? Y noten que la forma es la que nos hace sospechosos a la Justicia, a los Tribunales clásicos... ¡Clásicos! ¡Oh, qué farsa! Nadie ha leído los clásicos. No hay ocho escritores que hayan leído a Voltaire; leído, ya me comprenden ustedes. ¿Y habrá cinco en la Sociedad de Autores Dramáticos que puedan decir los títulos de las obras de Corneille?»

El arte por el arte, en ningún tiempo ha tenido su consagración como en el discurso de la Academia de un clásico, de Buffon: «La manera con que se enuncia una verdad es más útil a la humanidad que la verdad misma.» Creo que éste es el arte por el arte. Y La Bruyère: «El arte de escribir es el arte de definir y de pintar.» Aquí Flaubert nos confiesa sus tres breviaros de estilo: La Bruyère, algunas páginas de Montesquieu, algunos capítulos de Chateaubriand.

Y, con los ojos fuera de las órbitas, la tez encendida, los brazos levantados en un impulso de Anteo, lanza del pecho y la garganta fragmentos del *Diálogo de Scylla y Eúcrates*, cuyo ruido nos arroja al rostro, ruido que parece el rugido de un león.

Entonces, volviendo a su novela cartaginesa, nos cuenta sus búsquedas, sus lecturas, los volúmenes de notas que ha tomado. «¿Saben ustedes toda mi ambición? Aspiro a que un hombre honrado, inte-

ligente, se encierre cuatro horas con mi libro, para darse un hartazgo de *haschich* histórico.»

Añade luego una nota melancólica: «Después de todo, el trabajo es todavía el mejor medio de escamotear la vida.»

Domingo 29 de enero.—Hemos pasado la velada en casa de Flaubert, con Bouilhet. Conversación sobre Sade, al que vuelve siempre, fascinado, el espíritu de Flaubert. «Es la última palabra del catolicismo—dice—. Me explicaré. Es el espíritu de la Inquisición, el espíritu de la Iglesia de la Edad Media, el espíritu de la tortura, el horror a la naturaleza... ¿No observan ustedes que no hay ni un animal, ni un vegetal, en Sade?»

Flaubert nos cuenta después su primer amor. En un hotelito de Marsella, en que unas señoras de Lima se habían instalado con un mobiliario de ébano incrustado de nácar, que era la admiración de los viajeros; tres mujeres en peinador de seda, vestidas de nankín y calzadas con chinelas; el mundo que entreveía en su *patio* lleno de flores tropicales era de un exotismo tentador. Una mañana, volviendo de la costa, encontró a una de esas tres mujeres sola, una magnífica criatura de unos treinta y cinco años, y la envió uno de esos besos en que va el alma... Constituyeron aquellos amores una fuente de delicias, de lágrimas después; luego, de cartas, de nada, por último.

Volvió varias veces a Marsella, pero nunca pudo saber lo que fué de las tres mujeres. La última vez, regresando de Túnez con ocasión de su novela de Cartago, no encontró ya la casa. Después de buscar mucho, la divisó, convertida en bazar de juguetes, y en una peluquería el entresuelo. Subió, se hizo afeitar, y reconoció todavía en la pared el papel de la antigua habitación.

21 noviembre.—Todo este tiempo hemos trabajado en nuestra novela *Sor Filomena*. Cuando se ha trabajado toda la jornada, cuando vuestro pensamiento está acalorado el día entero, sobre el papel, sin el contacto del aire exterior y de las distracciones, la cabeza, que sentís durante el día pesada por el funcionamiento cerebral, os parece a la noche llena de un gas ligero, espiritual, difusivo.

Domingo 23 diciembre.—Pasamos una parte de la noche en el hospital, para hacer estudios relacionados con *Sor Filomena*.

.....

Llegamos al lecho de un tísico que acaba de expirar en el mismo instante. Miro y veo un hombre de cuarenta años, la parte alta del cuerpo elevada con almohadas; un chaleco de lana, mal abotonado, sobre el pecho; tendidos los brazos fuera de la cama, la cabeza un poco ladeada y echada para atrás. Se notan las cuerdas del cuello, una barba

fuerte y negra, la nariz consumida, los ojos hundidos; alrededor de la cara, sobre la almohada, sus cabellos parecen un paquete de hilos húmedos. La boca es grande, abierta, como la de un hombre cuya vida se ha exhalado buscando aire sin encontrarlo. Está todavía caliente bajo la escultura de la muerte. Esta muerte ha despertado una imagen en mi memoria: el ahorcado de Goya.

.....

Después he visto venir, en la sombra, muy lejos, muy lejos, más allá del arco de cristales, un pequeño resplandor, que se ha agrandado hasta convertirse en luz. Algo blanco marchaba con esta luz, esclarecido por ella. Abrióse la puerta del arco, y dos mujeres, una con la vela en la mano, entraron en la gran sala. Era la hermana, que hacía su ronda, acompañada de una *bonne* de la comunidad. La hermana, una novicia sin duda, porque no tenía el velo negro, iba toda de blanco, de un blanco lanoso, con una venda sobre la frente.

Se han acercado a un lecho, la hermana a la cabecera, la *bonne* al pie, alzando la vela. Entonces he oído una voz tan dulcemente débil, que he creído que era la voz de la enferma. No; era la hermana, que hablaba a una vieja con voz de caricia, una voz imperiosamente calmante, como se emplea con los niños amados, cuando se les tiene que hacer una cosa que no quieren. «¿Sufre usted del vientre?»

La vieja enferma ha gruñido, malhumorada, algo ininteligible. La hermana ha levantado la cobertura, ha tomado en sus brazos a la enferma infecta, la ha vuelto sobre la espalda, una pobre espalda maltratada; ha retirado prestamente de bajo el cuerpo, cambiado de lugar la sábana manchada, y, siempre hablándola, sin cesar un momento de acariciarla con la voz, diciéndola que se le iba a poner una cataplasma, que se la iba a dar de beber..., y la escena ha terminado en el bacín.

En verdad, esto produce admiración al corazón y es de una grandeza sencilla.

Año 1861

18 de enero.—Murger se está muriendo de una enfermedad en que se cae a pedazos, estando vivo. Queriendo cortarle el bigote, el otro día, se fué el labio con los pelos. La última vez que vi a Murger, en el Café Riche, hace un mes, tenía buena cara, estaba alegre, feliz. Venía de estrenar un acto con éxito en el Palais Royal. A propósito de ello, los periódicos habían hablado de él, lo que no hicieron con todas sus novelas, y nos decía que era estúpido romperse los cascos en hacer libros, que no producían ninguna satisfacción ni reportaban nada..., y que en adelante iba a escribir para el teatro y a ganar dinero sin dolor.

Esta muerte tiene el color de una muerte de la Escritura, de un castigo divino contra la bohemia, contra esta vida en pugna con la higiene del cuerpo y del alma, que hace que a los cuarenta y dos años un hombre se vaya de la vida no teniendo ya suficiente resistencia para sufrir, quejándose sólo del olor a carne podrida que hay en su alcoba... y que ignora que es la suya.

Domingo 31 de marzo.—Comida con los actores Sari y la Lagier. Sari habla curiosamente de sus figurantes a franco, de sus coristas a franco y medio, de esta enfermedad incurable del teatro, que hace que, cuando se es contagiado, se recaiga siempre; de esta enfermedad que es como la prostitución y la mendicidad. Nos dice: «Estos obreros, en su mayoría muy inteligentes en su ramo, dejan salarios de 10 francos diarios, para ganar sólo una comida de veinte céntimos en la taberna, seducidos, alocados por la vida accidentada del teatro, la camaradería de hombres y mujeres, los chismes de bastidores y el interés febril por los fracasos y éxitos de las obras representadas y por la *electrización* por los bravos del público.»

Madame Lagier intenta definir el olor *sui generis* del teatro; este olor de conjunto hecho con el olor del gas mezclado al de madera quemada, al del polvo *pimentado* de bastidores y al de la pintura de cola de las decoraciones, haciendo con todo un mun-

do ficticio, una atmósfera que hace *relinchar* a la actriz que entra en escena.

Y del olor del teatro pasa a los perfumes preferidos por actores y actrices, contando que Federico Lemaitre representaba siempre con trozos de vainilla cosidos a los forros de sus trajes.

Lunes 6 de mayo.—Estamos, a las cuatro, en casa de Flaubert, que nos ha invitado a la lectura de *Salambó*, en compañía del pintor Gleyre. De cuatro a siete, Flaubert lee con su voz mugiente y sonora, que os mece con un ruido semejante al bordonado del bronce. A las siete se come, y en seguida, después de fumar una sola pipa, la lectura recommienza, y lee, resumiendo fragmentos que analiza y de los que no todos están terminados, llegando así al último capítulo. Son las dos.

Voy a escribir lo que pienso de la obra de un hombre que estimo y cuyo primer libro admiro sin reserva. *Salambó* está por debajo de lo que yo esperaba. La personalidad del autor, tan bien disimulada en *Madame Bovary*, se transparenta aquí, declamatoria, melodramática, enamorada de los colores vivos, de lo resplandeciente. Flaubert ve el Oriente, y el Oriente antiguo, desde el aspecto argelino. El esfuerzo, sin duda, es inmenso; la paciencia, infinita, y, no obstante mi crítica, el talento, grande; pero en este libro, nada de esas intuiciones, nada de esas clarividencias por analogía, que

hacen encontrar trozos de las almas que ya no existen. En cuanto a la reconstrucción moral, el buen Flaubert se ilusiona; los sentimientos de sus personajes son los sentimientos vanos y generales de la humanidad, no los sentimientos de una humanidad particularmente cartaginesa, y su Matho no es, en el fondo, más que un tenor de ópera en un poema bárbaro.

No se puede negar que por la voluntad, el trabajo, la curiosidad del color, tomado de todos los colores de Oriente, no llegue en algunos momentos a transportar vuestro cerebro, vuestros ojos, al mundo de su invención; pero produce en seguida el aturdimiento en las visiones por la falta de gradación de los planos, el brillo permanente de los matices y la extensión interminable de las descripciones.

11 julio.—Como esta noche con Carlos Edmond, que acaba de pasar algunos días con Hugo en Bruselas. El poeta, cuando él llegó, había escrito la palabra *fin* sobre *Los Miserables*, y le dijo: «Dante ha hecho un infierno dentro de la poesía; yo he procurado hacerlo dentro de la realidad.»

Hugo soporta con perfecta indiferencia el destierro, no admitiendo que la patria sea solamente la tierra de un determinado suelo, y repitiendo: «¿Qué es la patria? ¡Una idea! ¿Qué es París? No tengo

necesidad de él. Es la calle de Rívoli, y yo odio la calle de Rívoli.»

Lunes 18 de octubre.—Sainte-Beuve, que nos ha escrito para hacer conocimiento intelectual con nosotros, viene a las dos a casa. Es un hombre pequeño, redondo, tímido, rústico de apariencia, de vestir aldeano, una especie de silueta a lo Beranger. Gran frente, cráneo calvo y brillante, grandes ojos a flor de rostro, nariz de curioso, de sensual, de *gourmand*; boca grande, de feo dibujo rudimentario, ocultado por una amable sonrisa; carrillos particularés—carrillos salientes y abombados como enormes lobanillos. Al verle, con su frente blanca, sus mejillas coloradas, la carnación rosa y muñequil del resto de la cara, se le tomaría por un bibliotecario de provincias que viviese a la sombra de un claustro de libros, bajo el cual tendría una bodega de generoso borgoña.

Habla con amabilidad y toquecitos menudos, sin emplear jamás largos trazos de pincel; su conversación se asemeja a la paleta de un colorista de acuarela, toda cargada de lindos, delicados y tímidos tonos.

Martes 15 de noviembre.—Pienso, a veces, que llegará un día en que los pueblos modernos gozarán de un Dios *a la americana*, de un Dios que habrá sido hombre y que contará con el testimonio de varios peñodiquitos; un Dios semejante figurará en

las iglesias con una imagen, no elástica y a gusto de los pintores, no flotando sobre el velo de la Verónica, sino recogida en un retrato de fotografía. Sí, me figuro un Dios en fotografía y llevando lentes.

Ese día la civilización habrá llegado a su colmo y se verán en Venecia góndolas de vapor.

Año 1862

Lunes, 3 de marzo.—Vamos a casa de Teófilo Gautier. Le preguntamos si le molestamos. «De ningún modo. No trabajo en casa nunca; sólo trabajo en el *Moniteur*, en la imprenta. Van componiendo a medida que escribo. No hay nada que me haga correr como el olor de la tinta de imprenta. Simboliza la ley de la urgencia. Es fatal. Debo entregar forzosamente cuartillas. No puedo trabajar más que allí... No lograría ahora hacer una novela, si al propio tiempo que la escribo no se imprimiera de diez en diez líneas... La corrijo sobre las pruebas. Lo que se hace resulta impersonal, mientras que el borrador es uno mismo; la mano está unida a la obra por hilos que nunca se desprenden del todo. Salgo de los escondrijos para poder escribir. Me hace falta el movimiento a mi alrededor; si me encierro para trabajar, la soledad me entristece. Se trabaja todavía bien en la cocina, con tabaco, una mesa de pino, papel azul de 35 céntimos

la resma, el orinal en un rincón, no teniendo que bajar a orinar...»

De esto salta Gautier a la crítica de la *Reina de Saba*. Y como le confesamos nuestra sordera musical y que sólo nos gusta la militar, «¡ Pues bien, replica ! Me agrada lo que me dicen, porque me sucede lo mismo. Prefiero el silencio a la música. Solamente que he llegado, habiendo vivido parte de mi vida con una cantante, a distinguir la buena y la mala música; pero ésta en sí me es indiferente... Es curioso que todos los escritores sientan lo mismo. Balzac la execra. Hugo no puede sufrirla. Lamartine mismo, que es un piano en venta o de alquiler, la tiene horror... Sólo hay algunos pintores a quienes guste...»

«En música se está ahora en un «gluckismo» abrumador, cosas largas, lentas, lentas; se retorna al canto llano. Gounod es un asno. Hay en el segundo acto dos coros de judíos y sabeos que cacarean cerca de la piscina antes de lavarse. Estos coros son buenos, y es todo. La sala respiró, lanzando un ¡ ah ! de alivio; tanto se aburrió en el resto. ¿ No preguntan por Verdi ? Verdi es un Demery. Ha tenido la idea, cuando las palabras son tristes, de hacer *trôn, tron, tron*, en lugar de *tra, tra, tra*. En un entierro no introducirá aires de copla popular que en Rossini no faltarían : éste, por ejemplo, en *Semíramis* hace entrar la sombra de Nino con un aire

de vals encantador. He ahí todo el genio musical de Verdi.»

Gautier se pone luego a añorar su tiempo: «Es tal vez que comienzo a ser viejo; pero no me encuentro en la actualidad... No me siento ya contemporáneo. Sí, en 1830 todo fué soberbio; pero entonces era demasiado joven, no estaba en plena corriente ni maduro...; de otro modo habría producido otra cosa...»

La conversación va a Flaubert, sus procedimientos, su paciencia, su trabajo de siete años para su libro de 400 páginas. «Figúrese usted, exclama Gautier que el otro día Flaubert me dijo: He acabado; no tengo que escribir más que una docena de páginas, pero ya tengo todos mis golpes de frases. Así, escribe previamente finales de párrafos que todavía no ha hecho. ¡Tiene sus golpes! Esto es original, ¿eh? Por mi parte, considero que es preciso, sobre todo en la frase un *ritmo ocular*. Por ejemplo: una frase que es muy larga en sus comienzos no puede acabar bruscamente, como no sea por un efecto. Luego, muy a menudo, el ritmo de Flaubert es para él solo y se nos escapa a los demás. Un libro no se hace para ser leído en alta voz, y él se declama a sí mismo los suyos. Por eso hay en sus frases algo declamatorio, que le parece armonioso; pero es preciso leer como él para encontrar el efecto de sus declamaciones.

En el fondo, el pobre hombre tiene un remordimiento que emponzoña su vida. Le llevará a la tumba. No lo saben ustedes, pero este remordimiento consiste en haber juntado en *Madame Bovary* dos ablativos el uno sobre el otro: «Una corona de flores de azahar». Esto le aniquila, pero se puso a buscar y le fué imposible construir de otro modo...»

Nos lleva al comedor, en que sus hijas desayunan; después, al piso superior, a un despachito desde donde se ve un puerto con árboles pequeños, dividido en cuadros de legumbres. Allí nos muestra los regalos de los artistas reconocidos a sus críticas, pobres regalos, que atestiguan toda la avaricia de este mundo del Arte para un hombre que ha levantado tantos pedestales en sus crónicas y ha rodeado de gloria nombres desconocidos bajo la égida de sus bellas frases y sus descripciones de color.

Jueves, 27 de marzo.—Las hijas de Gautier tienen un encanto singular, una especie de languidez oriental, miradas lentas y profundas, veladas por la sombra de sus bellas pupilas, una pereza y una cadencia de gestos y de movimientos que heredan de su padre, pero elegantizados por la gracia de la mujer; un encanto que no es francés, pero que está mezclado con toda suerte de cosas francesas, de picardías un poco masculinas, de palabras juveniles, de muequecitas, de monadas, de alzamientos de hombros, de ironías mostradas con los gestos par-

lantes de la infancia, cosas todas que las hacen muy diferentes de las demás muchachas, lindos seres muy personales en que se notan francamente, de un modo casi transparente, las antipatías y simpatías. Muchachas que aportan al mundo la libertad de palabra y la osadía de formas de una mujer que lleva la cara oculta por un antifaz, y en cuyo fondo se percibe una sencillez, un candor, una expansión cariñosa, que no se encuentra en las otras.

Una de ellas, faltando al respeto, por lo bajo, a su madre, que quiere impedirle beber champagne, me cuenta su primera pasión de convento, su primer amor, por un lagarto que la miraba con sus dulces ojos; un lagarto que estaba siempre sobre ella y que sacaba en todo momento la cabeza por la abertura de su corpiño para mirarla y desaparecer. Pobre lagartijillo que una compañera celosa aplastó, malignamente, y que la buscó, arrastrando sus entrañas, para morir cerca de ella. Y me confió ingenuamente que le abrió una tumba, sobre la que puso una cruccecita, y no quiso volver a misa, pues su religiosidad había muerto, sublevada por la injusticia de esta muerte.

29 de marzo.—Flaubert está sentado en su diván, con las piernas cruzadas a la turca. Habla de sus proyectos, sus ambiciones, sus sueños de novelas. Nos confía el gran deseo que ha tenido, deseo al cual no ha renunciado, de escribir un libro sobre el

Oriente moderno, sobre el Oriente con vestido de etiqueta. Se anima con todas las antítesis que su talento encontraría en el asunto. Escenas en París, escenas en Constantinopla, escenas sobre el Nilo, escenas de hipocresía europea, escenas salvajes a puerta cerrada, allá, con ahogados y decapitados por una sospecha o un malhumor; una obra que se parecería bastante, según su comparación, a esas naves que tienen sobre el puente, a proa, un turco vestido por Dusantoy, y a popa, bajo el puente, el harén con sus eunucos y toda la ferocidad de las costumbres del viejo Oriente.

Flaubert se entusiasma con la pintura de todos los canallas europeos, griegos, italianos, judíos, que haría danzar alrededor de su héroe, y se extiende sobre los curiosos contrastes que presentaría aquí y allá el oriental civilizándose y el europeo tornando al estado salvaje.

De este libro que fermenta en su cerebro, Flaubert pasa a otro que dice acariciar hace largo tiempo: una inmensa novela, un gran cuadro de la vida ligado a una acción, que sería el aniquilamiento de los unos por los otros, en una sociedad basada sobre la asociación de los 13, y en que se vería al penúltimo de los supervivientes, un hombre político, enviado con motivo de una buena acción a la guillotina por el último, que será un magistrado.

Flaubert querría también escribir dos o tres nove-

litas sin incidentes, muy sencillas, que simbolizarían el marido, la mujer y el amante.

Por la noche, después de comer, vamos a casa de Teófilo Gautier, que encontramos todavía en la mesa a las nueve, celebrando un vinillo de Pouilly, que, con él, declara muy agradable el príncipe Radziwill, su comensal. Gautier se muestra alegre como un niño: una de las gracias mayores de las inteligencias privilegiadas.

Se levantan de la mesa, vamos al salón y piden a Flaubert que baile *L'idiot des salons*. Le prestan un frac, se levanta el cuello; no se sabe lo que hace con su pelo, su cuerpo, su fisonomía, pero queda transformado de repente en una formidable caricatura del embrutecido. Gautier, a su vez, se quita la levita, y perlado de sudor, con el grueso trasero apoyado en las corvas, danza el *Pas du creamier*, y la velada termina con cantos bohemios, melodías feroces, en las que el príncipe da la nota más estridente.

30 de marzo.—En el piso cuarto del número dos de la calle Racine. Un hombrecito vulgar abre y dice sonriente: «¡Señores de Goncourt!», abriendo luego la puerta de una gran pieza, una especie de estudio.

De espaldas al balcón del fondo, por donde entra una luz crepuscular, se halla una sombra gris que se destaca sobre esta claridad pálida; una mujer que

no se levanta, que continúa inmóvil, no obstante nuestro saludo de cuerpo y palabra. Esta sombra, sentada, con aire sonambulesco, es madame Sand, y el hombre que nos ha abierto es el grabador Manceau. Madame Sand tiene un aspecto automático. Habla con voz monótona y mecánica, que no sube ni baja ni se anima. En su actitud hay una gravedad, una placidez, algo del sopor del rumiante. Y los gestos lentos, lentos, gestos, por así decirlo, de sonámbula, gestos al fin de los cuales se ve incesantemente — y siempre con los mismos movimientos mecánicos—el frotamiento de una cerilla que arroja una llamita, y enciende un cigarrillo en los labios de la mujer.

Madame Sand ha estado muy amable, muy lisonjera para nosotros, pero con una infantilidad de ideas, una simpleza de expresiones, una bondad melancólica que da frío, como una habitación desmantelada. Se habla de su teatro de Nohaut, donde se representa para ella sola y su doncella hasta las cuatro de la madrugada... Luego hablamos de su prodigiosa potencia de trabajo, de la cual nos dice que no tiene mérito, porque siempre le fué fácil. Trabaja todas las noches desde la una hasta las cuatro, vuelve a trabajar durante el día dos horas y, añade Manceau, que parece explicarse como un exhibidor de fenómenos: «Es indiferente que se la distraiga... Supongan ustedes que tienen abierta una espita en

su casa ; entran, la cierran, pudiendo abrirla de nuevo cuando les venga en gana. Así es madame Sand.» «Sí—añade madame Sand—, me es igual ser interrumpida por personas simpáticas, por pobres que vienen a hablarme...» Aquí una notita humanitaria.

Cuando nos despedimos, se levanta, nos da la mano y nos acompaña. Entonces vemos un poco de su cara buena, dulce, tranquila, con colores apagados, pero líneas todavía delicadamente dibujadas en su tez pálida, tez de color ambarino. Hay en el fondo una tenuidad y una fina cinceladura de contornos que no dan sus retratos, donde su semblante se embastece y espacia.

Lunes 7 de abril.—Hoy he visitado a un loco, un monstruo, uno de esos hombres que confinan con el abismo. Por él, como por un velo desgarrado, he entrevisto un fondo abominable, un lado espantoso de la aristocracia del dinero embotada, de la aristocracia inglesa, que aporta la ferocidad al amor, y cuyo libertinaje no goza más que con el sufrimiento de la mujer.

En el baile de la Opera había sido presentado a Saint-Víctor, un joven inglés, que le decía sencillamente, a manera de entrada de conversación : «No se encuentra apenas con qué divertirse en París ; Londres es infinitamente superior, pues hay una casa «muy bien», la casa de mistress Jenkins, con muchachas de alrededor de trece años, a las cuales

desde luego se las puede pegar, aunque no tan fuerte como a las mayores. Se les puede también pinchar con alfileres, no muy largos, de este tamaño (y enseñaba el fin de su dedo). Sí, se ve sangre...» El joven inglés añadía plácidamente: «Tengo los gustos crueles, pero respeto a los hombres y a los animales... Hace tiempo alquilé con un amigo una ventana, a fin de ver ahorcar a una homicida, y llevamos con nosotros mujeres para «hacerlas cosas—tenía siempre palabras decentes—en el momento en que fuera ahorcada. Hicimos solicitar del verdugo que levantara un poco la falda a la condenada al suspenderla... Pero, desgraciadamente, la reina concedió el indulto en el último momento.»

Hoy, Saint-Víctor me introduce en la casa de este original terrible. Es un hombre de treinta años, calvo, las sienas hinchadas como una naranja, los ojos de un azul claro y agudo, la piel extremadamente fina, dejando ver la red venosa subcutánea, cabeza—es extraño—que parece la de uno de esos jóvenes sacerdotes demacrados y extáticos que rodean a los obispos en los viejos cuadros. Un joven elegante, con un poco de rigidez en el brazo y los movimientos del cuerpo a la vez mecánicos y febriles de persona atacada en la medula, con excelentes formas, cortesía exquisita y dulzura de maneras muy particular.

Ha abierto un gran mueble alto, en donde se encuentra una curiosa colección de cuentos eróticos

admirablemente encuadernados, y me tiende un MEIBOMIUS, *Utilidad de la flagelación en los placeres del amor y del matrimonio*, encuadernado por uno de los mejores artistas de París con los hierros interiores representando falos, cabezas de muerto, instrumentos de tortura, de los que dió el dibujo, y nos dijo: «¡ Ah !, estos hierros... por de pronto, no quiso ejecutarlos el encuadernador... Entonces le presté mis libros... Ahora hace a su mujer muy desgraciada..., hiere a las muchachitas... Pero yo he tenido mis hierros.» Y mostrándonos un libro para encuadernar: «Para este volumen espero una piel, una piel de mujer..., que uno de mis amigos me ha proporcionado... Se la curte..., necesita seis meses para curtirse... ¿Quieren ver mi piel? Pero no tiene interés... Hubiera sido preciso arrancarla de una muchacha viva... Felizmente, tengo a mi amigo el doctor Bartsh, que viaja por el interior de Africa..., y en las matanzas allí frecuentes me ha prometido hacer arrancar una piel como esa sobre una negra viva.»

Y contemplando todo con mirada maníaca, las uñas de sus manos tendidas hacia adelante, habla, habla continuamente, y su voz, un poco cantarina, deteniéndose y prosiguiendo casi sin interrupción, os introduce en los oídos sus canibalescas palabras como con una barrena.

27 de abril.—Sí, M. Thiers pasará a la posteridad

como un *amateur*; lleva el gusto de la limpieza hasta hacer raspar la pátina de los bronceos antiguos de su colección.

14 de junio.—Pocos saben sobre qué lecho murió Beranger. Exhaló su último aliento sobre el lecho articulado en que la emperatriz dió a luz al príncipe imperial, lecho que las Tullerías regalaron al poeta del gran emperador.

16 de agosto.—Llaman a las diez de la mañana. Carta del médico: Rosa, nuestra vieja sirvienta, ha muerto.

¡Qué vacío! ¡Qué desgarradura en nuestro interior! Un hábito, una afección de veinticinco años, una mujer que sabía nuestra vida, abría nuestras cartas en la ausencia, a quien contábamos nuestros asuntos. Cuando era pequeño había jugado al corro con ella, y me compraba con su dinero pasteles de manzanas en nuestros paseos. Esperaba a Edmundo hasta la mañana cuando iba, a escondidas de mi madre, al baile de la Opera... Era la enfermera admirable, en cuyas manos mi madre moribunda entregó las nuestras... Tenía las llaves, lo llevaba y hacía todo alrededor nuestro. Después de veinticinco años nos tapaba en nuestros lechos todas las noches, con las mismas bromas sobre su fealdad y la desgracia de su físico...

Pesares y alegrías los compartía con nosotros,

fragmento de nuestra vida, mueble de nuestro aposento, resto de nuestra juventud.

¡Ironía de las cosas! Esta noche tenemos que comer en casa de la princesa Matilde, que nos ha invitado y quiere conocernos.

¿Qué es la vida? Nada más que el usufructo de una agregación de moléculas.

19 de octubre.—Una frase que lo dice todo acerca de los judíos, que explica su fortuna, su potencia, su rápida ascensión en este siglo del dinero. Mirés afirmó a Saint-Víctor que en la escuela judía en que él fué educado en Burdeos no se daba premio de cálculo, porque todos lo hubieran merecido.

Esta revelación hace palidecer a la misma frase profunda del viejo Rothschild: «¡En la Bolsa hay un momento en que para ganar es preciso saber hablar hebreo!»

29 de octubre.—Un detalle curioso dado por Edouard sobre la repulsión y el espanto producido por el zuavo sobre la imaginación alemana.

Dauremont, ministro plenipotenciario cerca del rey de Hannover, paseaba un día a su hijo vestido de zuavo. El rey de Hannover, que es ciego, oyó la risa del niño, se lo hizo traer, le tomó en brazos; luego, de repente, a una palabra dicha por su ayuda de campo, lo dejó caer bruscamente a tierra. El ayuda de campo había dicho al rey cómo estaba vestido el niño.

Diciembre.—Comida de sábado en casa de Magny. Saint-Beuve ha conocido en Boulogne a un viejo bibliotecario llamado Isnard, el cual había sido profesor de retórica de los oratorianos de Arras y había tenido por discípulo a Robespierre. Contaba que su alumno se hizo abogado, abogado con muy pocos asuntos, y se entretuvo en escribir un poema titulado *El arte de escupir y de sonarse*. La hermana de Robespierre, temiendo que perdiese la poca clientela que tenía si publicaba su poema, fué a ver a Isnard y le pidió un medio de evitar la publicación. Isnard se hizo leer el poema por Robespierre, y le dijo: «¡ Está muy bien, muy bien; pero son precisas algunas correcciones !»

La Revolución cogió a Robespierre en medio de sus retoques y el poema no se publicó.

Año de 1863

1 de enero de 1863.—Estamos tristes, y aún más, humillados, de comer hoy en un restaurante. Hay días del año en que es conveniente tener una familia, a las seis precisamente.

El Café Inglés vende al año 80.000 francos sólo en cigarros. El cocinero tiene un sueldo de 25.000 francos. El propietario posee caballos, coches, tierras. Es miembro del Consejo general de su Departamento. He aquí la grandeza de las locuras de París.

4 de enero.—Hojeo hoy las ochenta planchas de Goya.

Es la pesadilla de la guerra. ¡ Oh !, esta plancha terrorífica, que representa como un espantoso encuentro en la noche, a la luz de la luna, en el rumor de un bosque : un hombre atravesado por una rama de árbol, desnudo, sangrando, los pies contraídos de sufrimiento, la agonía de su tortura sobre la faz y en el erizamiento de sus cabellos... El brazo cortado a cercén, como un brazo roto de estatua...

Y luego, volviendo la hoja : dos bocas que escupen la vida, dos moribundos vomitando sangre sobre cadáveres ; volviendo todavía otra hoja : la España mendiga, con los pies en el muladar de una ambulancia...

El genio del horror es el genio de España. Florece la tortura, casi la Inquisición, en las planchas de su último gran pintor, y en la mordedura de sus agua-fuertes, la quemadura de sus autos de fe.

Flaubert nos dice que cuando era niño se abismaba tanto en sus lecturas, mordiéndose la lengua y retorciéndose un mechón de pelo con los dedos, que una vez cayó a tierra. Otra vez se cortó la nariz, al caer, contra un vidrio de la biblioteca.

Nos cuenta que su abuelo materno, un buen médico, habiendo llorado en su casa leyendo un diario que anunciaba la ejecución de Luis XVI, fué

detenido, y en el momento de ser enviado al Tribunal revolucionario de París, fué salvado por su padre, de edad de siete años entonces, al cual su abuela enseñó un discurso patético que recitó con el mayor éxito en la sociedad popular de Nogent-sur-Marne.

14 de febrero.—Comidas encantadoras las nuestras de los sábados. La conversación lo abarca todo. No sé quién arroja el nombre de Hugo en medio de ella. A este nombre salta Saint-Beuve como mordido por una fiera y declara que es un charlatán, el primer especulador de la literatura. Flaubert, en cambio, dice que es un hombre en cuya piel querría estar. «No—responde justamente Saint-Beuve—, no; en literatura no se quiere dejar de ser uno mismo; ciertamente, se desearía apropiarse ciertas cualidades de otro..., pero quedando siempre el de antes.»

En seguida se endulza su voz y reconoce a Hugo un gran don de iniciación. «Sí, es quien me ha enseñado a hacer versos. Un día, en el Louvre, ante los cuadros, me enseñó también a sentir la pintura... Todo lo que he olvidado después... Un temperamento prodigioso. Su barbero me decía que el pelo de su barba era triple que el de los demás y mellaba todas las navajas. Tiene dientes de lobo, dientes que machacan huesos de melocotón. En cuanto a los ojos..., cuando hacía las *Hojas de otoño* subíamos todas las tardes a las torres de Nuestra Señora para

ver las puestas de sol—lo que, aquí entre nosotros, no me divertía mucho—, y él veía desde lo alto, en el balcón del Arsenal, el color del vestido de madame Nodier.»

23 de febrero.—Comida de Magny. Edmond lleva a Tourguenef, este escritor extranjero de un talento tan delicado, autor de las *Memorias de un Señor ruso* y del *Hamlet ruso*.

Es un coloso encantador, un dulce gigante de cabellos blancos, que tiene el genio apacible de una montaña o de un bosque. Es hermoso, grandemente hermoso, enormemente hermoso, con el azul del cielo en los ojos, con el encanto musical del acento ruso, de esa cantilena en que hay algo del niño y del negro.

Impresionado, satisfecho por la ovación que se le hace, nos habla curiosamente de la literatura rusa, que anuncia en plena vía de producciones realistas, desde la novela al teatro. Nos afirma que el público ruso es gran lector de revistas, y enrojece al confesarnos que a él y a otros diez más se les paga a 600 francos el pliego. En cambio, el libro es apenas retribuído, produciendo a lo más 4.000 francos...

Al pronunciar Tourguenef el nombre de Enrique Heine, como afirmamos muy alto nuestra admiración por el poeta alemán, Sainte-Beuve, que dice haberle conocido mucho, afirma que era un miserable, un bribón; pero, ante el «tolle» general de la

mesa, se calla, ocultando detrás de sus dos manos su cara todo el tiempo que dura el elogio.

Bandry refiere esta bonita frase de Heine en su lecho de muerte. Su mujer rogaba a Dios que le perdonara, y él, interrumpiendo el rezo, la dijo: «No dudes, querida mía, que me perdonará; es su oficio.»

1 de marzo.—Es el último domingo de tertulia con Flaubert, que parte a enterrarse en Croisset para trabajar.

Llega un señor delgado, fino, displicente, barba pobre, los ojos disimulados bajo los lentes. Su cara, un poco desvanecida, se anima hablando, y su mirada adquiere gracia escuchando. Tiene palabra amena, que sale de una boca con largos dientes de inglesa. Es Taine, el símbolo en carne y hueso de la crítica moderna, crítica a la vez sabia e ingeniosa, a menudo más falsa de lo que puede imaginarse.

Persiste en él un resto de profesor dando clase. No se despoja de esto, pero tal aspecto universitario es salvado por una gran sencillez; notable dulzura en la exposición y atención de hombre bien educado, que cede políticamente su vez a los demás.

Como hablásemos de lo que afirmaba Turguenef, la víspera, que sólo había un escritor popular en Rusia, Dickens, y que desde 1830 nuestra literatura no tenía allí mucha influencia, acaparada por las novelas inglesas y americanas, Taine declara que

para él es seguro que en el porvenir aumentará todavía ese movimiento; que la influencia literaria irá siempre disminuyendo, que desde el siglo XVIII hay en Francia para todos los ramos de conocimientos hombres notables, un hermoso frente de ejército, pero nada detrás, nada de tropas, resultando siempre que toda la historia es la de París... Añade: «Hachette acaba de rechazar una traducción de Mommsen, y ha tenido razón. Se está publicando en Alemania una nueva edición de las obras de Sebastián Bach, y entre sus 1.500 suscripciones sólo hay 10 de Francia.»

Hablándose luego de Dios, Taine explica las ventajas y comodidades del protentantismo para los espíritus superiores, por la elasticidad del dogma y por la interpretación que cada uno, según la naturaleza de su espíritu, puede llevar a su fe. «En el fondo, acaba diciendo, todo es aquí asunto de sentimiento, y tengo la convicción de que las naturalezas musicales son llevadas al protentantismo y las plásticas al catolicismo.

28 de marzo.—Comida en casa de Magnes. El nuevo recipiendario es Renán. Y la conversación va, naturalmente, a la religión. Sainte-Beuve dice que el paganismo ha sido desde luego una linda cosa, y que después ha venido una corrupción verdadera, una v..., y el cristianismo ha sido el mercurio de esta v... Lo que hay es que se ha tomado demasia-

do, y la humanidad se está curando del remedio.

Renán, ante esta violencia de pensamiento y de verbo, un poco asustado, queda mudo, curioso, atento, interesado, bebiendo el cinismo de las palabras como una mujer honrada en una comida de «horizontales».

Después viene el capítulo de Dios.

—Es extraño—digo yo—cómo a los postres se habla siempre de la inmortalidad del alma.

—Sí—dice Sainte-Beuve—; cuando no se sabe lo que se dice.

29 de abril.—M. de Montalembert nos ha escrito para que hablemos de nuestro libro *La mujer en el siglo XVIII*.

Nos hace pasar a su gabinete. Una cortesía untuosa. Al dar la mano, la aproxima al corazón. La voz, un poco nasal; pero la alocución, cuidada, el decir ingenioso, la malicia lindamente disfrazada.

Después de los cumplimientos, nos pregunta por qué no nos hemos ocupado de la mujer provinciana, de la vida rural de la provincia. Luego dice que ha leído el trabajo de Sainte-Beuve sobre nuestro libro, y que Sainte-Beuve le visita y le ha conocido muchas fases, tan pronto sansimoniano, tan pronto místico, ahora materialista. El otro día, en la Academia, a propósito del Diccionario osó decirnos, tocándose la frente: «¿Creen ustedes que lo que tenemos aquí es otra cosa que una secreción del cerebro?»

«¡ Oh !, Littré es otra cosa, y no estoy lejos de votarle; es un hombre austero, honorable, que ha realizado grandes trabajos. Rinde palma al elemento germano en la Edad Media. Thierry y Guizot están siempre contra los bárbaros. En la Academia hemos tenido otra conversión al bonapartismo : Cousin.

17 de mayo.—Saint-Victor comió ayer en casa de Girardin, con Boitelle, el general Fleury y el duque de Morny.

El duque ha sido el que ha hecho el gasto en la comida, divirtiéndose en sostener que las mujeres no tienen nada de gusto, que no saben lo que es bueno, que no son ni «gourmandes», ni libertinas, que en todo no obedecen más que al capricho y a la tontería. En seguida ha emitido este axioma : que en las naciones un poco de libertinaje dulcifica las costumbres, y, en fin, con gran indignación de una dama honrada que se hallaba allí, ha comenzado una audaz y original apología del «lesbianismo», que, según él, refina a la mujer, la perfecciona, la completa.

19 de mayo.—Hastío, fatiga, desaliento, de nuestro libro casi acabado (*Renée Mauperin*), que sufre grandes tachaduras en el momento de acabarse.

Lunes 6 de julio.—Sainte-Beuve ha dimitido su plaza de miembro de la Comisión del Diccionario de la Academia, renunciando a 1.200 francos anuales

para poder escribir su artículo de esta mañana sobre *Littre*. Hay bellas pasiones desinteresadas en los odios de la crítica.

Lunes 20 de julio.—En casa de Magny.

—Sí, sí, yo admiro a Jesús completamente, dice Renán.

—Pero hay en los Evangelios—dice Sainte-Beuve—una porción de cosas estúpidas: «Bienaventurados los mansos, porque ellos tendrán el mundo.» ¿Tiene esto sentido?

—¿Y Sakia Muni?—dice Gautier—. ¿Se bebe un poco a la salud de Sakia Muni?

—¿Y Confucio?—dice otro.

—¡Oh! ¡Es abrumador!

—Pero, ¿hay algo más estúpido que el Korán?

—¡Ah!—deja escapar Beuve, inclinándose hacia mí—. Es preciso haberlo estudiado todo para no creer en nada. No hay más verdad que la mujer.

—Evidentemente—digo yo—; un amable escepticismo es todavía el *sumum* humano... No creer en ticismo es todavía el *sumsum* humano... No creer en nada, ni aun en sus dudas... Toda convicción es tonta..., como un papa.

14 *septiembre.*—¡Ah, Gautier!, viene usted de Nohaut, de casa de Mad. Sand. ¿Es aquello divertido?

—Como un convento de Hermanos Moravos. Llegué de noche. Está lejos de la estación. Entré por la

granja, en medio de perros que me daban miedo. Me hicieron comer. La comida es buena; pero hay demasiada caza y pollo. No me sienta bien. Allí están el pintor Marchal, Mad. Calamatta, Alejandro Dumas, hijo...

—¿Y cómo es la vida de Nohaut?

—Se almuerza a las diez. A la última campanada, cada uno está en su puesto. Mad. Sand llega con un aire de sonámbula, y sigue adormecida todo el almuerzo. Después se va al jardín. Se juega a los dados, y eso la reanima. Se sienta y se pone a hablar. Se habla generalmente a esta hora de cosas de pronunciación; por ejemplo: sobre la pronunciación *d'ailleurs* y *meilleur*. La conversación realmente divertida es la de las bromas excrementicias... Pero la menor alusión a las relaciones de los sexos os pondría a la puerta de la calle.

A las tres, Mad. Sand sube a escribir hasta las seis. Se come, solamente que se come un poco de prisa para dejar tiempo de que coma María Caillot, la *bonne* de la casa, una hadita que la Sand ha tomado en el país para representar las obras de su teatro, y que viene al salón por la noche.

Después de comer, Mad. Sand se pasa sin decir una palabra hasta media noche... Al segundo día dije que si no se hablaba de literatura, yo me iba... ¡Ah!, literatura... ¡Todos parecían venir de otro mundo... Es preciso decir que por el momento sólo se ocupan allí de una cosa: mineralogía. Cada uno

tiene su martillo, no se sale sin él. Yo declaré que Rousseau era el peor escritor de lengua francesa, y esto nos llevó a una discusión con Mad. Sand hasta la una de la madrugada...

Manceau tiene preparado Nohaut para que escriba la Sand. No puede sentarse en ninguna habitación sin que surjan plumas, tinta azul, papel y cigarrillos turcos. Y ella escribe. Porque ya saben que trabaja desde media noche hasta las cuatro. En fin, suceden cosas monstruosas. Un día acabó una novela a la una de la madrugada..., ¡y empezó a continuación otra!... Hacer cuartillas es una función en casa de la Sand.

Por lo demás, se está muy bien. Hay un servicio silencioso. Se pone en el corredor una caja con dos compartimientos, uno destinado a las cartas para el correo y otro para las cartas a la casa. En este último se reclama cuanto a uno le hace falta, indicando número y cuarto. Tuve yo necesidad de un peine. Escribí: «M. Gautier, tal cuarto», y mi petición. Al día siguiente, a las seis, tenía treinta peines para escoger.

30 *septiembre*.—Esta noche, en Saint-Gratien, Girardin dice, después de comer:

—Ahora no hay ya ni bien ni mal; vagamente se fija lo que es derecho y honradez; no hay regla rígida para esto; no hay más que una cosa: «El Exito», y el emperador debía tener un ministro que llevase

ese nombre. Dronin de l'Huys no ha sido más feliz con los rusos que los ministros de Luis Felipe. Es preciso sacrificarlo. Honradez, buenas intenciones, ¿qué significa eso? Un ministro es un cocinero, que aunque aportase los más satisfactorios certificados del mundo, si hace mal la comida, debe, en bien de los invitados, ser despedido.

23 *noviembre*.—Vamos a ver a Michelet, a quien no conocemos, para agradecerle la frase linsonjera que nos consagra en el prefacio de su libro *La Regencia*.

Vive en la calle de Oeste, al final del jardín de Luxemburgo. Nos anuncia una doncella, y entramos en un gabinetito. La mujer del historiador, con la cara a la vez seria y joven, está sentada al lado de la mesa, en que brilla una lámpara, de espaldas al balcón, con la rigidez de una vendedora de libros protestantes. Michelet, sentado en medio de un sofá de terciopelo verde. Se asemeja a su historia, por tener todas las partes bajas en luz y lo elevado en semisombra. La casa es una sombra nimbada por la nieve de largos cabellos blancos, una sombra de la que sale una voz profesoral, sonora, cantante, que sube y baja y parece sujeta a un continuo y grave recogimiento.

Habla con aprecio de nuestro estudio sobre Watteau, y pasa a la historia, tan interesante, que falta del mobiliario francés.

También añade que siendo tan observadores debíamos emprender la historia de las sirvientas, especialmente de las doncellas, galería que empezaría en la Maintenon, continuando en Mad. Launai, la Julia de la duquesa de Grammont, que tuvo tan gran influencia sobre ella. Mad. Du Deffaud ha dicho que no tenía personas más afectas que D'Alembert y su doncella. Es curiosa e importante la parte de la servidumbre en la historia... Habla luego de la falta de fisonomía propia en los hombres célebres modernos... Y es que tienen demasiada acumulación en el cerebro; contienen demasiado de los demás, son en realidad retratos de la colectividad más que de ellos mismos.

4 de diciembre.—Hace tres días que nuestra novela *Renée Mauperin* ha comenzado a publicarse en *L'Opinion National*, y los amigos se abstienen rigurosamente de hablarnos de ella, y no tenemos la menor noticia del efecto que produce. Estamos algo desesperados, cuando esta mañana una carta de Paul Feval nos demuestra que la criatura impresiona.

Hoy pongo sanguijuelas a Edmundo detrás de las orejas, porque tiene malos los ojos desde hace tiempo, y su dilatación de pupilas es tan fuerte como si se hubiera envenenado con belladona. Nuestro médico y amigo, Edmundo Simon, tiene la creencia de que esta dilatación es producida por el exceso de tabaco, por el abuso de los cigarros muy fuertes.

16 de diciembre.—La princesa llega a las cinco de Compiègne; habla del emperador... ¿Qué quieren ustedes? ¡Este hombre no es ni impresionable! Nada le conmueve. El otro día, un criado le vertió un sifón de agua de Seltz en el cuello, y se contentó con pasar su vaso al otro lado, sin dar el menor signo de impaciencia. Un hombre que no monta jamás en cólera, y cuya mayor palabra de furia es «¡Esto es absurdo!» Nunca dice más... Yo, yo, si me hubiese casado con él, me parece que le hubiera roto la cabeza para saber lo que tenía dentro.

Año 1864.

1 enero 1864.—Comenzamos por ir donde se encuentra nuestra verdadera familia: al Louvre. Está cerrado... Y esta noche somos felices, por comer en familia en un cenáculo de cómicos y recibir las felicitaciones de año nuevo de un traidorzuelo de boulevard!

18 enero.—En casa de Magny. Gautier ensalza a la mujer insexual, es decir la mujer tan joven que rechaza toda idea de embarazo y obstetricia... Flaubert, con voz gruesa y faz hinchada, proclama que la belleza no es erótica, que las mujeres hermosas no están fabricadas para ser amadas materialmente, que no son buenas sino para inspirar estatuas, que en el

fondo está hecho el amor de algo desconocido, que produce excitación, originada muy raramente por la belleza. Y en seguida desarrolla su ideal, un ideal a la vez turco y puerco, por el cual se le embroma. Añade que jamás ha poseído verdaderamente a una mujer, por lo cual se siente virgen; todas las que ha tenido no han sido más que colchones de la mujer soñada.

Durante esto, Neftzer y Taine discuten sobre la palabra *concret*, se asombran de todo cuanto encierra y buscan una por una la idiosincrasia de otros vocablos...

.....

De la sensualidad se pasa al *spleen*. Taine deplora esta enfermedad, especial de nuestra profesión. Quiere que se combata por todos los medios higiénicos, por la moral y por un buen método. Se le dice que tal vez todo nuestro talento sólo existe a condición de este estado nervioso; pero insiste siempre en que hay que reobrar contra esos estados de abatimiento y pereza, que le parecen los signos de descenso de una civilización. Ve la curación del *spleen*, la salud y la renovación de la sociedad decadentes en la pueril imitación de las costumbres inglesas, en su vida de civismo, en la adopción del patriotismo y pedestrianismo británicos. «¡ Sí—grita alguien—, la alianza del talento y la guardia nacional.»

21 febrero.—Vengo de la Exposición de dibujos

de Delacroix. Todas las migajas de estudios, todas las raspaduras de cartón, todos los fragmentos emborrionados con lápiz, todos los retazos, todas las equivocaciones, todos los secapinceles del pintor, están allí expuestos con gran pompa, religiosamente. Hay verdaderamente en este momento una exageración por las celebridades difuntas, un amor por las naderías dejadas por ellos, que se parece a un culto de santas reliquias, y no me asombraría ver bien pronto vender en almoneda la huella de los dedos del pie de un pintor ilustre sobre sus últimos zapatos.

3 *de marzo*.—Un baile en casa de Michelet, en que las mujeres van disfrazadas de naciones oprimidas: Polonia, Hungría, Venecia, etc. Se diría ver danzar las futuras revoluciones de Europa.

Sábado 18 *de marzo*.—Michelet nos dice, hablando de los libros sagrados de la India, que estudia: «No es su fe lo que ha hecho su corazón; es su corazón el que ha hecho su fe.

14 *de marzo*.—En casa de Magny, Saint-Víctor nos lee una carta de Dumas hijo, en la que le anuncia que renunciará al teatro.

Gautier nos dice que no sabe qué hacer con los dos hombres que hay en él: el uno le dice, cuando toda su ropa está preparada para ir a la velada: «¡Acués-tate! ¿Qué vas a hacer allí? Y el otro, que le dice

cuando ya está acostado: «Debías haber ido; te habrías divertido.»

20 marzo.—Como testimonio de la potencia de Júpiter-Prudhomme de su tiempo, de Berlín, el de *Los Debates*, nos afirma Sainte-Beuve que es el único mortal no académico cuya muerte se haya mencionado con pena en los registros de la Academia.

21 de marzo.—La querida de Sainte-Beuve, madame V..., que él creía firmemente que era española, a la que consultaba sobre todo cuanto se refería a la literatura del otro lado de los Pirineos y que le daba notas sobre Calderón, etc., le había persuadido de que era española llevando un puñal en la liga. Desgraciadamente, murió de tisis y se descubrió entre sus papeles que era de Picardía.

23 mayo.—Sainte-Beuve reprocha a Taine haber sometido su *Historia de la literatura inglesa* al examen de enemigos inferiores, encantados de hacerle pasar bajo su férula... Después se habla de la salud de los ancianos, y Taine afirma que la disminución de la sensibilidad y la progresión de la actividad prolongarán la vida; esto es lo que traerá el porvenir.

20 junio.—Renán está hoy muy hablador; se desencadena contra la poesía vana de los chinos y los orientales. Viene en su apoyo Berthelot, un gran

químico, un señor que descompone y recompone los cuerpos simples, una especie de buen Dios en camisa... No es Víctor Hugo, es Enrique Heine el que está ahora sobre la mesa de disección.

Vemos la cara que pone Sainte-Beuve. Gautier canta el elogio físico del poeta alemán, y dice que muy joven era hermoso como la belleza misma, con una nariz un poco judía. ¡Era Apolo mezclado con Mefistófeles!

—¡Me asombra—exclama con cólera Sainte-Beuve—oír hablar de ese hombre. Un miserable que tomaba cuanto sabía de usted y lo llevaba a los periódicos..., que ha destrozado a todos sus amigos.

—Perdón—le dice tranquilamente Gautier—; he sido su amigo íntimo y le he visto siempre elogiarme. No ha hablado nunca mal sino de las gentes que creía sin talento.

2 *septiembre*.—Cuando Sainte-Beuve, fatigado, se prepara para dormir, da esta consigna a la muchacha: «Si viene el papa, le dirás que no estoy, y si viene mi pobre madre le ruegas que se espere.»

Beuve nos cuenta una anécdota de Musset. Veron pide a Musset un folletín para *El Constitucional*. Musset le dice que tiene una fantasía en la cabeza y que quería 4.000 francos. Veron consiente en dárselos, y se los remite una mañana. Por la noche va a comer a casa de Very, y ve florecer en las escaleras las más bellas plantas. Pregunta quién da esta fies-

ta: «M. de Musset», le contesta el mozo con cara de pascua. Sube a ver.

Era un verdadero grupo de lupanar el que el cantor de *Rolla* pagaba, una fiesta de 4.000 francos. Cuando las mujeres llegaron, el poeta estaba tan borracho que no pudo gozar de su orgía.

Año 1865

Miércoles 1 de febrero.—Esta noche, en casa de la princesa, comida de escritores, entre los cuales está Dumas padre.

Una especie de gigante, con los cabellos de un negro fuerte, espolvoreados de sal, pequeños ojos de hipopótamo, claros, astutos, y que velan en una casa enorme, de líneas parecidas a las vagamente hemisféricas, con que los caricaturistas dibujan las encarnaciones humanas de la luna. Hay en él un no sé qué de exhibidor de prodigios y de viajante de las *Mil y una noches*.

La palabra, abundante, aunque sin gran brillo, sin agudeza el ingenio, sin color el verbo; no habla más que de hechos, hechos curiosos, hechos paradójicos, hechos «epatans», que extrae con una voz roma del fondo de su inmensa memoria. Y siempre, siempre, siempre, habla de él; pero con una vanidad de niño grande, que nada tiene de fatigoso; cuenta, por ejemplo, que un artículo suyo sobre el Monte-Car-

melo ha producido a las religiosas 700.000 francos.

No bebe vino, no toma café, no fuma; es el sobrio atleta del folletón y de las cuartillas.

El taladrador del itsmo de Suez, Lesseps, de ojos muy negros, bajo cabellos plateados, y que come hoy con nosotros, recién llegado del Egipto, confiesa—es hombre de implacable voluntad—que le ha apartado de hacer muchas cosas en la vida una echadora de cartas de la calle Tournos, que ha sucedido a madame Lenormand.

4 de mayo.—Un asombro: la mesa de Teófilo Gautier, que nos ha invitado a comer. Parece la torre de Babel. Ha reunido veinte personas que hablan 40 lenguas diferentes, y podrían dar la vuelta al mundo sin intérpretes.

Al lado de Flaubert y Bouilhet, un verdadero chino, con sus ojos oblicuos; el profesor de chino de las hijas de Gautier. El chino tiene por vecino a un pintor exótico, con ojos de jaguar y botas que le suben hasta el vientre. Luego, el violinista húngaro Reminy, con su acompañante alsaciano, de cabellos partidos desde el medio de la cabeza y un gabán de seminarista alemán. Más lejos, acompañada de su hijo, la mujer de un Dios, la viuda de un mapa, madame Ganneau.

En toda la comida Gautier simula representar una comedia italiana con las sirvientas de la casa, amenazando con extrangularlas por un plato mojado, la

salsa vertida, mientras la más joven de sus hijas se planta en la mejilla una mona hecha de no sé qué negro, sirviéndose del mango de su tenedor como espejo.

9 de mayo.—Flaubert nos decía ayer, saliendo de casa de Magny: «Mi vanidad era tal cuando yo era joven que si iba en mal puesto con mis amigos cogía la más fea, y la enamoraba delante de todo el mundo..., sin quitarme el cigarro. Esto no me divertía nada; pero lo realizaba para la galería.»

Flaubert conserva siempre un poco de esta vanidad, lo que hace que con una naturaleza tan franca no haya nunca en él una perfecta sinceridad en lo que declara sentir, sufrir o amar.

25 de mayo.—Almuerzo en el Trianon con la princesa Matilde. Nunca pudimos imaginar cuando veníamos a buscar las huellas de María Antonieta que almorzaríamos un día aquí con una Napoleón.

A los postres, donde hay mujeres, se habla casi siempre de amor. La princesa ha preguntado a cada uno lo que le gustaría conservar como recuerdo de una mujer. Cada uno ha manifestado su preferencia: una carta, cabellos, una flor; yo, un niño, por lo que casi me echó de la mesa.

Entonces Amary Duval ha dicho que lo que más desea de una mujer es un guante, pues conservaba la huella de su mano, el dibujo de sus dedos. «No

saben ustedes, añade, lo que es solicitar un guante, bailando, a una mujer que lo rehusa... Una hora después la ven en el piano, quitándoselos para tocar alguna cosa... Quedan ustedes con los ojos fijos en los guantes... Entonces, ella se levanta y deja los dos... Ustedes se niegan a tomarlos... Un par de guantes no es un guante..., se va a marchar..., la mujer vuelve y toma uno de sus guantes... Entonces, queda probado que lo da, y son ustedes felices, ¡ felices !»

16 de junio.—Estamos en Barbizòn. Su gran encanto consiste en la imposibilidad de gastar allí tiempo ni dinero.

3 de julio.—Renán dice esta noche que Bocedio ha escrito en alguna parte que se ponía a adorar la encuadernación de un Homero que tenía en su biblioteca, y del que no comprendía una sola palabra. Quedaba en éxtasis ante el tejuelo y el título del volumen.

Las religiones literarias se parecen en esto a las otras religiones. Hay en todo el mundo ese respeto admirativo por lo hermoso, aunque no se conozca su idioma. El hombre vive del «paraphagaramus».

8 agosto.—Thierry nos refiere que Ponzasol, la noche de la lectura de su *León enamorado*, había asistido al *Suplicio de una mujer*, y que confesó

al caer el telón: «Hay una vida en esta comedia que no tiene la mía.» Y se echó a llorar como un niño. ¡Pobre hombre! Estas lágrimas son lo mejor que deja.

Domingo 13 de agosto.—Llegamos a Saint-Gratien, donde la princesa nos ha invitado a pasar unos días. Alrededor de la mesa se sientan el conde Primoli y su esposa, Nienvierkerke, el viejo Giraud y su hijo, con la fina figura de Mefistófeles, Bandry, Marchal, Hebert, Saintin, Soulié, Arago, cuya anemia pone sordina a sus bromas divertidas.

Después de almorzar el viejo Giraud enseña su álbum de caricaturas. La princesa ríe la primera, mirando su cabeza, ríe de la casa de Arago, aplastado por una legión de honor, de Bandry, con un aparato nasal, de Marchal, con su cara larga, de nosotros, con nuestros dos perfiles sobre una sola pluma.

Por telégrafo se sabe que los dos condecorados del día son Protais y Boulanger, a quienes la princesa sienta en la comida a sus dos lados, después de colocarles ella misma la crucecita de diamantes que tiene la costumbre de dar a los amigos condecorados por su influencia.

La princesa habla de las personas a quienes quiere casar, entre ellas Taine, para quien tiene una proporción que aportará 400.000 francos de dote y 800.000 de esperanzas...

5 de noviembre.—Bar-sur-Seine. Esta noche me cuenta el alcalde cierta divertida anécdota. Es amigo de Paul de Kock, y le envió en cierta ocasión chorizos de su matanza, recibiendo en cambio su retrato. Su mujer, un día del Corpus, había dado cuanto de artístico tenía en la casa para adornar un altar, y el retrato de Paul de Kock fué expuesto a la veneración de los fieles en medio del hermoso altar.

5 diciembre.—Estreno de nuestra obra *Henriette Marechal*, después de un calvario de muchos meses con la empresa y los autores del Teatro Francés. El teatro está lleno. Hay como una gran emoción ruidosa. Atrapamos al vuelo que «¡ se han roto las barreras en la cola !». Empezamos a respirar un aire de tempestad. Got, sobre el cual caemos, nos dice de los rumores del público: «¡ No son acariciadores !»

Vamos al agujero del telón, procurando ver la sala, y vemos en una especie de deslumbramiento una muchedumbre iluminada. Se va a alzar el telón, los tres golpes; estas cosas solemnes, con los latidos del corazón, se nos escapan. Asombrados, escuchamos un silbido, dos, tres, una tempestad de gritos a la cual responde un huracán de aplausos.

Estamos en un rincón de bastidores, y nos parece que hasta los figurantes nos dirigen miradas piadosas. Se silba siempre y se aplaude también.

El telón baja; salimos sin gabán y tenemos calor en las orejas. El segundo acto comienza. Los silbidos se repiten con rabia, mezclados a gritos de animales, a imitaciones del modo de recitar de los actores. Se silba todo, hasta un silencio de madame Plessy. La batalla continúa entre los actores, sostenidos por una parte del patio y casi la totalidad de los palcos, en que se aplaude, y toda la galería, que quiere, a fuerza de gritos, interrupciones y guasas, hacer caer el telón.

Todo este tiempo, adosados a la puerta, recibimos los silbidos en pleno pecho, pálidos, nerviosos, pero de pie, alentando a los actores a llegar al fin.

El telón cae con el clamor de un motín. Veo pasar a madame Plessy que sale de escena con la rabia de una leona, escupiendo injurias contra ese público que la ha insultado. Detrás de la tela del fondo oímos, durante un cuarto de hora, vociferaciones feroces para no permitir a Got decir nuestro nombre.

Salimos, al través de los grupos tumultuosos que llenan las galerías del teatro francés, y vamos a comer a la Maison d'Or con el conde d'Otmoy, Bouilhet y Flaubert. Ponemos buena cara, a pesar de una crisis nerviosa que nos produce ganas de vomitar cada vez que llevamos algo a los labios. Flaubert nos dice que nos encuentra soberbios, y a las cinco de la mañana entramos en casa con una laxi-

tud que nunca hemos experimentado en nuestra vida.

La princesa entró en su casa con los guantes desgarrados y las manos ardientes de aplaudir.

Dumas hijo nos decía que en su primera entrevista le preguntó Labulie:

—¿No sufres todavía del estómago?

—No.

—¡Ah! Ya verás cuando hayas escrito más obras para el teatro.

Año 1866

15 enero.—Comida Magny.

Taine proclama que todos los hombres de talento son productos del medio. Sostenemos lo contrario. «¿Dónde encuentra usted—le decimos—la raíz del exotismo de Chateaubriand?» Gautier viene en nuestro apoyo, y sostiene que el cerebro de un artista es el mismo en tiempo de los Faraones que ahora. En cuanto a los burgueses, que llama *nadas flúidas*, puede que su cerebro sea modificado, pero esto no tiene importancia.

1 de febrero.—Taine me envía su libro. Ha vuelto Italia en tres meses: cuadros, paisajes, sociedad tan impenetrable; en fin, el pasado, el presente, el porvenir.

Felizmente, hay gran indulgencia para la ligereza de los hombres serios.

12 febrero.—Madame Sand viene hoy a comer a casa de Magny. Está a mi lado con su bella y encantadora cabeza, en la cual la edad acusa de día en día un poco más el tipo de la mulata. Mira a la gente con aire intimidado, diciendo al oído de Flaubert: «¡ No hay aquí más que usted que no me moleste !» Escucha, no habla, tiene una lágrima para los versos de Hugo, en la parte de la sentimentalidad falsa de la composición...

Lo que me asombra en la escritora es la delicadeza maravillosa de sus manecitas, perdidas casi, disimuladas entre las mangas de encaje.

24 febrero.—Estando preso Bastide, trabó conocimiento con un ladrón. Al salir de la cárcel, encontró al ladrón, le saludó éste, y Bastide, aunque algo molesto, le dirigió la palabra. Un día, vió que su hombre no le saludaba, y se dirigió a él diciéndose que habría dado un mal golpe. El hombre abordado e interrogado, después de muchas ambigüedades, le dijo: «¡ Es que soy de la policía !»

25 febrero. — ¡ Qué poco vivimos los unos y los otros ! Taine, con acostarse a las nueve, levantarse a las siete, trabajar hasta el mediodía, comer a la hora provinciana, sus visitas, sus idas a la biblioteca, su velada después de comer con su madre, y

su piano; Flaubert, como encadenado dentro de una cárcel de trabajo; nosotros, enclaustrados en nuestras incubaciones, sin ninguna distracción, ni acompañamiento de gente ni de familia, salvo una comida quincenal en casa de la princesa y algunos paseos de curiosidad por las calles...

Y luego, ¡qué ligas de todas las medianías, de todas las impotencias, para forjar un Pousard contra un Hugo!

30 de mayo.—Fiesta anual dada por la princesa al emperador.

El jardín, todo lleno de luces eléctricas. Los macizos y los árboles, iluminados por una luna mágica, y en el fondo, al través de los balcones, el fuego de las arañas sobre la púrpura de la tapicería, y aquí y allá, en el calor neblinoso de los salones, el negro atravesado por algo de un rojo espléndido: una gran cruz de la Legión de Honor sobre un diván.

Las mujeres, ¡las mujeres!, demasiados vestidos, demasiados maniqués de modistos, y pocos seres humanos... Sobresale la gran duquesa de Rusia, una cabeza de mando, con el aire de un camafeo calcado sobre Nicolás; tiene cerca a su hija, de aspecto mitad de kalmuko, mitad de griseta parisién, con una gentil sonrisa que parpadea en sus ojos sin cejas.

31 de julio.—Las Academias han sido únicamen-

te inventadas para preferir Bounassieux a Barye, Flourens a Hugo y todo el mundo a Balzac.

18 de agosto. — Miro, por una puerta-ventana abierta, saltar, en el salón del casino, a los pisa-verdes que danzan. En medio de ellos, un chaleco blanco, un vientrecito que sobresale, un bailarín con el aspecto de un novio endomingado. Es Doré. Los artistas gustan de estos goces que les muestran una faz del mundo. Todos los escritores pasarían por aquí, sin que uno sólo figurase en este zarandeo.

Terminada la *quadrille*, Doré reconduce a su pareja, la saluda como en un baile de Passoir, viene a nosotros y nos invita a dar una vuelta. Y en seguida empieza a lanzar ideas osadas, pero sin relación ni continuación, a emitir cargos que parecían contra él mismo, aunque apenas le entendían; a plantear multitud de cuestiones, pero sin esperar las respuestas, acabando por aburrir y marear. (Después le hemos conocido de manera más íntima, y nuestro juicio de 1866 se ha modificado mucho.)

Aunque quizá injustamente, su físico es antipático. Desagrada este hombre grueso, fresco, afeitado, la cara en proyección de linterna mágica, la tez de niño de coro, fisonomía sin edad, y en que la labor abrumadora de su producción no ha sufrido la influencia de los años; desagrada, en fin, por su aire de niño en un cuerpo de hombre maduro.

21 de agosto.—Hoy hemos acabado *Manette Salomon*.

28 de agosto.—Lo que me apena, en el entierro de Roger de Beauvoir, es la fealdad moral de mis camaradas literarios. Hasta allí tienen el aire de sufrir el éxito de un amigo.

31 de agosto.—Pouthier viene a comer con nosotros. Está en un escalón más bajo todavía que el de la miseria. Se le ha echado de su antiguo domicilio. Se ha visto forzado a errar dos noches, teniendo 40 céntimos en el bolsillo, no osando sentarse por miedo a dormirse y ser detenido por no poder dar las señas de su domicilio al guardia. Vive ahora en París, en una calle que se llama—es para no creerlo—calle de la Brèche-aux-Loups (1) y en una casa en construcción, sin llaves ni puerta. Hace comidas de 30 céntimos de caldo y 20 de pan.

Por lo demás, tranquilo, despreocupado, alegre, me hace el efecto de un hombre que nada a lo bajo de un abismo y que se sienta en el fondo y se pone a fumar un cigarrillo. Le he dicho que es preciso absolutamente salir de allí, que voy a intentar obtenerle una plaza en ferrocarriles. Se ha puesto triste a esta proposición, triste como un niño en vacaciones a quien se hablase del colegio. Aleja la perspectiva con repugnancia, y me dice: «Más tarde..., ve-

(1) Brecha de los lobos (N. del T.)

remos», con el horror del bohemio por la reglamentación de una oficina.

2 septiembre.—Es curioso que los tres grandes pintores franceses del siglo XVIII, Watteau, Chardin, La Tour, sean los tres únicos pintores de aquel tiempo que no hayan estado en Italia.

24 septiembre.—Comida Magny.

Neftzer cuenta esta anécdota de una persona que comió, después de Sadowa, con el rey de Prusia. El rey, al fin de la comida, mitad llorando de enternecimiento, mitad achispado, dijo: «¿Cómo Dios ha escogido a un *puerco* como yo para *emporcar* así una gloria tan grande para Prusia?»

29 de septiembre.—Saint-Gratien.

Marchal nos cuenta esta noche, en la habitación de Giraud, que pescando con caña, a las cuatro de la mañana, en Sainte-Assise, en casa de madame Beauvau, vió bañándose a dos muchachas, una morena y otra roja. Sus evoluciones en pleno Sena eran acariciadas por el sol levante, y su belleza se doraba en la aurora.

Marchal previno a Dumas para que al día siguiente viniese a verlas, y para hacerlas una jugarreta se sentó sobre sus camisas. De allí se ve que nació el episodio del baño en *Affaire Clemenceau*.

7 octubre.—Un periodista americano, llevado por Renán a casa de Magny, nos cuenta que por su pri-

mer artículo sobre Platón se le pagaron en una revista de allá cinco dollars, a cobrar sobre la banca de los zapateros de Boston.

Siempre tiene algo que exteriorizar la inmensa y parladora memoria de Sainte-Beuve. El duque Parquier, refiere hoy, le aseguraba que nunca volvería a la política, porque el emperador no le perdonaría jamás sus palabras cuando, llevado a su despacho, sin quitarse el kepis de la cabeza, el duque había ordenado: «Gendarmes, descubran al acusado.»

Sainte-Beuve pasa de Parquier a Luis XVIII, que decía a sus ministros: «¡No hay consejo mañana martes; el rey se divierte!»

Madame de Cayla había sucedido a madame de Mirbel, disgustada a la primera prueba. Y el martes, como se temía un síncope, toda la corte, médicos, gentiles-hombres, estaban con el oído atento en la antecámara. Poco después el barón Portal tomaba el pulso al rey, y le decía: «¡Pequeño, pequeño, pequeño!»

De Luis XVIII saltamos a Chateaubriand. Y Sainte-Beuve asegura que en 1817, lanzado un mandato de arresto contra él, encontraron a las seis de la mañana al autor de *El genio del cristianismo* acostado con dos mujeres.

Veyne nos confía que Savarni se había abstenido de todo comercio con mujeres desde 1848, año en que se separó de la suya. El hombre que hasta entonces compartía su vida entre la mujer y el trabajo había

bruscamente cortado este hábito, y decía a propósito de madame Aimée, que todo el mundo creía su querida, que lamentaba no haberla hecho un hijo, porque quizá la hubiera salvado con esto.

Una frase profunda de madame Darval: «¡ No soy hermosa; soy peor !»

12 octubre.—La princesa desliza frases que revelan una observación muy fina. Ha notado que gran número de mujeres tienen la voz según su *toilette*; voces de seda, voces de terciopelo, etc.

15 de octubre.—Esta noche estamos casi solos en el salón. La princesa, que siente los ojos un poco fatigados, no trabaja y se deja arrastrar por sus recuerdos.

Habla de su matrimonio, de Rusia, del emperador Nicolás: «¡ Nunca os perdonaré !», fueron las palabras con que la acogió el czar cuando llegó casada con Demidoff. El sueño del czar era dar a su hijo la mano de una Napoleón. Así, esta mujer que nos habla ha renunciado a dos coronas impetiales. ¿ No es explicable que a veces en sus melancolías le apene el recuerdo y la sombra de estas coronas que han rozado su frente ?

Nicolás era un poco el tipo del ogro, pero matizado con ternuras de corazón, como jefe de familia. Un excelente padre y pariente. Iba a ver todos los días a los príncipes y princesas, asistía a las comidas, estaba presente cuando se castigaba a los niños, se

daba cuenta de lo que comían cuando los padres estaban ausentes, no faltaba cuando acostaban a las princesitas. Era excesivamente paternal y bueno para las personas de su familia. Tenía amigos como un particular, Kisseleff, por ejemplo, que entraba a toda hora, familiarmenté, en la cámara de la emperatriz.

Un poco de su dureza, es preciso reconocerlo, se debía a la cancillería, por la rapacidad de cuantos le rodeaban. Decía a su hijo: «¡ No hay más hombres honrados en Rusia que tú y yo !» Sabía que todos los cargos eran vendidos. No había, pues, nada de extraño en que hubiese en él una cierta afectación teatral de inexorabilidad.

Y la princesa nos le muestra haciendo él mismo de poliña, paseando por las calles en su cochecillo, con más cabeza que sus súbditos. Y hermoso como un camafeo, recordando un emperador romano.

Si estaba un poco loco, es concebible, cuando pienso que he visto a su paso, en el Kremlin, los mujiks tocándole la bota y haciéndose el signo de la cruz con la mano que la había tocado.

Todavía conservaba un resto de salvaje. A propósito de la princesa de Hesse, hija adulterina, con quien se casó uno de sus hijos, me dijo al oído: «Después de todo, es el cochino quien ennoblece a la marrana.»

Un día llegó a mi casa diciendo: «No me invitáis porque estoy de mal humor». Entonces se puso a

contarme que acababa de pasar una revista. Era invierno, hacía un frío de todos los diablos, y el coronel hizo que los soldados llevaran al hombro sus pantalones para conservarlos... Siendo muy galante en el fondo, tenía la singular costumbre de abrazar por el cuello a todas las mujeres bonitas que veía... Le entusiasmaban las actrices... Además, tenía una emperatriz tan vieja, con la cabeza oscilante... Su último amor fué una damita de honor que renunció al dinero que le dejó en el testamento y se encerró cerca de su sepulcro después de su muerte.

Para mí fué excesivamente paternal. Era muy entusiasta de la idea de la emancipación de la Siberia, repitiendo que esta emancipación sería un acontecimiento curioso en la historia, hecho a nombre de una Napoleón.

Cuanto a Denudoff no quería ni pronunciar su nombre, y no lo pronunció jamás. Venía a nuestra casa a comer sin guardia, sin escolta, comidas terribles en que no miraba siquiera a mi marido... Llegó un día en que dijo el emperador: «¿Por qué no me hacéis vuestras confidencias esta noche?» Y como yo guardase silencio, añadió: «Cuando tengáis necesidad de mí, me encontraréis siempre; dirigíos directamente a mí por el conde Orloff.»

La princesa dejó deslizarse todo esto, palabra por palabra, soñadoramente, en medio de silencios en que parecía querer interrumpir sus confesiones, to-

cando con mano distraída las cosas sobre la mesa, dejando caer y errar sus ojos por la alfombra. Hablando, olvidó la hora, ella, que se acuesta temprano, y de pronto se asombró de que fueran las doce y cuarto.

¡ Ah ! ¡ La historia, la historia ! Pensé en el terrible retrato del czar que me había hecho Herzen. Y tal vez los dos retratos sean verdaderos.

Lunes 22 de octubre.—Comida Magny.

En seguida se eleva hoy la conversación a la hipótesis de la población de los planetas. Como un globo medio inflado, la comisión tantea lo infinito, y de lo infinito es llevada, naturalmente, a Dios. Las fórmulas llueven para definirle. Contra nosotros, plásticos y latinos que no concebimos a Dios, si existe, sino como un viejo de figura humana, un buen Dios a lo Miguel Angel, con gran barba, Taine, Renán, Berthelot, oponen definiciones hegelianas, mostrando a Dios en una difusión inmensa y vaga, de que los mundos no serían más que los glóbulos, los átomos.

Y Renán, la imaginación acalorada, buscando el color exquisito de un todo viviente, después de profundos ahondamientos de su cerebro y un largo silencio prometedor de un parto de genio, Renán, lo más seria y religiosamente del mundo, llega a comparar ante la mesa asombrada su Dios..., adivinadlo..., a una ostra y a una existencia vegetativa... ¡ Oh ! A una ostra modelo.

Ante la comparación, hay en la mesa un estallido de risa, a la cual, después de un momento de estupefacción por lo que acaba de decir, Renán se asocia gentilmente.

No sé si esta risa homérica es la que hace pensar en Homero; pero Homero salta sobre el tapete. Entonces, en todos estos destructores de fe, en estos demolidores de Dios, surge una repulsiva idolatría. Todos esos gritos claman con una sola voz que hubo un tiempo, un país, una obra, en que todo ha sido divinizado y por encima de toda discusión y de todo examen.

25 de noviembre.—Me levanto, abro *La France*... Gavarni ha muerto..., un rayo... El entierro, a la hora en que leo esto. Y no estaremos allí, no iremos detrás del ataúd del hombre a quien hemos querido mucho, admirado mucho... No le veremos más...

Año 1867.

2 de enero.—Comida en casa de la princesa, con Gautier, Octavio Feuillet y Amadeo Acard, un hombre de mundo marchito, un espíritu sin estilo, una voz sin timbre, el tipo de lo barroco.

Crítica acerva de Pousard hecha por Gautier, y nosotros, al fin de la cual alguien pregunta a Gautier por qué no escribe lo que dice. «Voy a contar a ustedes una historieta—responde tranquilamente Gau-

tier—. Un día, M. Walwski me indicó que no habría ya indulgencia y que me autorizaba para escribir lo que pensase sobre las comedias. Pero esta semana le dije: Hay una pieza de X... ¡Ah!, exclamó vivamente Valewski; no comience usted hasta la semana próxima. Y desde entonces espero siempre esa semana próxima.»

3 de febrero.—Se cuenta que en la entrevista de Ollivier con el emperador, este último le rogó que le refiriese francamente lo que se decía de él; hablar, en fin, como no se habla al emperador; y Ollivier acabó por declarar que se aseguraba que sus facultades disminuían: «¡Eso está conforme con todos mis informes!» Contestó el emperador, impasible.

La frase se asemeja a él, y por su impersonalidad tiene cierta grandeza.

16 marzo.—Estreno de *Idées de madame Aubray*. Es la primera obra que veo de Dumas hijo, después de *La dama de las camelias*.

Un público particular y que yo no he conocido más que allí. No es una comedia que se representa; es la celebración de una especie de misa ante un público de devotos. Hay una *claque* que parece oficiar, y momentos de éxtasis y de pasmos de admiración, que estallan a cada frase: «¡Adorable!» El autor dice: «El amor es la primavera, no es todo el año.» Salva de aplausos. La repite, apoyándose en otro símil: «¡No es el fruto; es la

flor!» Redobladas palmas. Y así por todo el camino. Nada se juzga; nada se aprecia; todo se aplaude con un entusiasmo previamente sentido y pronto a exteriorizarse.

Dumas tiene un gran talento. Posee el secreto de hablar a su público, al público de los estrenos; en él sirve el poeta a los hombres y mujeres de mundo, en una lengua a su gusto, el ideal de los lugares comunes de su corazón.

20 de mayo.—A propósito del gran número de locos entre los músicos—encerrados y no encerrados—Berthelot dice finamente: «¡Son gentes que sienten y no piensan!»

27 de mayo.—Hemos vagado con Gautier alrededor de este gran monstruo de cosas que se llama la Exposición. En esta Babel de la industria se está como en el paseo de un sueño, donde un alumno de la Escuela central hubiese mostrado a París inundado de citas de los pueblos y de la fraternización del Universo, una miniatura en corcho de todos los monumentos de la tierra... Y poco a poco las cosas toman a nuestro alrededor un aspecto fantástico. El cielo del Campo de Marte revestía a nuestros ojos los matices de un cielo de Oriente.

Y por momentos nos parecía marchar por un país pintado del Japón, alrededor de ese palacio infinito, bajo el techo, avanzado como el de un monasterio

chino, o bien creíamos errar por las calles del *Imperio del Medio*, pintados por Hildebrando en su *Tour du Monde*.

Viernes 31 de mayo.—«Perdón, estoy retrasada...; es que el centro de mesa no ha llegado hasta las seis y el conde ha querido absolutamente montarlo por sí mismo.» Es la Paiva quien nos dice esto a sus comensales. Lleva un vestido de muselina que dice haberle costado 37 francos y 500.000 en perlas por el cuello y los brazos.

3 julio.—El director de las aguas de Vichy me dice que se venden las sillas sobre las que se ha sentado el emperador. Así, hay gentes para adorar el asiento de sus hemorroides. ¡Y nos burlamos todavía de que se rinda culto a los excrementos del gran Lama!

9 julio.—Leo esta mañana que Pousard ha muerto. Fué el inmortal ejemplo de que todas las simpatías de Francia van a la mediocridad, y todos sus celos, contra el genio. Yo no le veo, al menos, otra inmortalidad para salvarse del Olvido.

4 septiembre.—En Vichy, donde tomamos las aguas, abrimos, al almorzar, un carta de la princesa; el mayor de nosotros es nombrado caballero de la Legión de Honor. Como todas las alegrías, aquélla llega incompleta, y el condecorado está molesto... ¡Qué orgullo, sin embargo, llevar esta con-

decoración, que tiene la rareza de no haber sido solicitada por una sola palabra o una alusión, debida a una amistad que lo ha logrado sola y a simpatías desconocidas...

8 de septiembre.—El encargado de la Morgue responde, hablando de la emoción que deben producirle las escenas de reconocimiento de los cadáveres: «¡Oh! Se hace uno a todo... No hay más que una cosa que conmueva siempre: una madre... Podrá el muerto estar descompuesto, podrido, con un olor y una palidez tremendos... Cuando es una madre la que viene, se arroja encima y lo abraza... ¡No hay más que ella que lo haga!»

8 de octubre.—Comida Magny.

¡Oh! ¡La intolerancia del partido de la tolerancia! Pienso en la frase de Duclos: «¡Acabarán por hacerme ir a misa!»

11 de octubre.—Acabamos hoy nuestra obra: *La patria en peligro*.

5 de noviembre.—Philoxene Boyer ha muerto de la enfermedad de Fontenelle: de la imposibilidad de vivir. No hay como este tiempo para hacer morir a las gentes de vejez, a las treinta y ocho años.

14 de noviembre.—Esta noche, Sainte-Beuve da una comida a la princesa. La cocinerita María nos

hace entrar en el comedor, en donde hay una mesa arreglada como la de un párroco recibiendo a su obispo : un salón de entresuelo completamente blanco y dorado, con su mobiliario de color junquillo, que parece hecho por un tapicero para una *cocotte*.

Llegan los invitados : la princesa, madame de Sespinasse, el viejo Giraud, del Instituto; el doctor Phillips Nieuwerkerke. La princesa tiene la cara rebo-sando alegría. Se divierte de antemano como en una partida de estudiantes. En la comida, quiere servirlo todo, cortarlo todo. Tiene muy bonitas manos.

Sainte-Beuve come la ensalada con los dedos, y cuando le dicen que no es limpio, responde : «Si lo hubiéramos hecho en mi tiempo, habríamos sido reñidos, diciéndonos que teníamos las manos sucias.»

17 de diciembre.—¡ La vida, ah, lo que es la vida, aun para los más felices y los más favorecidos por la fortuna, aun para los mejores !... Un santo, un gran señor, un propietario de dos millones de renta, un hombre que ha consagrado su actividad al bien y la belleza—el duque de Lynes—, abrumado por la vida, no pudo menos de exclamar un día : «¡ Yo debo de estar maldito !»

29 de diciembre.—En casa de la princesa, por la mañana. Durante la misa que mandó decir en una pieza vecina, misa cortada, en el salón en que estamos, por las bromas de Arago, cuenta Vimercati una curiosa despedida de la vida de uno de sus amigos,

el último inscrito en los libros de la nobleza de Venecia. Este señor, que tenía cien mil libras de renta, un día se despidió de sus amigos, de sus conocimientos, del mundo, previniendo a todos que se iba a morir a la montaña. Se hizo edificar una casa y servir por una especie de hortelano que le guisaba su modesta comida de la mañana y de la noche, y sin querer recibir alma viviente, vivió siete años en esta altura, hasta tomar el vuelo para la eternidad.

.....

A las cuatro vamos a casa de Sainte-Beuve, para informarnos de su salud. Nos hace decir que desea estrecharnos la mano. Subimos la escalera estrecha, atravesamos el pasillo y entramos en la alcoba, a un tiempo desnuda y recargada, que tiene el aspecto de un campamento en una biblioteca en desorden.

Desde la cama, dos manos se tienden, cálidas y dulces. Vagamente divisamos una cabeza toda estropeada, un cuerpo al cual el sufrimiento y la larga estancia en la cama han dejado casi sin forma.

—Mal..., esto va mal—son sus primeras palabras.

—Pero llamando a los médicos...

—¿Los médicos?—responde con un tono de cólera en la voz—. ¡No tengo ya médicos, me han abandonado! D'Allon-Shée me ha mandado a Johnston... Phillips ha sido muy bueno, pero es para la cirugía... Tal vez venga mañana... Ahora ya no puedo pasar tres horas sin sondarme... ; y luego voy a la

bacinilla..., varios minutos retorciéndome..., espasmos en la vejiga... ¡ Oh, espantoso !

Entra en todo el detalle técnico de su horrible enfermedad, hablando del pus que expulsa, como si quisiera, con la repugnancia que siente él mismo..., desarmar la repugnancia de los demás... Nos parece desesperadamente resignado. Por un momento recobra aliento, y nos dice : « Me hago leer todavía..., pero a ratos interrumpidos..., ¿ comprenden ustedes ? No puedo ya coordinar mis ideas. » Un silencio y la palabra « adiós », y nos retiene las dos manos, volviendo la cara a la pared.

Año 1868.

1 enero.—Un nuevo año... ¡ Todavía una casa de postas—según la expresión de Byron—, en donde el Destino cambia de caballos !

21 de enero.—La princesa ha comido ayer en las Tullerías, y queda en ella como una satisfacción de haber hecho hablar a la esfinge. El emperador la dijo :

—¡ A mí me gustaría tanto leer !... No tengo tiempo... Estoy anonadado por la carga de los negocios, por el peso de los papeles... Adivinad mi embarazo, lo que he leído hoy... Es ese volumen que está allí, y que no sé cómo ha caído en mis manos. *Madame de Pompadour*, por..., por... Pero, ¡ qué singularidad ! Ella es muy fea en el retrato que está a la ca-

beza de la obra... ¿Es que hay un retrato de ella?

—¿Cómo?—exclamó la princesa, entregándose a un acceso de risa—. ¡Oh, no digáis eso demasiado alto!

—¿Dónde está, pues, ese retrato?

—¡Eh! ¡En el Louvre!... ¡Cómo! ¿No se lo han mostrado nunca?

11 febrero.—Velada en casa de Arsenio Houssa-ge...

Una de las primeras veces que nuestro éxito con la última novela, *Manuette Salomon*, nos llega a los oídos y se hace alrededor nuestro un murmullo de curiosidad. Hay gentes casi tan desconocidas para nosotros como para el público, que dicen admirarnos.

En medio de esta sociedad, un hermoso joven con chaleco de corazones, la camisa en escala, las vueltas del frac de terciopelo, condecorado con una camelia blanca y oliendo a perfumes que echan para atrás, mezcla bastarda de un diputadito del centro bajo Luis Felipe y un elegante de Napoleón III. Es Marcelin, dicho de otro modo, Planat, uno de mis antiguos discípulos, director de *La vie Parisienne*. Se nos presenta, y dos horas después cenamos juntos en el café Inglés. Al final de cuatro o cinco frases dichas con el tono supremo de los periodistas del gran mundo, encuentro irritante la textura de su periódico. Es el parisién de las opiniones

«chic», el aficionado a flor de piel, un amigo de Worth, citando a Henri Heine. Me desagradaba ya, pero me ha resultado odioso diciendo de una falsa pintura de Rubens que tiene en su casa: «¡ Es tan honrado !» ¡ Tan honrado ! No, yo no admito esa calificación para celebrar un cuadro.

14 febrero.—En casa de la Paiva.

Hermosa cosa la riqueza; se hace perdonar todo. Y nadie de los que vienen aquí se da cuenta de que esta casa es la menos confortable de París. Imposible en la mesa beber un vaso de agua sin ponerse rojo, porque el ama ha tenido la fantasía de colocar como garrafas unas catedrales de cristal, que exigen cargadores para ser levantadas. En la «serre», en la que se fuma después de comer, se hiela uno por corrientes de aire que vienen del techo, o se asfixia por las corrientes de calor que salen de las bocas del calorífero. Y todo así. Hay un té espléndido, pero pedir no importa qué cosa que no esté en el programa, y os servirán peor que en la casa más modesta.

Gautier, en esta casa inhospitalaria bajo todos los conceptos, cerca de esta mujer, y retirándose burguesamente de miedo a quemarla el vestido con su cigarro, siembra paradojas invariablemente, propósitos elevados, pensamientos originales, fantasías raras. ¡ Qué conversador, muy superior a sus libros, cualquiera que sea el valor que se les conceda, y siempre con la palabra más allá de lo que escribe ! Es

un regalo para los artistas esta lengua de doble timbre, que mezcla a menudo las dos notas de Rabelais y de Enrique Heine, de la enormidad impúdica o de la tierna melancolía.

Habla esta noche del hastío, del hastío que le roe... y habla como el poeta y el colorista del hastío.

21 de febrero.—De su marido enfermo, tísico, y que tiene los caprichos de estómago de la muerte, mi ama de gobierno dice: «¡Come sus ideas!» ¡Ah! Las frases del pueblo no las encuentra ni el hombre de genio.

4 de marzo.—La princesa dice esta noche: «No me gustan más que las novelas en que desearía ser la heroína.»

La frase da perfectamente el *criterium* literario de la mujer en materia de novelas.

6 de abril.—Saliendo de una casa en que habíamos comido alegremente juntos, Viollet-le-Due, fino y discreto observador, me dice, y su observación es perfectamente justa: «Es preciso, para que una velada sea agradable, que el ama de la casa tenga un amante y que ese amante no esté presente.»

15 de abril.—Calle de Courcelles. El salón está inspirado esta noche. Entre los comensales, dos espectros: Gautier, muy pálido, los ojos de león todavía más hundidos; Claudio Bernard, que tiene la máscara de un hombre que hubiese salido de su tumba.

Y la conversación va hacia el matrimonio moderno, matrimonio sin corte, sin *flirt*, brutal, cínico, que llamamos una violación ante la alcaldía, con la complicidad de los padres. Un momento se habla de la cortedad púdica de la muchacha, empujada al lecho del esposo, y en seguida uno de los invitados dice poseer un curioso autógrafo: las instrucciones por correo de una madre ausente a su hija...

En el *fumoir*, Teófilo Gautier me habla de su hija Judith, de la novela china que publica en la *Liberté*, y que le resulta una «Salambo sin pesadez». Añade que es la más asombrosa criatura, un cerebro maravilloso que está, según su expresión, en la madurez, no teniendo ninguna correlación con su persona, su conducta, su estado y su ingenio en la vida, dejándola infantil y pava en lo posible. Ella no es más que un instrumento, un útil, ante una hoja de papel.

Thiers, yendo a visitar estratégicamente las orillas del Rhin, me representa bastante bien a Pulgarcito dentro de una bota de Napoleón.

6 de mayo.—Desde el momento en que se presentan sólo dos poetas a un puesto de la Academia, uno que se llama Austrán, y otro que se llama Teófilo Gautier, y que la Academia ha escogido a Austrán, mi convicción es que está compuesta de cretinos o malhechores. Les dejo la elección.

18 de mayo.—Comida Magny.

El conferenciante, por indicación de Magny, es, en este momento, el doctor Robin, cuya palabra está llena de observaciones nuevas, de descubrimientos, de hallazgos, yendo de las más altas a las más menudas cuestiones de la Medicina. Esta noche, después de haber hablado del cerebro, ha hablado de la pantorrilla, llamándola puro producto de la civilización, y haciendo observar que falta en el salvaje como en el hombre rural, porque en ellos la reparación—alimento y sueño—no está en relación con la pérdida de fuerzas .

¡ Qué lástima que semejante inteligencia de observador y fisiólogo no escribiera un libro del que esta noche nos ha dado un curioso fragmento sobre los efectos morales de las enfermedades del pecho; un libro del que no se ha escrito aún ni la primera línea; un libro que sería una clínica médico-literaria de esas enfermedades del hígado, del corazón, de los pulmones, tan íntimamente unidas a los sentimientos y a las ideas del enfermo, y que presentaría todas las revoluciones del alma en los sufrimientos del cuerpo !

20 de mayo.—Esta noche, en casa de la princesa, hemos apreciado por primera vez el ingenio de Dumas hijo. Un verbo abundante, pero que va siempre a respuestas que lo barren todo, sin cuidado de la cortesía; un aplomo que toca en la insolencia y que

da a su palabra todos los éxitos; por encima, una amargura cruel, un ingenio mordiente, cortante, pero incontestablemente un ingenio personal, que encuentro superior al ingenio que el autor dramático pone en sus comedias, por su concisión y por sus líneas vivas admirables en su primera espontaneidad.

Había tomado por tesis que en todo el mundo, sin excepción, los sentimientos y las impresiones dependen del buen o del mal estado del estómago, y contaba en apoyo la historia de un marido que él había llevado a comer a su casa la noche de la muerte de su esposa, una esposa a la que adoraba. Se había servido un pedazo de carne cuando el marido tendió su plato, y con una dulce imploración de la voz: «¡Un poco de salsa!» El estómago, ¿qué quieren ustedes?—añadió Dumas—. Tenía un estómago excelente, y no podía sentir un gran dolor... Es como Marchal: Marchal no ha podido tener jamás un pesar, con su estómago.»

Nos adherimos a la opinión de Dumas. Entonces, la princesa, como si se le arrancase lo que más estimase en la vida, sus ilusiones, la especie de ideal que le gustaba hacerse, no de las gentes, sino de las cosas humanas, dió gritos de horror ante la proclamación de este materialismo, de este escepticismo. Su cara se contrajo de disgusto por nuestras ideas, y de una especie de repugnancia perezosa de niño. En tales momentos no conocía, no razonaba; os arroja-

ría los muebles a la cara, presa de una verdadera desesperación, casi cómica por su buena fe.

Se cambia de asunto por el relato del conservador de Versalles. Soulié (Eudoro) contó su tentativa de suicidio al cumplir sus veinte años. Se asfixió seriamente con carbón, pero que se adivine dónde había encendido su carbón. En el baño de asiento de su padre, que con el calor se desestañó y volvió a la vida a Eudoro-Werther.

25 de mayo.—En casa de Renán. Cuarto piso de la calle Vaneau, pequeño cuarto burgués y fresco, mobiliario de terciopelo verde, cabezas de Ary Scheffer en la pared y en medio de algunos objetos de Dunkerke, el vaciado de una delicada mano de mujer. Por una puerta se entrevé la biblioteca, los destellos de madera blanca, el desorden de grandes libros brochados, echados y apilados en el suelo, útiles de erudición medieval y oriental, los *in-quarto* de todas clases, en medio de los cuales un fascículo de un léxico japonés, y, sobre una mesita, las pruebas de *San Pablo*, que duermen, y por las dos ventanas una vista inmensa, uno de esos bosques de verdura encendidos entre los muros de París, el vasto parque Galliera, esta ondulación de cabezas de árboles, que dominan los remates de los edificios religiosos, sus torres y campanarios, poniendo aquí un poco del horizonte piadoso de Roma.

El hombre, siempre más encantador y más afectuosamente cortés, a medida que se le conoce y se

aproxima uno a él, es el tipo, en la desgracia física, de la gracia moral. Hay en este apóstol de la duda la alta e inteligente amabilidad de un sacerdote de la ciencia.

Nos da la vida que ha escrito de su hermana bien amada. Salimos, leemos estas páginas, que nos conmueven hasta el fondo del corazón, y las lágrimas detienen nuestra lectura.

18 julio.—Saint Gratien.

Habiendo el emperador oído hablar del arquitecto de las Tullerías, Lefuel, de una sonámbula que le había asombrado encontrando en un paseo en que estaba dormida monedas perdidas, piezas de dos francos, ha querido que a medida que se demoliera se dejase ver todo a esta mujer, esperando por ella encontrar tesoros, sobre todo el tesoro indicado en un relato de uno de los criados de Luis XVII, como escondido delante de él por Luis XVI en una sala de columnas, bajo una de las cuales, desplazada, ocultó el rey el cetro, la mano de la justicia, etc. Claro es que la sonámbula no ha descubierto nada.

4 de agosto.—Estamos allí, en la entrada de esta casa deseada de Anteuil. Hace todavía sol, y los macizos y las hojas de los arbustos brillan bajo la lluvia de una manga de riego.

—82.500 francos—dice mi hermano, y el corazón nos late a ambos.

—Les escribiré mañana—contesta la propietaria—, y es probable que acepte.

La propietaria ha reflexionado cinco eternos minutos; después ha dejado oír melancólicamente : «Hecho.»

—Ochenta y tres mil francos, y vuestra respuesta al instante.

Hemos salido como embriagados. }

10 de *septiembre*.—¡ Vallés un hombre de talento ! Posee el epíteto del gran escritor y la animación del crítico; ha hecho dos o tres artículos maestros, y luego ha vivido de lo que amenabaza hacer.

14 *diciembre*.—Tenemos hoy a almorzar a nuestro admirador Zola.

Era la segunda vez que nos habíamos vuelto a ver de cerca. Nuestra primera impresión fué considerarle tan normal e incoloro como un hombre de Sarcey ; pero mirándole bien este hombre fornido se nos apareció con las delicadezas de los modelados de porcelana fina en las líneas de su cara, la escultura de las pupilas y los curiosos contornos de la nariz; en una palabra, un poco tallado en toda su persona, a la manera de los personajes de sus libros, de esos seres complejos, un poco amujerados tal vez en su masculinidad.

Luego, un lado extraño en él es el lado enfermizo, ultranervioso, dando por momentos la sensación pe-

netrante de ser un melancólico y rebelde, víctima de un mal de corazón.

En suma; un hombre inquieto, ansioso, profundo, complicado, fugitivo, poco claro.

Nos habla de las dificultades de su vida, del deseo y de la necesidad que tendría de un editor que le adelantara 30.000 francos por seis años, y que le asegurara así 6.000 por año; el pan para él y su madre, que le proporcionaría el medio de hacer *La historia de una familia*, una novela en ocho tomos. Porque él querría hacer *grandes creaciones* y no esos artículos «infames, innobles—grita, con un tono indignado contra sí mismo—que me veo obligado a redactar para *La Tribuna*, en medio de gentes que me obligan a sostener opiniones idiotas... Porque, es preciso decirlo, este Gobierno, con su indiferencia, su ignorancia del talento, de cuanto se produce, lleva nuestras miserias a los diarios de oposición, los únicos que nos dan de comer... Verdad, no tenemos absolutamente más que esto...» Luego, después de un silencio: «Tengo tantos enemigos... ¡Es tan duro hacer hablar de sí!»

Y de tiempo en tiempo, en una recriminación amarga, en que nos repite y se repite que no tiene más que veintiocho años, estalla, vibrante, con una nota de voluntad áspera y de energía rabiosa.

Acaba diciendo: «Sí, tienen ustedes razón; mi novela sale del carril, descarrila... No hacen falta más que tres personajes. Seguiré su consejo. Haré una co-

media... Y luego, somos los últimos que llegan y sabemos que son ustedes nuestros mayores, Flaubert y ustedes. ¡Ustedes! Sus enemigos reconocen que han inventado su arte. ¡Y creen que esto no es nada! ¡Es todo!

21 de diciembre.—Comida en casa de Sainte-Beuve, con la princesa, Pougerville, Viollet-le-Duc, el viejo Giraud, del Instituto. Toda la comida transcurre pensando en el medio de hacer contar a Pougerville sus dos únicas historias: su entrevista con Luis XVIII y su entrevista con Millevoye.

22 de diciembre.—Hoy, a las cuatro, terminamos *Madame Gervaisais*.

24 de diciembre.—Nos agrada volver a encontrar a Flaubert, y en nuestro brío de osos y de solitarios ensalvajados, expresamos desprecio, indignación contra todos los rebajamientos presentes, las miserias de los caracteres, el recaimiento y domesticidad de los escritores, nuestros camaradas.

30 de diciembre.—He visto esta noche, en la calle de Courcelles, a Claudio Bernard, hecho ya un espectro de la ciencia.

Año 1869

1 de enero.—Media noche. Nos abrazamos en el jardín de nuestra casa, a la luz de la luna de año nuevo.

Por el día, llevamos nuestro manuscrito (*Madame Gervaisais*) a casa de Lacroix y firmamos en casa de la princesa: es cuanto hemos hecho hoy.

He visto por primera vez llevar por las calles palmeras en macetas y otros regalos de plantas exóticas.

2 de enero.—A propósito de Nieuwkerke, convertido en el blanco, en el San Sebastián de los periódicos, se ocurre pensar que el Gobierno va echando sus ministros y altos funcionarios a la oposición para que los devore, a imitación del ruso que en trineo, perseguido por una banda de lobos, siempre creciente, y alargándose el camino indefinidamente, echa, para detenerlos y ganar tiempo, sus provisiones, sus coberturas, sus botas.

3 de enero.—Una frase que pinta la política presente de resbalones y de «sin día siguiente», es la frase de Rouher a Vatry, muy enterado de la situación. El Richelieu del *dejar hacer* le escucha, y luego le responde sencillamente: «Desde hace algún tiempo estudio mucho a un filósofo chino, cuya sabiduría pongo en práctica: es el filósofo *Ye-men-fou* (1).

5 de enero.—Comida Magny. — Conferencia del doctor Robin, dando detalles relativos a experien-

(1) *Calembour* a base de la identidad de pronunciación entre el nombre del quimérico filósofo y el modismo *je m'en fou* (desentenderse de). N. del T

cias impresionantes y de mucho terror sobre los decapitados, que, después de cuarenta y cinco minutos de muertos, se llevan la mano, con un movimiento de vivos, al pecho o al sitio en que se les punza, con otras pruebas que vienen en apoyo de la teoría de que el cerebro y el corazón son independientes.

No hay distracción para sacarnos del estado enfermizo del tormento de nuestra falta de salud, como estas ascensiones a la ciencia, estas hipótesis médicas, estos sueños hacia lo desconocido de la vida, y que nos traen olvidos, aturdimientos, sólo producidos en otros por las embriagueces de una fiesta, de un baile, de un espectáculo.

Miércoles 6 de enero.—Digo a la princesa que he visto a Sainte-Beuve, y que le he encontrado fatigado, preocupado, triste. No me responde, pasa delante de mí y me hace signo de seguirla al primer salón, el sitio de sus conversaciones íntimas, de sus confidencias.

Allí ha dicho: «No veré ya nunca a Sainte-Beuve... Se ha concluído conmigo..., en fin... Por causa suya me he enfriado con la emperatriz... Es cuanto ha tenido para mí... En mi última estancia en Compiègne, me pidió tres cosas y obtuve dos del emperador... ¿Y qué es lo que yo le rogaba?... No que renunciara a ninguna convicción... Únicamente, que no se comprometiera con *Le Temps*, y de

parte de Roucher... le ofrecía todo... Hubiera ido a *La Liberté* con Girardin... Esto era natural; se trataba de su gente... Pero a *Le Temps*, nuestro enemigo personal..., ¡en el que todos los días se nos insulta !...»

Se detiene; después prosigue: «¡ Oh, es un mal hombre !... Hace ya seis meses escribía yo a Flaubert: «Temo que Sainte-Beuve, de aquí a poco tiempo, nos juegue una mala pasada... Es él quien ha escrito a Netzer. Hay en todo esto algo de su amigo Alton-Shée.» Y con palabras de amargura, añade: «Me escribía el día de Año Nuevo que todo lo confortable que le rodeaba en su enfermedad se debía a mí... No, no se conduce bien.»

Se sofoca, se ahoga, sacude su garganta con lo alto de su vestido bordado, que agita a dos manos, y lágrimas que devora suben a su voz, que la emoción apaga por momentos.

«En fin, yo no hablo de la princesa; pero de la mujer, ¡de la mujer !...» Y cogiéndome de las solapas, las sacudió, como para introducirme en el pecho su indignación: «Veamos, Goncourt, ¿no es esto indigno?» Y sus ojos, llenos de la cólera de su corazón, observaban los míos.

Dió algunos pasos por la alfombra, arrastrando detrás de sí su largo vestido de seda blanca, y volviéndose a mí: «¡ La mujer !... He ido a comer a su casa... Me he sentado en la silla que ocupara la... Por lo demás, ya se lo he dicho: su casa es una

casa de bribones, un mal lugar, y yo he venido a ella por usted. ¡Oh! He sido dura. Y añadí todavía: ¿Qué es usted? Un viejo inútil. No puede ni aun manejarse solo. ¿Cuáles pueden ser, pues, sus ambiciones?... Mejor hubiera sido que se muriera el año pasado, dejándome al menos el recuerdo de un amigo.»

«Esta escena me pone mala», añadió estremeciéndose.

11 de enero.—Brown, el pintor de caballos, nos contaba esta anécdota: M. Pointe, director cristiano de una revista ilustrada, le encargó hacer dibujos para su periódico.

Pointe le interrogó sobre los asuntos que trataría.

—De lo de siempre: de caballos.

—¡Caballos!...—Y Pointe da dos paseos en su despacho; después se revuelve a Brown—. Los caballos..., los caballos empujan a las «horizontales»..., las «horizontales» empujan a la muerte a las familias... ¡Jamás caballos en mi periódico!

12 de enero.—Ésa locura por el escritor y el artista — acordémonos de Meyron, Baudelaire —, se exalta cuando mueren; hace enardecer sus obras, como la guillotina hace subir en los catálogos de autógrafos los de los guillotinado.

12 de febrero.—¡ Oh, la emoción de cortar mi libro, virgen y todavía húmedo !

Miércoles 17 de febrero.—Me visita un médico que yo había solicitado de Phillips. Me pulsa, me ausculta, me da golpecitos por el cuerpo y en el lugar de mis males, encontrando en él las consecuencias de veinte años antihigiénicos de vida literaria. Una angustia para ambos, un día de inquietos estremecimientos.

Esperamos por la noche tranquilizarnos, fortalecernos, en este desaliento de la salud perdida y la laxitud del esfuerzo de vivir, con las palabras afectuosas de los camaradas. No, no hallan otra cosa que decirnos, en tono bastante seco, sino que nuestro libro está bien fabricado, y me dan a cortar un libro de poesía de un anónimo provinciano, *O. Justice*, que ha colocado a la cabeza de sus versos de ciego una fotografía en que parece un joven peluquero de barrios bajos.

De la mayoría, absolutamente nada. Taine llega, comienza por reprocharnos palabras que no se dicen, que no se encuentran en el diccionario. «¿ En cuál? ¿ En el vuestro? Nos aprueba algunas descripciones hechas con los nervios encalmados, y acaba diciéndonos que el final no tiene interés para él, porque ha leído a Santa Teresa.

El autor del *Viaje a Italia* nos dice esto con un tono agrio, nervioso, seco y con un poco más de

bilis que de ordinario. He aquí nuestro único *éxito*. Hay que confesar que nuestro libro no es apenas mimado hasta ahora.

Por lo demás, no sé qué mal viento sopla esta noche en la conversación y en las palabras de la sala.

19 de febrero.—Vamos a ver a Sainte-Beuve. Le encontramos triste por su estado, triste por la política y triste por la literatura. Nos habla de las vergüenzas de la Academia rebajada, el embrollo de los votos y los chismes y los *manejos* de Guizot. Nos cuenta este diálogo entre la duquesa de Galliera y Lebrun, que Lebrun repetía con indignación y amargura de viejo escritor.

—Y bien, monsieur Lebrun—decía la gran dama en el momento en que entraba en su salón— Sé que el primer sillón está dado... Sí, a monsieur Hassonville... Es cosa hecha.

—Lo ignoraba—dijo el académico inclinándose.

—Para el segundo va, sin duda, monsieur de Champogny.

—¡ Ah !

—En cuanto al tercero, es, probablemente, monsieur Barbier.

Y la melancolía de la hora—las cinco de la tarde—, aumentada con la amenaza del aislamiento de su velada, lleva a los labios de Sainte-Beuve una queja en voz baja sobre todas las privaciones que

sufre, de la imposibilidad de alejarse de la sociedad y de desinteresarse de la acción y del público.

Nos bosqueja como en una conversación, hurgando ante un fuego muerto, esos días sucediéndose a los días en que todavía se despierta uno por la mañana con un poco de ilusión; después, durante el mediodía, algo interesado por el trabajo, por algunos restos de fidelidad de los amigos, y luego ya nada... ¡Ah!, esta existencia, no... La vida para mí no es ya más que una pared desnuda... Hacen falta colores, adornos... Y un gesto dibujaba en el vacío la tristeza de las cosas.

La noche caía, dulcemente, y la palabra del viejo se transformaba más y más en una palabra de claro-oscuro, una palabra que se aproximaba al gran silencio.

22 de febrero.—Desde que nuestro libro ha aparecido, ni una carta, ni una palabra, ni un cumplimiento banal de nadie, salvo un buen apretón de manos y un *speech* elocuente de Flaubert. Una profunda tristeza por esta liga del silencio.

7 de abril.—En casa de Magny. Se dice que Berthelot había predicho que en cien años de ciencias física y química, el hombre sabría lo que era el átomo y que con esta ciencia podría a su voluntad moderar, extinguir y encender el sol, como una lámpara Cariel. Claudio Bernard, por su parte, había anunciado que con cien años de ciencia fisiológica

se podría hacer la ley orgánica de la creación humana, en concurrencia con el Creador.

Hemos hecho alguna objeción, pero realmente creemos que en ese momento de la ciencia, el viejo buen Dios de barba blanca llegará a la tierra con su manajo de llaves y dirá a la humanidad, como se dice en el salón, a las cinco : «¡ Señores, que se va a cerrar !»

22 de mayo.—En casa de Michelet.

A pesar de los años y del inmenso trabajo, el viejo encanecido es siempre joven, vivaz de ingenio, derramando palabras coloreadas, ideas originales, paradojas de genio.

Hablamos del libro de Hugo. Entiende que la novela es la construcción, con gran esfuerzo, de un milagro; lo contrario en absoluto de lo que hace la ciencia histórica, la gran *desfacedora de milagros*. Y a propósito de esta teoría, por unos de esos zigzags que le son familiares, cita a Juana de Arco, que no es ya un milagro desde que se ha hecho ver toda la debilidad del ejército inglés opuesta a la concentración y a la unión de todas las fuerzas francesas.

Volviendo a Víctor Hugo, nos dice se lo representa, no como un Titán, sino como un Vulcano, una potencia de gnomo batiendo el hierro en grandes forjas..., en el fondo de las entrañas de la tierra... ¡ Hugo ! Ante todo, un maquinador y un en-

amorado de los monstruos... *Nuestra Señora de París*, con Quasimodo... *El hombre que ríe*, triunfa a golpe de monstruos... Aún en *Los trabajadores del mar* todo el interés de su novela está en el pulpo... «Hugo—continuó—tiene una fuerza, una gran fuerza hostigada, sobreexcitada; la fuerza de un hombre siempre marchando al aire y tomando dos baños de mar por día.»

Luego nos habla de la dificultad de hacer novelas modernas, a causa del escaso cambio del medio, y, sin que parezca escuchar nuestras objeciones, va a *Pamela*, cuyo gran interés está para él en el cambio de las costumbres de entonces; la transformación del viejo puritanismo inglés en metodismo, en acomodamiento con los intereses humanos y la práctica de la vida, llegado el día en que Werley ha dicho que «los santos deben tener sus plazas». Pamela, añade, acompañando su frase final con una sonrisa, Pamela es un tipo a la vez de muchacha y de *magister*.)

Hablamos un poco de elecciones. Nos hace notar una cosa curiosa; que el pueblo no habla ya de la próxima revolución, sino de la «próxima liquidación». En esta época bursátil, la amenaza del pueblo se expresa en el argot del dinero.

23 de mayo.—El libro de Flaubert, su novela parisién, ha terminado. Vemos el manuscrito sobre su mesa, entre cartones fabricados especialmente *ad*

hoc, llevando este título, con el cual se encapricha : *La educación sentimental*, y debajo un subtítulo : *Historia de un joven*.

4 de junio.—Lefevre de Behaine me habla de un curioso rincón en que la rareza de Hoffmann se une a la fantasía de Heine, y al cual iba a pasar con su mujer los días demasiado aburridos del destierro en Berlín.

Es un palacete «rococo» de un germanismo ridículo, y que lleva un nombre antiguo y galante : *Mi alhaja*. Hay allí un *bric-a-brac* caótico, sajonias, todos los sajonias posibles ; los juguetes de Federico y de todos los príncipes, el monumento de la reina, máscaras y caras de cera de todas las celebridades, ataúdes, modelitos de varios objetos e instrumentos desconocidos de Oriente, una inmensa y abracadabran-te mezcla de cosas, el amontonamiento de *bibelots* de un reino barroco, un museo de Curtius mezclado con un museo Tursaud. Y esta *Mi alhaja*, está guardada por un custodio maníaco, de una charlatanería insoportable para cada objeto, y allí pasa su vida, vestida de fantasma, una vieja princesa alemana, que está loca.

17 de junio.—Conversación, después de almorzar, con el general Bataille.

Con el interés agudo y el movimiento y vida del relato y con la emoción de estar como presente todavía a los disparos y cañonazos, nos habla de Sol-

ferino y Magenta con un tono franco y que enseña lo humano en el soldado, su susceptibilidad nerviosa en la atmósfera tan variable y cambiante de la guerra, y reconoce que los cuerpos y las morales más sólidas pueden ceder al viento súbito de un pánico.

Refiere que en la noche de Magenta, su Cuerpo, que peleó durante el día, fué emplazado en un lugar cubierto de muertos y heridos, y que ese contacto de doce horas con el horror de los cadáveres, y que toda esta noche, pasada el arma al brazo, sobre la obra desmoralizadora de un gran batalla, hizo que por la mañana, un grupo de este Cuerpo, al primer cañonazo, saliera a la desbandada.

Nos habla todavía de esas supersticiones, tan naturales en esta carrera de fatalidad, en esta lotería de la vida y de la muerte, de esas supersticiones de los oficiales sobre los caballos que llevan mala suerte y que son mortales para quienes los montan. A este propósito, nos cuenta que tenía gana de un alazán dorado, que le quitó el general Patrat, quien, montado en él, fué muerto en Palestro, cortado en dos por la última bala que dispararon los austriacos en esta batalla, en que no fué herido un solo hombre de su Cuerpo. Y supo después que su anterior propietario, un oficial de Artillería, fué también muerto montándolo.

Respecto a la emoción del fuego, no existe, una vez comprometida la acción; pero antes, por ejemplo, a los primeros disparos de fusil, cuando se está

aún echado, un sentimiento que oprime el pecho produce una especie de tristeza.

Los militares, por agradables que puedan ser, resultan a la larga un poco insoportables por una tiranía de las ideas, una suerte de hábito de mando en la conversación. Son aún más fatigosos por un continuo y perpetuo hablar de su oficio y de ese gran *yo* colectivo que es el ejército y siempre el ejército.

20 de agosto.—Viene esta noche a casa de la princesa un caballero que en sus primeras palabras la dice: «¡Nada es más enojoso que ser amado!» Y como alguien le dice: «Se expone usted a no serlo aquí», responde: «Así lo espero.» Esto lo dice, no con una sonrisa, no con gracia de palabra o ligereza de paradoja, sino como axioma duro, intransigente, absoluto. El caballero es Rivière, el oficial de Marina autor de la notable novela *Pedro y Caín*, y parece querer asombrar a la gente con brutalidades de ingenio sin ese no sé qué que las hace tolerar.

Monsieur de Sacy cuenta que cuando se participó al general Sebastiani el asesinato de su hija, madame Praslin, mandó callar al que le traía la noticia con un «¡Ah, un momento..., que eso no atente a mi salud!»

Miércoles 25 de agosto.—Alguien dijo a un bretón que estaba construyendo una casa con piedra arenisca, la piedra ordinaria de las construcciones bretonas:

—¿Por qué no la hace usted construir con ladrillo, que es más bonito?

—¡El ladrillo no dura más que ochocientos años!
—respondió el propietario.

26 de agosto.—Inquieta, a pesar de los despachos recibidos ayer, y queriendo darse cuenta por sí misma del estado de salud del emperador, la princesa va a verle hoy a Saint-Cloud. Lo encuentra en el lecho. Ha pasado diez noches sin dormir y sin tener gana de hacerlo. Su ciática persiste. Y ella dice: «Estaba hermoso... Completamente afeitado y con la cabeza echada, se parecía a Napoleón I..., ¡sí, a Napoleón! ¡Era asombroso!» Después añade: «¡Es triste el castillo de Saint-Cloud!... Es singular lo que me alegra irme de sus salones. No estoy a gusto en la corte... Allí, los sentimientos, las palabras, son diferentes... No puedo explicarme esto... Pero me siento yo misma otra persona y estoy ansiosa de volverme a mi casa y a ser lo que soy.»

15 de octubre.—Trouville. Sabemos aquí la muerte de Sainte-Beuve. El difunto no resulta realmente maltratado por la Prensa, a la que dedicó tantas malignas ironías.

1 de noviembre.—No tenemos suerte. Hoy tomamos posesión del pabellón de Catinat, que nos presta la princesa, para huir del ruido de nuestra casa que hacen tres chicos en la de la derecha y unos caballos en la de la izquierda..., y aquí ¡se ensayan

hoy las campanas que la princesa ha regalado a la iglesia ! El párroco, agradecido, las hace sonar diez minutos cada cuarto de hora, día y noche.

Año 1870

1 de enero.—Hoy, primer día del año, ni una visita, ni la vista de alguien que nos quiera. Nadie. ¡ La soledad y el sufrimiento !

19 de enero.—Un médico de la hidroterapia dice : «El viejo Mabile, que era un hombre inteligente, me declaró que no conservó su público más que cambiando cada siete años su jardín, sus decoraciones, sus paseos. En efecto, añadía, el período de siete años corresponde a una modificación, a una revolución del hombre y de sus gustos : ved al joven de quince, de veintidós, de veintinueve años...» Se le pregunta si Troppmann ha sido ejecutado : «Sí, debió serlo, porque un marmolista, cuya mujer he asistido largo tiempo, vino a mi casa, borracho como un burro, a decirme que, como he sido tan bueno, su mujer me ofrecía una ventana que hacía ángulo con la plaza... El tabernero que está debajo de él ha vendido tres barricas de vino en la noche de anteayer...»

Después de los meses, bastantes meses, transcurridos, vuelvo a coger la pluma, caída de las manos de mi hermano. En el primer momento, quise dejar

este diario en sus últimas notas, en las notas del muerto, volviéndose hacia su juventud, hacia su infancia... ¿Para qué continuar este libro?, me decía; mi carrera toca a su fin, mi ambición ha muerto... Hoy pienso como ayer, pero experimento cierto consuelo en contarme a mí mismo estos meses de desesperación... con un deseo vago quizá de fijar lo desgarrador para los amigos futuros de la memoria del bien-amado... ¿Por qué? Yo no lo puedo decir, pero es una especie de obsesión... Vuelvo a coger, pues, este diario y traslado a él las notas hechas en mis noches de lágrimas, notas comparables a los gritos con que los grandes dolores físicos se desahogan.

A la caída de la noche, nos paseábamos sin hablar por el bosque de Bolonia. Estaba triste esta tarde, más triste que nunca. Yo le dije: «Veamos, amigo mío, pongamos que tienes necesidad, para restablecerte de un año, de dos años; tú eres joven, no has cumplido cuarenta años...; ¿no te quedarían después muchos años para escribir más libros?

Me miró con el aire asombrado de un hombre que ve adivinado el secreto de su pensamiento, y me respondió, recalcando cada palabra: «¡Siento que ya no podré trabajar jamás... ¡jamás!»

Cuanto pude añadir no obtuvo otro efecto que poner un acento de cólera en la frase desesperada que continuó repitiendo.

La escena de ayer me ha hecho mucho mal. He

tenido ante mí, toda la noche, la sombría y concentrada desesperación de su cara, de su voz, de su actitud. ¡Pobre chiquillo!

Febrero. — Hoy se encuentra bien, maravillosamente bien, y él, que era otras veces la voluntad de los dos y que hoy siente tanta pena de decidirse a querer alguna cosa, me ha asombrado proponiéndome ir a la Cascada.

No quiere ir a ninguna parte, no quiere ya mostrarse a las gentes: «tiene vergüenza de sí», me ha dicho.

El tacto era su cualidad. Ninguno ha sido organizado más delicadamente para el ejercicio de esta facultad, a la vez de instinto y de razonamiento. Esta facultad, tan altamente aristocrática en él, la pierde. No posee ya las gradaciones de la cortesía, según la escala social de las personas con quienes se encuentra.

Desde hace algún tiempo—y se nota por días—hay ciertas letras que pronuncia mal, como las pronunciaba de niño, y esto me da miedo.

Abril.—Un jueves, Tiempo de tempestad. Absorción completa. Rehusa hablar. Toda la tarde, con su sombrero de paja tapándole los ojos, se queda sentado frente a un árbol, en una inmovilidad tristemente feroz.

8 de abril.—Las concentraciones, los silencios, los

abismamientos en sí mismo, en que hay una tristeza tan inmensa, están hechos seguramente de cosas tan terribles que pasan dentro de él, que siento impulsos de llorar mirándole.

Un misterio, un misterio incomprensible, insondable; que en este atrofiamiento del cerebro, la resistencia, la supervivencia de ciertas facultades, de ciertas potencias del entendimiento, den señales tan espléndidas y profundas, que abren el pecho a la esperanza y hacen decir: «¿Quizá...?»

La atención, este tema de posesión intelectual, exige ya en él un enorme esfuerzo que hincha las venas de su frente y le deja quebrantado de fatiga.

En esta casa amada en que brillaba la inteligencia tan finamente, veo minuto por minuto deslizarse la máscara de la imbecilidad; ¡sufro como nadie ha sufrido!

Ya no responde acorde a lo que se le pregunta: «¿Por qué estás triste?, y contesta: «Pues bien; esta noche leeré a Chateaubriand.» Tiene una verdadera obsesión con las *Memorias de ultratumba*.

Poco a poco se despoja de afectuosidad, se «deshumaniza». Comienza en él el feroz egoísmo de la infancia.

No tiene bastante con su mal. A cada momento se atormenta con males imaginarios, mirando lo rojo o blanco profundo por un pliegue de su camisa sobre su piel, con una fisonomía dolorosa de espanto.

Lo que hay de abominable en estas enfermedades

de la inteligencia es que destruyen también la sensibilidad, la ternura, el cariño, suprimen el corazón... No encuentro ya su afecto, que era la alegría de mi vida... No, no me siento ya querido por él, y es el más grande suplicio que puedo experimentar.

Una obsesión desde hace algunos días, una tentación que no quiero estampar aquí... Si yo no le amase demasiado...

Su profesión, de la que se ha preocupado largo tiempo después de cesar en el trabajo, no le ocupa ya; sus libros son para él como si no los hubiese escrito.

Hacia el 30 de mayo.—Como un niño pequeño, sólo se ocupa de lo que come y de lo que viste.

11 de junio.—Esta mañana le ha sido imposible recordar un solo título de sus novelas.

Noche del sábado 18 de junio.—Son las dos de la madrugada. Heme aquí reemplazando a Pelagia cerca de la cama de mi pobre y querido hermano, que no ha recobrado la palabra, que no ha recobrado el conocimiento desde el jueves a las dos de la tarde. Escucho la respiración, anhelante. En la sombra de las cortinas, tengo ante mí la fijeza de su mirada.

De pronto, sobre su hermoso rostro, convulsiones que revuelven, deforman todas sus líneas, y mientras los brazos sufren contracciones horribles, su boca escupe una espuma sanguinolenta. A esta crisis suceden otras menos violentas.

Ayer noche, Beni-Barde me dijo que esto se acababa, que una desagregación del cerebro había tenido lugar en la base del cráneo, detrás de la cabeza, y no podía ya conservarse ninguna esperanza.

La muerte se aproxima, la siento en su respiración precipitada, en la agitación que sucede a la calma relativa de ayer. Entre dos seres que se han querido como nosotros, la separación eterna sin el reconocimiento de un segundo, sin un apretón de manos, sin un adiós del muerto al vivo...

Madre mía: en tu lecho de muerte me pusiste en la mía la mano de tu niño querido y preferido, recomendándomelo con una mirada que no se olvida; ¿estás contenta de mí?

Lunes 20 de junio, cinco de la mañana.—El día amanece sobre su casa, que ha tomado el amarillo terroso de la muerte. En sus ojos, una expresión de sufrimiento y de miseria indecible.

Crear un ser como este, tan inteligente, tan personal, tan original, y aniquilarle a los treinta y nueve años. ¿Por qué?

Nueve y cuarenta minutos.—Muere, acaba de morir. ¡Dios sea alabado! Ha muerto después de dos o tres suspiros dulces de la respiración de un niño que se duerme.

La comida Magny fué fundada por Gavarni, Sainte-Beuve y nosotros dos. Gavarni ha muerto, Sainte-Beuve ha muerto. ¿Se contentará la muerte con la

mitad de los dos, o me llevará bien pronto? ¡Estoy presto!

22 de junio.—Lo he visto desaparecer en la fosa en que están mi padre, mi madre, y en donde hay todavía un sitio para mí.

Jueves 30 de junio.—Tengo un recuerdo que no puedo apartar de mí. Le había propuesto jugar al billar. Quería distraerle, y no hacía más que atormentarle. El sufrimiento le impedía acertar, y no lograba sino jugar sucio, por lo que le di un golpecito en los dedos con el taco: «¡Qué brutal eres conmigo!, me dijo. ¡Oh! El tono, a la vez dulce y ríste, de este reproche, lo tengo siempre en el oído.

3 de julio.—Un relato de guerra del capitán de la nave *Borbón* nos contó ayer que en una batería de Sebastopol, como funcionase mal una rueda de cañón, mandó a un soldado engrasarla. No había allí grasa, y era preciso buscarla. El soldado de marina, sin decir una palabra, se apoderó de un hacha, abrió el cráneo de un muerto, aún caliente, cogió sus sesos, y restregó con ellos el eje de la rueda.

Miércoles 10 de agosto.—Todo el día vivo la dolorosa emoción de la gran batalla que va a decidir de los destinos de Francia.

Domingo 14 de agosto.—Triste por la muerte de mi hermano, triste por la muerte de la patria, no puedo

quedarme en casa, tengo necesidad de ir a comer a casa de un amigo, y voy a la de Carlos Édmond.

Encuentro en la casa de Bellevue, prestos a ponerse a la mesa, a Berthelot y Nubar Pacha, un europeo al que una larga residencia en Egipto ha dado una conformación de cabeza oriental, en cuya máscara, fría y diplomática, asoma alguna vez la risa de un salvaje, con sus dientes blancos. Se habla de nuestros reveses, y Berthelot, a quien nuestra humillación ante Europa ha puesto a un tiempo enfermo y elocuente, muy elocuente, habla con una voz tenue de la impericia general, del favoritismo, de la disminución de los hombres por el poder personal.

Nubar Pachá nos habla de la inexorabilidad del Gobierno con los débiles. Recuerda las lágrimas, verdaderas lágrimas, que vertió a los treinta y nueve años, saliendo de una entrevista con el ministro de Negocios Extranjeros, a propósito de las exigencias de Francia, exigencias, afirma, que han originado toda la deuda del Egipto.

Interroga luego a Berthelot sobre la raza egipcia, y le pregunta qué maldición ha caído sobre ella. «¿Por qué no ha de ser perfectible? ¿Por qué los hijos de los *fellahs* son inferiores a los *fellahs*? ¿Por qué el joven egipcio, que aprende con más rapidez que el joven europeo, ve interrumpido a los catorce años su desenvolvimiento intelectual?»

Nabar me cuenta que en Abisinia, cuando se ha cometido un asesinato, la familia de la víctima se

pasa siete días y siete noches llenando de maldiciones los alrededores de la casa del matador. Es raro, añade, que no acabe miserablemente. «¡ Para mí, es el concierto de maldiciones que se ha elevado después del 2 de diciembre (fecha del golpe de Estado de Napoleón III) el que hace sus efectos hoy !»

21 de agosto.—Dicen que Morny ha contado, como oído al emperador, que un día éste preguntaba a la señorita de Montijo, con cierta insistencia, y apelando a su palabra, como se apelaría al honor de un hombre, si había tenido un afecto serio alguna vez. La señorita de Montijo le respondió : «Os engañaría, sire, si no os declarase que mi corazón ha hablado, y aun varias veces ; pero lo que puedo aseguraros es que soy siempre la señorita de Montijo.» Ante esta afirmación, el emperador la dijo : «Pues bien, señorita ; será usted emperatriz.»

Martes 23 de agosto.—Esta noche, en casa de Brevant, nos ponemos al balcón, atraídos por las aclamaciones de la multitud al paso de un regimiento que parte. Renán se retira en seguida, con un movimiento de desdén, murmurando estas palabras : «¡ Entre todos esos no hay un hombre capaz de un acto de virtud !»

«¿Cómo de un acto de virtud?—se le replica—. ¿No es un acto de virtud el del sacrificio que significa dar la vida en estos privados de la gloria, en estos innominados, en estos anónimos de la muerte?»

2 de septiembre.—Encuentro al salir del Louvre a Chennevieres. Me dice que parte mañana para Brest, escoltando el tercer envío de cuadros del Louvre, con el fin de salvarlos de los prusianos en el arsenal y en la cárcel de Brest. Me pinta el triste y humillante espectáculo de este embalaje, y a Renet, llorando lágrimas ardientes ante «La bella jardinera», en el fondo de su caja, como delante de un muerto querido, pronto a ser encerrado en el ataúd.

Por la noche, después de comer, vamos al camino de hierro de la calle d'Enfer, y veo las diecisiete cajas conteniendo «L'Antiope», los más bellos venecianos, etc.—estos cuadros, que se creían fijos en los muros del Louvre por una eternidad, y que no son ya más que mercancías, protegidas solamente contra las aventuras por la palabra «frágil»—.

3 septiembre.—No es vivir, vivir en este gran espanto, desconocido, que os rodea y os ahoga.

.....

¡Qué aspecto el de París esta noche, ante la noticia de la derrota de Mac-Mahon y la cautividad del emperador. ¿Quién podría pintar el abatimiento de los semblantes, las idas y venidas de pies inconscientes, batiendo el asfalto al azar, la mancha negra de las multitudes en las proximidades de las Alcaldías, el asalto de los quioscos, la triple línea de lectores de periódicos ante todo farol de gas, los ansio-

sos apartes de porteros y tenderos en sus puertas, dibujándose en la trastienda, sobre las sillas, las mujeres, abatidas y solas !...

Luego, el clamor indignado de la multitud, en que se sucede a la cólera de la estupefacción, y bandos que recorren el boulevard gritando : « ¡ La caída ! ¡ Viva Trochu ! » En fin, el espectáculo desordenado y tumultuoso de una nación resuelta a salvarse.

Martes 6 de septiembre.—Comentando la guerra, alguien dice : « Las armas de precisión son contrarias al temperamento francés; tirar pronto y arrojar a la bayoneta es lo que hace nuestro soldado. La *mecanización* del soldado no entra en él, y esta es la superioridad de Prusia en este momento. »

Renán declara : « En todas las cosas que tengo estudiadas me ha sorprendido la superioridad de la inteligencia y del trabajo alemán. No es, pues, extraño que en el arte de la guerra, que es, después de todo, un arte inferior, aunque ampliado, hayan llegado a esta superioridad que comprueba en todas las cosas, les repito, que he estudiado, que conozco... Sí, señores ; ¡ los alemanes son una raza superior ! »

— ¡ Oh ! ¡ Oh ! — gritan de todas partes.

— Sí, muy superiores a nosotros — continúa Renán, animándose —. El cristianismo es una cretinización del individuo, la educación por los jesuítas o los hermanos de la escuela cristiana, detiene y comprime to-

da virtud «sumativa», mientras que el protestantismo la desarrolla.

La dulce y enfermiza voz de Berthelot llama a los espíritus de alturas sofisticadas a las realidades amenazadoras: «Señores, tal vez no saben ustedes que estamos rodeados de enormes cantidades de petróleo, depositadas a las puertas de París, y que no entran a causa del impuesto de consumos; si los prusianos se apoderan de él y lo arrojan al Sena, harían un río de fuego que incendiase las dos orillas. De modo idéntico quemaron los griegos la flota árabe.

—¿Pero cómo no se advierte a Trochu?

—¿Es que tiene tiempo de ocuparse de algo?—Berthelot continúa:—Si hacen saltar las esclusas del Marne, toda la gruesa artillería de sitio de los prusianos llegaría como sobre ruedas a los muros de París; pero no se pensará en hacerlos saltar... Y de cosas como estas podría seguir indicando hasta mañana.

Y como yo le pregunto si saldrá del Comité que preside algún instrumento de destrucción: «No, no se me dan ni dinero ni hombres, y recibo 250 cartas por día, que no me dejan tiempo de hacer ninguna experiencia. No es que no haya alguna cosa que intentar, que encontrar tal vez; pero el tiempo falta para hacer la experiencia en grande..., ¡y para hacerla aceptar! Hay un jefe de artillería a quien enteré de lo del petróleo. «Sí, me ha dicho; eso servía en el siglo IX.» «Pero—le repliqué—los

americanos, en su última guerra...» «Es verdad—respondió—; pero el petróleo es peligroso de manejar, y no queremos estallar.» ¡Y así en todo!—añade Berthelot.

Renán sigue defendiendo obstinadamente su tesis de la superioridad alemana, cuando le interrumpe Du Mesnil, diciendo: «En cuanto al sentimiento de independencia de los aldeanos alemanes, puedo decirle que yo he asistido a partidas de caza, en Baden, en que se les enviaba a ojear las piezas por medio de puntapiés en el culo.»

—Prefiero—replicó Renán—los aldeanos que reciben puntapiés en el culo a los nuestros, que el sufragio universal ha convertido en nuestros amos, aldeanos que, siendo el elemento inferior de la civilización, nos han hecho sufrir veinte años este Gobierno.

Berthelot continúa sus revelaciones desoladoras, a cuyo término le digo:

—¡Entonces, todo ha concluído, y no nos queda más que educar una generación para la venganza!

—No, no—grita Renán, que se ha levantado con la cara enrojecida—; nada de venganza; perezca Francia, perezca la patria; por encima de ella está el reino del deber y de la razón...

—No, no—vociferá toda la mesa—; no hay nada sobre la patria.

—No—grita más alto Saint-Víctor, montando en cólera—; no «esteticemos», no «bizanticemos» más, f...; ¡no hay cosa alguna superior a la patria!

Renán se levanta, y se pasea alrededor de la mesa a pasos desiguales, agitando sus brazos cortos y citando en alta voz fragmentos de la Sagrada Escritura que sostienen lo que él.

Después se aproxima al balcón, bajo el cual se observa el ir y venir indiferente de París, y me dice: «¡ He ahí lo que nos salvará ; la desidia de esta población !»

Sábado 10 de septiembre.—Catulle Mendés, con uniforme de voluntario, viene a darme la mano a casa de Peters.

Un muchacho a quien he conocido en los baños come a mi lado. Llama a un señor que pasa: «¿ Cuántos fusiles os restan? » «¡ Dios mío ! 330.000, poco más o menos, y tengo miedo de que el Gobierno no me los retire !» Y mi vecino comenta que el hombre de los fusiles es un genio en su especie, que ha ganado seis millones en negocios que nadie sospechaba : compra de un golpe 600.000 fusiles de desecho, a siete francos pieza, y los revende a cerca de 100 en el Congo al rey de Dahomey, y todavía gana con el marfil y el polvo de oro con que se reembolsa.

Domingo 18 de septiembre.—Pelagia no ha encontrado esta mañana en las panaderías de Anteuil más que cinco céntimos de pan.

Lunes 19 de septiembre.—El cañón truena toda la mañana.

Estoy, a las once, en la puerta de Point-du-Tour. Bajo el puente del camino de hierro las mujeres escuchan ansiosas, mientras desfilan batallones que van al fuego, abriéndose difícilmente paso entre los habitantes de extramuros que se dirigen al interior, empujando sus carretoncillos, y mezclados con bandos de fugados.

Se interroga a estos hombres, entre los cuales van varios del 46 de línea, con el fango hasta las rodillas, y cuatro o cinco zuavos, uno con un arañazo en la cara; estos hombres parecen sembrar el pánico con sus palabras, sus ojos espantados y sus caras de cobardes.

Contrastando con este aspecto de retirada, de desbandada, los movilizados que esperan órdenes están un poco pálidos, pero con aire de decisión.

En este momento desfila con marcial aspecto de veteranos un batallón de la Guardia Municipal, cuyo oficial, volviendo la cabeza hacia el puente y viendo al zuavo del arañazo, grita a la multitud: «¡Detened a ese zuavo del arañazo, que ha huído con otros esta mañana!» Y bien pronto veo al zuavo detenido y reconducido al fuego.

Vuelve un batallón de movilizados, uno de los cuales trae un brazo prusiano ensartado en la bayoneta.

Los movilizados se agitan a mi alrededor, febriles, impacientes, pidiendo ir al fuego y cantando la Marsellesa.

Vuelvo al Point-du-Tour en el momento en que vuelve un pelotón de zuavos. Dicen que es todo lo que resta de un Cuerpo de dos mil hombre de que formaban parte. Cuentan que los prusianos son en número de cien mil en el bosque de Meudon; que los Cuerpos de Vinay han sido dispersados como los granos de trigo de un disparo... Se perciben en estos relatos las alucinaciones del pánico, la demencia del miedo...

Todavía un pelotón de zuavos cerca de la Magdalena. Uno de ellos, riendo nerviosamente, me dice que «no ha habido batalla..., que ha sido un *sálvese el que pueda*. Que no se ha disparado un cartucho.» Me ha asombrado la mirada de estos hombres: mirada de huídos, difusa, turbada, glauca, que no se detiene ni se fija en nada.

Esta noche en los boulevards, la muchedumbre de los días malos, una muchedumbre agitada, voceadora, que busca el desorden y víctimas, y de la que sale en todo momento el grito «¡Detenedle!» Y en seguida sobre la pista de un pobre diablo que huye, el empuje brutal de un grupo de hombres que se precipita al través de los paseantes, con la violencia de fieras dispuestas a desgarrarle.

Martes 27 de septiembre.—Ayer, gran animación contra los carniceros en los grupos del boulevard de los Italianos. Se pide que el Gobierno venda la carne sin intermediarios, que especulan con la miseria

general. Ante la alcaldía de la calle Druot, una mujer perora sobre la falta y la carestía de las cosas necesarias, y acusa a los tenderos de ocultar una parte de sus provisiones para doblar el precio de ellas en ocho días. Termina, con razón, llena de cólera la voz, que el pueblo no tiene dinero para hacer las provisiones que hay necesidad de comprar al día, y que siempre, siempre, las cosas se arreglan para que el pobre padezca y el rico economice.

Sábado 1 de octubre.—La carne de caballo se desliza disimuladamente en la alimentación parisién. Anteayer Pelagia trajo un trozo de filete, que por su aspecto dudoso no he comido. Ayer, en la casa Peters, me sirvieron un rosbiff, en que mis ojos de pintor desconfiaron del rojo negruzco, tan diferente del rojo rosa de la vaca. El mozo no me afirmó sino muy débilmente que el caballo era vaca.

Miércoles 26 de octubre.—Voy a ver a Teófilo Gautier al *Officiel*, pues me dicen que ha vuelto de Suiza.

—¿Por qué diablos, ¡oh, Theo!, ha vuelto usted a este siniestro *pandemonium*?

Voy a explicárselo—me respondió, descendiendo la escalera del periódico—. «La falta de dinero», mi querido Goncourt... Sí; esa cosa estúpida que se llama «la falta de dinero»... Usted sabe cómo se volatiliza un billete de doscientos... Era todo lo que yo tenía... Luego, mis hermanas estaban en París, ya en el fin del ovillo, y he aquí por qué he vuelto.

«En el fondo, esta revolución es mi término..., soy una víctima de los revolucionarios..., ¡fuera de broma! Cuando los días gloriosos de julio, mi padre era muy legitimista y jugó al alza sobre las Ordenanzas... Ya sabe usted lo que pasó; lo perdimos todo: quin- ce mil libras de renta... Estaba destinado a entrar en la vida como un ser feliz, un ser escogido, y fué preciso ganarse la vida. En fin, después de bastantes años había arreglado bastante bien mis negocios; tenía una casita, un cochecillo, dos caballitos... Febrero me lo hechó todo abajo... Después de otra por- rrada de años, encontré el equilibrio, iba a ser de la Academia..., del Senado. Muerto Sainte-Beuve, Me- rimée en desgracia, no era improbable que el em- perador quisiera meter allí un escritor, ¿no es cier- to?... Acabó de reventarme... ¡Paf!... Todo se fué a extramuros con la República... Comprenderá us- ted que yo no puedo recomenzar otra vez más mi vida... Tengo que contentarme con una pared para fumar mi pipa al sol, y dos veces la sopa por sema- na... Lo que hay de más horrible es la especie de hipocresía que me será preciso ahora poner en las cosas que fabrico... ¿Comprende usted? ¡Es preciso que mis trabajos sean tricolores!

—¡No es poco trágica toda esta hojalatería!—añá- de—, pasando por delante de la casa de Chevet, cu- yas mesas de mármol contenían todas las sólidas suculencias de la gula, y hoy no enseñan más que el cinc de raras conservas de legumbres. Después de al-

gunos segundos de meditación, apoyándose pesadamente sobre mi brazo, dice de repente: «¿No se trata verdaderamente de un desastre? ¡La cosa es concreta! Desde luego, la capitulación, hoy el hambre, mañana el bombardeo. ¿Eh? ¿No está compuesto de una manera artística este desastre?»

Y añade: «Pero es curioso que el valor, el coraje, esa cosa que parecía un producto tan francés, ¿no es cierto?, ¿esa convicción del mundo de que éramos heroicos de nacimiento, no exista ya?... ¿No ha visto usted esos matachines que han cambiado sus hábitos..., y a cuya cara se ha invitado al pueblo a escupir?»

—Mi querido Theo—le dije al despedirme—, mi juicio es que la burla ha matado todas las imbecilidades heroicas... Y las naciones que no la emplean ya..., son naciones condenadas a morir.

Viernes 28 de octubre.—Lo extraño, lo maravilloso, lo inverosímil, es la ausencia de toda comunicación con el exterior. Ni un habitante, desde hace cuarenta días, que declare haber recibido noticias de los suyos. Entra, por el más grande de los azares, un periódico de Ruan. Se da, en facsímil, como la más estimada de las rarezas. Jamás millares de hombres han sido encerrados en una cárcel tan perfecta. Ni una invención, ni un hallazgo, ni una audacia feliz. No hay ya imaginación en Francia.

Sábado 5 de noviembre.—En la comida, Clemente de Risme cuenta que en los *Debates*, en este periódico un poco utópico, están inquietos por la razón de uno de nuestros amigos, víctima de la monomanía de salvar a Francia con una combinación que no me parece tan absurda: el restablecimiento de Enrique V, adoptando al conde de París.

Domingo 6 de noviembre.—El armisticio es rechazado por los prusianos. Creo que no existe en la historia diplomática del mundo un documento más feroz que el *memorándum* de M. de Bismarck. Su piedad por los cientos de millares de franceses que van a morir de hambre: esto parece el jesuitismo de un Atila.

Lunes 7 de noviembre.—Voy a visitar a Víctor Hugo para agradecerle la simpática carta que el ilustre maestro me ha escrito cuando la muerte de mi hermano.

Se me hace esperar en un comedor donde están los restos de un almuerzo.

Soy introducido en un saloncito, con techo y paredes recubiertos de viejas tapicerías. Hay dos mujeres de negro en el rincón de la chimenea, cuyos contornos se ven vagamente a contra luz. Alrededor del poeta, medio acostados en un diván, sus amigos, entre los que reconozco a Vasquerie. En un rincón, el hijo mayor de Víctor Hugo, en uniforme de

guardia nacional, jugando con un niño de cabellos rubios.

Hugo, después de haberme dado la mano, vuelve a colocarse delante de la chimenea. En la penumbra de la anticuada pieza, bajo este día de otoño, entristecida por la vetustez de los colores de las paredes y toda neblinosa por el humo de los cigarros, en medio de esta decoración de otro tiempo, en donde todo está un poco desvanecido, incierto, las cosas como las figuras, la cabeza de Hugo, en plena luz, se encuentra en su cuadro y tiene mucho carácter. Con sus cabellos de hermosos mechones blancos, revueltos, como se ven sobre la cabeza de los profetas de Miguel, nótase sobre su casa una placidez singular, una placidez casi estática. Sí, estática; pero de tiempo en tiempo hay como ensueños, casi instantáneamente apagados, en sus ojos negros, negros, **negros**.

Como yo le pregunto si se encuentra bien en París, me dice: «Sí, amo el París actual; no hubiera querido ver el bosque de Bolonia en su tiempo de coches, calesas, landós, y me agrada ahora, que es un abismo, una ruina... ¡Es hermoso, es grande! No crea usted, sin embargo, que condeno todo lo que se ha hecho en París. Soy el primero en reconocer la inteligente restauración de Nuestra Señora de París, de la Santa Capilla, e incontestablemente se han elevado bellas casas nuevas...» Y sobre lo que le digo de que el parisién se encuentra descentrado

en este París que no es ya parisién, me responde: «Sí, es verdad; es un París inglesado, pero que posee, a Dios gracias, para no parecerse a Londres, dos cosas: la belleza comparativa de su clima y la ausencia del carbón de piedra. En cuanto a mi gusto personal, como a usted, me gustan más nuestras viejas calles...» Alguien pronuncia las palabras «grandes arterias». «Es verdad—dijo sentándose en el diván—; este Gobierno no había hecho nada para la defensa contra el extranjero; todo lo hizo para la defensa contra el pueblo?»

Hugo se sienta luego a mi lado, y me habla de mis libros, que me dijo haber sido una de las distracciones en su destierro. Y añade: «Ha creado usted tipos, potencia que sólo poseen las gentes de gran talento.» Luego me habla de mi aislamiento en esta tierra, que compara al suyo, y me aconseja para escapar de él el trabajo, asegurándome que seguirá la colaboración con aquel que ya no existe, acabando con esta frase: «Por mí, creo en la presencia de los muertos, a los que llamo *los invisibles*.»

En el salón, el desaliento es completo. Aun aquellos que envían artículos valientes al *Rappel* confiesan alto su poca confianza en la posibilidad de la defensa. Hugo dice: «Nos levantaremos un día. No debemos perecer. El mundo no puede sufrir el abominable germanismo. Habrá un desquite dentro de cuatro o cinco años.»

Víctor, en esta visita, se muestra amable, sencillo, bondadoso, de ningún modo grandilocuente o sibilino. Su gran personalidad no se deja sentir sino en delicados circunloquios, como cuando habla de los embellecimientos de París, citando a Nuestra Señora. Queda uno reconocido a su cortesía, un poco fría, un poco elevada, pero que agrada encontrar en estos tiempos banales en que las grandes celebridades os reciben en la primera entrevista con un «¿Cómo, eres tú, mi buen amigo?»

Miércoles 9 de noviembre.—Nefftzer me lleva a beber un vaso de *affaff* a casa de Frontin. Por una alusión que hago a Víctor Hugo, me habla del tiempo en que Víctor Hugo venía todos los días a comer aquí con sus hijos y Vacquerie. Me habla de su completa inconstancia en lo relativo a comidas. «Proudhon—añade—y otro de sus amigos, se abonaban a comidas que costaban un franco. Daban tres platos, ¡pero qué platos! Y vino, ¡pero qué vino! Yo distingo lo bueno de lo malo, aunque me resigne a lo malo. ¡Pero Hugo, nada! Recuerdo un día que se había retardado, y nosotros no le esperamos. Nuestros restos habían sido echados a un rincón; un infame bodrio, una mezcla de cosas, como guisado de vaca en salsa blanca y pescado con manteca negra... Pues bien; Hugo se arrojó sobre ello... Le mirábamos con estupefacción..., y ya sabe usted que come como un Polifemo.»

Muy alegre entonces Hugo; era el momento de la elección del Presidente, y ocupaba yo la mejor habitación, arreglada por Beauvallon. Venía mucho para lisonjear a Proudhon con palabras; pero en el fondo Proudhon sentía por él tanto desdén como hubiera tenido para un músico.

Mi habitación servía para todo. Un día dió allí una gran comida. Cremieux trajo un vino excelente, que le había regalado Rothschild en su calidad de judío. La señora de Hugo se puso a hablar, a hablar demasiado, y no olvidaré nunca la mirada, imposible de describir, con que Hugo la aniquiló, reduciéndola al silencio.

Otras veces cuando Hugo venía a *La Presse*, yo no le reconocía en el primer momento; la idea que tenía del gran poeta no concordaba con el señor que estaba ante mi vista... Sí; figúrese usted el aspecto de un «guisandero», de un estudiante de treinta años... Iba muy descuidado, y luego su manía de llevar botines muy estrechos y pantalones gris-perla, llenos de manchas, con una levita negra siempre...

Cuando volví a verle en Bélgica, era otro hombre; parecía un viejo capitán de caballería. Pero es preciso reconocerlo; se tratase del nuevo o del viejo Hugo, siempre ha tenido una seducción en la acogida, una gracia de cortesía encantadoras. Recuerdo que cuando íbamos a su casa con nuestras mujeres no dejaba partir una sin ponerle el chal sobre los hom-

bros. En otro hubiera sido ridículo; en él resultaba muy bien.

Nefftzer, hablando luego de los alemanes, dice: «Soy germano, completamente germano, y defendiendo solamente a Francia por deber. No está lejos el día quizá en que vea usted una República focense, un gran ducado de Aquitania, un gran ducado de Bretaña... Es la Saint-Barthelemy, convénzase usted, quien lleva en este momento a Francia a su fin; si Francia se hace entonces protestante sería por siempre la nación más grande de Europa... En los países protestantes, hay una gradación entre la filosofía de las clases superiores y el libre examen de las clases inferiores... En Francia, entre el escepticismo de arriba y la idolatría de abajo, hay un abismo... Esto es lo que mata a Francia.»

Acabó declarando terminantemente que Bismarck era el primero de los hombres de Estado de todos los tiempos.

Lunes 26 de diciembre.—Se ha descubierto para el apetito mal satisfecho de los parisienses un nuevo comestible: el arsénico. Los diarios hablan con complacencia de la elasticidad que da este veneno a los cazadores de gamuzas de Stiria, y os ofrecen como almuerzo un glóbulo arsenioso de un doctor cualquiera.

Año 1871.

Domingo 1 de enero.—¡Qué triste día para mí este primer día de los años que estoy condenado a vivir solo!

La alimentación actual, las interrupciones constantes del sueño por los cañonazos, me producen una jaqueca que me obliga a pasar todo el día en la cama.

El bombardeo, el hambre, un frío excepcional; he aquí los regalos de 1871. Nunca, desde que París es París, ha tenido semejante primero de año; y, sin embargo de ello, esta noche, como siempre, los borrachos arrojan sobre las calles su bestial alegría.

Domingo 12 de febrero.—Visito a Gautier, en un quinto piso de la calle de Beaune. Atravieso una pieza en que están sus dos hermanas, con miserables vestidos.

La bohardilla en que habita Theo, llena del humo de su cigarro, es pequeña y baja, contiene una cama de hierro, un viejo sillón de encina y una silla de paja, sobre la que se desperezan varios gatos flacos. Hay amontonados unos treinta libros sobre una table de pino.

Theo está allí, con el vestido de terciopelo que usaba en Saint-Gratien, dentro de casa, pero hoy tan manchado y grasoso ya que parece el traje de un cocinero napolitano.

Mientras habla, pienso en la injusticia de las re-

muneraciones literarias, pues acabo de ver el suntuoso y abominable mobiliario de Ponson du Terrail, que sacaban de la calle Vivienne por la muerte de este ganador de 70.000 francos anuales.

Viernes 24 de febrero.—Hoy me ha vuelto el gusto por la literatura. He sido agitado esta mañana por el deseo de escribir *La fille Elisa*, libro que debíamos componer él y yo después de *Madame Gervaisais*, y he redactado cuatro o cinco líneas sobre una cuartilla, que se convertirán quizá en el primer capítulo.

Martes 2 de mayo.—Desde el 18 de marzo no he visto en el escaparate de ningún cambiante un billete, un luis, una pieza de cinco francos. Es quizá el más típico testimonio de la confianza que inspira al dinero la Commune.

Lunes 15 de mayo.—Siempre la espera del asalto, de la liberación que no viene.

No es posible figurarse el sufrimiento que se experimenta en medio del despotismo sobre el pavés y de esta chusma disfrazada de soldados.

Sábado 10 de junio.—Comida con Flaubert, a quien no había visto desde la muerte de mi hermano. Ha venido a París a tomar unos datos para su *Tentación de San Antonio*. Es siempre el mismo, literato ante todo. Este cataclismo ha pasado sobre él sin

distraerle en nada de la composición impasible de su libro.

Lunes 12 de junio.—Se habla de la triste actualidad, y sólo se ve la resurrección de Francia, gracias a esta admirable facultad de trabajar día y noche que no tienen otros países, que no tiene Inglaterra, donde es imposible conseguir que se trabaje de noche..., una facultad debida quizá a la superioridad de la «fuerza nerviosa» de los franceses.

Jueves 15 de junio.—Lefevre de Bebaine, que disfruta de una licencia, me habla con gran desaliento de Versalles, diciendo: «Es siempre la mentira, como bajo el Imperio, como bajo el 4 de septiembre.»

Martes 20 de Junio.—Un triste aniversario. Hace hoy un año que ha muerto mi hermano. Paso el día en reunir los artículos necrológicos que le han dedicado.

Lunes 26 de junio.—En el castillo de Sancy la primera cosa que salta a la vista es el marco vacío de la *Parabere*, del hermoso retrato de la célebre querida del Regente, pintado por Rigaud. Se ha tenido miedo de la pasión de «mudanza» de los prusianos.

Madame de Sancy-Parabere nos habla del emperador, de la emperatriz, de su residencia, en la que estaban obligados a mandar poner una cama para el visitante que se retrasaba. Nos habla de la impenetrabilidad flemática del emperador, las fluctuaciones

de esperanza y desesperación de la emperatriz. Nos pinta la marea de visitantes, engañando a los desterrados con promesas falaces, con seguridades de retorno en la quincena.

Miércoles 5 de julio.—En casa de Brevaut. Berthelot afirma que los termómetros de Regnault, de Sevres, tienen reputación europea, y han sido rotos metódicamente por los prusianos.

Renán anuncia que acaba de recibir una carta de *Mommsen*, declarando que es tiempo de reanudar relaciones, de reemprender trabajos de inteligencia comunes a las dos naciones. Y su carta acaba por una frase en la que dice que encontrará digno de la Academia proseguir la obra del emperador; es decir, continuar las pensiones a los extranjeros. Son maravillosos de impudencia estos sabios alemanes, en todo parecidos a esos agentes que con una sonrisa humilde en los labios, y dando vueltas al sombrero entre las manos, vienen a solicitar nuevamente su plaza en casa del patrón, a quien han arruinado, robado y quemado.

Después, la conversación deriva hacia el furor general contra Trochu. Extraña que el reconocimiento de su incapacidad, tan unánime en París, no se haya aún vulgarizado en toda Francia. Se busca explicación al enigma de este hombre, semi-charlatán, semi-místico. Alguien cuenta que estando en el ministerio del Interior, el día en que debían ser fir-

madras las condiciones de capitulación de París, esperando con uno o dos compañeros tener detalles para su periódico, entró Trochu, vió a estos señores y les dió los buenos días. Después, sacando el reloj, con entonación cómica inconsciente: «He venido con un cuarto de hora de adelanto. ¿Quieren ustedes que les dé una conferencia política?» Tal es la seriedad del hombre, ¡y el día en que París sufría una capitulación como no existe otra en la historia de Europa!

27 de agosto. — Eudore Soulié, el devoto de Luis XVI, nos bosqueja, indignado, el cuadro de Versalles, tal como está habitado actualmente. En los aposentos del gran Delfín, de Luis XV, de María Antonieta, se alojan un Dufaure, un Larcy, mancillando estos departamentos históricos con sus burguesas mesas de noche y sus orinales desbordados. En cuanto a los saloncitos de madame Du Barry, sirven a madame Simón para ponerse las medias.

18 de octubre.—Encuentro a Flaubert en el momento en que parte para Ruan. Tiene bajo el brazo, cerrada con triple cerradura, una cartera de ministro, en la que lleva su *Tentación de San Antonio*. En el coche me habla de su libro, de todas las pruebas que hace sufrir al solitario de la Tebaida, y de las cuales sale victorioso. Luego, en el instante de la separación, en la calle de Amsterdam, me confía que la derrota última del santo es debida a la «célula», a la

célula científica. Lo curioso es que parece asombrarse de su asombro.

Domingo 22 de octubre.—Gautier se queja chistosamente de no tener los privilegios de la juventud cerca de las mujeres y de ver al propio tiempo que se le rehusan los privilegios de los viejos. Pide ser oficialmente declarado un individuo sin consecuencias y gozar de todas las inmunidades unidas a este estado.

1 de noviembre.—El viejo Giraud cuenta que una noche un trapero se sentó a su lado. Se entabló una conversación, y el trapero exclamó: «Mi oficio es el mejor de los oficios, el rey de los oficios.» «¡ Hombre, yo creía que era el mío», dijo el pintor. «El señor no es cazador. Si lo fuera, no le extrañaría... Cuando «revolvemos un montón» creemos nuestra fortuna hecha..., ¡y esa recomienza a cada nuevo montón!»

Domingo 9 de noviembre.—Encuentro a la Ramelli en casa de Flaubert, quiere contratarse en el Odeón para la comedia de Bouilhet. Se queja, con cambios de voz, del teatro, que ha contraído el hábito de no pagar más que los primeros papeles, dando a Berton 300 francos por representación en *El marqués de Villemer*. No he visto cuerpo en que se reclame el dinero con más violencia que entre actores y actrices. En las lamentaciones de la Ramelli hay cólera sanguinaria, con fuego en la cara, que fuerza a la actriz

a seguir en una pieza en que no hay chimenea encendida y desde donde nos llegan sus lamentaciones furibundas !

Se va, al fin, y quedamos solos. Flaubert me cuenta la inesperada fortuna de la presidenta (madame Sabalier, «la mujer del perrito», que Ricard ha retratado tan hermosamente), quien ha recibido un título de 50.000 libras de renta dos días antes de la investidura en París, un envío de Richard Wallace, que tuvo relaciones con ella en el pasado y la había dicho : «¡ Ya verás ; si alguna vez soy rico, me acordaré de ti !»

Flaubert me habla de la Embajada china, que llegó en medio del sitio, de nuestra Commune, de nuestro cataclismo, y a la que se decía, excusándose :

—Debe extrañarles mucho lo que pasa aquí en el momento.

—No..., no..., sois jóvenes, los occidentales... No tenéis casi historia..., pero siempre ha pasado esto..., y el sitio y la Commune : es la historia normal de la humanidad.

14 de noviembre.—Robin declara que el peso del cerebro es un síntoma del valor de la inteligencia; que el término medio de un cerebro bien constituido se encuentra entre 1.350 y 1.400 gramos; que un cerebro de 1.100 gramos es casi siempre el de un idiota. Y como cité el cerebro de Morny, que pesaba 1.600 gramos, Saint-Víctor se indigna y pregunta con có-

lera cuánto debía pesar el cerebro de un Goethe... Yo me pregunto si el cerebro de un Rothschild no pesará lo que el de un Alejandro, y si capacidades de orden diferente, de un orden juzgado inferior, como el de un financiero, comparado con un conquistador o un escritor, no son producidos por órganos semejantes, del mismo valor.

Robin es siempre el conferenciante sustancial que os tiene suspensos de sus labios. Habla de la necesidad, para el trabajo del hombre, de la ciencia culinaria, de la separación y división de alimentos, sin lo cual el hombre se nutriría, como los animales, de carnes crudas; su digestión sería tan larga como la de aquéllos, y no le quedaría tiempo para el trabajo. Cree también que el perfeccionamiento en el comer lleva a la vida larga. Según él, hubo pocos centenarios en las razas primitivas; y en apoyo de su tesis cita momias egipcias en que los dientes están como serrados y en que la dentadura ha sido completamente destruída por la imperfección de los molinos que pulverizaban el trigo.

25 de noviembre.—Lo que me parece anunciar el fin de la burguesía es la apoteosis presidencial de monsieur Thiers, el representante más completo de la casta. Para mí es como si la burguesía, antes de morir, se coronara con sus propias manos.

Año de 1872.

11 de enero.—Un interno sostiene que en los hospitales, para los enfermos miserables, el baño, la camisa blanca, las sábanas limpias, el paso de la suciedad a la limpieza, trae una mejoría, comprobada médicamente.

17 de enero.—Flaubert está en estos momentos tan agrio, tan vidrioso, tan irascible, a propósito de todo y de nada, que temo que mi pobre amigo no esté atacado de la irritabilidad maligna de las afecciones nerviosas en su germen.

Martes 6 de febrero.—Robin me dice :

Se debería enseñar a cada uno las cualidades maravillosas de la materia, de la materia llevada al *sum-mum* de su utilización.

—He ahí un libro que debiera usted escribir.

—Sí, es verdad..., pero no puedo... No poseo la *combinación* escrita. En la conversación, llego alguna vez a dar la noción de las cosas... Pero al día siguiente, en frío, con la pluma en la mano, ya no puedo.

Miércoles 7 de febrero.—Gautier, esta noche, en casa de la princesa, defiende un poco a Hugo contra todo el mundo: «¡ Oh ! Digan lo que digan es siempre el gran Hugo, el poeta de los vapores, de las nubes del mar, el poeta de *los flúidos*.»

Me coge después aparte y me habla largo tiempo y amorosamente del *Dragón Imperial* y de la autora. Se le ve orgulloso de haber creado este cerebro. El sentido del extremo Oriente, que tiene su hija, la intuición de las grandes épocas históricas, su admiración de la China, del Japón, de la India bajo Alejandro, de Roma bajo Adrián, le llenan de un encanto que vierte en mi oído.

Y añade que Judith se ha creado, que ella se ha formado sola, que ha sido educada como un perrillo al cual se deja correr sobre la mesa; que nadie, por así decirlo, la ha enseñado a escribir.

Viernes 1 de marzo.—Ziem viene a mi casa. Encuentra entreabierto sobre mi mesa un álbum japonés. Y se pone a hablar del parentesco de estas imágenes con Giotto, con los primitivos; de una perspectiva común a estas dos artes obtenidas entre los italianos por muchos más tímidos, metas chocantes, de una perspectiva que pone a la vista el centro de la composición y permite poblar el resto con un mundo, en lugar de llenarlo con dos o tres cabezas que se lo comen todo.

Sábado 2 de marzo.—Comemos en casa de Flaubert, Tourgueneff, Gautier y yo.

Tourgueneff, el dulce gigante, el amable bárbaro, con sus blancos cabellos cayéndole sobre los ojos, el pliegue profundo que cruza sobre su frente de una sien a otra, como un surco de sarro, su hablar in-

fantil, nos encanta desde la sopa, nos *enguinalda* el tiempo, según la expresión rusa para esta mezcla de candidez y finura : la seducción de la raza eslava, seducción revelada en él por la originalidad de un ingenio personal y por un saber inmenso y cosmopolita.

Nos habla del mes de prisión que ha sufrido a raíz de haberse publicado sus *Memorias de un cazador*, de este mes en que tuvo por celda los Archivos de policía de un barrio donde analizó los expedientes secretos. Nos bosqueja con rasgos de pintor y de novelista al jefe de policía, que un día, mareado por el champagne, le dijo, tocándole con el codo y alzando su vaso : «¡ Por Robespierre !»

Después se detiene un momento, perdido en sus reflexiones, y continúa : «Si yo sintiese orgullo por estas cosas pediría que grabaran solamente sobre mi tumba lo que mi libro ha hecho por la emancipación de los siervos. Sí, no pediría más que esto... El emperador Alejandro ha hecho que me dijeren que la lectura de mi libro constituyó uno de los grandes motivos de su determinación.

Theo, que ha subido la escalera con una mano puesta sobre su corazón dolorido, los ojos vagos, la faz blanca como una máscara de Pierrot, absorto, mudo, sordo, come y bebe automáticamente, como un sonámbulo que se alimenta a la luz de la luna.

Hay en él un moribundo que sólo revive un po-

co y escapa a su triste y concentrado ensimismamiento cuando oye hablar de verso y poesía.

.....

De los versos de Molière, la conversación se remonta a Aristófanes, y Tourgueneff, dejando estallar todo su entusiasmo por el padre de la risa—cuya facultad coloca tan alto que no la concede más que a dos o tres hombres en la humanidad—, exclama con los labios húmedos de deseo: «Piensen ustedes si se encontrase la comedia perdida de Cratinus, la obra juzgada superior a las de Aristófanes, la pieza considerada por los griegos como la obra maestra de lo cómico; la pieza *La Botella*, en fin, hecha por ese viejo borracho de Atenas... Por mi parte no sé lo que daría, no lo sé; creo que lo daría todo.

Al dejar la mesa, Theo se hunde en un diván diciendo:

—En el fondo nada me interesa ya... Me parece que no soy un contemporáneo... Me siento dispuesto a hablar de mí en tercera persona... Tengo como el sentimiento de estar ya muerto...

—Yo — replica Tourgueneff — experimento otro sentimiento... Sabe usted que alguna vez hay en un aposento un imperceptible olor de almizcle que no se puede suprimir, hacer que desaparezca... Pues bien, yo siento a mi alrededor como un olor de muerto, de nada, de disolución.

Añade después de un silencio : «La explicación de esto creo encontrarla en un hecho : en la impotencia, ahora absoluta para mí de amar; no soy ya capaz... y ustedes lo comprenderán... Esta es la muerte.

Y como Flaubert y yo hiciéramos constar que para los escritores el amor era de gran importancia, el novelista ruso exclama, con un ademán que hace caer sus brazos a tierra : «Mi vida está saturada de feminidad. No hay libro ni nada en el mundo que pueda ocupar el lugar de la mujer... ¿Cómo expresar esto? Encuentro que sólo el amor produce cierto espasmo en nuestro ser... Cuando yo era joven, tuve una querida, una obrera de los alrededores de Petersburgo, a la cual conocí en mis partidas de caza. Era encantadora, muy blanca, con ojos rasgados, como es común entre nuestras mujeres. No quería aceptar nada de mí. Sin embargo, un día me dijo... «Es preciso que me hagas un obsequio.»

—¿Qué quieres?

—Tráeme de Petersburgo una pastilla de jabón perfumado.

Le traje el jabón; lo tomó, desapareció, volvió de allí a poco con las mejillas sonrosadas de emoción, y murmuró tendiéndome sus manos, finamente olorosas :

—Estréchame las manos como estrechas en los salones las manos de las damas de Petersburgo.

Me arrojé a sus pies... y comprenderán ustedes fá-

cilmente que no he tenido en mi vida un instante que valga lo que aquél.

Martes 26 de mayo.—Víctor Hugo dice a Burty : «Hablar es para mí un esfuerzo; un discurso me fatiga como hacer tres veces el amor.» Y después de unos momentos de reflexión : «¡Y aun cuatro !»

Jueves 28 de marzo.—Encuentro a Víctor Hugo en el mismo saloncito en que fuí introducido la primera vez. Son las nueve, y se come. Oigo la voz de Hugo mezclarse a la risa de las mujeres y al ruido de los platos.

Abandona cortésmente el comedor y viene hacia mí. Me habla desde luego de la muerte como un estado de invisibilidad para nuestros órganos. Cree que los muertos amados nos rodean, están presentes, escuchando la palabra que se ocupa de ecos, gozando del recuerdo de su memoria. Acaba diciendo : «El recuerdo de los muertos, lejos de ser doloroso, es para mí un goce.»

La hablo de *Ruy-Blas*. Se queja de la petición que le ha sido hecha de una nueva comedia de su repertorio. La repetición de una comedia le impide hacer otra, y como dice que no tiene ya más que cuatro o cinco años para producir querría escribir las últimas cosas que proyecta. Añade : «Hay un término medio ; tengo amigos excelentes y muy afectos que quieren ocuparse con gusto de todo el detalle, pero, en cambio, los descontentos, los no satisfechos de

Maurice y de Vacquerie, me perturban y me impiden trabajar. En definitiva será preciso alejarse de ellos.

En este momento hacen irrupción varias señoras un poco despeinadas, un poco alegres también por el vino de un viñedo perigordiano, que acaban de bautizar el *viñedo de Víctor Hugo*; una verdadera invasión de bacantes burguesas. Yo me pongo en salvo.

Hugo me coge en la antesala y me da un cursillo de estética, que, dirigido a mí, me parece la historia de las evoluciones de su espíritu: «Es usted—me dijo—historiador, novelista—omito las cosas delicadamente lisonjeras de que me colma—; es usted un artista. ¡Usted sabe cuánto lo soy yo! ¡Me pesaría el día entero delante de un bajo relieve!... Pero esto es de cierta edad... Más tarde es precisa la visión filosófica de las cosas; es la segunda fase... Más tarde todavía—y es lo último—, es preciso entrar en la vida misteriosa de las cosas, lo que los antiguos llamaban *arcano*; los misterios del futuro de los seres y los individuos.» Y me estrecha las manos, diciendo: «Reflexione usted sobre esto que le digo.»

Bajando la escalera, emocionado por la gracia y la cortesía de este gran ingenio, sentía en el fondo algo irónico por el *argot* místico, hueco y sonoro con que ofician de pontifical hombres como Michelet y como Hugo, procurando imponerse a sus corifeos como profetas que tuviesen comercio con los dioses.

Martes 3 de abril.—Carlos Blanc es el hombre peor

educado y más furibundamente cómico. Hoy, a propósito de una aserción sin importancia de Renán, se ha puesto a vociferar que todas las historias de la Revolución estaban llenas de mentiras y todos los historiadores eran unos impostores, y que no había más historia que la su hermano, ni otro historiador que este su señor hermano.

Dicho todo con extrangulaciones en la voz, con temblor de manos, salpicaduras de saliva en la sopa de los vecinos; todos los caracteres de una epilepsia peligrosa e insultante. Verdaderamente, el Gobierno, para dejar ir a sociedad a su ministro de Bellas Artes, debía comprarle un bozal.

Jueves 11 abril.—Hoy entro en la librería Tross y ruego que continúen enviándome sus catálogos. «Es verdad que ya no se los enviamos. Se me había dicho que uno de ustedes había muerto, y no me paré a pensar que quedaba otro.»

Lunes 15 de abril.—¡Siempre el temor de la ceguera, la amenaza del sepultamiento vivo en la noche!

Martes 16 de abril.—Yo, tan necesitado de afeción; yo, durante largos años tan mimado por este lado, no puedo satisfacerme de la fría y banal amistad de los demás. Cenando he pasado una velada con ese mármol de Saint-Víctor; vuelvo a casa con ganas de llorar.

Martes 23 de abril.—Arsenio Houssaye cuenta esta

noche que en 1848 Hetzel, habiendo seguido a Lamartine al Ministerio de Negocios Extranjeros, cogió la cartera en la idea que contenía el secreto de los secretos de la política europea; lo que encontró fueron direcciones de horizontales y cartas de entretenidas.

Miércoles 24 de abril.—Lindo y curioso interior para un novelista el de la alcoba de madame Girardin. La ha hecho, no tapizar, sino, como dice ella, *vestir* de seda bordada por Worth, mediante 60.000 francos. Sin duda con la idea de la confección de un *Girardinito* está siempre embarazada. Cerca de su cama hay un velador, en que el filósofo Caro come a su lado y le da conferencias sobre la *Ciudad de Dios*.

Martes 21 de mayo.—El general Schmitz habla de la capitulación de Sedán como de una cosa vergonzosa, que deja entrever que la conservación de los bagajes de los oficiales ha llevado a algunos a firmar. El general Bellemare tuvo una hermosa frase al negarse a poner su firma.

—Parece de novela lo que usted hace—le dijeron.

—Quién sabe si no será de historia dentro de algún tiempo—respondió el general.

Lunes 3 de junio.—Hoy Zola come en mi casa. Le veo coger con las dos manos su copa de Burdeos y decir: «Vea usted el temblor que tengo en los de-

dos.» Y me habla de un mal de corazón en germen, de un comienzo de enfermedad en la vejiga, de una amenaza de reumatismo articular.

Nunca los escritores parecen nacidos más muertos que en nuestra época, y, sin embargo, nunca el trabajo ha sido más activo, más incesante. Enclenque y nervioso como es, Zola trabaja desde las nueve hasta las doce y media y desde las tres a las ocho. Le es preciso en este momento, con talento y casi un nombre, ganarse la vida. «Es preciso—repite—, y no crea usted que tengo voluntad; soy por naturaleza el más débil y menos capaz de entrenamiento. La voluntad es reemplazada en mí por la idea fija, que me pone malo cuando no obedezco a su obsesión.»

Elaborando una comedia con su *Teresa Raquin*, está al mismo tiempo viendo componer una novela con lo que ocurre en los *Halles*, intentando pintar lo fértil de este mundo.

Y parte del tiempo hablo con este enfermo, cuya conversación salta de una manera casi infantil de la esperanza a la desesperanza. «El periodismo—dice—me ha prestado en el fondo un servicio. Me ha hecho fácil el trabajo, que antes me era tan penoso. Sentía una especie de flujo de ideas y fórmulas que me ahogaban, hasta el punto de que algunas veces en mitad del trabajo tenía que dejar la pluma. Hoy es un flujo reglado, una corriente menos abundante, pero que corre sin estorbos.»

Martes 4 de junio.—Roberto Mitchel, hecho prisionero en Sedán y encerrado en una ciudadela por haber rehusado el saludo a un oficial prusiano, cuenta que su gran distracción era ver hacer el ejercicio, ser testigo de las bofetadas que los oficiales daban a los soldados. Y hacía la observación de que de toda la carne golpeada, nada enrojecía más que el lugar de los cinco dedos.

Martes 13 de agosto.—Almuerzo en Munich, con Ring, primer secretario en la embajada de Viena.

Fué con Julio Favre a Farrieres. Nos habla de la candidez del abogado, de la convicción que tenía de subyugar a Bismarek con el discurso que preparaba por el camino. Se ilusionaba el inocente con hacer del prusiano un adepto de la fraternidad de los pueblos, dejándole entrever, en recompensa de su moderación, la popularidad que adquiriría entre las generaciones futuras, reunidas en un abrazo universal.

La ironía del canciller alemán sopló en seguida sobre esta ilusión infantil.

24 de octubre.—Ayer, comiendo con la nariz hundida en un periódico—es para mí el solo medio de comer cuando como solo—me ha impresionado, sin que nada pudiese hacerlo presagiar, la noticia de la muerte de Teófilo Gautier.

Esta mañana he ido a casa de Neuilly, calle de Lonchamps.

Bergerat me hace entrar en la cámara mortuoria. Su cabeza, de una palidez amarilla, se hunde en lo negro de sus largos cabellos. Tenía sobre el pecho un rosario, cuyas cuentas blancas, alrededor de una rosa que se marchitaba, se parecían al desgranamiento de una ramita de sinforina. Y el poeta tenía así la serenidad feroz de un bárbaro dormido en la nada. Nada allí me hablaba de un muerto moderno. Recuerdos de figuras de piedra de la catedral de Chartres, mezclados a reminiscencias de retratos de los tiempos merovingios, me asaltaban, no sé por qué.

La cámara misma, con el lecho de encina, la mancha roja del terciopelo de un libro de misa, una ramita de boj en un tosco jarroncillo, me daban de pronto la sensación de ser introducido en un *cubiculum* del antiguo galo o en un grandioso y primitivo interior romano.

Y el dolor mudo de una hermana despeinada, con los cabellos color de ceniza, vuelta al muro con la desesperación apasionada y furiosa de una Guanamara, aumentaba más la ilusión.

25 de octubre.—Voy para el entierro del padre a la iglesia de Neuilly, donde hace meses asistía al matrimonio de la hija.

El entierro es pomposo. Los clarines del ejército rinden los honores al oficial de la Legión de Honor. Las más conmovedoras voces de la Opera cantan el *Requiem* del autor de *Gisela*. Apercibo en un coche a

Alejandro Dumas leyendo el elogio fúnebre que ha de pronunciar.

El cementerio está lleno de modestos admiradores, de compañeros anónimos, de redactores de periódicos, convoyando al periodista, no al poeta, no al autor de *Mademoiselle de Mauperin*. Por mi parte, me parece que mi cadáver tendría horror a llevar detrás de su ataúd esta turba de literatos, y yo solicito solamente en mi entierro los tres hombres de talento y los seis boteros convencidos que estuvieron en el de Enrique Heine.

Año 1873

22 de enero de 1873.—Esta semana Thiers ha rogado a Behaine que fuese a comer con él, para oír sus impresiones sobre Alemania. Y luego Thiers no le ha dejado abrir la boca y en todo el tiempo fué el presidente de la República quien ha contado al encargado de asuntos sus negociaciones con Bismarck.

Del profundo estudio que hizo el historiador de la Revolución sacaba en consecuencia que Bismarck sería un *ambicioso*, pero nunca un *hombre animado de malos sentimientos contra Francia*. En el fondo, a pesar de toda su malicia—casi lo ha confesado—, lo que hace a Thiers amnistiar a Bismarck es que, durante las negociaciones para Belfort, el ministro prusiano, conociendo la costumbre que tenía Thiers

de echar una siesta, le hacía envolver los pies con un paletot para que no tuviese frío. Hay que felicitarse de que esta atención no costase Belfort a Francia.

Behaine ha salido espantado de la chochez senil y prudhonesca de nuestro gran hombre de Estado.

5 de marzo.—Como esta noche con Sardou. Le he entrevistado una o dos veces, pero no he hablado con él todavía.

En Sardou nada hay de Dumas, nada de su altura desdeñosa para las personas que no conoce. Sardou es un buen príncipe. Acepta a todo el mundo bajo el pie de la igualdad. Es locuaz, muy locuaz, con la locuacidad de un hombre de negocios. No habla más que de dinero, de cifras, de ingresos. Nada denota en él al literato. Cuando quiere divertir, ser ingenioso, es el ingenio cómico el que sube a su finos labios.

Un poco prolijo de su *yo*, nos cuenta largamente la prohibición de su comedia americana. Y a propósito de esto, un curioso detalle sobre Thiers. A las instancias del Vaudeville implorando de Thiers la representación de la comedia de Sardou, Thiers hijo responde que la cosa era imposible: el pueblo americano constituía en aquel momento el solo pueblo que hacía ganar dinero a París; no se debía herirle.

Thiers tiene realmente razón al envanecerse de ser un pequeño burgués.

Domingo 16 de marzo. — Encuentro en casa de Flaubert a Alfonso Daudet, a quien yo conocí aplaudiendo *Henriette Marechal*.

Habla de Morny, de quien fué como secretario. Economizando los conceptos y difuminándolos con palabras de reconocimiento, evidencia el poco valor del personaje, y nos lo pinta como poseyendo un cierto tacto de la humanidad y el sentido adivinatorio desde el primer momento, para distinguir al tonto del inteligente.

Daudet es muy divertido y llega a la mayor altura de lo cómico cuando retrata al escritor fabricante de operetas. Nos hace el cuadro de una mañana en que Morny le había encargado una canción, una bufonada de negros del género de «*buena negra, ama buen negro, buena negra ama buena pierna*». Hecha la cosa y llevada por Daudet, con el entusiasmo de la primera audición, hizo olvidar en la antesala a Perigny y Boitelle.

Y he aquí a Daudet, al músico Lepin y al mismo Morny, con birrete y traje de ceremonia, imitando al cardenal-ministro; he aquí a los tres haciendo trenzados sobre las sillas y cantando el *zim boum, zim balaboum*, mientras que los ministros del Interior y de la Policía se resfriaban.

Martes 5 de agosto.—La señora de Carlos Hugo

me invita a comer esta noche, de parte de su suegro.

Nos ponemos a la mesa. Y Hugo, que ha dicho tener la colerina, come melón, bebe agua helada, afirmando que todo esto no tiene para él importancia.

Se pone a hablar del Instituto, de esta admirable concepción de la Convención, de este *Senado azul*, como él lo llama. Querría verle discutir las cuestiones rechazadas por la Cámara..., como la pena de muerte. Aquí Hugo tiene un trozo de la más alta elocuencia, que termina con estas palabras: «Sí, lo sé; la falta está en la elección hecha por los mismos miembros... Hay en el hombre una tendencia a elegir su inferior... Para que la institución fuera perfecta sería preciso que la elección fuese hecha sobre una lista presentada por el Instituto, discutida por los periódicos y elegida por sufragio universal.»

En medio de su *speech*, una alusión a la iglesia de Montmartre le hace decir: «Ya sabe usted mi idea de hace mucho tiempo: yo querría un *lector* por pueblo para hacer contrapeso al cura; querría un hombre que leyese: por la mañana, los actos oficiales, los periódicos, y por la noche, los libros.»

E interrumpiéndose: «Dadme de beber, no del vino superior que beben esos señores—hace alusión a una botella de Saint-Estephe—, sino del vino ordinario, que cuando es sincero es preferible al Bor-

goña, por ejemplo, que da la gota a los que no la tienen y la triplica a los que la tienen... Los vinos de los alrededores de París, con los que somos injustos, eran estimados otras veces y se les ha dejado degenerar... El vino de Suresnes, sin agua, no es malo ciertamente... Señor Goncourt, hace ya tiempo de esto, mi hermano Abel, en su cualidad de lorenés y de Hugo, era muy hospitalario. Su gozo era tener mesa abierta. No daba más que tortillas gigantes y pollos asados, y para los que se retrasaban, pollos asados y tortillas gigantes. Y no eran incapaces los que comían esas tortillas. Eran Delacroix, Musset, nosotros... Pues bien, allí hemos bebido mucho de ese vinillo, que tiene tan lindo color grosella; nunca ha sentado mal a nadie.»

Después de un rato, la pequeña Juana se lleva un muslo de pollo a los ojos, a la nariz, cuando de pronto deja caer su cabeza en la palma de la mano, teniendo siempre el muslo a medias comido, y se duerme con su boquita entreabierta y grasosa de salsa. Se la llevan, y su cuerpo, todo blanco, se deja coger, como un cuerpo que no tuviera huesos.

Hugo inicia un curso de hidroterapia, y nos habla del lavatorio que hace cada mañana; lavatorio que ha enriquecido con algunos jarros de agua helada que se vierte lentamente sobre la nuca en el transcurso del día, encomiando mucho este tónico para los trabajos de la inteligencia.

Corta su curso de hidroterapia con esta invita-

ción: «Debería usted venir a verme a Guernesey durante el mes de enero; vería la mar como nunca la habrá visto. He hecho construir en lo alto de mi casa una especie de jaula de cristal, de *serre*, que me ha costado unos 6.000 francos; es el mejor observatorio para admirar los grandes espectáculos del océano, para estudiar el sentido de una tempestad... Muchos se han burlado de mí, a propósito de esto; ¡pero una tempestad habla!..., ¡interroga!..., ¡tiene intermitencias!..., ¡exclamaciones!...»

La noche refresca. La palidez de Francisco Hugo se vuelve verde. El grande hombre, desnuda la cabeza, con trajecito de alpaca, no tiene frío, está lleno de una vida desbordante. Y la exhibición inconsciente de su potente y robusta salud, al lado del hijo moribundo, produce mal efecto.

16 de agosto.—He vuelto, acompañando a La Rochelle, a casa de Víctor Hugo para hablarle de la representación de *María Tudor*.

La escena resultaba de comedia, de un cómico subido. El tema de Víctor Hugo con el director del teatro era sencilla. Le decía: «A mí, no hay ya más que una cosa que me interese: jugar con mis nietos; lo demás no me importa nada. Así, haga usted absolutamente lo que quiera, pues está más interesado que yo en el éxito de la comedia.» Luego, al través de estos aparentes renunciamentos surgía confusamente el nombre de Meurice, del excelente Meurice, a quien La Rochelle debía acudir

en último caso para todo. Y siempre, a continuación de esto, su muletilla: «Jugar con mis nietos es todo lo que pido.»

La Rochelle, levantándose, sintiéndose más confiado por la bondad del grande hombre, le preguntó si Dumaine no podría representar dos o tres veces en no sé qué comedia: «Vea usted—respondió Víctor Hugo—, a eso que me pregunta voy a decirle que hay dos Hugos: el Hugo de ahora, un viejo imbécil, pronto a dejarse llevar, y luego hay el Hugo de antes, un hombre joven, lleno de autoridad (y subrayó lentamente esta frase). Este Hugo le hubiera negado en redondo lo que pide, y habría querido la virginidad de Dumaine para su comedia.» Y el tono seco y autoritario con que el segundo Hugo dijo esto debió hacer comprender a La Rochelle que no había en el fondo más que un solo Hugo: el del pasado.

Domingo 17 de agosto.—Hay en la antesala de la princesa un enorme paquete de papeles. Son los interrogatorios de Bazaine, dejados allí por Lachaud, que come con nosotros.

El abogado afirma que el duque de Aumales ha solicitado la presidencia, de la que ha despojado, contra toda justicia, al general Schramm, lo que es para el príncipe un medio de significarse. Si esto que dice el abogado es cierto, y yo lo dudo, es bastante trágicamente funambulesca la concepción de

un pretendiente de llegar al trono por la presidencia de un tribunal de justicia.

Martes 19 de agosto.—El doctor Robin nos cuenta esta noche que habiendo por azar prestado sus servicios a japoneses encontrados en Italia, los volvió a saludar en Viena. Tuvieron entonces una gran satisfacción en mostrarle, dando los mayores detalles, su Exposición. Se habló de la *filosofía de la forma de los objetos* y de Dios, en quien no creían, como apenas en los espíritus y en las manifestaciones de las almas de los difuntos.

Después de esto, el médico les preguntó si encontraban lindas a nuestras francesas: «Sí, sí—le respondieron—, pero son demasiado grandes.» Estos orientales dan a su frase el sentido del ideal que buscan en la mujer: un lindo animalito que se envuelve en la floja caricia de una mano.

En efecto, hemos observado que las japonesas de la gran Exposición justificaban la frase de sus compatriotas con su modo de andar, arrastrándose, arrodillándose, sus grandes lazos hasta el suelo, sus movimientos de gentiles cuadrúpedos, sus trajes, en fin, recogidos, apelotonados, diminutos.

Alguno añade que los oficiales de marina afirman unánimes que, de todo el Oriente, sólo en el Japón se encuentra en la mujer la alegría, la animación, el amor del placer, casi occidental.

Viernes 10 de septiembre.—Hoy, en la Exposi-

ción japonesa de Cernuschi, encuentro a Burty, que vuelve del campo a París por algunas horas.

Salimos del Palacio de la Industria él, yo y un señor que me presenta, pero cuyo nombre no pude oír. Marchábamos los tres hablando por los Campos Elíseos, yo preocupado con adivinar quién podía ser este señor que hablaba inteligentemente, pero al que yo no podía ver los ojos. Separado el hombre de nosotros, pregunté a Burty:

—¿Quién es este señor?

—¿Habláis en broma?—me replicó Burty.

Era Gambetta, el tribuno, el dictador, el inventor de los nuevos cauces sociales.

Pues bien, palabra de honor, tenía la cara grasa y dorada de un corredor de bolsín, que brilla por la noche con el gas del boulevard de la Opera.

Domingo 2 de noviembre.—Esta luz implacablemente blanca de la luna en las primeras noches de noviembre, en esta noche del día de los muertos, es verdaderamente espectral. Me parece ver en ella reflejos de sudario.

Lunes 3 de noviembre.—Se suele tener cierto número de amigos, por cartas, que cesan de pronto en nuestro conocimiento, desde que no nos creen ya susceptibles de meter ruido.

5 diciembre.—Preguntamos a Berthelot si la ciencia pura, bellamente abstracta, despreciadora del in-

dustrialismo, no es, como el arte, privativa de sociedades aristocráticas.

Berthelot confiesa que los Estados Unidos no se ocupan, no se apoderan de nuestros descubrimientos más que por su aplicación. Esta Italia, de la que creía que después de su renovación habría de tomar impulso y volver a ser en algo la Italia del siglo XVI, ha comprobado tristemente que imita ahora a los Estados Unidos y se ve obligada a declarar que los verdaderos y desinteresados sabios que posee todavía son sabios de la vieja generación. «Se comprende muy bien—dice—cómo nace una vocación, por la acción que ejercen sobre las imaginaciones de los niños, jóvenes, las conversaciones que oyen a su alrededor a individuos de su familia o de su conocimiento. Pues bien; cuando esa acción les encamina al dinero, no hay ya reclutamientos para las carreras de gloria. En el país en que esto sucede, cuando los instintos del joven son demasiado científicos, elige una carrera que satisfaga a medias sus gustos y su deseo de enriquecimiento, y se hace ingeniero de ferrocarriles, director de fábricas de productos químicos... Esto comienza a suceder en Francia, donde la Escuela Politécnica no hace ya sabios.» «Que la ciencia moderna, esta ciencia que apenas tiene cien años de fecha y a la que aguarda un porvenir de siglos, le parece casi limitada por los treinta años del siglo en que vivimos. Un hombre que sabe las tres lenguas habladas en las naciones don-

de se forma actualmente la ciencia, puede estar al corriente de ella. Pero los rusos se llaman a la parte. ¿Quién sabe el ruso entre nosotros? Bien pronto vendrá todo el Oriente. Entonces... Luego, el número creciente y lo desconocido de las sociedades científicas. Hoy he recibido un diploma de Bethleem, que me nombra miembro de la Sociedad; sé por el sello que lleva, de Nueva York, que está en América, y nada más... ¿No hay sociedades en Australia que ya han publicado trabajos de la más grande importancia sobre la historia natural?... Un día será imposible conocer solamente las localidades científicas... Y la memoria, ¿podrá sufrir...? Piensen ustedes que en la hora presente, por mi cuenta, se publican al año ochocientas obras en las tres lenguas inglesa, alemana y francesa.»

Y termina diciendo que esto acabará como en China, en donde hubo una ciencia primordial completamente perdida y transformada en fórmulas industriales.

Año 1874

Martes 20 de enero.—Triste día este en que comienza el vasallaje de Francia. Hoy es suspendido *L'Univers* de orden de M. Bismarck. Mañana, el canciller del Imperio exigirá tal vez que Francia se haga protestante.

Jueves 29 de enero. — Este Alejandro Dumas es verdaderamente feliz, y prodigiosa la simpatía de todo el mundo por él. Oí ayer lamentarse a Tardieu y Demarquay parte de la velada, por la posibilidad de su derrota en la Academia, como si se tratara de una enfermedad de sus hijos; y Demarquay acabó diciendo: «Debía hacer una operación en provincias mañana, pero no voy; quiero ser de los primeros en saber el resultado: Alejandro me ha prometido entregarme un telegrama tan pronto como sea conocido el resultado de la elección.»

Miércoles 4 de febrero 1874. — Un rasgo de Balzac, que quizá no conocerán sus futuros biógrafos.

El viejo Giraud contaba esta noche que era vecino del director del Hospicio Beaujou, con quien hablaba todos los días. Una vez, el director le dijo: «Tengo una moribunda muy distinguida, que se dice la hermana de Balzac. Como me repugna meterla entre cuatro tablas, he ido a ver a Balzac, y le he pedido 16 francos para un ataúd. Balzac me ha dicho: «Esa mujer miente: yo no tengo ninguna hermana en el hospital. Pero a fe mía que me interesó la pobre mujer, y de mi bolsillo compre el ataúd.»

Pasaron los años, el pintor y el director volvieron a ser vecinos. Una mañana el director llegó a casa de Giraud, todo excitado: «¿Se acuerda usted de mi historia de la hermana de Balzac?... Balzac me ha hecho llamar hoy. Le he encontrado moribundo, co-

mo anunciaban los periódicos: «Señor—exclamó al verme—, le dije que la mujer para la cual vino a pedirme un ataúd no era hermana mía; soy yo quien ha mentido. He querido confesarle esto antes de morir.» (El relato tiene visos de verdad; pero, ¿quién es esta hermana, de que no hablan los biógrafos? ¿Sería una hermana natural? ¿No sería una cuñada? La veracidad del relato ha sido confirmada por un artículo de Arsenio Houssage en el *Fígaro* y el *Eco de París*.)

Domingo 8 de febrero.—Esta noche, comiendo en casa de Flaubert, Alfonso Daudet nos cuenta su infancia, una infancia precoz y perturbada. La pasó en una casa, sin dinero, con un padre que cambiaba todos los días de industria y de comercio en la niebla eterna de esta ciudad de Lyon, abominada por esta joven naturaleza, enamorada del sol. Entonces, abrumadoras lecturas de poetas, no tenía doce años, de libros de imaginación que le exaltaban el cerebro, de lecturas mezcladas con la embriaguez producida por licores sustraídos en su casa, de lecturas en el paseo y días enteros sobre las barcas que desamarraba del muelle.

Y en la reverberación flameante de los dos ríos, embriagado de lectura y alcohol azucarado—miope mo era—, el niño llegó a vivir como en un sueño una alucinación en que, por así decirlo, nada de la realidad de las cosas le llegaba.

Jueves 12 de febrero.—He comido ayer con varios *vaudevillistas*, entre ellos Labiche.

Es un hombre alto, grueso, craso, afeitado, nariz sensual y turgente en una fisonomía plácida. Con la seriedad implacable, seriedad casi cruel, de los cómicos del siglo XI, Labiche emplea palabras maliciosas, palabras que hacen reír a las gentes de risa fácil. Por lo demás, es preciso confesar que ha tenido el mayor éxito, contando que ha sido nombrado alcalde—es alcalde, a lo que parece, de una localidad en Sologne—después de haber participado a su prefecto que era el único hombre de su localidad que se sonaba al pañuelo.

Viernes 13 de febrero.—Ayer pasé la tarde en el taller de un pintor, llamado Degas.

Después de muchas tentativas, ensayos, pasos dados en todos sentidos, se ha enamorado de lo moderno, y ha fijado su elección en las planchadoras y las bailarinas. No puedo encontrar mala su predilección, yo, que en *Manette Salomon* he cantado estas dos profesiones, como las que suministran los más picturales modelos de mujeres de este tiempo a los artistas modernos. En efecto, el rosa de la carne en el blanco de la ropa y en el resplandor lechoso de la gasa, es el más encantador pretexto para las coloraciones blondas y tiernas.

Y Degas nos pone ante los ojos las planchadoras, hablando en su lengua y explicándonos técnicamen-

te el planchado *apoyado*, el planchado *circular*, etcétera, etc.

Desfilan en seguida las bailarinas. Es el hogar de la danza, en que sobre la claridad de una ventana se contornean plásticamente las piernas de las bailarinas, descendiendo una escalerita, con la viva mancha roja de un tartán, en medio de todas estas blancas nubes hinchadas. Y se tenía delante, sorprendiendo la naturaleza, la graciosa confusión de movimientos y gestos de estas *muchachitas-monas*..

El pintor os exhibe sus cuadros, ilustrando de tiempo en tiempo su explicación con la mímica de un desarrollo coreográfico por la imitación en el lenguaje de la bailarina, de uno de sus *arabescos*, y es verdaderamente muy divertido verle con los brazos redondeados mezclar a la estética del maestro de baile, hablando del *barro tierno* de Velázquez y del *silueteo* de Montegna.

Un original muchacho este Degas, un enfermizo, un neurótico, un oftálmico, hasta el punto de que teme perder la vista; pero por esto mismo un ser eminentemente sensitivo, y recibiendo el contragolpe del carácter de las cosas. Es, hasta el presente, el hombre a quien he visto atrapar mejor, en la copia de la vida moderna, el alma de esta vida.

Ahora bien; ¿realizará alguna vez algo completo? No lo sé; me parece un espíritu demasiado inquieto.

Martes 14 de abril.—Comida en casa de Riche, con Flaubert, Tourgueneff, Zola y Alfonso Daudet. Una comida de gentes de talento que se estiman, y que querríamos hacer mensual para los inviernos siguientes.

Se empieza por una gran disertación sobre las aptitudes especiales de los acatarrados y diarreicos en literatura, y de allí se pasa al mecanismo de la lengua francesa.

A este propósito, Tourgueneff dice: «Nuestra lengua, señores, me hace el efecto de un instrumento en el que los inventores hubiesen buscado especialmente la claridad, la lógica, lo fundamental de la definición, y sucede que el instrumento se encuentra manejado hoy por las gentes más nerviosas, las más impresionables, los menos susceptibles de satisfacerse con la aproximación.»

Domingo 17 de mayo.—Mi vida se desliza ahora en bajar al jardín para ver florecer las rosas, y en subir luego a escribir notas sobre Watteau.

Martes 26 de mayo.—Hoy cumplo cincuenta y dos años.

En honor de este aniversario, la princesa me ha exigido una comida. Como todas las princesas, encuentra divertido hacer por azar una comida mal servida, a la que ella aporta la alegría ruidosa de un niño en un restaurante.

Después de la comida, se ha hecho, sobre varias hojas de papel, los planos de un hotel ideal que la princesa no construirá nunca, pero que le gusta levantar con la imaginación, ayudada por la de sus amigos.

Viernes 5 de junio.—Ayer, Alfonso Daudet ha venido con su mujer a almorzar conmigo. Una pareja que tiene cierta semejanza con la que yo hacía con mi hermano. La mujer escribe, y yo he sospechado que es una artista en el estilo.

Daudet es el hombre de espesa cabellera, que a cada momento echa hacia atrás, y del monóculo a lo Scholl. Habla ingeniosamente de su impudor para introducir en sus libros cuanto escucha y recoge en su observación literaria, por lo que está medio reñido con una parte de su familia.

Después se le habla de unos y de otros. Daudet se confiesa más impresionado del ruido del sonido de los seres y cosas que de su vista, y tentado, a veces, de sembrar su literatura de *pif*, de *paf*, de *boum*. En efecto, es de una miopía que toca en la enfermedad, y que parece hacerle atravesar por la vida como un ciego, no más clarividente muchas veces.

Miércoles 1 de julio.—¿De dónde viene usted con eso?—pregunté a la señorita ... al encontrarme con ella—. «Vengo de compras—y añadí, riendo—. Vengo de comprar potasa en casa del especiero.

Hay actualmente en las parisienses morenas pasión por convertirse en rubias, y trabajan, no sin éxito, por obtener esa coloración, lavándose el pelo con potasa disuelta en agua.

Me refiere el origen de esta moda: habiendo ido el doctor Tardieu a visitar una fábrica de potasa, se extrañó del tono de pelo de obreros y obreras; era de un *rubio llameante veneciano*. Y el dueño del establecimiento dijo a Tardieu que el pelo de toda su gente se volvía así al cabo de dieciocho meses. Contado esto en París, ante un corro de mujeres, éstas hicieron, primero en secreto y después abiertamente, ensayos, y la potasa ha entrado de una manera oficial en la *toilette* de la parisién actual.

Miércoles 8 de julio.—Paso mi día en casa de Daudet, en Champrosay. Habita una gran casa burguesa, edificada sobre un parque minúsculo. El hogar es alegrado por un niño inteligente y bonito, sobre cuya cara se encuentran lindamente mezclados los rasgos del padre y los de la madre. Hay, con el encanto de una madre, el de una mujer culta, que procura desvanecerse en la sombra de la discreción y el cariño. Se diría todo reunido para encerrar entre cuatro paredes una serena felicidad; pero bajo ella se transparenta un poco de la melancolía que se esconde en la morada de los pensadores.

Daudet me habla de la prosa y los versos de su

mujer. Madame Daudet me lee una composición, donde con los hilos dispersados de un cuello que acaba de bordar al aire libre, imagina la poetisa que se forma un nido para los pájaros del jardín. Es de un sencillo encanto. Sólo una mujer podía hacerlo, y le insto para que escriba un volumen, en que su preocupación sea, ante todo, hacer obra de mujer.

Es verdaderamente extraordinaria. Nunca he encontrado un ser, hombre o mujer, que leyese tan bien ni que conozca tan a fondo los medios de óptica y coloración, la sintaxis, los giros, las faltas de todos los militantes de hoy.

Miércoles 15 de julio.—Parto para el lago de Constanza.

Estoy en un departamento lleno de británicos, y veo en un mismo momento a siete ingleses poner en hora sus relojes. Esto de una manera tan mecánica, tan automática, que me da casi miedo, y me traslado a otro departamento.

Domingo 19 de julio.—Ayer, el conde de Baunville ocupó su sitio habitual en la mesa del Hotel de Baviera, de Lindau. Llegaron dos alemanas. El mozo les indicó que se sentaran al lado del joven secretario de embajada. «¡Cerca de un francés! ¡No queremos ser envenenadas!», exclamó en francés una de ellas. Y estas mujeres eran de la buena

sociedad. Tal brutalidad indica mejor que nada la exasperación de odio de Alemania contra Francia.

Martes 11 agosto.—El abate Lausac habló ayer de un canónigo de Notre-Dame, autor, creo, de *El hombre después de la revelación*, que, cansado del tiempo que perdía en comer, y repugnándole la inmaterialidad de la cosa, se hizo fabricar jugos de carne, extractos de legumbres, quintas esencias de alimentos, de gotas conservadas en frascos. Desgraciadamente, al cabo de algunos años de este régimen el estómago y las entrañas del comensal espiritualista se estrecharon de suerte tal que le faltó poco para morir.

Año 1875.

Lunes 25 de enero.—Se habla de Taine, y dice Tourgueneff: «La comparación no es noble, pero permítaseme comparar a Taine con un perro de caza que he tenido; buscaba, atajaba, hacía todos los oficios de un perro de caza de modo maravilloso; sino que no tenía olfato, y me vi obligado a venderlo.

Zola es completamente feliz con la excelente comida.

—Zola—le pregunto—, ¿es usted *gourmand*, por casualidad?

—Sí—me respondió—; es mi sólo vicio, y en mi

casa, cuando no hay algo bueno que comer, soy desgraciado, muy desgraciado. No hay más que esto..., las otras cosas no existen para mí... Ah, ¿no sabe usted cuál fué mi vida?

Y con semblante ensombrecido nos relata el capítulo de sus miserias, uno de los cuadros más negros de su juventud.

Tourgueneff dice a media voz: «Es particular; un ruso amigo mío, hombre de gran ingenio, afirmaba que el tipo de Juan Jacobo Rousseau era un tipo francés que no se encontraba ya en Francia.» Y Zola, que no le ha escuchado, continúa con sus Jeremiadas, y como se le dice que no tiene derecho a quejarse, pues ha hecho un gran camino para un hombre que no ha cumplido aún sus treinta y cinco años...

—Muy bien—replica—; ¿quieren ustedes que les hable con el corazón en la mano? Me tendrán por un niño, pero tanto peor... Tengo la triste convicción de que no seré jamás condecorado, que no seré jamás de la Academia, que no poseeré jamás una de esas distinciones que afirman el talento. Cerca del público seré siempre un paria, un paria—y repite cuatro o cinco veces «un paria».

Tourgueneff le mira un momento con ironía paternal; después le cuenta este apólogo: «Zola; cuando la fiesta dada a la embajada rusa, con motivo de la liberación de los siervos, acontecimiento en el cual ya saben ustedes que yo represento algo,

el conde Orloff, que es amigo mío, y de cuyo matrimonio fuí testigo, me invitó a comer. No soy tal vez el primer literato en Rusia; pero en París, como no hay otro, me concederán que lo soy. Pues bien; en estas condiciones, ¿saben ustedes el puesto que se me señaló en la mesa? ¡El cuarenta y siete, junto al pope! Y nadie ignora el menosprecio que siente Rusia por sus popes.

Y una risita eslava llenó los ojos de Tourgueneff en forma de conclusión.

Zola está en vena de desahogarse, y continúa hablándonos de su trabajo, de la redacción cotidiana de cien líneas, que arranca todos los días a su vida interior, a su cenobitismo; que no tiene otras distracciones que jugar al dominó con su mujer o recibir la visita de sus compatriotas. En medio de todo esto se le escapa confesarnos que, en el fondo, su gran satisfacción, su gran goce, es sentir la acción de dominación que ejerce, desde su humilde agujero, sobre París; y lo dice con el acento de un hombre de talento que ha navegado largo tiempo en la miseria.

Durante la confesión acerba del escritor realista, Daudet se recita a sí mismo versos provenzales, y parece gargarizarse con la dulce sonoridad musical de la poesía del cielo azul.

Sábado 30 de enero.—Una cosa dura y que me ha sido hoy bien penosa: firmar en el lugar habi-

tual en que figuraban *Edmundo* y *Julio* con un solo nombre un libro en prensa.

Domingo 18 de abril.—Saliendo de casa de Flaubert, Zola y yo hablamos del estado de nuestro pobre amigo que—acaba de confesarlo—a continuación de negras melancolías se deja llevar de accesos de lágrimas. Y hablando de las razones literarias que son causa de este estado, y que nos matan sucesivamente a unos y a otros, extrañamos la «falta de resplandor» en torno a este hombre célebre.

Es célebre, tiene talento, es buena persona, es muy hospitalario. ¿Por qué, pues, con la sola excepción de Tourgueneff, Zola y yo, a sus domingos, abiertos a todo el mundo, no acude nadie?

Sábado 24 de abril.—Exposición Fortuny. Se declara verdaderamente, en el momento, una pasión curiosa por el bric-a-brac apolillado y el pingajo de taller. El famoso jarrón *alhambresco*, lo confieso para mi vergüenza, me hace el efecto de un jarrón de cartón pintado para un drama literario y asirio del Odeón.

Domingo 25 de abril.—En casa de Flaubert. Unos y otros se confían las alucinaciones de su mal estado nervioso.

Tourgueneff cuenta que anteayer, descendiendo al son de la campana a comer, y pasando delante del gabinete de aseo de Viardot, le vió de espaldas,

en traje de casa, ocupado en lavarse las manos, y luego se quedó asombrado al encontrarle en el comedor, sentado en su sitio de costumbre. Cuenta en seguida otra alucinación. Había vuelto de Rusia después de una larga ausencia, y fué a visitar a un amigo, a quien dejó con la cabellos negros. En el momento en que entraba vió caer del techo como una peluca blanca sobre la cabeza de su amigo, y cuando éste se volvió para ver quién entraba, Tourgueneff se asombró de encontrarle con todo el pelo blanco.

Zola se queja de corridas de ratones y de vuelos de pájaros a su derecha y a su izquierda.

Flaubert dice que después de una larga abstracción, con la cabeza inclinada sobre su mesa de trabajo, experimenta al enderezarse como miedo de encontrar a alguien detrás de él.

Domingo 9 de mayo.—Singular calle en original barrio este rincón de París en que Barbey d'Aurevilly se hospeda.

La calle Rousselet, en estas lejanías perdidas de Sevres, tiene el carácter de un rincón de pueblecillo en que la vecindad de la escuela militar pone algo de soldadesco. Ante las puertas, los porteros barren, con sus gorros turcos... En las tiendas de estampas sólo se ven hojas que representan uniformes del Ejército francés. Una primitiva tienda portátil de barbero, cuya profesión figura escrita con

tinta en lo blanco del muro, parece un llamamiento a la barba de los señores militares.

Allí, las casas tienen la entrada de las de aldea, y por encima de altos muros agítanse sombras densas de jardines y parques de comunidades religiosas.

En una casa con aspecto de vaquería—la vaquería habitada por el coronel Chabert de la novela de Balzac—me dirijo a una especie de aldeana, que es la portera de Barbey. En el acto me dice que no está. Conozco la consigna. Lucho. Al fin se decide a subir mi tarjeta, y me dice al bajar: «En el primero, el número cuatro del corredor.»

Entro, y en un barullo, en un desorden que no deja distinguir nada, soy recibido por Barbey d'Aureilly, en mangas de camisa y pantalón gris perla, condecorado con una banda negra, ante uno de esos viejos tocadores de gran espejo redondo giratorio. Se excusa por recibirme así, vistiéndose, añade, «para ir a misa».

Le encuentro como le observé en el entierro de Roger de Beauvoir, con su tez de cecina, su larga cabellera rodeándole el rostro, su elegancia compuesta en su media *toilette*; pero, a despecho de todo, está, es preciso confesarlo, con cortesía de gentil-hombre y gracia de caballero bien nacido, que hacen contraste con este chiribitil, en que se mezclan, confunden, chocan, prendas de vestir, calcetines sucios, libros, diarios, revistas.

Llevo de este alojamiento de la calle de Rousselet como el recuerdo de un escritor de raza en desgracia.

Martes 25 de mayo.—Arsenio Houssaye dice al dueño de un restaurante en los alrededores de París:

—Sí, sí, en verano gana usted mucho dinero; pero en el invierno no hará nada.

—¡En el invierno, señor, tenemos los adúlteros!

Miércoles 28 de julio.—Un joven japonés, del que se pedía la traducción de una poesía, se detuvo en la mitad de su trabajo, exclamando: «No, es imposible hacerles comprender esto con las palabras de su lengua; ¡son ustedes tan groseros!» Y como se le repitiera con tono de reconvención «¡tan groseros!», se justificó diciendo: «Ustedes dicen a una mujer «¡la amo!», y eso, entre nosotros, es como si se la hubiera dicho: «Señora, querría acostarme con usted.» Todo lo que osamos decir a la dâma que amamos es que sentimos envidia de los patos mandarines que están cerca de ella... Sí, señores, nuestro pájaro de amor.»

Miércoles 15 de diciembre.—Esta noche, Raoul Duval nos habla de un singular y vergonzoso compromiso; un duque había prometido su voto a un senador para la Academia, a condición de que el senador le daría el suyo para el Senado.

Jueves 16 de diciembre.—Ayer, Gambetta, un poco exaltado por su éxito oratorio y por los nombramientos de la última hornada de senadores republicanos, estuvo de broma hasta las dos de la madrugada en la redacción de *La República*.

Resultó muy divertido, refiriendo una de sus últimas entrevistas con Thiers, cuya voz aflautada y gestitos de vampiro polichinela imitaba.

Entre otras cosas, Thiers le había contado la historia de su ministerio, y cuanto ocultaba del mariscal Soult de las cosas hechas a espaldas suyas. Un día, a propósito de no sé qué de que tampoco tuvo noticia el general, éste, furioso, fué a ver al rey. «Yo estaba advertido—dijo Thiers—, y mi coche seguía de cerca al del mariscal... En los negocios, apréndalo usted, Gambetta, es preciso siempre tener cara de buen humor. Recuérdelo, y le servirá... La puerta del rey estaba cerrada para todo el mundo. La forcé, y en el momento en que asomaba la cara, risueña, como dije, por la puerta entreabierta, el rey, en conferencia con Soult, se apresuró a decirme: «¡Todo está arreglado..., ¡se ha llorado!»

El rey Luis Felipe, como se ve, era digno de su compadre Thiers.

Se habló en seguida entre Thiers y Gambetta de las elecciones. Y Thiers se quejaba de los candidatos que le hacían votar... Me ha hecho usted votar por Sorgeril, por el que siempre me ha maltratado, sí,

por el que me ha llamado *el mal*... Porque yo he sido muy maltratado en mi vida... Usted sabe que me han hecho mil quinientas caricaturas... Madame Dosue reunió la colección... Las miro alguna vez y me divierten... Tienen gracia algunas, entre otras una en que estoy de dragón—ya es bastante singular haber hecho de mí un dragón—, y acostado en un estercolero con tres cochinos... Vea usted, de aquí la leyenda.»

Después, hablando de la lucha, Thiers dijo al tribuno de la República: «Gambetta, ha sido usted un imprudente, usted puede...» Y como Gambetta le cortó la palabra, diciéndole que sabía lo que hacía, que no corría ningún peligro, añadiendo: «¡Y después de todo!»

—Sí, es usted un jugador—añadió Thiers—, un buen jugador, tiene usted razón; pero mientras esté en suerte, es preciso hacer *sudar a las cartas* su dinero.

Ante estos trozos y crudezas de conversaciones, ¿no aparece el viejo político como un *Prudhomme* mefistofélico?

Martes 21 de diciembre.—Una vieja actriz muy conocida decía estos días: «Tengo 40.000 libras de renta y envejezco con dignidad.»

Lunes 27 de diciembre.—Como en casa de Víctor Hugo. A las ocho aparece con su levita de cuello de terciopelo y un *fulard* blanco alrededor del cue-

llo. Se deja caer sobre el diván, cerca de la chimenea.

Llega Saint-Víctor, que presenta a Dalloz. El director del *Moniteur* hace profesión de fe de conservador progresista, y se compara a una pierna que marcha hacia adelante; pero tomando mal su punto de apoyo sobre el pie de atrás, se embarulla y a poco más cae.

Pasamos al comedor Bauville, su mujer y su hijo; Saint-Víctor, Dalloz, madame Dronet, madame Carlos Hugo con sus dos hijos y yo.

Hugo está en vena. Habla como un buen hombre encantador, divirtiéndose con lo que cuenta y cortándolo de tiempo en tiempo con su risa sonora, que se repite dos veces a cada golpe.

—No hay odios como los literarios. Los políticos no son nada a su lado, porque tampoco aportan a su credo tanta convicción.

Aquí se interrumpe para observar: «Somos cinco en este salón que pensamos de modo absolutamente diferente; pues bien, sé que nos estimamos más que me estima Manuel Arago.»

Después Hugo habla de la Academia, y hace un espiritual retrato de Royer-Collard: «Ojos muy finos, muy malignos, bajo espesas cejas; ojos embozados entre malezas; el resto de la cara desaparece en una corbata que sube a veces hasta la nariz; sobre la espalda, una gran levita del Directorio, y siempre con los brazos cruzados y la cabeza echada

hacia atrás. Me había declarado que conocía mis libros; unos le agradaban, otros no; pero que no me votaría por la temperatura que había de llevar y que cambiaría el clima de la Academia.»

En la Academia, desde mi entrada, no sé por qué, Cousin se convirtió en mi antagonista. Un día llegamos a la palabra *intemperie*... «Señores — dijo Cousin—, debemos proceder con reserva en la elección de las palabras que tenemos el honor de consagrar. *Intemperie* no es latín, no lo emplea ningún autor de buena latinidad; es un latín de cocina.» Todo el mundo calla. Entonces digo tranquilamente: «Tácito.» «Tácito no es latín — replica Cousin; es latín bueno para el romanticismo, ¿no es verdad, Patin, usted que sabe latín?» Pero antes que Patin respondiera se oyó salir de la alta corbata de Royer-Collard, con una entonación nasal y desdeñosamente jocosa: «¡Señores, Cousin y Patin son dos señores que saben latín.» Se ríe y la etimología fué aceptada.

Otro día vino una palabra..., desgraciadamente, ya no me acuerdo..., no, no la recuerdo ya. Cousin declaró que la palabra no era francesa. Hubo un silencio, en medio del cual dije:

—Monsieur Pingard, ¿quiere usted bajar a la biblioteca y traerme el tomo tercero de Regnard? Y traído el volumen leí la palabra en una frase del *Viaje a Lapponia*. No sería justo envanecerme. Algunos días antes un azar me había hecho buscar

en este tomo una cosa que me hacía falta. Cousin exclamó acto seguido: «¿Es verdaderamente una razón para aceptar una palabra que ésta se halle en el rincón de un buen autor?» De la gran corbata se oyó decir: «¡En los buenos autores no hay rincones, no hay rincones!»

«No, yo estimo a Royer-Collard... Los dos a quienes no estimo son Cousin y Guizot.»

En el comedor, de techo bajo, hay una luz de gas capaz de fundir el cerebro: la señora Carlos Hugo dice que muy a menudo este calor produce en su hijo mareos. Y bajo esta luz de jaqueca Hugo continúa bebiendo Champagne y hablando, como si nada de lo que daña a los demás pudiese contra su robusta constitución.

En este medio, Dallas se pone a hablar tontamente de las cosas psicológicas que Alejandro Dumas hijo ha llevado al teatro. Bauville, con voz estridente, cortante, le pide que indique una sola cosa que no se encuentre en Balzac.

El nombre de Dumas hijo lleva la conversación a Dumas padre.

Hugo se pone a decir que acaba de leer las verdaderas memorias de Artagnan. Y que si no tuviera el hábito de no tomar nada de nadie, intentaría escribir una historia con un episodio que Dumas no ha utilizado. Y se pone a contar maravillosamente, empleando un delicado erotismo, la historia de la camarera que Artagnan hace tercera malaventurada

de su intriga con la duquesa, amenazándola con no volverla a ver si no obtiene de su ama que lea sus cartas y le responda... Y el maravilloso desenlace humano—exclama—, desenlace bien superior a todos los del realismo actual. La camarera martirizada logra una cita para Artagnan, pero en el momento de la cita, el resentimiento de la víctima, repentinamente sedienta de venganza, la mueve a dejarle en invierno veinticuatro horas, sin fuego ni alimento, en el frío glacial de un gabinete, al salir del cual la duquesa, abriéndole los brazos, le rechaza muy pronto fuera del lecho de un puntapié.

Salimos del comedor, y Bauville y yo nos vamos a fumar un cigarrillo a la escalera, con la promesa de un *fumoir* en porvenir próximo.

Encontramos a Hugo en el comedor, de pie y solo ante la mesa, preparando la lectura de sus versos; una preparación que tiene algo de la manipulación preventiva de una sesión de prestidigitación, en que el prestidigitador ensayara en un rincón sus *trucos*.

Y he aquí a Víctor Hugo adosado a la chimenea del salón, teniendo en la mano la gran hoja de papel de su copia transatlántica—un fragmento de los manuscritos legados a la Biblioteca, y que él nos dice están escritos sobre papel de hilo para asegurar su conservación—.

Después se pone lentamente los lentes, que largo tiempo una cierta coquetería le hace rechazar, y limpia largamente con el pañuelo y—por así decir—

lo—, con gestos soñadores, el sudor que perla las venas turgentes de sus sienas.

Comienza al fin, arrojando en forma de exordio, como para advertirnos que tiene todavía mundos enteros en la cabeza: «Señores, tengo setenta y cuatro años, y comienzo mi carrera.» Nos lee: *El bofetón del padre* y trozos de la *Leyenda de los siglos*, en que hay hermosos versos sobrehumanos.

¡ Es curioso ver leer a Víctor Hugo ! Sobre la chimenea, preparada como en un teatro para la lectura, y en que catorce velas reflejadas en el espejo y en los adornos hacen, detrás de él, un nimbo de luz, su cara, una cara de sombra, como diría él, se destaca circundada de una aureola, de un centelleo, que corre al ras de sus cabellos, de su collar blanco, y atravesando de claridad rosa sus orejas ahorquilladas de sátiro.

Después del *Bofetón del padre* se decide fácilmente al grande hombre a leer otra cosa. Los versos que nos lee esta vez son sacados de un nuevo poema, que llama: *Toca la lira*. Un poema en que quiere que entre todo—y que le permita «ser joven», dice sonriendo.

Sobre esto declama un trozo original: un paseo de amantes por el bosque, en la primavera. La mujer habla de política y el hombre habla de amor. Y cuando la mujer parece vencida por el despertar amoroso de la naturaleza, de repente, evocando el recuerdo de la última guerra, esta mujer se presta

a entregarse a él furiosamente, no por amor, sino para que nazca un hijo, un vengador.

Año 1876.

Viernes 7 de enero.—En casa de Daudet, alegre y encantadora comida. La satisfacción de Flaubert estalla en violentas palabras, bajo las cuales la gentil madama Daudet parece perezosamente empequeñecerse; la satisfacción de Zola se expansiona en la dicha, bien natural, de ver a la fortuna tomar el camino de su casa.

Tourgueneff, que tiene un comienzo de gota, ha venido en pantuflas. Describe originalmente lo que experimenta. Le parece que el dedo gordo de su pie habita alguien ocupado en separarle la uña con un cuchillo redondo y romo.

Lunes 11 de febrero.—Después de que mis ojos se han acostumbrado a vivir entre los colores del Extremo Oriente, mi siglo XVIII se decolora. Lo veo gris.

Jueves 20 de enero.—Ayer se habló de una carta de Rossini a Paganini, al día siguiente de su primera audición, que pinta al «maestro» de cuerpo entero. Le decía que no había llorado más que tres veces en su vida: la primera, cuando fué silbado en su primera ópera; una segunda vez, cuando en una

jira de amigos se le cayó en el lago de Garda una pava trufada; la tercera vez, en fin, al oírle la víspera.

Miércoles 2 de febrero—Alejandro Dumas da esta noche un detalle de la anécdota rusa que sirvió para los *Danicheff*. Un abogado convino, mediante una suma, en anular el matrimonio de una mujer. Fué a casa del pope, lo achispó, se apoderó de su registro, raspó el nombre del marido, luego..., creerán ustedes que lo sustituyó con otro nombre; no, sobre el nombre raspado escribió el mismo nombre. Vino el proceso, y el abogado probó con la enmienda la falsedad del matrimonio.

Martes 21 de marzo.—Berthelot habla de la venalidad de la administración de los Estados Unidos. Afirma que las sederías de Lyon, habiendo sido gravadas con un derecho del 60 por 100, cada expedidor, en el interior de su caja, ponía un billete de 500 francos, con lo que sólo pagaba el 6. Renán añade que un sastre que viste a muchos americanos le confió que en la ropa que envía a ultramar tiene la costumbre de coser un billete de 50 francos en el interior de la manga.

Domingo 2 de abril.—En nuestro oficio se paga pronto el éxito con el malestar físico. Hoy he oído al feliz Daudet exclamar desesperadamente: «¡ Oh !

Tengo durante el mediodía una tristeza..., que querría ser mujer para llorar!»

Viernes 1 de septiembre.—Flaubert cuenta que durante estos dos meses en que ha vivido encerrado, el calor le había dado como una borrachera de trabajo, y que había trabajado quince horas diarias. Se acostaba a las cuatro de la mañana, y se asombraba de encontrarse en su mesa de trabajo algunas veces a las nueve.

Y el producto de estas novecientas horas de trabajo es una novela de treinta páginas.

Domingo 3 de septiembre.—Turgan dice a Totó Gautier: «¿Ves tú? Para ganar dinero no es preciso ser de los que trabajan; es preciso arreglarse para ser de los que *hacen trabajar*».

Martes 17 de octubre.—Saint-Víctor, que vivió mucho en la sociedad de Lamartine, afirma que el poeta no leía más que a Gibbon, un viaje a China de lord Macartney y la correspondencia de Voltaire, y no leía estos libros, siempre los mismos, sino para dormir.

Jueves 19 de octubre.—Un amigo encuentra a una antigua querida.

—¿Cómo te va?

—¡Oh! Soy feliz por el momento; estoy con un viejo muy rico. Figúrate que es un antiguo ebanista..., viene todos los lunes a mi casa..., me hace

desnudarme, y se pone a barnizar mis muebles. Yo le aporreo suavemente, diciéndole: «¡Qué bien barnizas!» Al fin, esto le excita...

Martes 21 de noviembre.—Girardin confía a Arsenio Houssaye que el celibato de Veron le había decidido a casarse y el entierro civil de Sainte-Beuve a hacerse enterrar religiosamente.

Miércoles 27 de diciembre.—Hoy, que mi libro *La fille Elisa* está casi terminado, comienza a dibujarse vagamente en mi espíritu la novela con la cual sueño despedirme de la imaginación. Querría crear dos *clowns*, dos hermanos, amándose como nos hemos amado mi hermano y yo. El mayor, la fuerza; el menor, la gracia. Muchos detalles sobre la infancia del más joven y la fraternidad mezclada de un poco de paternidad del mayor. Ambos buscan toda la vida, poniendo en común la columna vertebral, un salto imposible, que sería para ellos la solución de un problema científico.

Por fin, el salto, largo tiempo irrealizable, se encuentra. Ese día la venganza de una *écuyere*, cuyo amor hubiera sido desdeñado por el más joven, lo hará fracasar. El más joven, en el salto fracasado, se rompe las dos piernas, y el día en que se declara que no puede seguir siendo clown su hermano abandona el oficio por no herirle en el corazón.

Aquí describir todos los dolores morales que he

observado en mi hermano cuando sintió su cerebro incapaz de producir.

Sin embargo, el amor a su arte sobrevive en el mayor, y por la noche, cuando su hermano duerme, se levanta para hacer solo los saltos, en un granero, a la luz de dos velas. Una noche, su hermano se levanta, se arrastra al granero, y al volverse el otro lo ve con dos lágrimas silenciosas que corren por su rostro. Entonces lanza el trapecio por la ventana, se arroja en los brazos de su hermano, y ambos lloran juntos.

Año 1877.

Martes 16 de enero.—No sé si decididamente iré a pasar un año al Japón; pero cuando menos me distraerá el proyecto de ese viaje durante seis meses.

Miércoles 1 de febrero.—Un inglés en casa de Renán.

—¿Monsieur Renán?

—Soy yo, señor.

—¿Sabe usted si la Biblia ha dicho que la liebre era un rumiante?

—No, señor; pero vamos a verlo.

Renán toma una Biblia hebrea, busca entre los preceptos de Moisés, y encuentra esta frase: «Tú no comerás la liebre, porque rumia.»

—Es perfectamente exacto..., la Biblia dice que es un rumiante.

—Mí..., bien contento—replica el inglés, que habla muy mal francés—; no ser yo astrónomo..., no ser geólogo... Las cosas que no sé no me corresponden...; soy naturalista... Puesto que la Biblia dice que es un rumiante, y eso es falso..., la Biblia no es un libro revelado... Mí estar contento...

Y se despidió, desembarazado de golpe de su religiosidad. Esto es bien inglés.

Lunes 19 de febrero.—Flaubert se pone a atacar los prefacios, las doctrinas, las profesiones de fe naturalistas de Zola.

Zola le responde :

—Tiene usted una fortunita que le ha permitido prescindir de muchas cosas. Yo me vi obligado a ganar sólo con mi pluma la vida ; me he visto precisado a recurrir a toda suerte de escritos, sí, de escritos *despreciables*. ¡ Eh ! Dios uno, yo me burlo como usted de la palabra *naturalismo*, y, sin embargo, yo la repetiré, porque las cosas necesitan un bautismo para que el público las crea nuevas... Hago dos partes en lo que escribo : mis obras, con las cuales se me juzga y con las cuales deseo ser juzgado, y luego mi crónica del *Bien Público*, mis artículos de Rusia, mi correspondencia de Marsella, que no estimo en nada, que rechazo, y que no sirven más que para agitar mis libros.

He logrado colocar un clavo, y de un martillazo lo hago entrar un centímetro en el cerebro del público; luego, de un segundo golpe lo hago entrar dos centímetros... Pues bien; mi martillo es el periodismo..., y yo mismo lo manejo alrededor de mis obras.

Miércoles 21 de marzo.—Hoy aparece en los escaparates *La fille Elisa*. Voy a casa de Charpentier, para hacer mis envíos, en medio de agentes libres, que pasan a cada momento la cabeza por la puerta e indican: «Vengo de parte de X..., que ha pedido 50 ejemplares y quiere 100...» «¿Se pueden dar 15 a L...?» Marpon reclama que le completen sus mil... «¿Quiere, si el libro está denunciado, tenerlos en su escondrijo?»

Y en la actividad y el ruido de esta agitación febril escribo las dedicatorias, lleno de la emoción de un jugador que ha puesto toda su fortuna a una carta, preguntándome si el éxito que se dibuja de una manera tan inesperada va a ser de pronto ahogado por una persecución ministerial, si este reconocimiento de un talento llegado antes de mi muerte no va a ser una vez más alejada por esta desgracia que nos ha perseguido a mi hermano y a mí toda la vida. A cada cabeza que asoma, a cada carta que llega, espero siempre el terrible anuncio: «Estamos secuestrados.»

Dirigiéndome al camino de hierro de Anteuil ten-

go una de esas alegrías infantiles de autor; veo a un señor que con mi libro en la mano, sin poder esperar la llegada a su casa, lo lee en plena calle, bajo una llovizna que cae.

Sábado 7 de abril.—He comido con Octavio Feuillet. Es particular cómo este novelista de corte ha guardado un sello provinciano. No tiene toda la gentil cortesía de un hombre amable, pero sorprende, como acontecería en la más lejana prefectura, por el asombro que atestigua a una palabra violenta, a una comparación desvergonzada, a una exageración de artista; en fin, a todo lo que constituye el fondo de la conversación entre escritores parisienes. Recuerdo la frase «Musset de las familias» con que le bautizó mi hermano.

Martes 17 de abril.—Cherbuliez me dice que hay en los teutones un cuarto de hora para las concesiones: el que transcurre entre el postre y la décima chupada del cigarro. Saint-Vallier le ha contado que es estos solos momentos pudo obtener algo en el curso de sus negociaciones.

Jueves 3 de mayo.—Esta noche, en casa de Burtly, el príncipe Sayounsi decía que tres cosas habían encantado su espíritu japonés: las fresas, las cerezas, los espárragos. Decía que ahora soñaba tan pronto en francés, tan pronto en japonés. Como se le preguntara en qué lengua se formulaban sus

ideas, nos confesó que las cosas de derecho, las cosas artificiales, se le ocurrían con fórmulas francesas; las cosas naturales, las cosas de amor y otras, con fórmulas japonesas.

Jueves 24 de mayo.—Baudelaire es un poeta, un gran poeta; pero no es, lo repito, un prosista original; traduce siempre a Poe..., hasta cuando no lo traduce y aspira a ser Baudelaire.

Viernes 27 de julio.—Este día soy convocado a la alcaldía del distrito octavo para el matrimonio de madame Burty. Me encuentro con que Gambetta y yo somos testigos. La unión en estas salas civiles se parece demasiado a una condena pronunciada por un presidente de Tribunal judicial.

Sábado 1 de septiembre.—Veo a Doré en casa de Sichel. De este hombre gordo salen estéticas superiores, teorías nebulosas, que le hacen parecerse a un tratando en bueyes atacado de misticismo...

Acaba de modelar una botella, alta como una casa, una botella de que se escapan, en una espuma viva, las alucinaciones materializadas de la embriaguez; en fin, una «divina botella» de gran tamaño, por cuya fundición le pide el broncista 50.000 francos.

Viernes 23 de noviembre.—¡ Ah! El éxito, si el público viese en la intimidad a los triunfadores, no envidiaría sus triunfos.

Hoy, día de la puesta en venta de *Nabab*, y en que se han vendido ya 11.000 ejemplares, Daudet entra en casa de Charpentier con aire preocupado, en que la amabilidad es un esfuerzo.

Durante la comida está nervioso, inquieto por los artículos que se harán y por los que no se harán. En la representación de *Hernani*—lo confiesa—, se queda obstinadamente en su asiento, de miedo de oír una frase que no fuera la que deseaba, y sus oídos, con finura dolorosa, oyen o creen oír cuanto se decía de él y de su libro, y pasa la velada combatiendo casi con espanto el deseo que tiene su mujer de ir con madame Charpentier a escuchar una conferencia de Sarcey sobre el libro del día.

Salimos de la librería. Daudet enseña a su mujer la dedicatoria, impresa en sólo algunos ejemplares, y que ella no conoce todavía. Y madame Daudet, leyéndola, se opone al reconocimiento de su talento por su marido con palabras que se parecen al tartamudeo emocionado de la mujer enamorada que se defiende: «¡No! ¡No! ¡Es demasiado!... ¡No! ¡Yo no quiero! ...¡Yo no quiero!...

Año 1878.

Domingo 6 de enero.—Hoy el ministro de Instrucción pública me ha hecho el honor de invitarme a comer. Es la primera vez que mi persona hace su entrada en un ministerio.

Entramos en el comedor. Bardoux puso a su derecha a Girardin, a su izquierda a Berthelot; el fundador de *La France* ha sido juzgado un convidado más importante que el descubridor de los cuerpos simples.

El azar me ha colocado al lado de Leconte de Lisle, que me habían dicho era enemigo de mi literatura. Me ha dirigido una frase amable, y hablamos. El hombre, con sus ojos luminosos, la cortesía mármorea de su cara, su boca sarcástica, se parece mucho a un prelado de raza superior; lo encuentro ingenioso, delicadamente maligno, hablando quizá demasiado de las cosas de su oficio: versificación, parodia, etc.

De tiempo en tiempo alargó la cabeza y recorro las veinticinco cabezas enfiladas alrededor de la mesa, entre las cuales figuran las de Flaubert, Daudet y la mía, seguramente con gran indignación de los demás señores, que llevan su roseta de la Legión de Honor. Miro con gusto la cabecita entusiasta de un joven, que dicen es Massenet, la caballar del viejo Bapst, la extremadamente simiesca de Girardin, que mastica el alimento con los movimientos melancólicos de mandíbulas de los monos machacando en el vacío.

Estamos en los postres. Se nos ponen unos platos en cuyo fondo, impresos en triste negro, figuran los grandes escritores del tiempo de Luis XVI, teniendo

en el anverso la fecha de su muerte. Figura Masillón en el mío.

Cuando me voy, Bardoux me coge afectuosamente del brazo, diciendo: «Veamos, ¿no tiene usted algo que pedirme..., para alguno?... ¿No tiene usted un amigo que recomendarme?...» Y me voy muy reconocido a este amable ofrecimiento, pensando cuán habituado estará el desgraciado ministro a las peticiones para que se le ocurra la idea de provocar una en aquel que nada le pide.

Miércoles 6 de febrero.—En una de las frecuentes comidas de la *Sociedad de los cinco*, que formamos Flaubert, Daudet, Zola, Tourgueneff y yo, cuenta Flaubert una frase de Feuillet a propósito de la constante preocupación del mundo imperial con la «linterna» y Rochefort. «Pero, ¿es que verdaderamente encuentra usted talento en Rochefort?», preguntó Flaubert. El novelista de la emperatriz, después de haber mirado a izquierda y derecha, respondió: «¡Yo..., yo le encuentro muy mediocre; pero me aterraría que me oyesen, porque me crearían celoso de él!»

Lunes 29 de julio.—Parto para Bar-sur-Seine. Estoy solo en mi vagón, y con la trepidación del tren y la noche que llega mi pensamiento trabaja en mi plan de novela *Dos clowns* (*Los hermanos Zemganno*). Bien pronto el cerebro se excita y enfebrece, y de aquí escenas que se van dibujando.

Encuentro el primer episodio; un alto de bohemios en un paisaje vago, para el cual tomaré agua, cielo y vegetación de las orillas del Sena.

Viernes 13 de septiembre.—Littre dice a un amigo mío: «La tierra es un planeta inferior y el hombre un compuesto mal acoplado.»

Viernes 29 de diciembre.—Pillaut, el músico, decía espiritualmente esta noche: «Sí, ahora, cuando hablo, se me escucha..., y cuando digo las cosas menos interesantes se forma alrededor de mí un círculo de gentes atentas, aprobando mis palabras con la cabeza. La primera vez que lo observé me entristeció profundamente... Esta atención me ha advertido que comienzo a ser un viejo.»

Miércoles 4 de diciembre.—«El pueblo es una bestia que vive de gloria—dice brillantemente esta noche Renán en casa de la princesa—; pero cuando se ha acostumbrado a este pienso es preciso dárselo todos los días ...Esto es lo que hizo Napoleón, y esto es lo que ya hace Bismarck... Esto es muy grave para él.»

Año 1879.

Miércoles 8 de enero.—Labiche cuenta esta noche que en el entierro de Mürger hubo una discusión entre Thierry y Maquet a propósito del orden de

los discursos sobre la tumba. Y como Thierry se empeñase en hablar el primero, se aproximaron ambos apresuradamente a la fosa abierta. Maquet le dijo, en medio de la multitud, que creía que los dos oradores se cedían costésmente el turno: «¡ Si persistes, te tiro a la fosa !» Thierry renunció a hablar el primero.

Sábado 18 de enero.—Estreno de *L'Assommoir*. Un público simpático, aplaudidor, en medio del cual las enemistades sordas no osan presentarse. ¡ Cómo cambian las generaciones ! Recordando tristemente a mi hermano, no puedo menos de decir a Lafontaine: «¡ Este no es el público de *Henriette Marechal*. Todo es admitido, palmoteado, y sólo en el último cuadro dos o tres silbidos tímidos, perezosos; es toda la protesta, en el entusiasmo general.»

Al salir de la representación Zola nos pregunta con voz dolorida si su comedia ha tenido realmente éxito. Se pasó la representación en el gabinete de Chabrillat, leyendo una novela cualquiera, no osando mostrarse a los actores, a quienes en la víspera desanimó con su cara abatida.

Nos fuimos en grupo con el matrimonio Daudet a casa de Brevant, en la que Chabrillat ha hecho preparar una comida para sus amigos y los amigos de Zola. Allí hay gente de toda especie; el viejo Janvier, el oculista Magne, la falange de Medan. Se come bastante alegremente, con un fondo de mie-

do y preocupación para el día siguiente, en medio de las salidas de Zola y Chabrilat a ver a los periodistas, que comen abajo, oyendo la lectura de fragmentos de un gran artículo que aparecerá mañana.

Martes 21 de enero.—El ministro viene a comer a casa de Brevant, y al irse me llama para que vayamos juntos un trozo del camino. Me habla del primer ataque jacobino de ayer, de que el mariscal quiere irse; truena contra la mujer de este tiempo, sobre todo con las que hacen la corte de rodillas a Gambetta.

Cuando está más tranquilizado le pregunto por qué no ha condecorado a Zola. Me responde que encuentra una oposición formal en el Consejo de Ministros. Le interrogo por qué no ha hecho oficial a Renán, y me declara que el Mariscal no ha querido firmar su designación. A propósito de la promoción de Víctor Hugo me afirma que es el poeta quien se ha opuesto, aunque tuvo la promesa de que a la semana siguiente de ser nombrado comendador sería promovido a Gran Cruz.

Martes 28 de enero.—Una frase de la Guimond: «No se concibe a Girardin... Tengo 800 cartas tuyas, todas comprometedoras..., y no quiere comprármelas.»

Miércoles 5 de febrero.—Una anécdota sobre el coronel hermano del general Lasalle, que sólo deja-

ba el ejército para encargarse un par de botas en París y hacer un chico a su mujer.

Un día comía en casa de Massena, sobre cuya mesa había una jarra de plata, muy admirada por los convidados.

—Es para el que la beba llena de kirsch—dijo Massena.

—¡Que me la pasen!—gritó el coronel Lasalle.

Y la vació de un trago, la puso sobre su muslo, de un puñetazo la aplastó, la dobló en dos, en cuatro, y la metió en su cartera de cuero.

Lunes 10 de marzo.—Hoy he terminado *Los hermanos Zamganno*

Miércoles 30 de abril.—Hoy, la aparición de *Los hermanos Zamganno*.

Domingo 18 de mayo.—Esta vez había creído que la naturaleza de mi libro, la vejez misma, desarmarían a la crítica. Pero no; es una crítica despiadada en toda la línea. Barbey d'Aureville, Pentmartin, etcétera, han declarado *Los hermanos Zamganno* detestable. Ni uno siquiera de esos críticos parece apercibirse de la cosa original ensayada por mí en ese libro, de la tentativa hecha para emocionar con otra cosa que el amor; en fin, de la sustitución en una novela de otro interés que el empleado desde el comienzo del mundo.

Vamos, seré atacado y negado hasta el día de mi

muerte, y aun quizá algunos años después. En el fondo, es preciso confesarlo, esto me produce una tristeza que se traduce en quebrantamiento de brazos y piernas, en una fatiga física que da el deseo y la necesidad de dormir.

Martes 20 de mayo.—El pintor Dupray explica la enorme protección del Estado en favor de la música por ser melómanos todos los grandes banqueros judíos.

Miércoles 28 de mayo.—Liesse me dice que su ejemplar de *Los hermanos Zemganno* tiene un lindo autógrafo en la última página: está signado por la lágrima de una muchacha a quien se lo había prestado.

Lunes 9 de junio.—Un error de tres céntimos en la cuenta del año ha hecho—según me aseguran—, trabajar cinco días y cinco noches a siete empleados de Rothschild.

Lunes 24 de noviembre.—En la intimidad, los americanos suelen decir alguna vez: «¡Somos la nación que tiene la piel más blanca del globo.» Y esta convicción les lleva a tratar a los hombres de todas las otras nacionalidades blancas como a negros.

Año 1880.

Martes 6 de enero.—Se habla de la tacañería de Grevy. Un académico recientemente nombrado dice: «No sé más que una cosa, y es que cuando estuve a hacerle mi visita de académico fuimos recibidos en un salón tan frío, tan «helado», que Camilo Douset se atrevió a encender un fósforo y prendió fuego a la leña de la chimenea.»

Sábado 8 de mayo.—Acaban de poner sobre mi mesa un parte con estas dos palabras: «¡Flaubert, muerto!» ¡Oh! Durante algún tiempo, una turbación íntima me invade, hasta el punto de no saber hacia qué villa rueda el coche. Siento que un lazo, aflojado a veces, pero inextricablemente anudado, nos aproximaba secretamente el uno al otro. Y recuerdo con dolorida emoción la lágrima temblorosa de sus ojos cuando me abrazó, diciéndome adiós, desde el portal de su casa, hace diez días, que nos invitó a comer y a dormir en Croisset a Maupassant, Daudet, Zola, Charpentier y a mí.

Martes 11 de mayo.—Partí ayer con Claudio Popelin para Ruan. En cuatro horas llegamos a Troisset, a la triste casa en la que no he tenido el valor de quedarme a comer. Ha muerto de un ataque de epilepsia congestiva, que sufría en su juventud, pero que había cesado hace dieciséis años

ya, después de su viaje a Oriente, según Pouchet me cuenta. Asisto al entierro, y me exasperan, como siempre, los «reporters», con sus papelitos en la mano, tomando nota de los nombres de los asistentes y de sus localidades.

Viernes 19 de noviembre.—Como esta noche en casa de Charpentier, con Rochefort.

Un tupé en escala, hecho como de cabellos de hilo de alambre, ojos sin color, triangularmente velados por la sombra de las profundas arcadas de las cejas, y que parecen de ciego. Los rasgos—antes eran los rasgos traviesos y atormentados de un nervioso duelista de la corte de los Valois— hoy se muestran en grandes planos, sólidos, cuadrados, británicos.

Nos ponemos a la mesa, y, casi en seguida Rochefort me habla cortés y gentilmente de mi libro sobre la Du Barry, contándome que se ha conservado mucho tiempo en su familia el gorro de la querida de Luis XV, que una abuela suya, encarcelada con ella, lo había guardado un día en que la pobre mujer lo arrojó para ponerse el gorro de otra detenida que acababa de absolver el Tribunal revolucionario, y de la anécdota de la Du Barry pasa a la historia de sus papeles de familia, que le robaron durante la Commune, y que le ofrecen ahora en venta. Que quiera o no, el aristócrata aparece a cada palabra del demócrata, y hablando de Gambetta, al que denomina el «príncipe de la granjería», se

percibe el desdén del hombre bien nacido por el hijo del tendero de Cabors y por todas las trazas plebeyas del «parvenu».

Hay en Rochefort, debo confesarlo, un encanto creado por una cierta delicadeza de espíritu de una alegría infantil, y sobre todo de una afectuosidad casi femenina.

En la conversación deja caer incidentalmente y sin jactancia, como la afirmación de un hecho : «¡ Sí, soy hombre que puede echar a la calle 100.000 hombres !»

Jueves 2 de diciembre.—Una frase de fisiologista psicólogo, una frase de Charcot sobre Gambetta : «Ciertamente, es un hombre dotado de todo ; pero le falta..., le falta la melancolía.»

Martes 28 de diciembre.—El general Turr nos recuerda esta noche una frase del judío Mirés, dicha en 1860 : «Si en cincuenta años no nos habéis ahorcado, no tendréis los católicos ni para comprar la cuerda.»

Año 1881.

Sábado 1 de enero de 1881.—A mi edad, el despertar en un nuevo año está lleno de ansiedad. Se pregunta uno : ¿lo viviré hasta el fin?

Domingo 13 de febrero.—Una coincidencia curio-

sa. He bosquejado en mi novela (*La Faustine*) un bolsista, al que he dado el nombre de Jacqmin, nombre tomado de un catálogo de venta del siglo XVIII, nombre de un joyero del rey Luis XV. Hoy, monsieur Poisson, un amable agente de cambio, rogado por mí para que escuchara la lectura de este trozo, a fin de señalarme las faltas que podía yo cometer, tan poco familiarizado como estoy con las cosas de Bolsa, me dijo cuando acabé:

—¡Y le ha puesto usted hasta su verdadero nombre!

—¿Cómo?

—Sí, es él, con su brutalidad, sus calaveradas en los negocios, su temperamento «alcista»...

Resultó que había hecho el retrato y empleado hasta el apellido de un bolsista muerto hacía dieciocho meses.

Viernes 18 de febrero.—Valles no es un hombre de diálogo. No habla en una comida, en una velada. Es un monologuista de redacción, de café, de *brasserie*. Ha vuelto de Inglaterra poco bromista y con un tono arrogante, popular allá.

Miércoles 6 de abril.—Leo el comienzo de *La Faustine* a los matrimonios Zola, Daudet, Heredia, Charpentier, y los jóvenes de Medan. Siento un gran asombro. Los capítulos documentados en lo humano, los cogidos al vivo, no tienen aspecto de agrado. En cambio, los capítulos que desdeño un poco,

los de pura imaginación, encantan al pequeño cenáculo. El griego Athananadis lo toma Zola por un personaje fotografiado del natural.

Sábado 9 de abril.—Hoy, a la salida de la sesión para erigir un monumento a Flaubert, vamos a comer Tourgueneff, Maupassant y yo a casa de una antigua amiga de Flaubert, madame Brainne, donde se habla de amor y del gusto singular de las mujeres en amor.

A propósito de esto cuenta Tourgueneff que en Rusia una joven encantadora, muy cortejada por las más ilustres e inteligentes personalidades, le dió la preferencia a él, y preguntándola un día por qué entre tantos pretendientes había hecho elección tan inexplicable, le respondió: «Tiene usted razón; inexplicable... Pues por eso mismo, ¿no ha oído usted nunca la frase «¿Por qué dicen que eso..., no es posible?»»

Martes 12 de abril.—Hoy, la carta de mi personaje Bluncheron anunciando en *La Faustin* su suicidio, la he escrito llorando como un niño. ¿Hará en el lector el mismo efecto nervioso que ha producido en mí?

Sábado 30 de abril.—Anécdota contada por Camilo Rousset.

El general Sebastiani logró hacer fracasar el ata-

que de los ingleses contra Constantinopla, y el sultán Selim le dijo :

—¿Qué es lo que quieres? Yo concederé lo que me pidas.

—Entonces pido a su alteza ver el harem.

—Está bien ; lo verás.

Cuando terminó la visita, el sultán dijo al general Sebastiani :

—¿Has visto alguna mujer que te agrade?

—Sí—respondió el general, y designó una.

—Está bien—añadió el sultán.

Y por la noche el general Sebastiani recibía sobre un plato de orfebrería la cabeza cortada de la mujer, con un mensaje concebido poco más o menos en estos términos :

«Como musulmán que soy no podía ofrecer a un cristiano una mujer de mi religión; pero con esto estarás seguro de que la mujer sobre la cual se detuvo tu mirada no será ya de nadie.»

Lunes 27 de junio.—Chispeante y maligna frase de Musset. Una ilustre actriz del Teatro Francés le decía :

—Señor Musset, me han contado que se envanece usted de haberse acostado conmigo.

—Perdón—respondió Musset flemáticamente—; me he envanecido precisamente de lo contrario.

Jueves 20 de octubre.—Zola es por naturaleza un despreciador del dinero. Cuenta hoy que con la pri-

mera pieza de veinte sueldos de su infancia compró una bolsa de diecinueve, en la que metió el sueldo que le restaba.

Viernes 28 de octubre.—Hoy, subiendo por la calle de San Jorge, mis ojos sorprenden destacándose en el cielo en el fondo de la plaza, una inmensa placa, en donde se lee en letras colosales: *La Faustin*; una placa frente a la casa editorial, por la que pasábamos años y años mi hermano y yo sin publicidad, sin ruido, sin fama.

Anuncios de todos los colores, de todos los tamaños, cubren los muros de París y extienden por todas partes, con letras colosales, el nombre de *La Faustin*. En el camino de hierro hay pintado un anuncio de cuarenta metros de altura y doscientos setenta y cinco de longitud; esta mañana el *Voltaire* ha tirado 120.000 ejemplares más, que se regalan a los transeuntes, con una cromolitografía representando una escena de la novela, de la cual se repararán 10.000 ejemplares diarios durante una semana.

Viernes 30 de diciembre.—Hoy, abriendo el *Figaro*, me entero de que Eugenio Giraud ha muerto. ¡El, que anteayer bromeaba tan espiritual y alegremente! La vieja guardia de los miércoles de la princesa se va, y yo me quedo el último.

Año 1882.

Sábado 4 de febrero.—¿Sabe usted cuál es ahora la profesión de Villiers de l'Isle-Adam?

—No, no.

—Pues bien; es *mannequin* en la casa de un médico de locos. Sí, es el falso loco del que el doctor dice: «No está del todo curado, pero va mejor.»

Es Bourget quien nos cuenta esto.

La conversación durante la comida, extraña, fantástica, bajo la inspiración de la ironía de Jordin que está pintando el interior de los Eros, y dice:

—¡Ah, es original esa familia Eros!... Una noche, al fin de una comida, habiendo anunciado uno de los hijos que se ocupaba de estudios para resucitar a los muertos, el padre le declaró que se oponía absolutamente a estudios que transformarían las herencias. Al oírle, los tres hijos se levantan de la mesa y se marchan de la casa, arrojando esta frase desdeñosa al jefe de la familia: «¡Tú, tú eres un Saturniano!»

Jueves 16 de febrero.—Hoy, en medio del malestar de la grippe, he escrito el primer capítulo de mi novela *Tony Freneuse (Cherie)*.

Miércoles 1 de marzo.—Ayer comí al lado de madame Adam.

—Yo—dijo—tengo cien amigos... Sí, me es pre-

ciso este número... Estoy agradecida a las gentes que me obligan a ocuparme de ellos... Es mi vida... Mi actividad necesita comprometerse..., esto proviene quizá de que soy de Picardía... La mujer de allá es una mujer que lleva los pantalones..., el hombre no es nada.

Contemplo a la dama, vestida con su traje de terciopelo de cuello de tórtola, constelado de grandes botones de acero. Hay en sus ojos grises una bondad con tendencia a la agitación, como la de una bella y saludable habitante del campo.

Miércoles 19 de abril.—Angier nos cuenta esta noche que se encontraba en la Academia, al lado de Villemain, su enemigo personal. Y este le perseguía con un continuo «¡Voy a morir!» Al fin, impacientado Angier no pudo contenerse y le dijo: «¡No se lo aconsejo a usted.» Hacía alusión al discurso necrológico que estaba llamado a pronunciar sobre él.

La frase impresionó vivamente a Villemain, que al fin de la sesión, tomándole las manos, le dijo: «¡Sea usted bueno para mí!»

Martes 25 de abril.—Hoy, en la subasta de madame Balzac, he pujado el manuscrito de *Eugenia Grandet* hasta 1.100 francos: «Hubo un momento que he creído el manuscrito mío; he sido su poseedor durante cinco minutos.

Martes 23 de mayo.—«Hugo tiene ideas sobre todo», afirmaba uno en nuestra mesa.

—Ideas no; imágenes solamente—replicó otro.

Sábado 27 de mayo.—Bourget nos traza esta noche, con su delicado talento, la silueta de un jesuita con la manía de la confesión, que por la noche recorría las calles confesando a los cocheros, en general poco religiosos, estacionados en las puertas de las casas, sentándose con ellos en el pescante.

Miércoles 31 de mayo.—Una frase graciosa del actor Baron. No sé qué viejo autor, casi centenario, tenía propósitos abominablemente reaccionarios, que exponía en el *foyer* de *Varietés*. Baron se acercó a él y con la voz cómica que se le conoce, le dijo: «Tú lo sabes, te hemos olvidado el 93, ¡pero la próxima vez no te perdonaremos!»

Año 1883.

Lunes 1 de enero.—Al mediodía, cuando Daudet viene con su mujer y sus hijos a felicitarme por el año nuevo, me anuncia que Gambetta ha muerto.

Miércoles 3 de enero.—Dieulafoy nos hace el relato de la heroica muerte de Trousseau.

Trousseau dió a palpar un bulto en su pierna a Dieulafoy, diciéndole:

—Veamos qué es esto..., y hágame un diagnóstico serio.

—Pero esto...

—Sí, es...—y se sirvió de la palabra científica—. Tengo el cáncer..., sí, lo tengo... Ahora, reserve esto para usted, y gracias.

Y continuó viviendo como si no supiera que estaba condenado a día fijo, sin suprimir sus consultas, recibiendo por la noche, en veladas musicales, sereno e impenetrable.

Se debilitaba, sin embargo; llegó a no poder salir. Entonces dejó el coche, pero siguió teniendo conciertos en su casa.

A pesar de su voluntad y valor, el cambio que se verificaba en él aparecía ya a los ojos de todos, y se extendió el rumor de que tenía el cáncer. Las madres acudían a su casa y le decían brutalmente: «¿Pero es verdad? Se dice que va usted a morir. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mi niño? ¿Qué le sucederá a mi hija cuando llegue a la pubertad?» Trousseau sonreía, la obligaba a sentarse, y le dictaba largas prescripciones.

Todavía los últimos días de su vida fueron envenenados por tristes cuidados de familia y azarosos asuntos de dinero.

Al fin ya no pudo tenerse en pie. Le fué preciso acostarse. Pero acostado recibía a los amigos, muy afeitado, la *toilette* cuidadosamente hecha, con

el aspecto de un hombre que ha padecido una ligera indisposición.

Bien pronto empezó a sufrir dolores atroces. Solamente entonces pedía que se le inyectase morfina, pero a dosis infinitesimales, que le daban reposo y calma durante algunos minutos; luego volvía a su vida dolorosa, se estremecía, y decía al médico amigo que le velaba: «Hagamos un poco de gimnástica intelectual; hablemos de ...» Y formulaba una tesis médica cualquiera, queriendo conservar intactas las facultades de su cerebro hasta el fin.

Un día dejó escapar, demostrando que seguía serenamente el curso de su enfermedad: «Espero una perforación o una hemorragia, pero no será larga». Y experimentaba en esta enfermedad los sufrimientos de la muerte a largo término.

Esto duró siete meses, durante los cuales, lo repito, no dejó entrever jamás que moriría en tal día.

En los últimos tiempos Nelaton vino a hacerle una visita.

—¿Tu última visita, eh?

Nelaton hizo un signo de asentimiento.

En seguida Trousseau le habló de un camarada de provincia—creo que Charvet: «Hubiera querido verlo condecorado... Tú deberías conseguir esto.»

Nelaton volvió días después, y le dijo: «Esta vez, amigo mío, ¡ay!, es la última..., pero el decreto que deseabas está firmado.»

Cuando llegó el momento de la muerte, rogó a su

hija que se aproximara; la cogió la mano, y murmuró: «En tanto que yo te la estreche estaré vivo..., luego, no seré ya, o seré...»

Sábado 21 de abril.—El poeta inglés Wilde me dice esta noche que el único inglés que había leído a Balzac era Swinburne.

Martes 1 de mayo.—Esta noche nos habla Berthelot de la ocuidad del oído, que el exceso de trabajo desarrolla en él extrañamente. Se acuerda de una época en que no podía dormir de noche por el ruido de un martillo, que creyeron los de su casa imaginario. Hechas investigaciones resultó que el martillo existía realmente, pero siete u ocho casas más allá y a una distancia que parecía imposible oírlo.

Ha hablado en seguida de Pasteur y del misterio de sus procedimientos, con los que se asemeja a los sabios herméticos del siglo XVI.

Sábado 5 de mayo.—Comida con el poeta Oscar Wilde.

Este poeta de los relatos inverosímiles nos hace un cuadro divertido de una ciudad de Texas, con su población de *convictos*, el revólver siempre en la mano, sus sitios de placer, con cartelones como este: «Se ruega no disparar sobre el pianista, que procura tocar lo mejor que puede.»

Nos habla de su sala de espectáculos, que por ser el local más grande sirve de Tribunal, ahorcándose

al sentenciado sobre el escenario, después de la representación teatral, y donde ha visto, añade, un ahorcado que se cogía a los bastidores y sobre el cual los espectadores disparaban desde sus asientos.

En este país parece que para los papeles de criminal los directores de teatro buscan verdaderos criminales, y cuando se trató de representar *Masbeth* se licieron proposiciones a una envenenadora, que acababa de salir de la prisión, viéndose anuncios así concebidos: «El papel será desempeñado por madame X», y entre paréntesis: «(diez años de trabajos forzados)».

Jueves 24 de mayo.—Invitado a comer por Daudet, le encuentro con su secretario Ebner, que está escribiendo la dirección de una carta, que Daudet le dicta: «Allí, en el café de Madrid», añade. Y cuando Ebner sale, le dice: «Las dos cartas serán llevadas esta misma noche.»

Hay cierta seriedad en las palabras de Daudet, que me obliga a preguntarle si ocurre algo. «No, absolutamente nada. Pero cuando su hijo sale detrás de Ebner, me dice: «Sí; envíó mis padrinos a Delpit, que con un artículo a propósito de la Academia..., repite la leyenda hecha sobre mí..., que he traicionado a todos mis amigos..., que nadie es más hábil que yo para envolver una perfidia en bellas frases... En fin, el mote de *cartaginés* empieza a molestarme..., y le exijo una retractación, enviándo-

le dos amigos que creo pueden testimoniar que nunca les he traicionado.»

Entra madame Daudet. Se cambia de conversación, y pasamos al comedor; Daudet se pone a hablar del artículo biográfico que va a escribir sobre Tourgueneff para América, diciéndome: «No sabe usted; es cierto que está loco... Charcot me ha contado que la última vez que fué a verle, al campo, donde fué transportado, le confió que en todo momento se veía atacado por soldados asirios..., y que hasta se le ha querido arrojar a las piernas un bloque de piedra de las murallas de Níve.

Domingo 27 de mayo.—El duelo de Daudet con Delpit se ha verificado, hiriendo el primero al segundo.

Lunes 28 de mayo.—Voy a comer al *Temps*, en medio de las vociferaciones de los vendedores de periódicos, que gritan: «¡La dimisión del ministerio!» Todos están preocupados, inquietos. Carlos Edmond llega retrasado por el largo discurso de Clemenceau. Dumont, de Instrucción pública, sigue a Edmond. Nos anuncia que el ministerio ha presentado positivamente su dimisión, pero que quedarán los ministros. Se habla del discurso de Clemenceau, al fin del cual el orador estaba muy fatigado...

Jueves 31 de mayo.—En casa de los Sichel, un comensal que ha vivido largo tiempo en el Japón di-

ce que el beso no existe por decirlo así en el amor japonés, todo animal, sin la ternura de las caricias humanas. Añadió que en los sentimientos de pura afección el beso era cosa rara. Había asistido a la separación de una madre y un hijo, y en esta madre el dolor se testimoniaba por una especie de hundimiento en sí misma, cortado por un «hi-hi», sin que estrechara en sus brazos al hijo.

Miércoles 5 de diciembre.—Hoy Claudet nos habla de su intimidad con Gambetta y de las comidas que su tía Massabie le preparaba todos los domingos. Es curiosa esta figura de la «tata», de la vieja devota que tenía 200 francos de renta y que se había convertido en la criada de su sobrino, y no quería que nadie le ayudara en su servicio, en el que ponía una adoración celosa. Uno de esos domingos, sin embargo, la Massabie llegó llorando de la compra. Los amigos de Gambetta encontraron indecoroso y demasiado democrático para el dictador tener una tía que fuese al mercado. Y la pobre «tata» fué devuelta a su provincia, en la que murió pocos meses después, llena de rabia, desgarrando y convirtiendo en menudos fragmentos cuanto caía en sus viejas manos.

Viernes 21 de diciembre.—En una comida en casa de Girardin Gladstone dió a entender que el partido conservador en Francia era el más tonto de los partidos conservadores del mundo entero.

Año 1884.

Domingo 10 de febrero.—El autor de la obra maestra titulada *Le mariage de Loti*, M. Viaud, es un señor chiquitito, endeble, flaco, con ojos profundos, nariz normal y voz desfalleciente de enfermo.

Taciturno, como un hombre terriblemente tímido, es preciso arrancarle las palabras. Refiere brevísimamente, como si fuera la cosa más corriente, la caída al mar de un marinero en una tempestad y la absolución dada, desde lo alto del puente, por el sacerdote a este desgraciado, que tuvo que ser abandonado a su suerte.

Y como Daudet le preguntase si es de familia de marinos, respondió sencillamente con su dulce vocecita: «Sí, he tenido un tío comido por sus compañeros de naufragio sobre la almadía de la *Medusa*.»

Lunes 11 de febrero.—He quemado todos los manuscritos de las novelas hechas en colaboración con mi hermano, excepto el de *Madame Gervaisais*, que he dado a Burty.

Sábado 23 de febrero.—Exposición de dibujos del siglo. Mis ojos no ven solamente las bellezas del siglo XVIII, sino también las del presente. Tengo por maravillosos y sin precedente los dibujos de Millet. Pero al mismo tiempo sostengo que el más

admirado de todos los croquis de Meissonier, incontestable dibujante como es, no podía resistir la comparación con un dibujo de Gabriel de Saint-Aubin, por ejemplo la viñeta del *Interés personal*, que justamente admiraba en mi casa esta mañana. No se trata de gentileza; se trata de ciencia, de maestría. Y los pobres Ingres hechos con lápiz plomo pertenecen al arte alfeñicado, al lado de las preparaciones de La Tour—de la preparación Chardin, de la preparación Raynal—, que se encuentran en la sala del fondo. Bracquemontel, a quien encuentro en la Exposición y ante el cual no puedo contenerme, me dice que las preparaciones de La Tour ¡son rocas! Pues bien, prefiero rocas a los ruines trazos de un lápiz tan menudo, tan menudo. Sin embargo, reconozco que es muy notable en este género el retrato de Mad. ***, por Regnault.

Jueves 20 de marzo.—Hugues Leroux me da hoy este gracioso y reconfortante detalle: «Un buen hombre, pobre y miope, va todos los días a leer su folletín *Cherie* a la fachada del *Gil Blas* con unos gemelos de teatro.» *Si non e vero e bene trovato.*

Sábado 22 de marzo.—Esta noche asisto al banquete Ribot, al que, no obstante mi retraimiento, soy llevado casi a la fuerza por Fourcaud. Ciento ochenta comensales en un comedor en forma de galería de Apolo, y por encima de la puerta de entrada, una inmensa paleta, que trata de representar

la del maestro colorista de los marmitones. Entre los pintores, la envidia es templada por cierta picardía, por un *infantilismo* de toda la vida, que hace esa envidia menos amarga, menos negra que entre escritores. En los postres, una avalancha de discursos que termina con uno bastante bueno, aunque furioso, de Fourcand, dicho con la cólera de un tímido.

Este banquete contra el Instituto, dado a Ribot, parece también dado un poco a mí, y en el rincón en que me refugio, muchos *jóvenes*, de quienes conozco vagamente el nombre, se hacen presentar a mí, queriendo saludar en el viejo Goncourt al *gran literato independiente*.

Jueves 10 de abril.—Esta noche conozco a Mistral. Hermosa frente, ojos límpidos de niño, algo de bondadoso, de sonriente, de tranquilo, resultado de una vida a pleno aire meridional, con buen vino y el infantilismo fácil de las poesías y cantos trovadorescos.

Domingo de Pascua.—He pasado todo el día leyendo la correspondencia de Stendhal. Su alma me parece tan seca como su prosa.

Viernes 18 de abril.—En la librería Charpentier, la sonrisa en todos los labios, anunciándome un éxito. De los 8.000 ejemplares de la primera tirada de *Cherie* se habían vendido 6.000.

Miércoles 23 abril.—Se han vendido ya 12.000 ejemplares.

Martes 29 de abril.—Mistral nos habla de su procedimiento de trabajo, fácil labor de poeta meridional, que consiste en la confección de algunos versos, compuestos durante las horas crepusculares, horas de adormecimiento de la naturaleza. La mañana en los campos, según Mistral, está demasiado llena del ruidoso despertar de la animalidad.

Sábado 10 de mayo.—Diálogo de ayer a la puerta de mi casa :

—¿Está el señor Goncourt?

—Acaba de salir en este instante—responde Pelagia al desconocido.

—¡ Ah !— exclama el visitante—. ¿Será seguro encontrarle mañana por la mañana?

Y deja su tarjeta.

Era Bauville. Comentarios de Pelagia sobre el aire serio del visitador. Estoy muy bien con él, pero en la disposición de mi espíritu y con las malignas habladurías de París, no sabe uno a qué atenerse nunca. Y toda la noche me la paso haciendo fantasías extravagantes y trágicas, fundadas en el aspecto de un señor del que no se sabe si hay que esperar una bofetada o un apretón de manos.

Llaman al día siguiente; Bauville avanza con la seriedad de un notario de pantomima de funámbu-

los, y me dice solemnemente: «Querido amigo, vengo a pedir a usted el papel de *Enriette Marechal* para mademoiselle Hadamard.»

He sentido ganas de decirle que me ha hecho trabajar en vano la imaginación toda la noche para una cosa bien tonta.

Martes 13 de mayo.—En una sociedad se reconoce a las gentes bien educadas por algo bien sencillo: os hablan siempre de lo que os interesa.

Hoy es M. Renussat quien me hace notar esto. Me conoce muy poco y es el único comensal de la comida Brevaut que me habla de mi libro. Es verdad que a continuación Spuller se pone a hablarme..., amablemente, pero como de un libro cuyo autor le es poco inteligible. Solamente un capítulo le ha extrañado: que un novelista haya triunfado en un relato histórico de tres generaciones de militares.

Domingo 8 de junio.—Gautier se apoderó de la naturaleza con los ojos; Fromentin, con los oídos, haciendo hablar al silencio del desierto; y ahora, Zola y Loti con el olfato.

Viernes 22 de agosto.—Después del entierro de Nittis, Alejandro Dumas me invita para que almorcemos juntos, y en todo el tiempo me habla curiosamente de Girardin.

Un día, Girardin, exasperado por la nulidad de

su hijo, dijo a Dumas: «Me hubiera hecho falta un hijo como usted. ¡ Los hijos así, se hacen ellos mismos!» Y luego se va a ver la propiedad que ha heredado de Leuven.

Domingo 2 de noviembre.—Hay días en que Barbey d'Aurevilly se me aparece como un personaje de Byron, un Lara, representado en Montparnasse por uno de esos actores que hacen el papel de par de Francia con un pañuelo a cuadros azules, de inválido.

Miércoles 24 de diciembre.—Hoy, Maupassant, que ha venido a verme a propósito del busto de Flaubert, me cuenta cosas típicas del gran mundo.

A la hora presente, los jóvenes *chic* aprenden, de un maestro de escritura *ad hoc*, la forma de letra de última hora; una escritura despojada de toda personalidad y que tiene el aspecto de un rosario de *m*.

Otro *chic*. Como los Rothschild han agotado todos los géneros de caza, y no hay sobre la tierra bestias que les interese ya cazar, pasean por la mañana una piel de ciervo por el bosque, y con perros de olfato especial cazan todo el día este olor de bestia ausente en una especie de persecución de una sombra. Y la señora Alfonso Rothschild, que salta muy bien, se prepara de antemano los obstáculos y manda regar la hierba para no hacerse daño en el caso de caerse.

Maupassant me confiesa que Connes es un sitio

maravilloso para la documentación de la vida elegante.

Jueves 25 de diciembre.—El japonés Hayaski me cuenta un *harakiri* que su padre tuvo que notificar a la víctima, y al que él había asistido siendo muy niño.

Terminados los preparativos conocidos, el condenado leyó una poesía, en la cual declaraba que había comenzado a librar al pueblo de su azote; después tendió la mano, tomó el pequeño sable, lo envolvió en papel hasta una pulgada cerca de la punta, y solamente cuando hundió esa punta en su vientre dijo a su maestro de esgrima, escogido por él para ejecutor: «¡Vamos, ahora!»

Año 1885

Sábado 17 de enero.—Se habla de About, de su necesidad enfermiza de decir malignidades, cuya emisión era siempre precedida de un cerrar gozoso de ojos—semejante al de un gato que bebe leche—, saboreando de antemano la crueldad de su frase, y que hacía exclamar a su mujer: «¡Edmundo, Edmundo!...», como si quisiera detener el rayo mordaz en el fondo de la garganta de su marido.

Jueves 22 de enero.—Comida en casa de Charpentier.

Scholl, un divertido y brillante espadachín de la palabra, verboso y nervioso, conversador que de tiempo en tiempo tiene palabras que son como golpes de rastrillo, pero dados a veces con gracia en su ferocidad.

Nos habla de una bailarina en la cuerda floja, a la que hacía la corte al propio tiempo que el pintor Tissot, quien, viejo romántico, acompañaba a la bella a las estaciones de ferrocarril, llevando en una mano el aro con el cual saltaba y en la otra la máquina de coser con que *repasaba* sus vestidos.

Y a propósito del Circo, nos cita un original americano que tan pronto como llegaba a un país que no conocía, iba al circo y pagaba una comida a la *troupe*, asegurándose por el precio de esta comida guías que le introdujeran por todas partes y le hicieran ver cuanto hubiese de curioso.

Domingo 1 de febrero.—Hoy, inauguración de mi *granero*. Han venido unos quince escritores. Gayda, que ha tenido la amabilidad de pedirme un artículo para el *Fígaro* sobre esta primera reunión, llega a las cinco, diciendo que se ha visto forzado a hacer el artículo antes de venir.

Daudet tiene una comparación original. Dice que el cerebro de Renan parece una catedral separada ya del culto, que contiene maleza, sacos de paja, cien cosas distintas, pero conservando siempre su arquitectura religiosa.

Lunes 2 de febrero.—Leo esta mañana en el *Fígaro* el artículo de Gayda. Yo tenía ayer, a lo que parece, en mi casa, la mitad de *todo París*; gentes las más opuestas que no consentirían a ningún precio encontrarse en el mismo salón. ¡Pobre siglo XX! ¡Resultará bien engañado si va a buscar antecedentes del siglo XIX en los periódicos!

Jueves 19 de marzo.—Es verdaderamente original este pensamiento que formuló ayer el japonés Hayashi: «Para las ideas filosóficas, nos parecemos un poco los japoneses a un coleccionador que, teniendo una vitrina, no introduce en ella más que las cosas que le seducen, sin preguntarse demasiado por la causa de esta seducción.»

Jueves 23 de abril.—Esta noche como con Drumont, que a propósito de las *Cartas* de mi hermano, ha creído deber presentarme al comienzo de su artículo como el corruptor de la generación presente. Se justifica en nombre de los principios de verse obligado, muy a pesar suyo, a censurar a un hombre que le es muy simpático.

Martes 12 de mayo.—Como con Barbey d'Aureilly, que veo por primera vez familiarmente. Está vestido con una levita que se levanta en sus caderas, como si estuviese armado con crinolina, y lleva un pantalón de lana blanca. Este traje ridículo encubre a un señor con modales excelentes, la voz

aflautada del hombre habituado a hablar con mujeres y cuya falta de dientes recuerda a veces la entonación gutural, pero fina, de Federico Lemaitre.

Habla del *Anillo de Aníbal*, que llama su primer *vagido*, y dice con un matiz de ironía que él apareció bajo los auspicios de Montepin y que a ello debió encontrar su primer editor: «Sí, Cadot, el célebre Cadot, que Montepin, al noticiarme que quería editarme la obra, lo hizo con esta frase: «Le comprará, pero no le pagará.» Luego salta a las *Diabólicas*, pretendiendo que su persecución se debe a instigaciones de la duquesa de Mac-Mahon y de su circulito devoto, del que formaba parte una amigueta a quien había desacreditado en un libro.

Come muy poco, no bebe mal, y cuando llega el café tiende su taza medio vacía al anfitrión, que sirve la botella del coñac, y le dice: «¡Ya sabe usted; lléneme mi taza como la de un párroco bretón!»

Nos habla entonces de su poca necesidad de dormir, de su placer de velar, que le permite trabajar y le libra de sueños espantosos y atroces... «De sueños de alcoholizado», lanza Daudet riendo. «¡Oh, replica Barbey, no bebo más que con los amigos!» Y Daudet y Barbey recuerdan copas de champagne tomadas en pleno día, en plena calle, entre el asombro de los transeuntes.

Le pregunto qué hace ahora, y me responde que escribe una novela y un *Tratado de la Princesa*, li-

bro que enseña a la mujer el medio de *guardar sus cautivos*, y será un tratado de maquiavelismo amoroso para uso de las damas.

No es, o no es ya, el conversador brillante que me había anunciado Saint-Víctor, pero se percibe en él un profundo desprecio por todo hombre que no es puro y delicado escritor; emplea en todo momento palabras finas, inteligentes, coloreadas, y sobrentendidos que establecen pronto entre nuestros espíritus una especie de enlace francmasónico.

Viernes 22 de mayo.—¡Extraño pueblo el francés! No quiere más dioses ni religiones, *desdiviniza* al Cristo y *diviniza* en cambio a Hugo y practica la *hugolatría*.

Jueves 10 de septiembre.—Gauderax me dice que el cloral, tomado por muchos para dormir, produce apasionados que para satisfacer sus deseos se hacen embusteros y ladrones. Me cita en su apoyo escenas con Delpit, que estaba un poco enfermo. Encontrándose los dos en Niza, se acostaba en la misma alcoba para vigilarle.

—¡Si fuésemos esta noche a un espectáculo!...—le dijo Delpit un día.

—¿Al teatro, para ver *Madame Angot*, con la compañía que hay aquí?—replicó Gauderax, con cierta desconfianza.

Delpit insistió y salió a buscar un palco. Y después de comer salieron para el teatro; pero en el

momento en que pasaban por la puerta, Delpit desapareció. Gauderax corrió al hotel y le encontró con un frasco de cloral. Gauderax arrojó el frasco al orinal, y en el primer momento de exasperación, Delpit le amenazó con pegarle.

Otra vez, iba con él a Divonne. Al llegar, Delpit dijo al director:

—Caballero, le ruego que me ponga en la imposibilidad de tomar cloral.

—Eso será bien fácil—contestó el director—; soy yo el farmacéutico.

No habían podido darles una habitación en el establecimiento y paraban en casa de un panadero, donde les despertaba a las dos de la madrugada la fabricación del pan. Ante la amenaza de Delpit de irse, el director les hizo preparar dos camas en un cuartito que daba al gabinete de consulta. Una noche que Delpit se había retirado temprano, con el pretexto de estar fatigado, al acostarse Gauderax encontró a su compañero de cuarto en medio de la pieza, en camisa, la mesa de noche caída, titubeando y tartamudeando, completamente ebrio de cloral. Al día siguiente decía a Gauderax que se había atracado con el cloral que se hizo comprar en Ginebra.

Algunos días después, al volver a Francia, le confesó que el cloral lo había robado en la farmacia del doctor, contigua a la alcoba. Y Gauderax, en la

primera estación, telegrafió al director para prevenirle que se le robaba y quién era el ladrón.

Domingo 1 de noviembre.—Bourget viene hoy a mi *granero* y describe pintorescamente el interior de la vivienda de Nicolardot, que ocupa la bohardilla de una casa de pasadizo del barrio latino.

Allí, entre una cama, una silla y una mesa, hay : primero, una maleta, en donde están coleccionados todos los artículos en que se le trata mal, y que relee para exaltarse; segundo, una horma para sus zapatos, que deforman sus monstruosos callos, y que un zapatero caritativo le ha regalado; tercero, una cajita de hojalata, en la que va a buscar su comida en casa de uno u otro tendero del barrio—según el día—; lo tenía perfectamente estudiado; según que el tendero de al lado sirviese mayor ración que el de la calle vecina.

Una sola vez en su vida—cuando publicó su *Voltaire*—tuvo un poco de dinero y realizó su gran antojo : un anillo de obispo, que llevaba con orgullosa ostentación. Es preciso recordar que fué despedido de un Seminario por su soberbia.

Del ser heteróclito, todavía una extravagancia : su catolicismo estaba mezclado con una curiosidad por las cosas obscenas, con investigaciones laboriosas sobre los hermafroditas, sobre los pederastas, etcétera, etc.

Martes 3 de noviembre.—Pouchet asegura que

los papeles de Robin han sido quemados por una familia católica; sin embargo, algunos se han salvado, y entre ellos se encuentra un origen fisiológico del *nacimiento de la religiosidad*.

Hebrard bromea siempre ingeniosamente. Cuenta las cosas más asombrosas sobre las elecciones de su país; hablando de un alcalde montañés que hace de antemano su trabajo de descuento de votos, refiere que venía a excusarse de haber dado nueve votos a M*** por ser de la localidad, añadiendo: «¿Esto no le contraría?»

Paul Bert, el ministro de Instrucción pública, sintiendo una ansiosa inquietud por el porvenir de la República, confiesa que no tiene la cabeza para trabajar actualmente.

Ribot exclama que es el más feliz de los hombres; que está en la luna de miel del reposo; que nunca ha tenido tan tranquilo el espíritu; sin embargo, confiesa que no sabe si más tarde...

Renan, vuelto de los baños de mar, asiste a nuestra comida hinchado de una grasa anémica, y habla de su *Sacerdote de Nemi*, envaneciéndose de la ventaja del diálogo, que permite un montón de interpretaciones alrededor de las cosas que preocupan al pensamiento.

Domingo 15 de noviembre.—Mucha gente en mi granero: Daudet, Maupassant, De Bonnières, Ceard, Bonnetain, Robert Caze, Jules Vidal, Paul Alexis,

Toudouze, Charpentier, etc., etc. Y al fin de todas estas reuniones masculinas, algo de elemento femenino: las mujeres vienen a buscar a sus maridos; hoy las *portadoras* de maridos son las señoras Daudet, De Bonnières y Charpentier. Las mujeres hacen verdaderamente muy bien en el fondo, y entran en seguida en la armonía del mobiliario. Pero la generalidad de mi público desea alguna vez que las mujeres vengan tarde, tarde, tarde...

Viernes 18 de diciembre.—Estreno de *Safo*.

Tres actos, salvo la escena del padre cochero, acogidos por un público encantado, subyugado, conquistado; tres actos en que todas las palabras, intensas, las mayores naderías, son acogidas, comprendidas, subrayadas por ¡oh!, sonrisas, por aplausos, como no lo he visto en ninguna comedia.

Luego, la gran escena de la ruptura, con la cual contábamos tanto para salvar la comedia, acogida fríamente y proyectando su frialdad sobre el quinto acto. En el fondo, una decepción para los amigos, que esperaban ver acabada la obra por una aclamación, un triunfo, un entusiasmo frenético de la sala, y que la veían terminarse con el éxito ordinario de una comedia que gusta.

En toda la función, Daudet no quiere mostrarse en la sala—yo he sido el teléfono entre el marido y la mujer—. Daudet, que come mal por sus dolores y ha tomado cloral, está encerrado en el gabi-

nete de Koning, sordo a los aplausos. Allí, después de haber fumado siete u ocho *londres*, con los efectos del cloral y el tabaco, está como adormilado. Despertado por la emoción de Belot y de los actores, desalentados por el enfriamiento del cuarto acto, cree casi en el fracaso.

Algunos amigos y yo vamos a verlo, y Belot exclama: «¡ Ah, sí; tenemos delante cincuenta representaciones que darán dinero !»

Después, a comer a la calle de Bellechasse, donde se reúnen unas cuarenta personas, entre las que se encuentra el matrimonio Koning. La Hading es muy seductora, realmente, con sus abundantes cabellos *mordorés* de las cortesanas venecianas, con su extraña blancura de piel, que me recuerda la blancura de la garganta de la querida del Ticiano en su famoso retrato. También me recuerda mucho esos bustos galorromanos del Museo de Arlés, en que el puro tipo griego se desliza a la modernidad un poco canalla del físico marsellés.

Se come absorbidos por el pensamiento del día siguiente, con el nervioso espíritu de las comidas de los estrenos que no son precedidos de un éxito que lo atropelle todo. Y después de la comida, es una verdadera alegría para todo el mundo que los mimetismos de Gibert tuviesen el poder, según la expresión de la señora de Charpentier, de *deshelar* a Zola, que tiene el aire triste y doliente.

Domingo 20 de diciembre.—«¡ Ya tenemos el nuevo teatro, vuestro nuevo teatro!» Es Daudet, que entra en mi granero andando con esfuerzo sobre piernas mal aplomadas. «Sí; *Le Matin* publica un artículo sobre el nuevo teatro, y Duret debe, con este motivo, entreviuar a usted, a Zola y a mí.»

Y luego se habla de *Safo*, del tacto con que es preciso hacer pasar la verdad sobre las tablas, de la delicada dosis que tolera el público de teatro.

«A este propósito, añade Daudet, suelo contar una historia de una mujer enlutada en un ómnibus, que es de aplicación en el teatro. La mujer, por su duelo, vestido y cara alocada, impulsa a su vecino a preguntarle la historia de su desgracia, y ella cuenta, en medio del enternecimiento de todo el ómnibus, y aun del conductor, que no hace más que sonarse para disimular sus lágrimas, la muerte de su primero y su segundo hijos. A la muerte del tercero, el interés decae en el ómnibus; pero cuando llega a la muerte del cuarto, comido a la orilla del Nilo por un cocodrilo—y es, sin embargo, quien ha debido sufrir más—, todo el mundo estalla en risas. La historia de esta mujer del ómnibus conviene que los autores la tengan siempre presente en el espíritu cuando escriban una comedia.»

Reímos, y luego nos ponemos a analizar las impresiones de la sala en el estreno. Lorrain, que estaba en un palco proscenio y tenía alrededor las

mujeres más conocidas del gran mundo, nos habla de la impresión de estas *pavas del mundo*, extrañadas sobre todo de los gritos de la pasión en la escena de la ruptura; todas estas mujeres, cuya explosión de sentimientos es siempre comprimida por el *chic*, confiesan que sus rupturas habían sido mucho más tranquilas, mucho más *comm'il faut*.

Daudet dice con justicia: «En mi comedia, como en mi libro, los hombres encontrarán un trozo de su existencia; las mujeres, no. Y he aquí la razón: es que en la querida hay un rincón de impureza que nos exalta; la mujer honrada no comprende esta exaltación... y está celosa. Sintiendo que ella no puede producirla con toda su honestidad, toda su virtud. Sí, es muy curioso... Ayer noche, en el coche que los volvió del teatro, madame C*** hizo una escena a su marido por su emoción ante el relato de la pequeña Dore por Dechelette, diciéndole: «¡No comprendo vuestro enternecimiento por esa perdida!»

Entre el ruido de la conversación de todos, Daudet se calla un momento y se le oye después decir: «Esta mañana, en el hospital de..., X, haciendo sus vendas—X es víctima de un antiguo mal secreto—, recitaba, recordando la comedia: «Amiga mía, un beso, el último, en el cuello.» E interrumpía su declamación y su vendaje para decir a sus internos: «A lo que parece, esta *Mannigue* tiene un gran talento.» Y como los internos se riesen de que esto-

pease el nombre de la actriz: «Perdón, señores—añadió—; ustedes saben que yo no voy al teatro.»

Año 1886

Martes 5 de enero.—Comida de los *Spartiates*. Hoy, Drumont anuncia oficialmente la próxima publicación de su libro contra los judíos, este libro escrito para satisfacer los odios íntimos de un católico y un reaccionario ante el pleno e insolente triunfo de la judería republicana. A pesar del antagonismo de nuestros dos pensamientos sobre muchos puntos, estoy obligado a reconocer que Drumont es un hombre que tiene la valentía de espíritu de otra época, y casi, casi, el ansia del martirio.

Miércoles 27 de enero.—Paul Bourget me habla esta noche de su ambición de hacer una serie de novelas, al modo de una novela sencilla de antes, de un *Adolfo*, pero con la complicación nerviosa de hoy.

Miércoles 10 de febrero.—Esta noche, la especie de febril inquietud con que Bourget me habla de su novela, de las alternativas de su éxito, de las probabilidades de su venta, me hace sentir piedad por él, una piedad no hostil. ¡ Ah !, el pobre hombre no tiene la enérgica independencia de un despreciador, de un «no se me importa nada». Se nota en él un

respeto demasiado reverente por los sentimientos, los prejuicios, las religiones de los hombres y mujercitas de mundo, entre los cuales vive.

Sábado 13 de febrero.—En las cosas pequeñas o grandes que la mujer pide al hombre no se preocupa nunca de la posibilidad.

Sábado 27 de marzo.—Comida en casa de Zola. Tomando el café, Zola y Daudet hablan de las miserias de su juventud. Zola evoca los tiempos en que muy a menudo tenía su pantalón y su gabán en el Monte de Piedad, y en que vivía en su interior sin camisa, por lo cual su patrona decía en esa época que se *vestía de árabe*.

El apenas se daba cuenta del desastre en que vivía, obsesionado el cerebro por un inmenso poema en tres partes: *La Génesis, la Humanidad, el Porvenir*, y que era la historia cíclica y épica de nuestro planeta antes de la aparición del hombre, durante sus largos períodos de existencia, y después de su desaparición. Nunca fué más feliz que en este tiempo, no obstante su gran miseria... Desde luego, no tenía duda ninguna de su éxito futuro. Y no es que tuviese una idea bien definida de lo que iba a sucederle; pero estaba convencido de que triunfaría, añadiendo que era bastante difícil de expresar este sentimiento de confianza que, por pudor, *vis-a-vis* de nosotros, definía así: «que si no tenía fe en su obra, tenía confianza en su esfuerzo.»

Luego habla de su alojamiento glacial, de una especie de linterna que durante bastantes años ocupó en séptimo piso, y de sus subidas al tejado del octavo, en compañía de su amigo Pajot. Desde allí se veía todo París, y mientras que el futuro comisario de Policía se divertía haciendo aguas en las chimeneas de los inquilinos, él se quedaba en contemplación, y ante la capital emplazada bajo sus ojos, germinaba en su cerebro de principiante literario el pensamiento de la conquista de París.

Daudet habló de su espantosa miseria y de los días en que literalmente no comía, encontrando dulce esta miseria porque implicaba la libertad de ir adonde le agradase, de hacer lo que quisiera, de ser un emancipado.

Sábado 17 abril.—A mí, que desde hace veinte años grito muy alto que si la familia Rothschild no está vestida de amarillo, los cristianos seríamos pronto domesticados, *ilotizados*, reducidos a servidumbre, el libro de Dumont me ha causado cierto espanto por la estadística y el número de fuerzas ocul-tas de la judería.

Drumont dice en alguna parte que cuando publicamos *Manette Salomon* se dió la orden a la Prensa judía de guardar para siempre silencio sobre nuestros libros. Esta aserción, por falsa o imperfectamente cierta que sea, me hace reflexionar, y hoy, en este descrédito implacable de *Manette Salo-*

mon, por Wolf, que yo creía solamente literario, y al que ni por un momento asocié al judaísmo del autor, me veo forzado a ver un poco de feroz partidismo.

Al mediodía, Bracquemond me lleva a visitar al escultor Rodin. Es un hombre con rasgos del pueblo, ojos claros agitándose en unas pupilas enfermizamente rojas, larga barba, cabellos cortados al rape, cabeza redonda, de dulce y obstinada terquedad; un hombre tal como me figuro a los discípulos de Jesucristo.

Le encuentro en su taller del boulevard de Vaugirard, el taller ordinario del escultor, con sus muros salpicados de yeso, su desgranada sartén de fuente, la fría humedad que trasciende de esas masas de tierra mojada, envueltas en pingajos, y con todos sus vaciados de cabezas, brazos, piernas, en medio de los cuales dos gatos disecados simulan efigies de grifos fantásticos. Y dentro un modelo con el torso desnudo, que tiene el aire de un obrero descargador.

Rodin hace tornar sobre los escabeles las tierras de tamaño natural de sus seis rehenes de Calais, modelados con una potente acusación realista, y los bellos hoyos en la carne humana, que Barye ponía en los flancos de sus animales. Nos hace ver también un robusto bosquejo de una mujer desnuda, de una italiana, de una criatura baja y elástica, de una «pantera», según su expresión, que dice con pena en la voz no poder terminar; uno de sus discí-

pulos, un ruso, enamorado de ella, la ha hecho su esposa; Rodin es un verdadero maestro de la carne. Una maravilla escultural es su busto de Dalon, ejecutado en cera, en una cara verde transparente, que parece jade. No puede darse idea de la caricia del cincel en el modelaje de las pupilas y la delicada moldura de la nariz.

El gran artista con los rehenes de Calais no ha tenido verdaderamente suerte. El banquero depositario de los fondos ha huído, y, sin embargo, la obra está tan avanzada que es preciso acabarla, y para lograrlo necesita gastar todavía 4.500 francos en modelos.

De su taller del boulevard Vaugirard, Rodin nos traslada a su taller, cercano a la Escuela militar; a ver su famosa puerta, destinada al futuro palacio de las Artes decorativas. Sobre los dos inmensos *panós*, una confusión, una maraña, un embrollo, algo como la concreción de un banco de madréporas. Luego, al cabo de unos segundos la mirada percibe en estas apariencias de madréporas del primer momento, los relieves y los entrantes, los saledizos y las cavidades de un mundo de deliciosas agrupaciones bulliciosas, que la escultura de Rodin parece haber buscado en la épica caída del *Juicio final*, de Miguel Angel, y aun en ciertas agitaciones de multitudes de los cuadros de Delacroix; esto, con un relieve sin ejemplo, y que sólo él y Dalon han conseguido.

El taller de la calle Vaugirard encierra una humanidad toda real; el taller de la isla de las Cigüeñas es como el domicilio de una humanidad poética, sacada del Dante y de Hugo.

Tomando al azar en un haz de vaciados que hay por el suelo, Rodin nos enseña de cerca un detalle de su puerta: admirables torsos de mujercitas. Un grupo de la mayor originalidad representa en su idea el amor físico, sin que la traducción de esa idea resulte obscena. Es un sátiro que tiene contra lo alto de su pecho una faunesa contraída; sus piernas recogidas tienen algo del extraño asentimiento de una rana que se apresta a saltar.

Martes 20 de abril.—Desde el momento en que hay un concierto universal de elogios en la Prensa sobre mi libro, se puede afirmar con seguridad que el libro no es bueno, y, por el contrario, asegurar, cuando la censura de la Prensa es general, que el libro no es malo.

Jueves 22 de abril.—Como esta noche con Drumont, que se bate el sábado con Arturo Meyer, del *Gaulois*, apadrinado por Daudet y Duruy. Drumont llega nervioso, sobreexcitado, chistosamente alegre: «Hoy han llamado a mi puerta—exclama—cincuenta y cuatro personas... La campanilla no ha cesado... La gente empieza a detenerse en la calle viendo entrar tantas personas..., personas que vienen a decirme: «¡ Ah! Le agradecemos que haya publicado

lo que nosotros sentimos.» Hay carmelitas que me han hecho decir que rogarán por mí el sábado..., y una beguina que viene a mi casa porque se la ha dicho que yo era una especie de cura laico... Ya no hay un sólo ejemplar de mi libro..., se van a emplear ocho máquinas para otra edición... Estoy de rengado... He hablado ocho horas hoy..., ¡no tengo ya voz!

Añade que quiere batirse tres veces, y que esto será suficiente; buscará luego un medio para reanudar su vida ordinaria.

Entra Duruy, que viene a ponerse de acuerdo con Daudet sobre el lugar del desaffo. No admite la idea de que Drumont pueda ser herido por Meyer, y bromea sobre la idea de que se batieran en la tribuna de las carreras, con permiso del príncipe de Sagan, o, todavía mejor, en el parque de Saint-Cloud, en donde serían interrumpidos por los paseantes o por los guardias. Después, de acuerdo con Daudet, se cita con los testigos de Meyer para fijar definitivamente el terreno del combate y redactar un acta, en que el que el cuerpo a cuerpo sea permitido y en que los testigos se comprometan a no intervenir.

La carta es escrita en medio de los chistes de Drumont, que muestra un verdadero desdén por el peligro. Cerrada la carta, Duruy dice que en el Bosque se le ha preguntado si Drumont era «espada-chín»: «¡ Es mejor que eso—respondió—; es un

apóstol.» Y de aquí una porción de ocurrencias sobre «el golpe del apóstol».

Domingo 25 de abril.—El pequeño Lavedan, que asiste a todo, ha asistido a la vuelta del duelo de Meyer. Todo el Boulevard, delante de las oficinas del *Gaulois*, está lleno de judíos, y a cada instante coches, como se ven a la puerta de la iglesia de San Agustín. Al fin llega Meyer, y toda esta muchedumbre se dirige a él para felicitarle. «No me feliciten ustedes, señores—les dice—; mi adversario es un valiente.»

A poco llega Daudet, y dice que el duelo ha sido feroz, y que él estuvo a punto de batirse con Meyer. Nos describe el lugar del combate, una vieja propiedad del barón Hirsch, en la que caballos en libertad se aproximaban a lo mejor a los combatientes. Nos pinta a Drumont, herido, quitado el pantalón, en el suelo, sobre el sitio de la granja a que se le llevó, sacudiendo el faldón de su camisa, toda tinta en sangre, y gritando exasperado a Meyer y a sus testigos: «¡ A la judería, cochinos judíos; sois unos asesinos !... ¡ Elegisteis esta casa, que habiendo pertenecido a Hirsch debía traerme desgracia !» Y Daudet añade: «Este hombre sin asiento, entregándose a tal desbordamiento canalla, estaba soberbio.»

Luego, absorbido por el recuerdo de la belleza del día, de la grandeza del paisaje, de la serenidad de las cosas, Daudet dice que en medio de tal espectácu-

lo aquellos dos seres, con sus movimientos desordenados para matarse, le parecían trágicamente cómicos.

Viernes 20 de agosto.—El pequeño Houssaye, comiendo esta noche conmigo en *Los Embajadores*, comprobó con cierta amargura el decaimiento de la gloria de Teófilo Gautier, en camino de desaparecer ante la gloria de Flaubert.

Viernes 17 de diciembre.—Una frase de Richepin en la casa de campo de los Banville.

—¡ Me voy con el «borrico», y me aburriré menos que con ustedes.

Lunes 27 de diciembre.—En casa de Pedro Gavarni, donde como hoy, el marqués de Varennes, hablando de su amigo M. de Boissieu, el viejo cronista que Maupassant me dirigió después del estreno de *creer*», y citaba esta bonita frase del moribundo a su confesor, que le preguntaba si creía en tal o cual dogma: «Deseo apasionadamente que así sea.»

Año 1887.

Lunes 3 de enero.—El 1 de enero se ha publicado en el *Gil Blas* un artículo de Santillane, con motivo de la representación que he solicitado de Porel, a fin de completar la suscripción para el monumento a Flaubert; artículo en que se me reprocha

la mendicidad de la cosa, y hace un crimen del hecho de que yo solo no complete los 3.000 francos que faltan. Hoy mi sorpresa ha sido mayor, habiendo transcurrido apenas un mes desde la amable carta que Maupassant me dirigió después del estreno de *René Mauperin*, leyendo en *Gil Blas* una carta suya, en que apoya con la autoridad de su nombre el artículo de Santillane. Le he enviado en el acto mi dimisión en esta carta :

«Querido Maupassant : Su carta en el *Gil Blas* de esta mañana, apoyando a Santillane, no me deja otra cosa que hacer que enviarle mi dimisión de presidente y miembro de la Junta del monumento a Flaubert.

No ignora usted mi repulsión por las Juntas y sus honores, y recordará que sólo he aceptado por sus ruegos esta presidencia, que me ha causado mil molestias y puesto en contradicción conmigo mismo y con mi profesión de fe sobre la «estatuomanía», a propósito de la estatua de Balzac.

Ahora, la historia de la representación solicitada por mí.

Recibí el 10 de septiembre último, anunciado por su carta, un extracto de las deliberaciones del Consejo general del Sena Inferior, en agosto, donde monsieur Laporte dijo :

«La suscripción para el monumento a la memoria de Flaubert se eleva actualmente a la suma de francos 9.650, comprendidos los 1.000 francos votados

por el Consejo. Esta suma, depositada en un Banco de Ruan, es insuficiente. Pero se espera encontrar fácilmente, por medio de una representación en un teatro de París o por otra vía el complemento necesario de unos 2.000 francos.

Y se me rogaba activar tanto como yo pudiera la edificación. No siendo bastante rico para dar yo solo lo que faltaba; no recibiendo de ningún miembro de la Junta la proposición de completar entre amigos la suma de 2.800 francos; repugnándome volver a abrir una suscripción que después de varios años no logró reunir 9.000 francos, me sometí al voto del Consejo general, y pedí el mes pasado una representación en el Teatro Francés.

Sobre esta propuesta, ninguna reclamación de la familia o miembro de la Junta.

El director del Teatro Francés me contestó con una negativa, motivada por los estatutos de la Comedia Francesa.

Entonces, en una comida en casa de Daudet le propuse completar la suscripción, dando Daudet, Zola, usted y yo 500 francos cada uno, proposición publicada al día siguiente en *Le Temps* por uno de sus redactores, que comió con nosotros.

Y la resolución iba a ser tomada definitivamente, y yo iba a pedirle a usted, así como a Zola, la suma de 500 francos, cuando en otra comida en casa de Daudet, en que se hallaba Porel, se habló de la representación del Teatro Francés, frustrada. Oyendo

mis lamentos, Porel nos ofreció galantemente su teatro, e instantáneamente improvisamos los tres la representación, anunciada en los periódicos, y que, por mi parte, encuentro muy bien imaginada, como representación amistosa y de corazón, cuyo dinero no me resultaba más humillante para la memoria de Flaubert que el de la suscripción pública.

No habiendo tenido lugar esta representación, pongo a disposición de la Junta la suma de 500 francos, por la que anuncié querer contribuir al monumento de Flaubert, lamentando, querido Maupassant, que no me haya usted escrito directamente, encantado como hubiera estado de descargarme de estos asuntos delicados—en que yo no era más que el instrumento de deseos que no fueron siempre los míos—, de toda iniciativa personal.»

Sábado 8 de enero.—Comida en casa de Banville. Es un hecho en este momento la influencia del café-concierto y la conquista y posesión de los cerebros por los *couplets*. En todo instante oigo a Daudet entonar:

Tres, calle de Paon,
pequeña habitación
al exterior.

Interrumpiéndose de pronto, un poco avergonzado de la estúpida repetición.

Coppée confiesa que el melodrama, su gran afi-

ción, no tiene ya el poder de divertirle, y que sólo el café-concierto y Paulus cólman su dicha.

Realmente este cómico neuro-epiléptico va en camino de conquistar a todo París y de poner sus estribillos en boca de las más delicadas inteligencias. Representa algo como esos contagios que recorren una sala de hospital y van de lecho en lecho, exterminando a todo el mundo.

Banville, con su ironía encantadora y bondadosa, cuenta que Sarcey, al salir del Odeón, le ha llevado a beber un bock a un café y le ha dicho de pronto:

—Hugo es un gran lírico... Hace tiempo fué al campo invitado por un amigo que en un armario de la alcoba en que yo me acostaba tenía un libro, todo sucio y manchado... *Las Hojas de Otoño*, ¿las conoce usted?... Hay allí un mendigo en camino de quemarse cerca del fuego, al través de cuya capa, cuyos agujeros parecen estrellas, se veía la noche... ¡Oh, es un gran lírico!»—y le hizo una escena a Banville por no haberse puesto al unísono con su admiración.

Miércoles 12 de enero.—Duval, este ladrón que hace del robo una opinión política, este ladrón sosteniendo ante un Tribunal que el robo es una restitución legítima de lo superfluo que hacen los que tienen demasiado en provecho de los que no tienen lo suficiente, y sostenido por un público de amigos y de discípulos, quienes en un momento dado ha faltado poco para que no atropellaran al Tribunal, no

es en el fondo más que la exageración de las doctrinas políticas de los que nos gobiernan.

Jueves 31 de marzo.—La señora de Daudet vuelve de la sesión de la Academia interesada, divertida. Dice que es una reunión casi de familia; que las 500 personas que se encuentran por todo París se dan cita allí, y que entre ese grupo se establecen corrientes curiosas sobre las cosas que se dicen, sobre los juicios que se emiten.

Se le pregunta qué hacía Coppée durante el discurso de Leconte de Lisle, y contesta que miraba la cúpula. Y «mirar la cúpula» parece pintar la abstracción de un académico, la ocultación de sus impresiones, de sus sensaciones, cuando habla un antipático.

En cuanto a Daudet, después de permanecer muy callado, dice que encuentra extraordinarias estas hipocresías, y que si por azar llega a estar allí, le hubiese entrado una gana atroz de silbar, en medio de los aplausos de los idiotas, como madame X..., y madame Z..., y cometer alguna otra inconveniencia mayor para que le pusieran a la puerta y decir entonces bien alto a esas gentes : «¡ Y bien; sí, he sido yo !»

Sábado 2 de abril.—Como artículo crítico de mi *Diario* doy el siguiente extracto del *Francés*. Estos artículos suelen perderse, se olvidan, y cuando se les cita de memoria no se cree en ellos; es conve-

niente, pues, que quede algo de su texto auténtico, para comprobar más tarde los juicios de partido conservador y católico y de su periodismo con respecto a mi hermano y a mí.

«Una obra maestra de infatuación en el género es el *Diario de los Goncourt*. Ha aparecido un primer volumen que no tiene menos de 400 páginas y que será seguido por otros de 800. Imposible encontrar un capítulo interesante, una línea que nos enseñe algo, sea lo que fuere...»

«¿Quiere usted ser autor? ¿Quiere usted ver en algunos años su nombre en la envoltura de manteca fresca de la indicación de la tirada? Comience desde hoy, y escriba valerosamente en su diario: 27 de marzo.—Desayuno esta mañana a las ocho. Recorro los periódicos... Lluvia, sol, chaparrón... Comida en casa de X...; estamos doce en la mesa; los seis caballeros tenían la barba en punta; las seis señoras lucían cabellos rojos.» Titulad el engendro *Diario de mi vida, o Documentos sobre París*, o como quieran. Añadan la indicación «tercer millar», y les garantizo una venta de cuarenta ejemplares.»

Realmente, la tirada no es para mí un signo del valor de un volumen, pero es lo cierto que aquel del cual cree el crítico del *Francés* que se venderían cuarenta ejemplares, se vendieron 8.000.

Miércoles 4 de mayo.—Bertrand cuenta esta noche una anécdota bastante chusca sobre Meilhac.

Al presentarse éste en la Escuela politécnica, vino a buscarle, rogándole que conviniesen sobre la pregunta que le iba a hacer, pues se presentaba solamente por dar gusto a su padre.

Le hizo la objeción de que podría ser admitido: «¡ Oh, no hay peligro !», exclamó con tal convicción el futuro autor dramático, que Bertrand fué débil y procuró complacerle. Pero el día del examen, en el momento en que Bertrand le dirigía la pregunta convenida, Meilhac, después de mirar a la sala, dijo en voz alta: «No está papá», y sin responder a la pregunta se fué.

Sábado 7 de mayo.—Heme en el término de mi existencia intelectual. Todavía existe la comprensión, tal vez la imaginación de la construcción, pero no la fuerza de la ejecución.

Con esto experimento una detención de la actividad, una pereza de cuerpo para moverme de mi casa, cuando allí donde debo ir no me espera el atractivo de personas amadas... Así, esta noche, en la repetición de *Claudio*, prevenido de que los Daudet no van, me quedo en casa a soñar y gozar, los ojos bajo la luz de la luna... Luego pienso con tristeza en el burgués imbécil o en la *cocotte* infecta que poseerán bien pronto esta casita de poeta y de artista.

Jueves 2 de junio.—Leo en el *Fígaro* un extracto de las *Cosas vistas*, de Víctor Hugo, en el cual me

parece, con cierto orgullo, reconocer un gran parentesco en la visión de las cosas con mi *Diario*.

Martes 7 de junio.—Esta noche, en la comida de Brevaut, Spuller, el nuevo ministro de Instrucción pública, come en frente de Berthelot, el ex ministro, cuya ironía me parece hoy un poco más árida que otros días. Spuller, debo consignarlo, tiene muy buen y sencillo trato. Afirma no haber querido ser ministro más que para echar a Boulanger. Por lo demás, no se hace ninguna ilusión sobre la solidez del ministerio, diciendo que no más tarde que el martes próximo podría ser que el ministerio tuviese las patas al aire.

Viernes 22 de julio.—Un detalle sobre el gusto literario de Gambetta. En los últimos tiempos de su vida, lo contaba un día aquí Daudet: pasando por la plaza del Carroussel, uno de los días de agosto en que el calor era tórrido, vió detrás de un carro de riego una mariposa atravesar toda la plaza en la frescura del agua, que caía como una «lluvia», y Daudet se extasió con la inteligencia del insecto y lo bonito del espectáculo.

A este relato y al placer literario que Daudet transpiraba Gambetta no puso otro comentario que el de contemplarle un momento con mirada llena de inmensa conmiseración, que parecía decirle que estaba condenado a ser siempre «poquita cosa».

Miércoles 10 de agosto.—Paul Margueritte viene a traerme la primera parte de *Paul Gefosse*, publicado en la *Lectura*. Me habla de su incertidumbre sobre la bondad de sus obras, de sus éxitos, de su porvenir, comparando este tímido y desgraciado estado de alma con la plena confianza de Rosny, que no duda un momento que, ayudado por algunas circunstancias favorables, triunfará plenamente en lo futuro.

Lunes 5 de diciembre.—Con la elección de Sadi Carnot comienza la tiranía de la mediocracia, una tiranía que no querrá nunca a la cabeza del Gobierno un hombre con algún valor, sea Ferry u otro.

Jueves 29 de diciembre.—Daudet, antes de la llegada de sus contertulios del jueves, me cuenta incidentes curiosos, como arreglados para curiosas memorias:

--Había comprado en Munich tres sombreritos de paño verde, de los que regalé uno a Bataille, que se parecía a mí en caricatura. Un día que daban un gran paseo en los alrededores de Meudon, Bataille se franqueó, diciendo que su padre era un alcohólico que se había ahogado en un mar de estiércol líquido, y le preguntaba qué remedio le impediría beber porque tenía la aprensión de morir en m... Y mientras le hacía estas confidencias sobre sus tristes comienzos, llevando sobre la cabeza uno de los tres som-

breros verdes, el pájaro del sombrero estaba tan cómicamente emplazado y lo hacía tan macabramente chistoso que Daudet estalló en una risa nerviosa, que no pudo evitar.

El segundo sombrero verde se lo dió a Du Bois, hombre dulce y tranquilo, que un día vino a contar a madame Daudet cosas de una violencia terrible, cubierto con tal sombrero.

En fin, con el tercer sombrero obsequió a Gill, el caricaturista.

Y todo el mundo sabe que los tres portadores de los sombreros verdes murieron locos.

Después de comer hablo con Rodin, que me cuenta su vida de labor, levantándose a las siete, entrando en el taller a las ocho y realizando un trabajo sólo interrumpido por el almuerzo, trabajo que continúa hasta la noche, de pie o colgado de una escala, que le estropea por la noche y le produce la necesidad de acostarse al cabo de una hora de lectura.

Me habla de la ilustración de las poesías de Baudelaire, que está en camino de ejecutar para un *amateur*, y en el fondo de las cuales hubiera querido *penetrar*, si contase con tiempo. Luego, para este libro que no ha de tener publicidad, que permanecerá encerrado en el gabinete del *amateur*, no siente la inspiración, el fuego que le iluminaría, de tratarse del encargo de un editor. Y como le expresase el deseo que tendría de verle ilustrar *Venise*

la Nuit, me hace observar que es un hombre del desnudo y no de ropajes.

Se extiende luego largamente sobre el busto de Víctor Hugo, que no ha querido posar, pero que le ha dejado libertad para verle cuantas veces quisiera, haciendo del gran poeta innumerables croquis, más de sesenta, a derecha, o izquierda, a vuelo de pájaro; pero casi todos rápidos, en actitudes de meditación o de lectura, croquis con los cuales se ha visto obligado a construir el busto.

Y Rodin se sonríe contando las batallas que ha tenido que librar para hacerle tal como le veía, las dificultades que ha encontrado para que le permitiera la familia prescindir del tipo convencional que se hacía del escritor sublime, de su frente de tres pisos, etc., etc.; en fin, para realizar y modelar la máscara suya, y no la inventada por la literatura.

Año 1888.

Viernes 17 de febrero.—Comida ofrecida por los amigos de la persona y el talento del escultor Rodin, comida de la que soy presidente, con una corriente de aire en la espalda.

Me encuentro al lado de Clemenceau, que cuenta cosas bastante curiosas sobre los aldeanos enfermos de su distrito y sobre las consultas al aire libre con

que le detienen cien veces en medio de sus peregrinaciones por el departamento.

A la salida de uno de los pueblos, en el momento en que los caballos de su «breack» iban a galope, nos describe una mujer enorme, apoyada en la grupa de los caballos, que grita : «¡ Ah, señor ! ¡ Soy «víctima de los vientos» !, mientras que el diputado radical, haciendo partir sus caballos de un latigazo, la dice : «Y bien, buena mujer ; es preciso peer...»

Martes 21 de febrero.—Como con Loti. Declara que ha terminado ya su carrera de escritor, que publicará todavía algunos cuentos, pero que no publicará ya su volumen, pues se siente completamente agotado, vacío. Esto dicho con una melancolía, con un desaliento de la vida extraordinario.

Habla un momento de los 250 ó 300 dibujos ejecutados por él para un *Matrimonio de Loti*, que Guillaume ha encargado grabar al mismo que ha grabado sus taitianos.

Miércoles 16 de mayo.—Me digo esta mañana : Si gano el año próximo cien mil francoe con *Hermi-
nia Lacerteux*, compraré la casa de enfrente, y mandaré poner este anuncio : «Para alquilar a vecinos sin chicos, que no toquen ningún instrumento de música, y a los que no se permitirá tener otros animales que pececitos rojos.»

Sábado 19 de mayo.—Grevy pregunta al director

de Bellas Artes cómo encuentra el *Salón* de este año.

—Ni una obra superior, pero mucha regulares.

—Muy bien—respondió Grevy—; es lo que hace falta en una república.

Martes 17 de julio.—Me he desembarazado al fin de los niños chillones del fondo de mi jardín. Los padres han alquilado una casa en París, donde los van a encerrar. ¡Ah! ¡Cuánto compadezco a los inquilinos de la nueva casa!... Y decir que debo esta liberación a un robo hecho en las cercanías... ¡Admirables ladrones! Si yo supiese la prisión en que están, les enviaría un paquete de tabaco todos los meses.

Domingo 14 de octubre.—Octavio Mirbeau viene hoy un momento a mi *Granero*. El desgraciado tiene una fiebre de la que no puede desembarazarse, y que le coge a las seis de la tarde y le abandona a la una de la madrugada, dejándole todo el día siguiente incapaz de trabajar.

Miércoles 14 de noviembre.—Hoy es la lectura de *Herminia Lacerteux* en el Odeón.

La emoción me hace saltar del lecho temprano, y en un estado nervioso, que convierte en insoportable el movimiento del coche, donde voy inactivo, por lo que desciendo de él mucho antes de llegar al teatro.

Porel lee, y lee muy bien la obra. La lectura pro-

duce un gran efecto. Se ríe y hace llorar, según los pasajes. Dumény, que antes de conocer la pieza me había dejado entrever el miedo que tenía de su papel, lo acepta gozosamente. En cuanto a la Rejane me parece encaprichada con el papel por una ansiosa curiosidad.

Domingo 25 de noviembre.—Bracquemond fué invitado un día por el procurador imperial a ver al verdugo cobrar en su casa su salario, con el objeto de que le observara la mano. A lo que parece, es el procurador imperial o de la República el que paga en persona al verdugo, sin dejar recibo. La pila de francos estaba colocada en un extremo de la mesa. El verdugo entró, saludó. El procurador, con un gesto, le mostró el dinero, y entonces Bracquemond vió desaparecer la pila de francos bajo una mano de unas dimensiones y un espesor que nunca había visto. ¿Quién era este verdugo? Bracquemond no lo recuerda ya.

Miércoles 19 de diciembre.—Después de comer en el palco proscenio de Porel con los Daudet, estoy tan en el fondo y tan invisible que Scholl, que viene a hablar con madame Daudet por el reborde del palco, no me ve.

Un público de estreno como jamás se ha visto en el Odeón, según asegura Porel.

La comedia empieza. Hay dos palabras en el primer cuadro con las cuales cuento para esclarecer

la disposición del público. Estas dos palabras son : «una vieja cabra como yo» y «los niños que *tiene uno limpiados*». Esto pasa, y deduzco que la sala está bien dispuesta.

En el segundo cuadro algunos silbidos y comienzos de rebelarse el pudor de la sala. «Se huele la pólvora; eso me gusta», deja escapar Porel, con un tono no realmente muy enamorado de la pólvora.

Daudet sale para calmar a su hijo, a quien observa pronto a la agresión, y vuelve bien pronto con una cara colérica, acompañado de León, que dice que su padre tenía tan mala actitud en los pasillos que ha temido que tuviese un lance, y yo contemplo verdaderamente conmovido hasta el fondo del corazón al padre y al hijo predicándose recíprocamente la moderación, estando por dentro tan furioso el uno como el otro.

La lucha entre los que silban y los que aplauden, entre los cuales se nota a los ministros y a sus mujeres, continúa en los cuadros del baile de la *Bola negra* y el cuadro de la *Guantería de Jupillón*.

Al fin llega el cuadro de la comida de las muchachitas. Allí, lo confieso, me creí salvado. Pero los silbidos redoblan. No se quiere escuchar el relato de madame Cromier. Se grita : ¡ A la cama los niños !», y siento durante un cuarto de hora la ansiedad dolorosa de creer que no se dejará acabar la obra... ¡ Ah ! Esta idea es dura, porque como yo había dicho a mis amigos : «No sé cuál será la fortuna de mi co-

media; pero lo que querría, lo que pido, es librar la batalla», he tenido miedo de no librarla hasta el fin.

Miro un momento a la escena, y observo a dos de mis actrices tan cruelmente maltratadas por un público sin piedad, llorando contra una puerta de bastidores.

En fin, la Rejane logra el silencio; la Rejane, a la cual debo tan vez haber visto acabar mi obra, en medio del alboroto y del propósito de no escuchar, tiene el don de hacerse oír y aplaudir en la escena en que es aportado el dinero a la conscripción.

En los cuadros siguientes se entabla una verdadera batalla, en medio de la cual, ante la frase de mademoiselle Vauiraude: «¡ Ah!, si lo hubiera sabido, te hubiera dado una *rodilla de cocina*, señorita!», una voz indignada de mujer se eleva y provoca a continuación un bramido de indignación en la sala. Y esta voz indignada no era la de una mujer decente.

Las indignaciones de los hombres no son ya de las que pasan en París por puras; es la indignación de ***, ¿sabe usted?... y de ***, del que se dice ..., y de ***, sobre la cual se cuenta...

En fin, cuando Dumeny quiere nombrarme, la sala procura impedir en absoluto que mi nombre sea pronunciado, como un nombre deshonroso en la literatura francesa... Y es preciso que Dumeny espere largo tiempo, largo tiempo..., y que aproveche

un paréntesis abierto entre los silbidos para arrojar el nombre, para arrojarlo—es preciso decirlo—, como se arroja la tarjeta a un ofensor.

Sigo hasta el fin en el fondo del palco, sin dar un signo de debilidad, pero pensando tristemente que mi hermano y yo no hemos venido bajo una feliz estrella, extrañado y dulcemente conmovido a la caída del telón por el apretón de manos de un hombre que me ha sido hasta entonces hostil, por el bravo y reconfortante apretón de manos de Bäuer.

Las gentes, perdidas en la niebla, se encuentran alrededor de las mesas de la comida, ofrecida por Daudet, sobre las cuales se alzaban cuatro faisanes de maravilloso plumaje que me ha enviado la condesa Greffulhe a causa de sus *matices japoneses*.

Todo el mundo está alegre. No se tiene el sentimiento de una batalla completamente perdida, y yo olvido el fracaso de la noche ante la satisfacción de haber visto terminarse la obra.

Se come, y se come despacio, comentando los incidentes de la noche.

Marcelon, que ha pagado 25 francos por una butaca, ha visto pagar 90 francos por cada una de las dos últimas butacas de orquesta.

Wolf, que estaba detrás del joven Hugo, le tocó amigablemente en la espalda con el bastón, diciéndole: «Es una vergüenza que el nieto de Víctor Hugo aplauda eso.» Y se ganó esta respuesta: «Per-

dón, caballero; no somos bastante íntimos para que me hable usted así.»

Alguien ha oído a un patriota imbécil, de los de prosa enfática, exclamar en los pasillos: «¡ Ah !, si los alemanes viesan esta comedia.»

Luego, en medio de la conversación, que se ha hecho ruidosa, se elevan la voz y la copa de Zola: «¡ A Edmundo Goncourt y a la memoria de Julio Goncourt !»

Martes 25 de diciembre.—Ayer, en *Le Temps*, Sarcey dice: «El Sr. de Goncourt no entiende nada, absolutamente nada de teatro.» Usted, Sr. Sarcey, que *pontifica* todas las semanas desde lo alto de su periódico, como si predicase la verdadera estética teatral, la gran divisa estética de la Escuela normal, está completamente equivocado, pues en esa Escuela se le encuentra anticuado, fuera del moderno movimiento, como se lo probará la adjunta carta que he recibido:

«Señor: Aunque resulte osado dirigir felicitaciones a un hombre como usted, me arriesgo a ofrecerle las más entusiastas, seguro de que el testimonio de la juventud no le será indiferente, porque es sincero, y es una prenda del porvenir. Lo que amamos lo haremos triunfar cuando seamos hombres.

Soy alumno de la Escuela normal. Me temo que lo aprecie usted poco. Pero somos menos sospechosos los que combatimos por usted ayer noche. Le

escribo en mi solo nombre, pero somos legión los que aclamamos a usted en la tercera representación de *Germinia*. Fuimos a protestar contra la indigna cábala, que no ha cesado de atacarle, violentando el respeto debido a su talento. Fuimos para aplaudirle. Pero su obra se ha apoderado de nosotros, nos ha conmovido, entusiasmado, y los jóvenes que como yo no le conocían apenas tres horas antes, y que no tenían para su arte más que una estima profunda, hemos salido llenos de una admiración afectuosa. Sí, comparto su limpia visión de la vida, su amor piadoso por los que sufren, y admiro sobre todo la sobriedad discreta y verdadera de su emoción, sus cuadros conmovedores. Gracias por no sacrificarse al gusto del público grande y grosero, por no hacerle ni concesiones, ni aun semiconcesiones.

Esta tarde, durante la hora que paso por el Odeón, algunos silbidos exasperan a una joven sentada en su balcón, y que los apostrofa diciendo: «Silban porque se sienten capaces de hacer lo que Jupillon.»

Lunes 31 de diciembre.—Marpon, a quien encuentro en su tienda de los Italianos, me dice que la *matinée* de *Herminia*, anunciada y publicada, ha sido suspendida por el Gobierno bajo la presión de monsieur Carnot, y que la mayoría de los que tomaron billete pidieron la devolución de su dinero cuando se les ofreció en su lugar *El león enamorado*.

Esta supresión de una comedia aceptada por la

censura, ¿no es por parte del presidente de la República un *resabio* monárquico? ¡Oh! ¡La broma de los gobiernos liberales.

1889.

Miércoles 9 de enero.—Bourget, que come esta noche en casa de la princesa, me refiere la muerte de Nicolardot, que transportado de su alcoba de miseria a un lecho bien caliente del hospital, en medio de todos los cuidados de la enfermedad, no ha durado cuatro horas, mientras que tal vez hubiera vivido meses en la sórdida casa que habitaba... He aquí los personajes que asistieron a su entierro: Coppée, un académico; madame Barbier, la hija del conservador de la biblioteca del Louvre, una santa llena de conmiseración por este miserable; el propietario de la casa de prostitución en que habitaba y un desconocido.

El desconocido y el académico no tenían libros de misa, pero el de la casa de burdel tenía entre sus manos uno de gran tamaño; de suerte que mademoiselle Barbier dió el brazo al hombre despreciable.

Terminado el irónico entierro, mademoiselle Barbier huyó ante esta frase del impúdico: «Sí, muy agradable este Sr. Nicolardot..., sí, todas las mañanas tenía una *bromita* para las mujeres de mi casa.»

Sábado 2 de febrero.—Para el hombre que ama

su casa es hermoso este pensamiento de Jeffroy : «Procurad que falte siempre en vuestra casa algo, cuya privación no os sea demasiado penosa, y cuyo deseo os sea agradable.»

Mi casa es verdaderamente excepcional. Tengo sesenta y siete años, pronto a ser septuagenario. A esta edad, en literatura, las injurias generalmente se suprimen y acaba la crítica insultante. Yo soy vilipendiado, infamado, injuriado como un principiante, y hay motivo para creer que la crítica dirigida contra un hombre de mi edad y sin situación en las letras es un hecho único en la literatura de todos los tiempos y países.

Jueves 21 de febrero.—Lockroy llega en medio de una comida a que estaba invitado, excusándose con nosotros por haber querido esperar a su sucesor en el ministerio para entregarle el *mandil*, y que se le presentó un primer sucesor, que fué seguido de otro, que no era todavía el verdadero, y que se había decidido por no esperar al tercero.

Se habla de un discurso de Renán en la Academia, y como me dejo llevar de la rebeldía de mi espíritu contra el amasijo contradictorio de su pensamiento, del *sí* y del *no* que contiene cada una de sus frases, habladas o escritas, madame Daudet, en una de sus encantadoras ingenuidades, que deja caer como si hablase consigo misma, dice : «¡ Sí, realmente no tiene el sentimiento de la afirmación !»

Jueves 28 de febrero.—Leo esta noche en *Le Temps* esta frase dirigida por el presidente Carnot a los obreros en su visita a la manufactura de tabacos: «Os agradezco profundamente la acogida que me habéis hecho, amigos míos, porque sois amigos míos, puesto que sois obreros.»

Me pregunto si existe en alguna época del mundo una frase de cortesano, de rey o emperador, que tenga la humildad de esta frase de cortesano del pueblo.

Viernes 12 de abril.—Esta noche quemo los cabellos blancos de mi madre, los rubios de mi hermanita Lili, cabellos de un rubio angélico... Sí, es preciso pensar en la profanación que espera a las reliquias del corazón dejadas por los celibatarios detrás de sí.

Domingo 28 de abril.—Hoy me refieren las hiperbólicas novelas forjadas por Barbey d'Aureville sobre su genealogía y su noble infancia, poniéndose en escena en compañía del abate encargado de su educación, al cual gritaba antes de hacer la esgrima con él: «Vamos, abate, remángate la sotana.» Luego en la lección de equitación, su padre colocaba un luis sobre la silla y si no lo dejaba caer, después de un ejercicio, se lo regalaba. Pero ponía tal cuidado que se vió obligado a renunciar a este ejercicio, «porque—añadía con un énfasis a lo Federico Lemaitre— hubiera arruinado a mi padre.»

La desgracia de todos estos cuentos era que no

había en la casa del padre de Barbey ni abate, ni caballo, ni silla, ni luises. Un día en una «chispa» de champagne, Barbey confesó que en toda su vida pudo sacar a su padre 40 francos, y esto, ¡ con qué esfuerzo, con qué dificultad !

Martes 4 de junio.—Comida en casa de Edmundo Rosthchild, que recibe esta noche a la princesa Matilde.

Es el hotel más principesco que he visto yo en París. Una escalera del Louvre, en donde están colocados sobre los peldaños legiones de domésticos con librea cardenalicia y el aspecto de respetables y pintorescos fantasmas del pasado.

Comida con la duquesa de Richelieu, la duquesa de Gramont, el príncipe de Wagram, el joven Fourtales, etc., etc.

Un comedor oval, de maderas blancas ensambladas con una mesa donde se elevan grandes candelabros de plata enguinaldados alrededor con las más hermosas orquídeas de la tierra. Una innovación encantadora para dar frescura a una pieza, y que viene, según me dicen, de Rusia: dos obeliscos de hielo sobre consolas representando fragmentos de cristal de roca de una forma desconocida.

Sábado 15 de junio.—Esta noche asisto a la comida de la *barriada*, de la que parece soy el presidente honorario, y que tiene lugar en la Exposición. Octavio Mirbeau, Geffroy, Frantz Jourdain,

Gallimard, Toudouze, Momet, un silencioso con negros ojos habladores.

Octavio Mirbeau, de vuelta de Menton, come a mi lado. Un conversador fecundo, espiritual, de una verbosidad divertida. Habla curiosamente del miedo a la muerte, que obsesiona a Maupassant, y que es la causa de su vida andariega perpetua por tierra y por mar, para escapar a su idea fija. Y Mirbeau cuenta que en una de las bajadas a tierra de Maupassant, en Spezzia si no recuerdo mal, supo que había allí un caso de escarlatina, y abandonó el almuerzo encargado y huyó a su embarcación. Refiere luego que otro escritor, herido por una frase de Maupassant, debiendo comer con él, hojeó los días precedentes muchos libros de Medicina, y en la comida se habló de todos los casos de muerte originados por enfermedades de los ojos, lo que hizo caer materialmente la cabeza de Maupassant sobre el plato.

Domingo 23 de junio.—Mucha gente en mi casa. La señora Pardo Bazán, ya bien de salud, más sonora que nunca, me anuncia que decididamente ha encontrado un editor para su traducción de los *Hermanos Zemganno*, que será ilustrada por el más célebre dibujante español de la época.

Martes 2 de julio.—Esta noche, comida sobre la plataforma de la torre Eiffel con los Charpentier, los Hermaut, los Zola, los Dayot.

La subida en ascensor produce la sensación de un barco en alta mar, pero sin nada de vertiginoso. En lo alto, la percepción que va más allá de lo que se cree, a ras del suelo, sobre la grandeza, la extensión, la inmensidad babilónica de París, y, bajo el sol poniente, la ciudad, teniendo rincones con edificaciones del color de las de Roma, y sobre las grandes líneas planas del horizonte el resalte pintoresco, en el cielo, de la colina de Montmartre, que parece, en el crepúsculo, una gran ruina iluminada.

Una comida un poco soñadora... Luego, la impresión del descenso a pie, en que parece uno una hormiga bajando a lo largo del cordaje de una embarcación, cuyo cordaje fuera de hierro.

Viernes 19 de julio.—Mistral nos hace una especie de biografía suya, al correr de la palabra. Este aldeano poeta pertenece por completo a los términos de sus campos, a su casa, a sus parientes, a su provincia; a todo lo rústico y vetusto de Francia, en fin, de lo que ha extraído su poesía. Habla de su infancia, de haberse escapado cuatro veces del colegio para volver a su encierro, y de que a los doce años fabricó dos carritos minúsculos, los dos únicos objetos de arte que adornan su habitación. Tomó gusto a los estudios, y no volvió a escaparse del colegio desde que conoció las *Geórgicas* de Virgilio y los *Idilios* de Teócrito. Un tipo particular este aldeano, de una raza superior, de una raza aris-

tocrática, en la cual el trabajo de los campos, bajo el hermoso sol del Mediodía, toma una idealidad que jamás hubiera tenido en el Norte.

En esta biografía, toda esmaltada de expresiones provenzales que el cuentista de su propia vida arroja, paseando por los senderos del parque, habla de los dos matrimonios que se le proponían: uno con una Mistral que le aportaba millones, y que rehusó, con gran tristeza de alma, por la desproporción de su haber y del de la mujer, en el temor a que esta gran fortuna le hiciera perder los elementos inspiradores de su poesía.

En cuanto a la historia del matrimonio que realizó, es verdaderamente encantadora. El artículo de Lamartine sobre *Mireille* originó una correspondencia de Mistral con una dama de Dijon, y un día que pasó por la Borgoña hizo una visita a su *correspondencia*. Años, muchos años pasaron, y su madre, todas las noche, comiendo, le dirigía frases semejantes: «Los hombres se han hecho para casarse... para tener hijos... Tú ¿qué vida tendrás cuando yo te falte?... Tendrás una criada, con la cual te enredarás...» Una noche, después de una de estas riñas, Mistral se acordó de una muchachita que le miraba con sus grandes y hermosos ojos cuando la visita que hizo a la dama de Dijon, tía de aquella; y se preguntó qué edad podría tener. Calculando que pudiese tener diecinueve años, partió para Dijon, fué a la casa a que hiciera una visita diez años antes y

pidió la mano de la muchacha, que le fué concedida.

Lunes 16 de septiembre.—Esta noche, un espectáculo bastante cómico en la calle del Cairo. Un eclesiástico que tengo delante de mí en la danza del vientre, a un lado la cabeza al mismo tiempo que la bailarina el vientre, y sobresaliendo voluptuosamente, se hace demasiado sugestivo. Por lo demás, esta danzarina extraordinaria, cuando se la aplaude, en la perfecta inmovilidad de su cuerpo parece hacer pequeños saludos con el ombligo.

Jueves 10 de octubre.—La señora Callias se había vuelto loca al fin de su vida, y su locura consistía en creerse muerta. Se la preguntaba cómo le iba una, dos, tres veces. No respondía desde luego, pero por fin, a la tercera, deshecha en lágrimas, suspiraba, con una risa de loca: «¿Pero cómo queréis que me vaya, puesto que estoy muerta?» Entonces era cosa convenida decirla: «Sí, sí, está usted bien muerta... Pero los muertos resucitan, ¿no es cierto?» Ella hacía un signo de cabeza afirmativo. «¿Y pueden tocar el piano?» Entonces, tomando el brazo que se la tendía, se sentaba al piano, en el que ejecutaba las piezas de una manera extraordinaria.

Jueves 19 de octubre.—En mi paseo por la Exposición, al través de la pintura extranjera, veo de

España *La silla de Felipe II*, de Alvarez. Sus hermosos tonos son del gris leonado de las pieles de gamo curtidas.

Rico es, de todos los paisajistas del mundo, el paisajista espiritual, y en sus terrazas, todas florecidas, descendiendo al agua, teniendo detrás pinos y cipreses, en las lejanías violáceas donde las casas de las villas del Mediodía parecen manchas blancas entre los jardines de cálida verdura, Rico se muestra como el único artista que sabe ser un magno decorador en la verdad de la pintura seria.

Miércoles 6 de noviembre.—Esta noche, gran comida en el *Eco de París* a la Prensa parisién. Tengo por vecino a Vacquerie. Hablamos de las obras de Víctor Hugo que faltan por publicar y que no pasarán de cinco o seis volúmenes. Tiene bastantes cuartillas para hacer un segundo tomo de *Cosas vistas*, aunque en notas sueltas y pensamientos ha reunido para llenar quizá otro volumen.

Como hablo a Vacquerie de la chifladura de mi hermano por *Tragaldabas*, me cuenta que el éxito del *Tricornio encantado*, de Teófilo Gautier, en *Varietades*, fué el que inspiró esta comedia, primitivamente en tres actos, y que representó el famoso cómico Lepeintre, joven. Después había rogado a Víctor Hugo que invitara a Roqueplau a almorzar para leerle la obra; pero no habiendo tenido respuesta en ocho días, el deseo apasionado de verlo

representado hizo que el mismo Hugo invitara a almorzar a Federico Lemaitre, que aceptó el papel. Llegó entonces una carta de Roqueplau, excusándose de no haber contestado por haber estado en provincias y poniéndose a la disposición de Hugo. Pero ya el contrato estaba firmado con Cognard, que le rogaba prolongase la comedia, lo que se realizó durante los ensayos. Al fin se verificó el estreno, un estreno en que los mismos cómicos silbaban a Lemaitre, que, completamente ebrio, apenas si podía tenerse en pie, cuando bajo una fantástica inspiración de la borrachera su cabeza de asno rebotándole sobre el pecho, avanzó hacia las candelas gritando: «Señores y ciudadanos, creo que ha llegado el momento de gritar: ¡viva la República!» Entonces, los aplausos menudearon hasta el fin.

Martes 24 de diciembre.

—¿Sabe usted—me dice un amigo, de vuelta de Rusia—, cómo ha muerto Skobeleff?

—No.

—Pues bien, así: ¡Una botella de champagne! ¡Una mujer! ¡Una botella de champagne! ¡Una mujer! ¡Una botella de champagne! ¡Una mujer! A la tercera botella de champagne, seguida de la tercera mujer..., ¡todo quedó terminado!... ¡Una congestión cerebral!

Año 1890

Jueves 2 de enero.—Una comida en que el nombre de Blowitz es pronunciado y se cuenta cómo se hizo corresponsal del *Times*. Blowitz, que se llama Oppert y que tomó el nombre de su pueblo, era un pobre diablo que estaba de profesor en Marsella con el grado de sargento mayor en la Guardia nacional, y que en la insurrección de aquella capital salvó al prefecto de ser asesinado; con esta recomendación llegó a Versalles, en el momento de la redacción del tratado con Bismark.

Entonces era corresponsal del *Times*, con un sueldo de 75.000 francos y la consideración de un embajador, lord Oliphant, personaje extraordinario que había sido una especie de Brummel, un familiar de príncipes, un diplomático en China y el Japón, un mártir que llevaba todavía en los dos puños las señales de su martirio, fundador de una religión a la cual había dado toda su fortuna; este antiguo obrero, que recogía hojas secas en los paseos, y elevado por el *Times* a intermediario entre Inglaterra y Francia en los momentos en que Francia atravesaba sus años trágicos.

Se le ocurrió a lord Oliphant emplear a Blowitz, que mostraba en el reporterismo una audacia sin ejemplo, y que en aquel momento, en que toda la diplomacia europea buscaba noticias en Versalles y

no lograba llegar hasta Thiers, se introducía hasta él por las cocinas.

Un día, el *marsellismo* de Thiers, discutiendo con el conde de Arnim, fué tal, que el conde no pudo contenerse y le dijo: «Pero oyéndole a usted hablar así se diría que era el que había ganado la batalla de Sedán.» Esto arrancó una lágrima a Thiers, que acusó al conde de complacerse en insultar a un vencido. Después de esta escena fué imposible reunir al conde y a Thiers; Thiers estaba enfurruñado con el conde, y el conde, que era un hombre distinguido y bien educado, no se cuidaba de encontrarse con el extravagante quejumbroso. Y fué Oliphant quien, después de sus conferencias con Thiers, le reemplazó, y los diecisiete artículos del tratado—hecho que se ignora absolutamente—se ultimaron entre las manos del corresponsal del *Times* y el conde de Arnim.

En esta cocina diplomática, Oliphant se encontró con muchos pequeños servicios prestados por Blowitz; y firmado el tratado, cuando Thiers, para agradecer su reemplazo, le ofreció la gran cruz de la Legión de Honor, aquél rechazó este honor y le pidió el nombramiento para el consulado de Venecia del corresponsal francés del *Times* antes de la guerra—que creo era Iriarte—, y Blowitz ocupó su plaza.

Domingo 23 de marzo.—Este joven soberano ale-

mán, este neurótico místico, este apasionado de los dramas *religioso-guerreros* de Wágner, este que usa al menos la blanca armadura de Parsifal, con sus noches sin sueño, su actividad enfermiza, la fiebre de su cerebro, se me aparece como un soberano bien inquietante para el porvenir.

Sábado 5 de abril.—Comida en casa de Hennique. Un pequeño interior graciosamente arreglado, con una japería divertida y en que están colgados de las paredes algunos dibujos de Cheret y de Forain. Una hijita muy linda y una encantadora cuñada con la voz y la risa de la hermana, hasta confundirlas.

Miércoles 16 de abril.—Ayer me han rogado que concurriera al banquete dado a Cheret por sus admiradores, con motivo de su condecoración. Son unos niños mimados estos pintores y escultores. Para beber a la gloria del condecorado había 120 escritores casi ilustres, y yo he hecho mi primer discurso, que no ha sido largo.

Bebo por el primer pintor de muros parisién, por el inventor del arte en los anuncios.

El hombre, preciso es decirlo, es muy simpático. Tiene en la amabilidad una especie de afectuosa amistad tranquila muy agradable.

Domingo 17 de febrero.—Hoy, Rodenbach habla ingeniosamente de la página impresa del libro, que con las combinaciones de las interlíneas, dedos en

la línea, capitulares, itálicas, etc., etc., ha llegado a la coordinación artística y, como él dice, a la *orquestación* de las páginas.

La manifestación del 1.º de mayo hace hablar del movimiento nihilo-socialista actual, en que no hay ningún plan de reconstitución de una nueva sociedad, en que no hay más que la voluntad de hacer tabla rasa de la vieja y dejar que la nueva se forme sola. A este propósito alguien cita la frase que yo he escrito en *Ideas y sensaciones* sobre el reemplazo de los bárbaros, como agentes de destrucción en las sociedades modernas, por los obreros.

Leon Daudet, que acaba de dejar a Drumont, nos dice que éste se cree envenenado por los judíos, y que desde hace tres días que bebió un vaso de agua en una reunión electoral, le han atacado unos vómitos, y que el marqués de Morés está en su mismo caso.

Domingo 4 de mayo.—Heredia nos habla de los poetas de última hora, y declara que sus poesías no son más que modulaciones, sin sentido bien determinado, y que ellos mismos bautizan con la palabra *monstruos* sus versos en estado de bosquejo y del primer impulso, y en que las lagunas son cubiertas antes del perfecto acabamiento del trabajo con palabras sin significación.

Viernes 16 de mayo.—Felipe Gille, a propósito del monumento sepulcral que se va a elevar a Metra,

el compositor de vales, habla del hombre, del borracho, del reincidente de la bebida, que tenía tal costumbre de ser conducido y acostado en cierto puesto de policía cerca de Clignancourt, que solicitó el cambio del papel, porque pretendía que el verde de este papel le emponzoñaba.

Miércoles 4 de junio.—Lavisse repetía ante mí esta noche una frase de Bismarck a un amigo suyo: «Creo que he llegado a la edad en que la existencia del gentil hombre campesino llena la vida... Pero me apercibo de que tengo todavía ideas que deseo exteriorizar. No haré oposición... Solamente, si me atacan, me defenderé... Porque cuando me pegan, tengo que pegar... Sin eso no podría dormir, y tengo necesidad de dormir.»

Miércoles 9 de julio.—Se habla sobre la terraza. Nos ocupamos de Hugo, y madame Lockroy da detalles sobre su vida en Guernesey.

Hugo se levantaba temprano, a las tres de la mañana, en verano, y trabajaba hasta el mediodía. Después, ya nada: la lectura de los diarios, su correspondencia, que lleva él mismo—nunca tuvo secretario—, y los paseos. Un detalle notable: la regularidad extraordinaria de esta vida; así, todos los días daba un paseo de dos horas, pero siempre por el mismo camino, a fin de no tener un minuto de retraso, y Hugo se disculpaba con madame Lockroy, cansada de recorrer siempre iguales sitios: «Si to-

másemos otro camino, sucedería cualquier cosa que nos retardase.» Y todo el mundo tenía que estar acostado a las nueve y media, como a golpe de cañón; el maestro quería que todo el mundo estuviera en el lecho, y le molestaba saber que madame Lockroy seguía levantada en su aposento.

Un cuerpo de hierro, como se sabe, teniendo todos sus dientes a su muerte y machacando con ellos un hueso de albaricoque en los seis meses anteriores. ¡Y los ojos! Trabajaba en Guernesey en una caja de cristal, sin estores, teniendo una reverberación capaz de volver ciego y fundir los sesos a otro cualquiera.

Jueves 10 de julio.—Mademoiselle Riesener contaba esta anécdota de Teodoro Rousseau :

Corot fué a ver a Dupré y le hizo calurosos elogios de tres de los cuadros expuestos en el estudio, elogio que Dupré cortó diciendo : «Debo declararle que los tres que usted ha elogiado no son míos. Son del joven que le voy a presentar.» El joven era Rousseau, y Corot, saliendo del humilde cuartucho de Rousseau, dijo a Dupré : «Detrás de esa puertecita queda el maestro de los dos.»

Lunes 28 de julio.—Esta noche madame Dardoize refiere que en una comida de la condesa de Reggio, no obstante las señas que le hacía su marido, preguntó a un oficial de Marina por qué no había comido la carne ni el pollo que le habían servido. Y el ofi-

cial le contestó que, apresado con su esposa por unos antropófagos, le dieron de comer, sin él saberlo, cierta pasta hecha con la carne de su mujer, y que desde entonces no podía comer carne.

¿Por qué el horror en los relatos, pasado cierto grado, impulsa a risa en lugar de producir lástima?

Domingo 21 de diciembre.—Duret cuenta hoy en el *granero* que había asistido en el Japón a una representación de *Los fieles Ronin*, en que los 45 ronin, todos cubiertos de sangre, atravesaban la sala sobre un estrecho tablado puesto por encima de los japoneses sentados en el suelo, y que este pasaje a través de la sala de los guerreros ensangrentados, era de un efecto terrible.

Año 1891

Martes 10 de febrero.—Los Daudet han firmado esta mañana el contrato matrimonial de su hijo León con Juana Hugo.

Miércoles 25 de febrero.—Al medio día me llega un despacho de la condesa Greffulhe que me anuncia de una manera positiva que la emperatriz de Prusia no vendrá ya a mi casa, lo que me colma de júbilo, porque en el estado de los espíritus y del movimiento persecutorio contra mí, esta visita hubiera hecho pedir mi cabeza.

Martes 3 de marzo.—Comida de hombres políticos en casa de Charpentier.

Constans cuenta de su estancia en China cosas curiosas. Recuerdo esta anécdota: Habiendo insultado su cochero al marqués de Tseng, tuvo la elección entre una multa de cuantía insignificante o cincuenta palos de bambú. En su cualidad casi exótica de ser humano desposeído de sistema nervioso, el cochero eligió los golpes.

El pensamiento de Constans es que la Cochinchina, bien administrada, produciría en pocos años cien millones; pero nos denuncia medidas absurdas, órdenes imbéciles llegadas de París e impuestas por los todopoderosos del Ministerio, que ignoran en absoluto que es un país de allá lejos.

Constans, meridional; Floguet, meridional; Daudet, meridional; el mismo Cñabrier, que come allí también, meridional... ¡Ah!, el pobre Norte está batido en este momento por el Mediodía.

Viernes 1 de mayo.—Comida en casa de Juan Lorrain con Huismans y Baüer.

Huismans lleva consigo la alegría del éxito de su novela *Allá lejos*, y esta alegría en un escritor de ordinario tan recomendado, se traduce por la hinchazón dilatada de la espalda, como la del gato cuando runrrunea.

En medio de la comida, Baüer descubre en él al periodista con esta frase: «Cuando hago un artículo en

que no sé qué decir, escribo doscientas líneas...; pero cuando tengo un artículo que siento, que *está en mis nervios*, no paso nunca de ciento.»

Domingo 31 de mayo.—En el *Granero*, la conversación retorna sobre la conquista de la literatura francesa por la extranjera. Se hace constar la tendencia de la juventud actual a no amar más que lo vago, nebuloso, a despreciar la claridad. Y a propósito de la revolución operada en los espíritus, Daudet cita el hecho curioso de que antes la clase *chic* de las Humanidades francesas era la de retórica, la clase de los profesores conocidos y de los estudiantes de porvenir, mientras que después de la guerra con Alemania la clase de Filosofía es la que atrae a las inteligencias, y sus profesores, como Burdeau, son los que hacen ruido.

A la humillación que Daudet y yo experimentamos al ver nuestra literatura alemanizada, rusificada, americanizada, Rodembach opone la teoría de que, en el fondo, los préstamos son buenos, que es la nutrición con que se alimenta una literatura, y que al cabo de algún tiempo, cuando la digestión se haya hecho, los elementos extranjeros que agrandaron nuestro pensamiento desaparecerán en una fusión general.

Y estos préstamos nos llevan a hablar de los engaños de la juventud actual, que en la «edad de la imitación» no pide prestado, como sus inocentes an-

tecesores a sus viejos conciudadanos, sino que saquean calladamente a los poetas holandeses, americanos, desconocidos, inexplorados, y hacen pasar sus plagios como creaciones nuevas en la ausencia de toda crítica sabia y erudita.

Llega Ajalvert, invitado a comer antes de su partida para la Auvernia, donde va a escribir el libro encargado por la casa Dentu e intentar la creación de una comedia. Como le reprochan por no trabajar bastante, dice que es gemelo de un hermano muerto y que se siente solamente con una mitad de vida, y que le es preciso un esfuerzo enorme para entretenerse.

Lunes 1 de junio.—Me ha producido satisfacción ver citado en Hervieu un juicio mío sobre la novela del 6 de julio de 1856, en que decía: «En fin, la novela del porvenir está llamada a hacer más la historia de las cosas que pasan en el cerebro que las cosas que pasan en el corazón.» Me parece que actualmente se marcha en ese sentido.

En el fondo hubiera podido decir en mi interviú con Huret: He dado la fórmula completa del naturalismo en *Herminia Lacerteux*, y los libros que han venido después han sido hechos por el método enseñado en este libro. Ahora que yo he sido el primero en abandonar el naturalismo, y no por la incitación de un éxito en otro género, sino por el gusto de lo nuevo en literatura que hay en

mí. Y el *psiquismo*, el *simbolismo*, el *satanismo* cerebral con que los jóvenes quieren reemplazarlo, ¿no he procurado yo, antes que ninguno de ellos lo imaginara, introducirlos como «agentes de desmaterialización» en *Madame Gervaisais*, *Los hermanos Zanganno* y *La Faustin*?

Jueves 25 de junio.—Alguien bien enterado me habla de los fondos secretos, diciéndome que no hay allí solamente el «mandato amarillo», que exige una firma, con lo cual se certifica la suma dada, sino que hay el dinero de cierto cajón del ministerio, que se da de mano a mano, con el cual viven, a su juicio, algunos hombres políticos, dinero cuyo destino no justifica el ministro sino por una hoja de papel que pone bajo la mirada del presidente de la República cuando abandona el ministerio. Y el papel es desgarrado o quemado en la visita.

Jueves 15 de octubre.—Una joven rumana llama a mi puerta, solicitando verme. Ante la respuesta de que he salido se le saltan las lágrimas, por la imposibilidad de volver el miércoles. Se presenta algunos minutos después y dice a Pelagia: «¿No podría darme alguna cosa que provenga de monsieur Goncourt?» Y Pelagia, que no quiere molestarle, le da el lápiz con el cual hace sus cuentas de cocina.

Jueves 12 de noviembre.—Sully Prudhomme co-

me con nosotros esta noche. Cabeza en que cae sobre la sién una mecha gris, semejante al ala recogida de un pájaro. Conversación inteligente, substanciosa, sabia, en que se emplea la palabra abstracta; conversación que podría calificarse de místico-filosófica, servida por una vocecita aflautada, con los sonidos misteriosamente enronquecidos del adolescente que está en la muda.

Miércoles 9 de diciembre.—Se habla de la necesidad de la mentira que tiene el hombre, no solamente en el libro que lee, sino también en la vida. A este propósito Daudet cuenta que Morny no quería jamás recibir a un desgraciado o a una mujer vieja o fea, procurando por todos los medios, en su huída de la realidad, no ser arrastrado a esa realidad. Era Morny quien decía al hermanito de Daudet, viéndole representar *El ídolo*, comedia que pasa entre dos viejos: «Es bien triste.»

Rosny decía hoy en el *Granero* que, según un trabajo bastante curioso que ha leído, el asesinato no producía por término medio más de 15 francos, y que los malhechores ingleses, que son gentes prácticas, habían ya abandonado en absoluto el asesinato por el robo.

Miércoles 9 de diciembre.—Maupassant, atacado por la locura de grandezas, creía que había sido nombrado conde, y exigía que se le llamase «el señor conde».

Popelin, prevenido de que había un comienzo de tartamudez en Maupassant, no lo notó, aunque no dejase de extrañarle la exageración inverosímil de sus relatos. En efecto, Maupassant le hablaba de una visita hecha por él al almirante Duperré sobre la escuadra del Mediterráneo, y del número de cañonazos de melinita tirados por su orden y para su satisfacción, cañonazos que costaban centenares de miles de francos, no pudiendo menos Popelin de hacerle notar la enormidad de la suma. Lo extraordinario del relato es que Duperré, algún tiempo después, decía a Popelin que nunca había visto a Maupassant.

Jueves 10 de diciembre.—Comida con Barrés. El hombre tiene una elegancia delicada, ojos de una dulzura encantadora.

Me habla de Nancy, de la casa en que he nacido; después salta a los diarios de la señorita Bashkinseff, publicados incompletamente, y cuya colección innumerable de cuadernos le llegaría—y hace un ademán con la mano—hasta la cintura; gigantesca confesión, a cuyo frente pondría él una burla de la manía de *posar* de Stendhal, con la confesión, finalmente, de que la cosa es muy tentadora.

PREFACIO DEL TOMO NOVENO

Este noveno volumen del *Diario de los Goncourt* es el último que publicaré en vida.

EDMUNDO DE GONCOURT.

Auteuil, 15 de marzo de 1896.

Año 1892.

Viernes 1 de enero de 1892.—Este primer día del año, con mi debilidad, no tengo la idea de una renovación más. Cuatro semanas hace que no tomo el aire exterior. Esta noche salgo por primera vez a la comida íntima de Daudet. Hablamos del encantador matrimonio Rodembach, del hombre de conversación espiritualmente animada, de la discusión literaria apasionada, y de la mujer, con sus rebeldías en voz baja, sus flujos de palabras irritadas, que os dice al oído, cuando oye algo que no es verdad o que no le parece justo, y hacemos constar la emoción calurosa que aporta a la frialdad ordinaria de los salones la vida nerviosa de estos dos amables seres.

Martes 5 de enero.—Una sorprendente carta de Maquard, del director del *Figaro*, que me ha sido siempre hostil. En esta honrosa carta me ofrece la

sucesión de Wolf, el gobierno del Arte, con toda la independencia que puedo desear. Rehusó, pero no puedo menos de pensar en las gentes que el hecho de aceptar pondría a mis pies y en la facilidad que me hubiera dado para encontrar editores.

Jueves 7 de enero.—Comida con Julio Simón y Coppée, entre otros. Julio Simón tiene un encanto, una gracia, hecha de cierta delicadeza del pensamiento junto a la dulzura de la palabra. Coppée ha mostrado su extraordinario verbo de *visión*. Ha sido toda la velada un fuego de artificio de chuscadas, a veces maliciosas, otras distinguidas. Coppée es por excelencia el conversador parisién del siglo de la broma, con todo el subrayado de nuestra intervención; las frases comenzadas, terminadas por un rictus irónico, las alusiones a hechos y cosas conocidas del mundo selecto.

¿De Maupassant no se dice que sólo tenía un libro sobre la mesa, el *Gotha*? Era un síntoma del comienzo de su manía de grandezas.

Miércoles 2 de febrero.—El doctor M. me decía ayer que había visto a menudo a Musset tomar su ajeno en el café de la Regencia, un ajeno que era *puré*. Después de esto, un mozo le daba el brazo y le conducía, sosteniéndole, al coche que le esperaba a la puerta.

Domingo 7 de febrero.—Comida en casa de Char-

pentier, con una mujer a quien quería conocer de cerca: *Severine*; un óvalo corto, abultado, en el que hay ojos tiernos, una gran boca con hermosos dientes, y bondad. Le pregunto por qué no escribe un libro. Y con su hablar dulce—tiene una voz armoniosa—, con su echarse hacia atrás, como una niña que os hablase de abajo a arriba y que muestra la limpidez azul de los ojos, el esmalte de sus dientes, me dice que no la es posible, que actualmente publica seis artículos por semana. Y añade que no le atrae el libro, sino el teatro, declarando con profundo conocimiento de la época que en ella, en que todo se precipita, es necesario el éxito inmediato, que no hay para las gentes de la hora actual espera de desquites, y que es más fácil reflejar la pasión en la escena que en el libro. Como le hablo de los obstáculos, de los impedimentos que se encuentran en el teatro, ella me afirma, y su cara toma un sello de resolución, que tiene una voluntad que nada desalienta, que nada abate, y que llega siempre al fin que se propone.

Jueves 18 de febrero.—Scholl ha estado hoy, con voz enronquecida, que me recordaba la de Villemessant, verboso, gracioso, abundantemente espiritual, y hoy sin ninguna ferocidad contra nadie. Cuando se medita sobre el gasto cerebral hecho por este hombre de sesenta años a lo largo de todos sus días, se admira la vitalidad inteligente de tan fuerte bor-

delés. Cuenta, entre otras cosas, que un círculo de provincia le hizo escribir por su secretario que se había producido un cisma entre los socios a propósito de cómo debía pronunciarse su nombre, con lo que había fuertes apuestas... Interrogación a la que contestó Scholl con otra: «¿Cómo se pronuncia entre ustedes «schisme»? (1).

Martes 15 de marzo.—Esta noche, en la caseta improvisada en el fondo del escenario para sus rápidos cambios de vestido, la Rejane me cuenta que ayer, en la representación de *Herminia Lacerteux*, Sarcey, replicando a uno que le hablaba de los aplausos de la sala, dijo: «¡ Sí, aplauden ; pero no se divierten !»

Lunes 18 de abril.—Leo en un libro japonés la leyenda del te.

Dharma, un asceta en olor de santidad, se privaba del sueño como de un acto complacientemente humano. Una noche, sin embargo, se durmió, no despertando hasta ser de día. Indignado contra sí mismo por esta debilidad, cortó sus párpados y los arrojó lejos de sí como trozos viles de carne, que le impedían llegar a la perfección sobrehumana a que aspiraba. Estos párpados sangrientos echaron raíces en la tierra en que cayeron, y brotó un ar-

(1) Es un *calembourg* a base de las sílabas iniciales de *Scholl* y *schisme* (cisma).-N. del T.

busto, cuyas hojas cogieron los aldeanos, y de las cuales se hace la infusión perfumada que espanta el sueño.

Sábado 7 de mayo.—Corot continuó hasta los cuarenta y cinco años como un niño en casa de su padre, quien no creía por nada del mundo en su talento. Y sucedió un día que François, habiendo comido en casa del padre de Corot, al marcharse, fué acompañado por aquél, que hizo señas a su hijo para que no los siguiera, fué interrogado de pronto :

—Señor François, ¿es verdad que mi hijo tiene talento?

—¡Cómo! — respondió François—. ¡Pero si es mi maestro!

Domingo 4 de septiembre. — Juan Lorrain viene hoy a almorzar conmigo, y se expansiona sobre su juventud. Muy niño, sintió una *pasioncita* por la hija de Gautier, por Judith Mendes, que iba a los baños de mar de Fecamp, y como ella pintaba entonces, le llevaba el caballete y le prestaba otros mil pequeños servicios. En recompensa a él, que no conocía ni admiraba más que a Musset, le hacía leer a Víctor Hugo y a Leconte de Lisle.

En estos años el joven Lorrain tenía un franco por semana, y en honor de la adorada se hacía afeitarse la barba, que no tenía, y la llevaba de vez en cuando un bouquet de setenta y cinco céntimos.

Encontróse con que su padre abominaba de la li-

teratura y no quería que su hijo se consagrara a ella, mientras que su madre, aficionada a las obras de la inteligencia, ponía todo su corazón y un poco de su orgullo en lo contrario, por lo que el padre, celoso de esta ternura, lo metió en un colegio de París, de donde sólo salía en primero de año y en vacaciones.

Miércoles 2 de noviembre. Día de difuntos.—Dos noches de sufrimientos intolerables..., dos noches pasadas en un grito. Tres ataques de mis abominables cólicos hepáticos, en tres meses. Esto va siendo inquietante, con el horizonte de Vichy, que ha matado ya a mi hermano.

Miércoles 23 de noviembre.—Es curioso el conocimiento que hay en el extranjero de mi *Casa de un artista*. Hace unos veinte días era un matrimonio español que quería absolutamente que yo aceptase un abanico representando a María Antonieta en posición de mirar con el Delfín la ascensión de un Montgolfier; hoy es un americano que me trae un ramo de crisantemos; y el embajador de Suecia y su mujer, que desean ver dicha casa.

Martes 6 de diciembre.—Uno de mis amigos, cuidado por el Dr. Gruby, me refiere esta conversación del viejo doctor húngaro sobre Enrique Heine.

Gruby fué llamado en consulta para una enfermedad de los ojos de Heine, que aún no era célebre.

Gruby atribuyó el mal a un comienzo de afección de la medula espinal, y prescribió un tratamiento; pero como estaba en minoría no fué atendido.

Pasaron diez o doce años, al cabo de los cuales fué llamado a otra consulta. Al abrir la puerta, el introductor de Gruby dijo a Heine: «Os traigo a vuestro salvador.» Y Heine se volvió hacia él, exclamando: «¡ Ah, doctor! ¡ Si yo os hubiera escuchado!»

Gruby sintió pena, pero ocultó su impresión, encontrando en lugar del hombre joven y vigoroso de entonces un parálítico casi ciego acostado en el suelo, sobre la alfombra.

Sin embargo, Heine, a pesar de sus sufrimientos, había conservado el vivo y agudo ingenio que conservó hasta el último día. Y como después del examen profundo hecho por Gruby le preguntara: «Y bien, ¿tengo todavía para mucho tiempo?», y él respondiese: «Para muy largo tiempo», Heine exclamó: «Entonces, no se lo diga usted a mi mujer.»

Antes de irse, Gruby, para darse cuenta del grado de parálisis de los músculos de la boca del enfermo, le preguntó «si podía silbar»; el poeta, alzando con los dedos sus párpados inertes, contestó al doctor:

—¡ Ni aun la mejor comedia de Scribe!

Sábado 24 de diciembre.—Si a continuación de

las revelaciones de todas las canalladas parlamentarias no hay una revolución, una sublevación, o al menos un movimiento en la calle, quedará probado que Francia es una nación que no tiene sangre en las venas, una nación anémica, buena para la muerte, para la anarquía o para la conquista extranjera.

Año 1893.

Miércoles 25 de enero.—Esta noche el pintor Doucet me habla de las actrices inglesas, de su aspecto casto, efébrico, como si fueran intactas y gloriosas doncellas, aparecía que les permite decir en papeles como el de Porcia cosas enormes, sin chocar, lo que no es permitido a la actriz francesa, quien cuando dice una obscenidad, una porquería, tiene el aire de saberlo.

Viernes 31 de marzo.—¡ Ah ! Yo daría todos los cóndores de Leconte de Lisle y aun una parte del bagaje lírico de Hugo en la *Leyenda de los siglos* por esta página de las *Memorias de ultratumba*, en que Chateaubriand pinta en la antecámara de monsieur de Theil al agente del conde de Artois en Londres, el aldeano vendeano; este hombre, que «no era nada», según los que estaban sentados a su lado, el héroe oscuro que había asistido a 200 ocupaciones y reocupaciones de ciudades, villas, reducidos, a 700 acciones de guerra, a 17 grandes batallas,

y que en la fría antecámara diplomática, ante un grabado de la muerte del general Wolf, se rascaba, bostezaba, se recostaba, como un león aburrido, soñando con sangre y bosques.

Viernes 7 de abril.—No he tenido realmente este año más que una satisfacción, un solo placer; la elevación del enverjado en el fondo de mi jardín; este enverjado, con sus capiteles triunfantes, que debe ser vestido en algunos meses de rosas y clemátidas del Japón. Es para mí, en pequeño, la *Sala de la frescura*, de María Antonieta, en el Trianón.

Jueves 18 de mayo.—Leconte de Lisle come esta noche con nosotros. Es en verdad graciosamente maligno. Compara la obra de Cladel a un *turrón hecho con piedras*, y relata un epitafio anticipado de Bornier, bien cruel, y cuenta su medio de abreviar las fastidiosas visitas de aspirantes a académicos, declarándoles que ha comprometido su voto por diez años.

Se habla de Vigny, de su gran carácter, y aludiendo a su comedia *El lobo* se cuenta que había muerto un poco al modo de su lobo, guardando un mutismo espantoso en los horribles dolores. No sé quién añade, como rasgo del carácter decorativo del hombre, que había hecho arrojar sobre el pie de su lecho una capa de oficial, amortajándose de antemano con su viejo uniforme.

Miércoles 26 de mayo.—Tristes las salidas del domicilio a mi edad. Es preciso pensar en la eventualidad de una muerte súbita y dejar instrucciones. Esta mañana Geoffroy y Carriere entran en mi habitación con un enorme ramo de flores compestres, para festejar mis setenta y un años. La atención de estos dos corazones amigos me ha conmovido. Por la tarde madame Sichel viene a verme y ofrecerme del modo más afectuoso los cuidados de su hijo en Vichy durante ocho o quince días.

Jueves 8 de junio.—Hoy recibo una carta de monsieur Faustin, armador de La Rochela, prohibiéndome llamar a mi comedia (la que anuncia la Prensa, sacada de mi novela) *La Faustin*.

He aquí mi respuesta :

«Ignora usted sin duda que he publicado en 1882, con el título de *La Faustin*, un estudio de actriz, del que imprimió Charpentier 16.000 ejemplares, y que ha sido reeditada luego por Lemerre y traducida a diferentes lenguas, especialmente al inglés; una novela, en fin, que goza en Europa, desde hace doce años, de cierta notoriedad.

Comprendería la reclamación, en su oportunidad, si el nombre fuera exclusivo de su familia, pero no hay nada de esto, pues independientemente de los Faustin de todas las profesiones que puedan existir en provincias, abro el Boletín de París y encuen-

tro: *M. Faustin, fabricante de sacos de papel, calle de la Ferronnerie, 12.*

No he comenzado mi comedia, no sé si mi estado de salud me permitirá hacerlo; pero si es representada tengo el honor de prevenirle, a despecho de su prohibición, que llevará el nombre de mi libro, que no cambiaré el nombre de mi heroína, dispuesto, en mi nombre y en el de la literatura, a correr el riesgo de un proceso, porque si pretensiones semejantes prevalecen, la novela y el teatro de nuestros días llegarían en tiempo próximo a verse obligados a bautizar a sus personajes femeninos y masculinos con los nombres de Celimena, Dorina, Oronte, Eraste, etc., etc., lo que es inadmisibile.

Y también como usted, que ha añadido con pluma en su tarjeta: caballero de la Legión de Honor.

Miércoles 28 de junio.—El pobre Juan Lorrain debe ser operado el viernes de un tumor en los intestinos, y estos días, para que su pensamiento vaya lo menos posible al viernes, almuerza y come en casa de los amigos, o da de almorzar y comer a los amigos en su casa.

Hoy me ha invitado a comer, y me ha servido como curiosidad Ivette Guilbert.

¡No; no es bella! Una figura vulgar, una nariz que nada tiene de griega, ojos con brillo de fiera, cejas que se remontan satánicamente, un enredijo de cabellos teñidos de rubio alrededor de la cabeza,

un busto con los senos muy bajos; he aquí la mujer.

Ahora, en esta mujer hay una animación enfebrecida, una vivacidad de palabras divertida. Empieza describiendo el famoso almuerzo Bougon-Macquart del bosque de Bolonia, reuniendo en la mesa las diversas categorías de mujeres notables, que asombran, las siluetas caricaturizadas de los oradores que usaron de la palabra, de la confusión de Zola, emocionado; una narración graciosa que hubiera tenido un gran éxito en un periódico.

Lo que hay de original en su verbo chistoso es que su broma moderna está esmaltada de epítetos de poetas simbólicos y decadentes, de expresiones arcaicas, de verbos antiguos, como *deambular*, vuelto a poner en vigor; un *potpourri* de parisianismos de la hora presente y de la antigua lengua bufonesca de Panurgo.

Y como la felicito por el modo inteligente con que ha recitado los versos de Rollinat, me dice el poco éxito que han tenido, y que justamente en esta velada en que los decía se le ha gritado durante su declamación: «¡ Y la misa !»

Y al lado de la puerta cerrada, donde hay botes de agua fenicada, esponjas, la mesa para operar, Lorrain dice cosas frívolas, risueñas, divertidas, como las diría un hombre de ingenio para el cual el día siguiente no tuviera bisturíes.

Viernes 30 de junio.—A pesar mío, toda la mañana no puedo dejar de pensar en Lorrain, que Pórrí opera en este momento.

A las cinco voy por noticias. Su madre, que está a la puerta, me dice: «Desde su cama le ha visto a usted atravesar la plaza..., entre algunos momentos...; le hará bien.» Y muy bajo: «Ha sido bien duro.»

—¡ Ah !—me dice viéndome entrar—. Ha empezado cinco minutos antes de dormirme; yo creía que no dormiría nunca... Pozzi me ha dicho: «Ha tomado usted éter? Sí, es verdad, he tomado mucho, después de un gran pesar, que me producía contracciones de corazón, y estas contracciones se calmaban... Es como un viento fresco de la mañana... un viento de mar que os llena el pecho. ¡ Ah !, lo que he sufrido después..., me parecía que tenía el cuerpo lleno de fósforo y de llama... Será preciso todavía que en tres semanas haga sesiones de Luchon... Es bien fastidioso esto de tener que renovar la sangre.

Después de un silencio, murmura con los brazos fuera de la cama en un desperezamiento doloroso: —¡ Oh !, en la vida no hay quizá más que algunos goces literarios y algunos goces exquisitos de mesa.

Martes 18 de julio.—Hoy habla Juana de cierta joven de la buena sociedad de una villa del norte, de las mejor emparentadas, y ricamente casada en

París. Al cabo de algunos años de matrimonio hizo una serie de visitas al barrio de San Germán, al barrio de Saint-Honoré, previniendo a las gentes, para evitarles todo embarazo y dejarlas en libertad de no volverla a saludar, de que esta vida de mujer honrada la aburría y que iba sin rodeos a hacerse cortesana.

Viernes 21 de julio.—Schwob llega hoy, trayendo en el bolsillo al americano Wittemann, libro que está en camino de traducir. Nos traduce al correr de la lectura: *La casa de los muertos de la ciudad* un fragmento extrañamente poético sobre un cadáver de prostituta, un fragmento de un lirismo fantástico, que parece descender de Mæterlinck.

Incidentalmente nos dice que Maupassant había hecho la mayoría de sus novelas con los relatos que oía a unos y otros. Afirma que el héroe del *Iborla* se lo suministró Porto-Riche, que se pone inquieto cuando descubren en esta novela el comienzo de la locura del novelista, y no puede menos de exclamar: «¡ Si esta novela es de un loco, soy yo el loco !»

Lunes 21 de agosto.—La vieja madame Cherambaud, la maestra de piano de Edmée, que vivió mucho en la intimidad de Rossini, nos dice esta mañana que se retiró voluntariamente antes de los cincuenta años porque, haciendo alusión a las óperas

de Halevy y Meyerbeer, exclamaba: «¡ He ahí la invasión de los alemanes !»

Y después nos refiere esta escaramuza entre Wágner y Rossini :

—¿ No comprende usted la armonía del silencio ?
—decía Wágner.

—¡ Sí, sí !—contestó Rossini, que tomó una hoja de papel, sobre la cual puso un *calderón*.

Wágner no volvió.

Viernes 8 de septiembre.—Leo en la *Túnez francesa* este rasgo de un Shilock.

El juez pregunta a un árabe, demandado por un judío para el pago de 500 piastras :

—¿ Por qué no quieres pagar ?

—Porque no puedo... Cuando pedí el préstamo tenía una casa, un jardín, unas bestias; hoy este hombre tiene mi casa, mi jardín, mis bestias, y le debo más que antes.

—Ya ves—dijo el juez volviéndose al judío—que este desgraciado no tiene nada ya... ¿ Qué quieres, pues, de él ?

—Quiero—replicó el judío—que venga a trabajar a mi casa, sin salario, hasta que haya pagado.

Domingo 1 de octubre.—Paul Alexis, de vuelta del Mediodía, adonde ha ido a hacer una visita a madame de Maupassant, dice que en una conversación desde la una hasta las seis, entre otras cosas, con motivo del entierro de su hijo, le dijo: «Hu-

biera querido ir a París...; pero he escrito claramente para que no fuese encerrado en un ataúd de plomo. Guy quería, después de su muerte, reunirse con el Gran Todo, a la Madre Tierra, y en un ataúd así se retrasaba esa unión... Le preocupó siempre este pensamiento y lo emitió en Ruán cuando presidió el entierro de Flaubert... No, su mal no tenía antecedentes familiares... Su padre murió de un reumatismo articular... Yo estoy enferma del corazón... Su hermano, que se dice que murió loco, murió de una insolación a causa de su costumbre de vigilar sus plantaciones con sombreritos muy ligeros.

Entonces la madre habló de los últimos días de su hijo. Un año antes de su muerte, le escribió una carta concebida en estos términos: «Los médicos dicen que tengo una anemia cerebral, y no tengo eso, sino que me encuentro solamente fatigado, y la prueba es que estoy escribiendo el *Angelus* y jamás he trabajado con tanta facilidad, y marchó en la novela como en mi jardín. No sé si mi libro será una obra maestra, pero será mi obra maestra.»

Desgraciadamente, se atravesó *Musotte* y retrasó el libro.

En Navidad tenía la costumbre de cenar con ella, como buen hijo, y le escribió que no podía ir; pero que cenaría *con nuestras amigas*, atendiendo en su carta que estas damas irían a hacerla una visita a los pocos días.

Pero ¿qué pasa en esa cena? Al día siguiente, Maupassant puso a su madre un telegrama sin pies ni cabeza, anunciándola que estas damas no irían porque estaban enfadadas con él y aun con ella, y, en efecto, madame Maupassant no las ha visto jamás.

Pasados ocho días de la fiesta del 1.º de año siguiente, vino a ver a su madre, y estuvo tan tierno, tan afectuoso; pero en la comida deliraba completamente, diciendo que ahora iba a hacer cosas sublimes... porque le hacían tomar unas píldoras, las cuales le aconsejaban y le dictaban con sus vocecitas frases como jamás había escrito. Por la noche, al volver a casa, sobrevino su intento de suicidio.

Paul Alexis ha leído su testamento, fechado tres semanas antes de su muerte, en el que instituía como heredera a su sobrina Simona, reservaba la cuarta parte de su fortuna a sus ascendientes y hacía legados a algunos amigos. Cosa curiosa, los dos testigos son médicos. Quiso evitar que su testamento fuese anulado, como de un loco.

Martes 10 de octubre.—Almuerzo con Sarah Bernhardt en casa de Baüer, que amablemente se ha interesado porque represente *La Faustin*.

Llega Sarah, vestida con un traje gris perla, que caía al suelo, sin talle, como una túnica. De diamantes, nada más que en las bocamangas, cubiertas de ellos. Sobre la cabeza, un trozo de encaje

negro, como una mariposa, bajo la cual brilla una cabellera como una espesura ardiente; *iluminan* unos ojos con pupilas de azul transparente en la penumbra de sus cejas negras.

Sentándose a la mesa, se queja de ser pequeña, teniendo, en efecto, su estatura en las piernas como las mujeres del Renacimiento, y se acomoda en la extremidad saliente de la silla, como una niña a la que llevan a la mesa de los mayores.

Y en seguida, con su vivacidad y su brío en la palabra, cuenta la historia de sus campañas al través del universo, dándonos el curioso detalle de que al anuncio de sus representaciones en los Estados Unidos, anuncio hecho con un año de anticipación, se solicita de allá una *carga* de profesores de francés que pongan al corriente a las *miss* y a los caballeros de las comedias que representará. Luego habla del robo de que fué víctima en Buenos Aires, y en el que los ocho hombres que se habían constituido en sus guardianes fueron adormecidos de tal modo que de nada se enteraron y ella hubo de tirarlos del lecho para despertarlos; también su perro durmió tres días.

Estoy al lado de Sarah, y aunque frisa en los cincuenta, la tez de la cara, que hoy por la mañana no tiene ningún maquillaje, ni aun polvos de arroz, es una tez de jovencita, rosada, sobre una piel de una finura, de una delicadeza, de una transparencia curiosa en las sienas, bajo la red de venillas

azules. Es la tez, dice Baüer, de la segunda juventud.

Sarah habla un momento de su higiene, de la gimnasia que hace por la mañana, de un baño caliente de una hora que toma todas las noches. Luego pasa a los retratos de gentes que ha conocido, de Rochefort, Dumas hijo, etc.

Esta mujer tiene incontestablemente una amabilidad innata, un deseo de agradar natural.

Miércoles 25 de octubre.—«¡Y bien! ¿Cómo encuentra usted la comedia de Goncourt?» Es Juan Lorrain quien pregunta.

—Muy bien—responde el hijo de Sarah Bernhardt—; pero ¿cree usted sinceramente que mi madre puede representarla?

Año 1894

Jueves 11 de enero.—Courtelinie, un hombrecito de la raza de los gatos delgaditos, perdido, flotando en un amplio gabán, cabellos como palillos de tambor emplazados sobre la frente y rechazados detrás de las orejas, ojitos negros como pepitas de pera, en una cara pálida. Este hombrecito es un gesticulador, teniendo, dentro de su gabán, saltos de muñeco roto, y esto en conversaciones en que, pisando sobre sus talones, su palabra, con el mismo

verbo frío y cómico de sus artículos, empieza siempre: «¿No es cierto que no tengo la costumbre de meter el pie en estiércol?»

Domingo 25 de febrero.—Informándonos del modo de ser de Paul Adam, nos dice Regnier que es corpulento, sanguíneo; en él, ni siquiera el ensueño es contemplativo, sino activo; reconociendo y exaltando sus méritos literarios, declara que el ocultismo domina en Adam a la literatura.

Miércoles 7 de marzo.—Comida en casa de Zola, en el grande y hermoso comedor que hoy estrenamos.

Una comida muy fina y muy buena, en que se ha servido un plato exquisito: chochas al champagne, cuya fórmula trajo de Bélgica madame Zola, y que en su salsa lleva *foie-gras*, lo que hacía un conjunto inenarrable.

Un momento se oye a Coppée, cuya voz irónica toma algo del tono de Polichinela: «¡Oh, los jóvenes!... Me acuerdo de mis primeras visitas a Leconte de Lisle... Iba como se va a la Meca... Hoy, a la primera entrevista os tratan de viejo c...»

Jueves 15 de marzo.—Por primera vez viene a nuestra reunión madame Martel, conocida por Gyp, con su marchita elegancia de cuerpo, con una *toilette* blanca de gusto refinado. Habla con amor de los animales, de su caballo, que se ha roto una pata,

y al que lleva todos los días trozos de azúcar; de los gatos, que adora; de los perros todos, para los cuales su hotel es un refugio.

Viernes 30 de mayo.—¡Qué noche! No creo haber pasado otra semejante en mi vida; es de aquellas en que comprendo a los que se arrojan por un balcón.

Viernes 29 de junio.—Una mujer, contestando a la cuestión sobre el amor planteada por el *Journal*, dice:

«Afirmo que ese sentimiento es posible. ¿No lo he experimentado yo misma una vez al menos? Muy joven, sentí una pasión por un escritor infinitamente osado y extraño: Edmundo de Goncourt. Supe mucho tiempo después que era un viejo, de cabellos blancos, lo que desvaneció mi ensueño; pero he continuado siempre mi culto hacia él, que no quiero que se convierta en vulgar por una correspondencia que hubiera sido desdeñada quizá si me atengo a ciertas interviús recientes.

»Sea como sea, le debo horas exquisitas y las lágrimas más sinceras que he vertido.

»¡No sé si habrá que pronunciar aquí la palabra amor; pero entre nosotros, cuando el alma es apresada tan violentamente, la carne se ausenta, y todo canta el deseo de amar.»

Miércoles 24 de octubre.—Esta mañana, Roger

Marx me anuncia que una calle de Nancy ha sido bautizada con el nombre, no de *Edmundo Goncourt*, sino de *los Goncourt*, como yo lo había solicitado. Luego me anuncia con satisfacción que mis amigos quieren darme un banquete, en el que cada suscriptor recibirá una medalla del perfil que ha modelado este verano el escultor Charpentier.

Oigo la voz de Zola. Viene a pedirme una carta de recomendación para Behaine. Me dice que quiere su consejo sobre si debe o no pedir audiencia al Papa. Añade que, como viejo liberal, el ceremonial de la audiencia le molesta y desea en el fondo que se la nieguen, pero que se encuentra comprometido por la publicidad de su propósito. Y, sin embargo, tiene una gran curiosidad de ver la casa del Santo Padre y admirar la serie sucesiva de cámaras para llegar hasta él...

Habla de Lourdes, se queja de la campaña católica hecha contra su libro, buena para una obra de 30.000 ejemplares, muy perjudicial para otra de 120.000, porque le retrae los 80.000 compradores que pudieran elevar la tirada a 200.000. Y, volviendo al Papa, «se me asegura que éste recibe de los padres de Lourdes 300.000 francos y que esta dependencia de S. S. será tal vez una de las causas de negativa de la audiencia».

Visita del doctor Machaut, que viene de Haití. Me habla de la muerte de este país desde el abandono de los franceses; me señala la ruina de los

edificios, de los caminos, de todo, y la ausencia de industria, afirmando que la raza negra es incapaz de civilización.

Y la conversación va a los venenos, a cuya fabricación se dedican los indígenas. Entre otros, de un veneno extraído de los cadáveres de los cementerios, y que no deja señal. De Haití viene un polvo blanco, que esparcen los ladrones en una habitación para entorpecer a las gentes y robarles con toda seguridad, como le ha sucedido a Sarah Bernhardt. Y he aquí lo sucedido a un europeo con quien hizo conocimiento. Este europeo tenía el hábito de acostarse con un revólver sobre la mesa de noche y de poner sus papeles y su dinero bajo la almohada, y había visto al ladrón apoderarse de su revólver, retirar su cabeza de la almohada y tomar su dinero; todo esto sin poder gritar y sin poder decirlo hasta haber pasado seis u ocho horas.

Domingo 2 de diciembre.—Esta noche, Loti habla de su viaje de cuarenta y ocho días por el desierto, expresando su alegre admiración por las salidas y puestas de sol en la pura luz sin ninguna atenuación por los vapores, y esto en plena salud —es su expresión—, que debe a «un temperamento de beduino».

Jueves 13 de diciembre.—Realmente, son curiosas en la vida literaria las altas y bajas del ánimo; por la mañana se siente un abatimiento completo;

por la noche, una dichosa elevación, producida por un hecho cualquiera. Daudet me llama, al salir del comedor, y me dice que esta mañana han venido Geffroy, Hennique, Lecomte, Carrière y Raffaeli, anunciándole que querían darme un banquete, rogándole que se pusiera a la cabeza y lo ha aceptado, con la idea de hacer de esta comida una manifestación más extensa que la de la reunión del *granero*, así como concibieron la idea Frantz Jourdain y Roger Marx.

Año 1895

Lunes 7 de enero.—Comida en casa de Rodembach, con los Bernard, los Frantz Jourdain, Mallarmé, Rosny.

Mallarmé tiene una palabra seductora, con ingenio que no es jamás maligno, aunque lo sazone con un grano de malicia.

Se ha hablado del artículo de Strindberg sobre la inferioridad de la mujer, estudiados sus sentidos, y, a propósito de esta inferioridad, recuerdo una observación de un libro de Medicina que afirmaba que el esqueleto del hombre tiene una personalidad que no se encuentra en los de las mujeres, que parecen fabricados por gruesas.

Miércoles 20 de febrero.—Voy a ser nombrado oficial de la Legión de Honor. En el fondo me pre-

gunto si esto me produce una satisfacción, y no sé contestarme. Cuando mi pensamiento se ocupa de este nombramiento, no se detiene, como en los acontecimientos de la vida que producen una sincera alegría, y pasa en seguida a otra cosa.

No me produce la satisfacción profunda que tendría viendo una comedia mía representada por actores de talento.

Leyendo el *Gaulois* veo se dice que quizá el banquete sea aplazado a causa de la muerte de Vacquerie, que formaba parte de la Comisión. Espero que no será así. Esta vida de cada día, entre la fatiga y la apoteosis, me pone en un estado nervioso que deseo ver concluído.

Esta noche, en la calle de Berri, tengo la sorpresa de encontrarme con los oradores de mi banquete: con Heredia, que debe hablar en lugar de Coppée, que sufre una bronquitis; con Regnier, que hablará en nombre de la juventud. Se me dice, además, que Poincaré tiene la *grippe*. Todos me preguntan por el aplazamiento. No sé nada. Sólo deseo que esto concluya lo antes posible.

Viernes 1 de marzo.—Una atención encantadora de madame Rodembach. Me ha enviado esta mañana un gran ramo de rosas, traído por su bebé rubio, que lleva en brazos la niñera, con esta bonita carta del padre: «Constantino Rodembach lleva

a M. de Goncourt el respeto y la admiración del siglo próximo, en el que entrarán ambos.»

Abro la *Libre Parole* y soy gratamente sorprendido por un artículo semejante a los de aquellos tiempos en que vivía en comunidad de corazón con Drumont, y en el que éste se asocia a los que me festejan.

Luego, las horas que no acaban de un día a cuyo final hay una cosa emocionante, y la imposibilidad de permanecer en casa y la necesidad de pasear fuera, con ojos que no ven y piernas que no saben adónde ir.

Una cola interminable y una entrada tan mal organizada que, al cabo de cuarenta minutos sobre la escalera, Scholl pierde aliento y abandona el banquete. En fin, a despecho de un mozo que no quiere dejarme entrar, puedo deslizarme al salón alto, mientras van los demás a sentarse abajo, en el salón del banquete.

Calurosos y nerviosos apretones de manos me acogen, y una de esas manos es la de Lafontaine, tendiéndome un ramito de violetas envuelto en una tarjeta de una mujer, sobre la que está escrito: «Henriette Marechal, en el papel representado en 1865.»

Descendemos para comer, y descendiendo yo de los últimos, desde lo alto de la escalera me asombra el bello y grandioso aspecto de esta sala-comedor, teniendo la altura de dos pisos, con su iluminación «a giorno», con la feliz disposición de sus mesas

para trescientos cubiertos, donde entre el ruido del alegre humor de todos se instalan los comensales.

Tengo a Daudet a mi izquierda y al ministro a mi derecha, al ministro todavía con la *grippe*, que me dice no haber comido la víspera en casa del presidente de la República, queriendo reservarse para mi banquete.

En los postres, Frantz Jourdain se levanta y lee telegramas de Bélgica y de Holanda, de los «goncourtistas» Cameroni y Cittorio Pisa, de Italia, de Alemania, entre los cuales se encuentran estas dos líneas de Jorge Brandés: «Todos los escritores escandinavos estarán conmigo hoy cuando grite: «¡Gloria al maestro iniciador!»

Entre los telegramas, es muy aplaudido el homenaje de una florista de Harlem, que me pide la permita bautizar con mi nombre un jacinto nuevo.

Y todavía cartas y despachos de amigos literarios de Francia, que no han podido asistir al banquete: de Sully Prudhomme, Claretie, Felipe Gill, Deroulede, Margueritte, Enrique Lavedan, Theuriet, Larumet, Marie Prevost, Laurent Tailhade, Turel, Puvis de Chavannes, Alfredo Stevens, Hellen, Alfredo Buneau, Gallé de Nancy, Colombey, Mevisto.

Luego, el ministro usa de la palabra y pronuncia un discurso, como nunca se había pronunciado por un ministro condecorando a un escritor, excusándose de estar allí como ministro y solicitándome

casi humildemente, de parte del Gobierno, el favor de dejarme condecorar.

Y aquí, olvidando mi persona, es bueno hacer constar que hasta ahora los hombres de gobierno han dado las cruces sin descender de su vanidosa altura a los literatos y artistas, y que es la primera vez que se consideran honrados al entregar la cruz a uno de nosotros. Por lo demás, imposible poner más delicadeza en el elogio y amistad respetuosamente afectuosa en un discurso de verdadero literato, que me puso, lo confieso, húmedos los ojos unos instantes.

No puedo resistir al deseo de dar un fragmento del discurso :

.....

«Ha pasado el tiempo de las teorías, de mandamientos estéticos obligatorios y de literaturas del Estado. En una democracia que vive de libertad y que fecunda la variedad de las inspiraciones individuales, el Gobierno nada tiene que reglamentar, nada que dirigir, nada que limitar; no tiene más que llenar, si puede, y como pueda, un papel discreto de aficionado clarividente, respetuoso, de los talentos sinceros de las bellas pasiones y de las voluntades generosas.

»Talento más valiente que el vuestro, pasiones más ardientes que las que alimentáis, voluntad más soberana que la que habéis aplicado a las investiga-

ciones del arte y al trabajo del estilo, me parece difícil descubrirlos, y es por excelencia una vida de escritor esta vida tan recta y tan amplia, que habéis comenzado dos, uno al lado del otro, en la alegría de dos corazones gemelos, y que habéis continuado con un aliento inquebrantable en la melancolía de la soledad.

»No habéis vivido más que para las cosas de la inteligencia, y no contento con buscar en la observación de nuestro rincón de naturaleza y humanidad materia para enriquecer vuestros estudios y satisfacer la curiosidad de vuestros gustos, habéis ensanchado el horizonte contemporáneo, resucitando el encanto de un siglo desaparecido, aproximando a nosotros la fantasía y el misterio de artes lejanas.

»No habéis tenido más elevada ambición que la de saber y ver; no habéis conocido más exquisitos goces que los de las ideas, las líneas y los colores, y las sensaciones que habéis amado las habéis querido devolver con el esfuerzo de signos nuevos, y el estremecimiento de notaciones personales. Habéis moldeado vuestra lengua a las exigencias complejas de la pintura de las realidades observadas, a las necesidades cambiantes de las interpretaciones de un alma, al capricho de las impresiones más fugitivas. Habéis puesto en vuestro estilo los juegos de luz, los temblores del aire libre, la coloración y la vida del mundo exterior; habéis puesto también las sacudidas interiores, las emociones sutiles, las turba-

ciones secretas del mundo moral; y deseoso de retener en nuestra frase un poco de lo que luce o vibra, de lo que ama o sufre, habéis pedido a la riqueza y diversidad de formas el arte de expresar fielmente la multiplicidad infinita de la naturaleza.

»El Gobierno se debía a sí mismo inclinarse, querido maestro, ante vuestra literatura y ante vuestra obra; y por indiferente que seáis a los testimonios oficiales ha pensado que no rehusaríais una distinción, que nunca habéis solicitado sino para otros. El señor presidente de la República ha querido por mi propuesta conferiros el grado de Oficial de la Legión de Honor, y espero que admitáis que yo os entregue cordialmente las insignias.»

.....

«Y la emoción que yo he sentido ha sido compartida por la asamblea, cuyos aplausos han sido frenéticos.

»No—me han dicho gentes que han asistido a numerosos banquetes—, nunca hemos sido testigos de una tan entera adhesión de corazón de los asistentes.»

Luego vino el *toast* de Heredia festejando mis bodas de oro con la literatura.

Después, el discurso inesperado de Clemenceau, discurso elocuente en que muestra al caballero de María Antonieta, llegado por el amor de la belleza y de la verdad a convertirse en apologista de una

Herminia Lacerteux, de una ramera Elisa, que debían ser mujeres de la turba que acompañaban a la reina al cadalso, discurso terminado por estas elevadas palabras :

«El aldeano remueve el suelo, el obrero forja el instrumento, el sabio calcula, el filósofo sueña. Los hombres ruedan en choques dolorosos por la vida, por la ambición, la fortuna o la gloria. Pero el pensador solitario, escribiendo, laborando, fija su destino. Es el que despierta en ellos los sentimientos engendradores de las ideas que viven y se esfuerzan en fijar en realidades sociales. Es quien les impulsa a la acción, a las grandes reparaciones de la equidad y la verdad...

»Haber sido por un día, por una hora, el obrero de una tal obra, es suficiente a la gloria de una vida.

»Que a ese título los Goncourt sean saludados por nosotros.»

.....

A continuación, el discurso de Ceard sobre nuestras viejas relaciones literarias, el delicado trozo de Enrique de Regnier, a quien sucede Zola, que confiesa lealmente que su literatura nos debe alguna cosa, y Daudet, que hace el discurso del amigo íntimo, lleno de ternura.

.....

«Se ha bebido por el hombre ilustre, por Gon-

court novelista, historiador, autor dramático, escritor de arte. Yo quiero beber por mi amigo, compañero fiel y tierno que ha sido bien bueno para mí en horas muy malas. Beber por un Goncourt íntimo, que algunos conocemos, cordial y dulce, indulgente y cándido, cándido a los ojos penetrantes, incapaz de un pensamiento bajo y aun de una mentira en la cólera...»

Me levanto entonces y digo:

«Señores y queridos compañeros de arte y de literatura: soy incapaz de decir diez palabras delante de diez personas..., y son ustedes muchos más. No puedo sino agradecerles en breves palabras su afectuosa simpatía y decirles que esta velada que les debo, me indemniza bien de las durezas y sufrimientos de mi carrera literaria. ¡Gracias una vez más!»

Se sube al piso alto para tomar café y licores, y allí son los abrazos, las llamadas a mi recuerdo de gentes cuyo nombre y rostro he olvidado, de las presentaciones de italianos, rusos, japoneses, reconocimiento de Gynyl, hijo de Logier, por algunas líneas de mi diario sobre su madre, de lamentaciones de Rodin quejándose de su fatiga y de su necesidad de reposo, la petición de una cita por Alberto Carré para hablar de Manette Salomon; en fin, el abrazo de este gran loco de Darzens, que me ha dedicado un libro, del que nunca me ha dado un ejemplar. En medio de todo esto, me veo en un espejo, no-

tándome en el rostro un dulce atontamiento, algo parecido a la dicha búdhica.

Suenan las once. Me siento morir de hambre, porque no he tomado absolutamente nada. Sé que los hermanos Daudet deben comer con Barrés y el joven matrimonio Hugo; pero temo llevar frío con mi vieja cabeza a esta turbulenta juventud. Después espero un resto de chocolate en casa, en la que dije a mis muchachas que lo hicieran para ellas mientras me esperaban; pero cuando llego, nada de chocolate, nada de pasteles: todo estaba comido.

He traído un soberbio cestito de flores, puesto delante de mí, durante la comida, y que en mi emoción yo no había mirado atentamente, enterándome sólo de la carta de madame Mirbeau, que me lo enviaba. En casa, cuando meto los dedos y los ojos, me apercibo de que es un grupo de ramitos destinados a las solapas de los miembros de la comisión... ¡Qué fastidio..., qué fastidio!

Jueves 11 de abril.—Un gobernante inglés, perteneciente a la religión católica, abandonó la casa de Daudet apenas supo que el autor de *Lourdes* era recibido allí.

Domingo 19 de mayo.—Jorge Leconte habla de su viaje a Andalucía, donde los indígenas echan audaces miradas a las mujeres, las pellizcan, las cogen en la vía pública. Añade que se vió obligado a dar

un puñetazo a uno de estos fogosos, que se había sentado muy cerca de su mujer mientras entraba en un estanco, y cuenta que en Gibraltar unas inglesas se quejaban de no haber podido quedarse en Sevilla a causa de los «tocamientos cochinos» de los hombres.

Domingo 26 de mayo.—Este día me encuentro con que tengo setenta y tres años.

Me visitan por la mañana dos alemanas, las señoras Hirschner, una pintora, otra, escritora, que con el seudónimo de Osipp Schubin había combatido en Alemania por mi gloria. Estas dos mujeres me asombran por el conocimiento que tienen de *Manette Salomon* y de *La maison d'un artiste*.

Lunes 3 de junio.—Madame Sichel me habla de sus relaciones en Honfleur con madame Aupick, la madre de Baudelaire.

Pinta a esta mujer, pequeña, delicada, con manos gruesas, nudosas y torpes, y tan vieja que se ve obligada a coser contra la nariz.

Luego me describe su casa aparatosa de viuda venida a menos. La vieja tenía una alta idea de la inteligencia de su hijo pero no osaba testimoniarlo por miedo a la autoridad que ejercía sobre su espíritu un viejo amigo, que consideraba a su hijo como un ganapán, que hablando siempre de venir a ver a su madre no venía nunca, y no la escribía más que para pedirle dinero.

Una revelación curiosa de esta conversación es que la madre de Baudelaire, que murió después que su hijo, murió de la misma enfermedad, murió afásica. Así se desvanece la leyenda que atribuye a la vida de desorden de Baudelaire esta enfermedad, que no fué en él más que un resultado del atavismo.

Miércoles 5 de junio.—Monsieur Paleologue me habla de China, de las delicadezas de este pueblo, que siente por nosotros el desdén que se siente por los salvajes, no arroja jamás un papel, sino que lo quema, considerando que todo lo escrito es emanación íntima y sagrada del ser.

Me habla de esta sociedad, siempre apoyada en el pasado, citándome, a propósito de Tonkin, la demanda de un territorio por Francia, en que todos los razonamientos fueron vanos, hasta que recordó otra cesión hecha por un antiguo emperador. La nueva cesión fué obtenida; un cambio súbito se operó en el espíritu de los plenipotenciarios chinos; ¡ existía un precedente !

Jueves 27 de junio.—Comida en casa de Rodembach. Me dice haber sido educado en una escuela de jesuítas de donde se le quiso despedir por haber escrito, muy jovencito, algo sobre el amor; luego vino a París a los diecinueve años, en donde, pobre muchachito escritor, muy admirador de Leconte de Lisle, había tenido que sufrir sus brutalidades.

Me refiere haber asistido a un trato entre Verlai-

ne y el editor Vanier, en que éste no quería darle 25 francos por unas poesías que acababa de escribir, y por las que Verlaine le pedía treinta. Y terminó la escena teniendo Verlaine su recibo en una mano y no soltándolo hasta que tuvo en la otra un napoleón y dos piezas de cien sueldos, exclamando: «¡ Un sucio *Badinguet* y dos piezas suizas !»

Y como Rodembach le felicitaba por su victoria : «¡ No, yo no podía ceder..., hubiera tenido una escena !» Hacía alusión al genio de la mujer con la cual vivía entonces.

Martes 23 de julio.—Comida dada en la Maison d'Or por *El Eco de Paris*, en honor de Anatole France y Paul Margueritte, que acababan de ser condecorados.

Tuve la sorpresa del amable «toast» de Anatole France, que declaró estar orgulloso de haber recibido su condecoración del mismo ministro que me había condecorado.

Miércoles 14 de agosto.—Madame Daudet habla de una vieja tía que se acostaba al lado de ella, y que todas las noches contaba al retrato de su marido, difunto hacía muchos años, cuanto le había ocurrido cada día.

Jueves 3 de octubre.—Yo decía últimamente a un amigo : «En mi *Diario* he querido recoger todo lo que se pierde de curioso en las conversaciones.»

Sábado 12 de octubre.—Soy objeto de una verdadera persecución por un banquero de Barcelona, llamado Daniel Grant. Comenzó en una primera carta invitándome a una Exposición de Barcelona, poniendo a mi disposición un *yacht*, que vendría a buscarme en el puerto que yo designara. En una segunda carta me hacía espontáneamente el ofrecimiento de 75.000 francos «para arreglar mis asuntos y los de mi familia». En fin, en una tercera me anunciaba el envío de una escribanía de plata que pesa mil gramos, con una pluma de oro. ¿Es un loco o un mixtificador el banquero de Barcelona? De todos modos, me creo obligado a dirigirle esta carta :

«Señor : A la carta en que pone usted a mi disposición la suma de 75.000 francos, no he respondido, porque no se acepta dinero de una persona a quien no se conoce—ni aun de aquella a quien se conoce.

»Hoy, que me anuncia el envío de una escribanía de plata, votada por el Casino de Barcelona, tengo el sentimiento de no aceptarla, temiendo que sea un obsequio que me haga usted solo.»

Miércoles 27 de noviembre.—Se habla de la resurrección de Dumas, de las palabras brutalmente espirituales pronunciadas por él en su vuelta a la vida.

Después de comer, Coppée, Porto-Riche y yo hablamos en el *hall* de la comedia de Bornier, cuan-

do Prinoli se acerca a nosotros y nos dice: «Dumas ha muerto. ¡ La princesa acaba de recibir un telegrama !»

Miércoles 11 de diciembre.—Esta noche, Gyp, que acaba de pasar dos meses en cama, con su elegancia ondulante de cuerpo, con su vestido de satén blanco, habla conmigo de su enfermedad en tono cómico, diciendo que oyó al médico decir, estando ella oculta por detrás de un biombo: «He aquí una mujercita en camino de dejarse hundir.»

Y rebelándose casi contra su marido y sus hijos, que la han hecho operar, contra su voluntad, cloriformizándola, deja transparentar su pena de no haber muerto y tener que recomenzar otra vez; la abandonó el dolor, pero se encuentra en esa especie de estado, dulcemente vago, que precede al desvanecimiento.

Viernes 27 de diciembre.—En este volumen, el último que imprimo en vida, no quiero acabar el *Diario de los Goncourt* sin hacer la historia de nuestra colaboración, indicando en el trabajo común el predominio respectivo del uno o del otro. Éramos temperamentos absolutamente diversos; mi hermano, alegre, verboso, expansivo; yo, melancólico, soñador, concentrado—y, caso curioso, recibiendo ambos del contacto con el mundo exterior impresiones idénticas.

Después de consagrarnos a la pintura nos apasio-

namos por la literatura; mi hermano, estilista, más ejercitado, dueño de su frase, más escritor que yo, que tenía entonces la ventaja de *ver* mejor cuanto nos rodeaba y de saber lo que podría ser materia de novela, de cuentos o de comedias. Debutamos con la novela *En 18...*; mi hermano bajo la influencia de Janin, y yo de Gautier, cuyas dos influencias mal casadas se notan en la obra, que parece hecha a dos voces o a dos plumas.

Vienen después *Los hombres de letras*, que reaparecen con el título de *Carlos Demailly*, libro perteneciente más a mi hermano que a mí, por su espíritu y los brillantes fragmentos de energía, que hará reaparecer en *Manette Salomon*—yo, trabajando, sobre todo, en la arquitectura de las grandes masas de la obra.

Entonces se suceden las biografías de arte y los libros históricos, escritos un poco bajo la presión y la tendencia natural de mi espíritu hacia la verdad en el pasado o en el presente; obras en que quizá hay algo más mío que de mi hermano. En esta serie se hace la fusión, la amalgama de nuestros dos estilos, que se unen en la factura de un solo estilo, bien personal, bien Goncourt.

En esta emulación fraternal por escribir bien sucedió que buscamos el medio de desembarazarnos de nuestros modelos, rechazando mi hermano el mariposeo de estilo de Janin y yo la materialidad de Gautier. Nos pusimos a la busca, queriéndolo muy

moderno, de un estilo varonil, concreto, conciso, con el esqueleto latino aproximándonos al de Tácito, que leíamos mucho entonces. Sentíamos sobre todo horror a las groseras coloraciones, a las que me sacrificué demasiado, e intentamos, en la pintura de las cosas materiales, espiritualizarlas por los detalles morales.

Ahora sucedió poco a poco en esta formación de nuestros volúmenes que mi hermano tomó más especialmente la dirección del estilo y yo la dirección de la creación de la obra. Le vino una pereza un poco desdeñosa para buscar, encontrar, inventar— aunque imaginando detalles más distinguidos que yo cuando quería darse esa pena—. Tal vez ya enfermo del hígado y bebedor del agua de Vichy, ¿estaba en un comienzo de fatiga cerebral? Por lo demás, había tenido siempre repugnancia por una producción demasiado numerosa, por la «abundancia de libracos», como decía. Y se le oía repetir: «He nacido para escribir en toda mi vida un tomito en dozavo, del género de La Bruyère, y nada más que ese menudo dozavo.»

Únicamente por cariño a mí aportó el concurso de su trabajo hasta el fin, diciendo a veces: ¿Cómo todavía un volumen?... ¿Pero no hemos hecho bastantes *en cuartos*, *en octavos* y *en dieciochos*? Y a veces, pensando en esta vida abominable de trabajo que le impuse, tengo un remordimiento y el temor de haber precipitado su fin.

Pero siempre descargando sobre mí la composición de nuestros libros, mi hermano se quedó en un apasionado del estilo, y he contado en una carta a Zola, escrita al día siguiente de su muerte, el cuidado amoroso que ponía en la forma, en el iniciado de las frases, en la elección de las palabras, volviendo a coger fragmentos escritos en común y que nos habían satisfecho desde luego, y trabajándolos de nuevo durante horas con una terquedad casi colérica, cambiando aquí un epíteto, haciendo entrar allá, en el período, un ritmo; más lejos, rehaciendo una frase fatigando el cerebro en la persecución de esta perfección tan difícil, a veces imposible en la lengua francesa, en la expresión de sensaciones modernas... Y después de esta labor quedaba largos ratos quebrantado en un sofá, silencioso, envuelto en el humo de un cigarro opiáceo.

Y a este esfuerzo de estilo no se entregó nunca con más encarnizamiento que en la última novela que debía escribir, en *Madame Gervaisais*, en que tal vez la enfermedad que iba a matarle le daba en ciertos fragmentos, creo yo, como la embriaguez religiosa de un arrobamiento.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prefacio	II
Año 1851	15
— 1852	20
— 1853	24
— 1854	26
— 1855	27
— 1856	32
— 1857	36
— 1858	43
— 1859	45
— 1860	48
— 1861	55
— 1862	60
— 1863	73
— 1864	86
— 1865	91
— 1866	98
— 1867	109
— 1868	116
— 1869	127
— 1870	141

	<u>Págs.</u>
Año 1871	166
— 1872	174
— 1873	186
— 1874	196
— 1875	205
— 1876	219
— 1877	223
— 1878	228
— 1879	231
— 1880	236
— 1881	238
— 1882	243
— 1883	245
— 1884	252
— 1885	258
— 1886	270
— 1887	278
— 1888	288
— 1889	296
— 1890	308
— 1891	314
— 1892	321
— 1893	328
— 1894	339
— 1895	344

HENRI DURVILLE

LA CIENCIA SECRETA I

**Historia de las grandes corrientes iniciáticas,
desde la China hasta nuestros días**

S U M A R I O

CHINA: *Los grandes libros de la sabiduría china.*—**INDIA:** *La India védica.*—*La India brahmánica.*—*La India búdica.*—*Enseñanzas exotéricas.*—*Enseñanzas esotéricas.*—*La Barhavad-Gita.*—*La voz del silencio.*—*La Yoga.*—**EGIPTO:** *Enseñanzas exotéricas.*—*Enseñanzas esotéricas.*—*Hermes Trismegisto.*—*Los misterios de Isis y de Osiris.*—**GRECIA:** *Enseñanzas exotéricas.*—*Enseñanzas esotéricas.*—*Los misterios de Isis.*—*Orfeo.*—*Pitágoras.*—*Los misterios de Elenois.*—**MOISES:** *Enseñanzas exotéricas.*—*Enseñanzas esotéricas.*—**JESUS:** *Enseñanzas exotéricas.*—*Enseñanzas esotéricas.*—*Los gnósticos.*—*Los neo-gnósticos.*—**LOS FRANCMASONES:** *El grado de aprendiz.*—*El grado de compañero.*—*El grado de maestro.*—**LOS HERMETISTAS:** *Los Rosa-Cruz.*—*Los filósofos desconocidos.*—*Los martinistas.*—*Los alquimistas.*

Magnífico volumen en 4.º de más de 500 páginas, con grabados.

Precio del ejemplar: 12 ptas. rústica.

» » » **15 » tela.**

LA VIDA POSTUMA

POR

CHARLES LANCELIN

Este volumen importantísimo so-
luciona definitivamente

EL PROBLEMA DE LA MUERTE

Los que lloran a sus muertos de-
ben leer este

LIBRO CONSOLADOR

**Pruebas de la supervivencia del alma.
Realidad de la comunicación con los muertos.**

«Leyendo estas páginas autorizadas, surge una magnífica esperanza y una seguridad nueva para el pensamiento humano y se nos presentan claridades de auroras. Lo que fué secreto de los templos; lo que sucedió ocultamente en los caminos reservados de las sociedades secretas; la certeza de revivir y de ascender hasta la Divinidad, cuando de ello seamos dignos; la explicación de los males y de las alegrías de la vida; *todo lo que era sombra, se aclara*. Obras como *La Vida Póstuma* son, más que un trabajo maravilloso de biblioteca, la promesa de un orden nuevo que va a nacer: *es el pórtico abierto sobre cielos desconocidos*. Es la luz que despierta victoriosa de la Muerte.»

Un magnífico volumen ilustrado en 4.º de unas 500 páginas.

Precio del ejemplar: 12 ptas. rústica.

» » » 15 » tela.

HENRI DURVILLE

LOS MISTERIOS INICIATICOS

TRADUCCION Y NOTAS

DE ENEDIEL SHAI AH

Todas las iniciaciones europeas son ramas de una misma fuente, cuyas raíces se hunden en la tierra de los Faraones, dice Durville, y agrega: Hacia la tierra de los Faraones, y hacia ella solamente, hay que dirigir las investigaciones para encontrar la llave de los Misterios antiguos que han modelado el alma occidental.

Para conseguirlo, traduce y comenta uno de los papiros antiguos, titulado *El libro oculto de la Morada*, llamado erróneamente por los egiptólogos *Ritual funerario*, o bien *El libro de los Muertos*, en que se encierran los secretos más fundamentales de la Alta Ciencia Egipcia, que podría denominarse la Ciencia de la Vida y de la Muerte.

Magnífica edición en 4.º, con más de 80 grabados.

Precio del ejemplar: 10 ptas. rústica.

> > > **12 > tela.**

HENRI DURVILLE

LA CIENCIA SECRETA II

LA EDUCACION DE SI MISMO

ADAPTACION DE LA CIENCIA INICIA-
TICA A LAS NECESIDADES ACTUALES

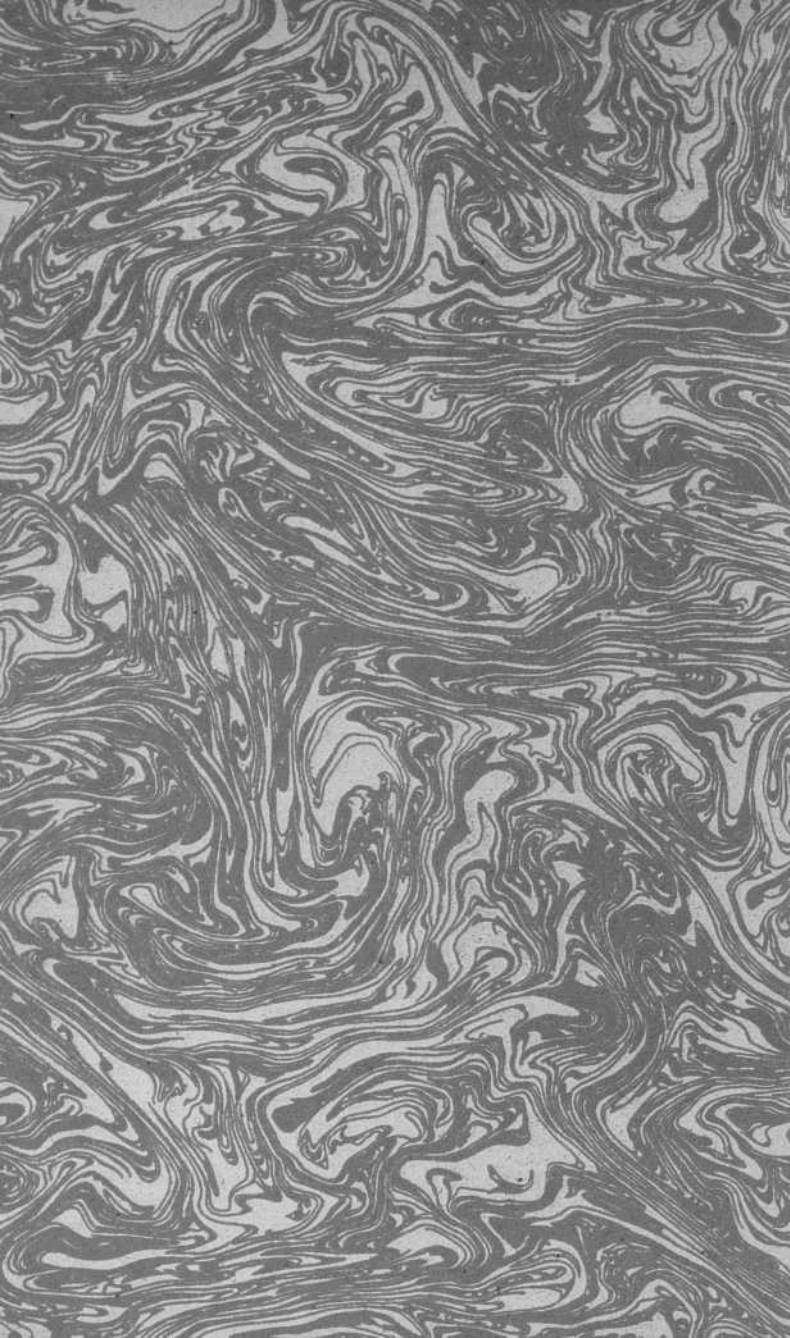
S U M A R I O

EL CAMINO DEL INICIADO. — LOS CICLOS: *Los ciclos en el ser humano.—Los ciclos en las colecti-
vidades.*—EL AMOR.—LA FUERZA VITAL: *Rela-
ción de dos curaciones obtenidas por M. Henri Dur-
ville empleando el magnetismo.—El poder magnético.*—
EL PENSAMIENTO: *El consciente y el inconsciente.
La vida mental.—La acción psicológica.*—EL SENTI-
MIENTO: *El poder emocional.*—EL SILENCIO.—LA
INTUICION.—LA EVOLUCION.—DIOS.

Magnífico volumen de más de 400 páginas en 4.º,
ilustrado con numerosos grabados.

Precio del ejemplar: 12 ptas. rústica.

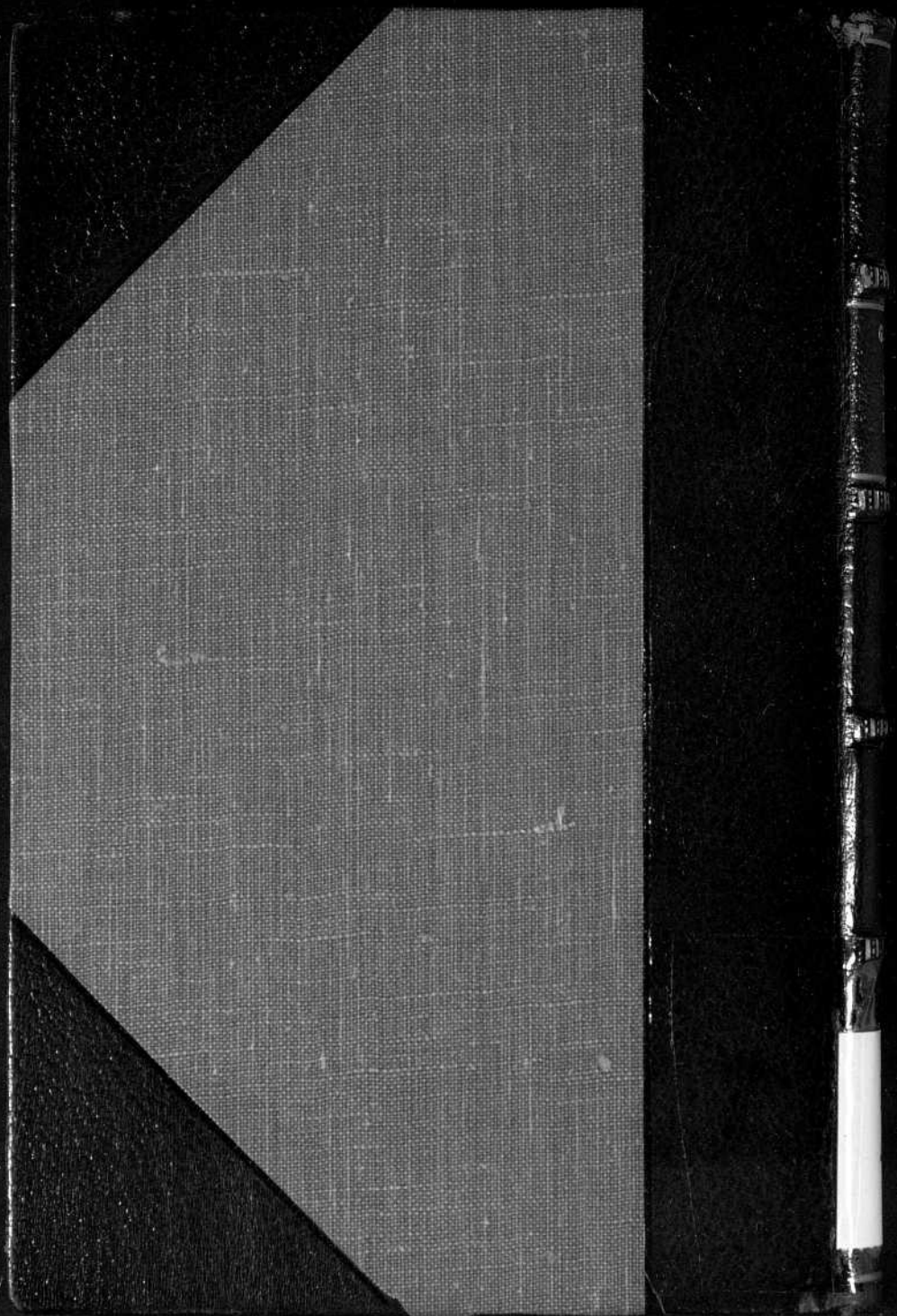
» » » **15 » tela.**



B.P. de Soria



61163396
DR 401





GONCOURT

—
DIARIO
INTIMO



DR
401